CUADERNOS

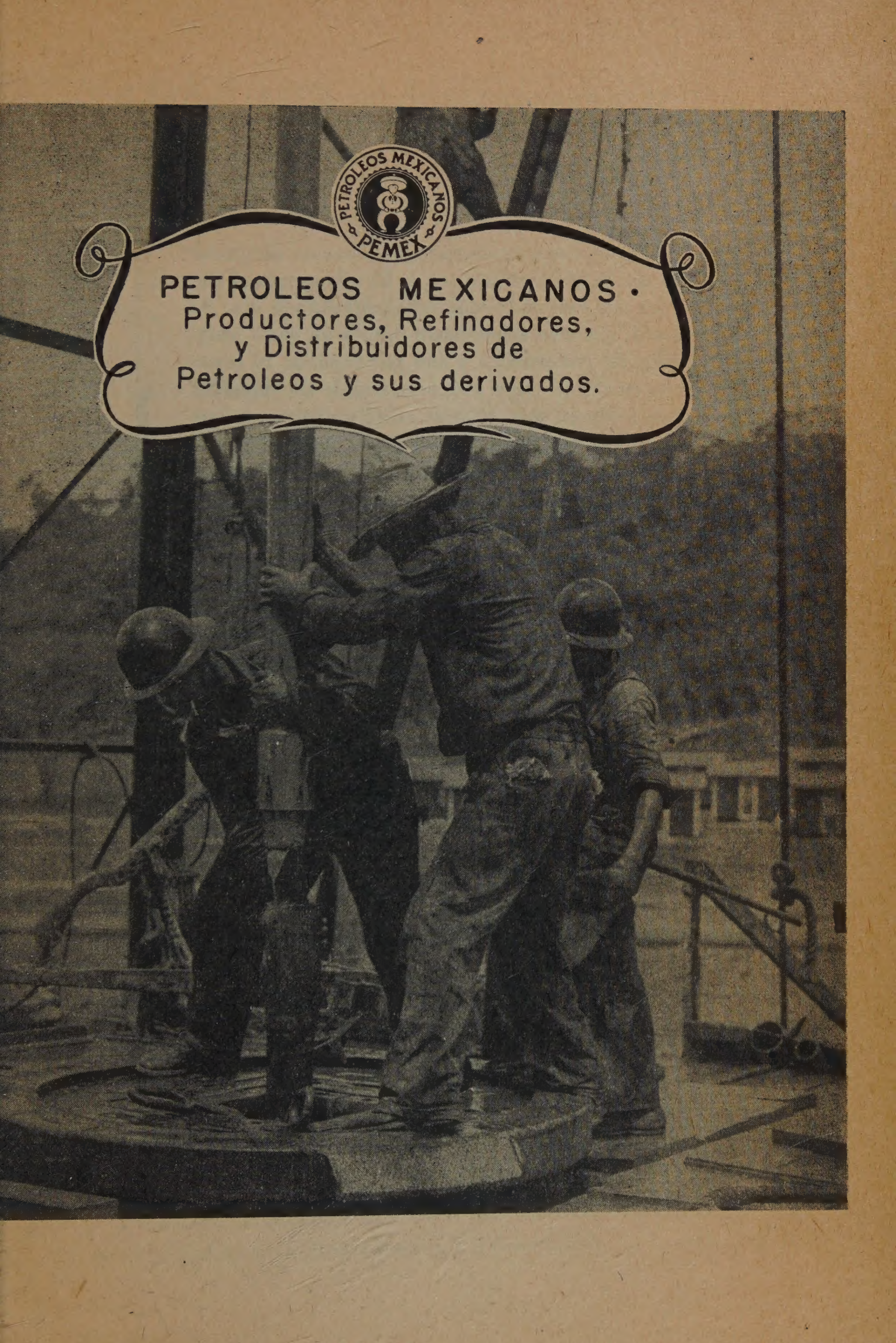
AMERICANOS

MEXICO

3


José Antonio


CÓMO ES UNA INDUSTRIA
BASICA NACIONAL
EL acero, de vital importancia para la economía de cualquier País ya que de él dependen, directa o indirectamente, y en mayor o menor grado, todas las ramas de la actividad industrial, exige para su producción uno de los procesos más complicados, así como una enorme organización, respaldada por cuantiosas inversiones de capital y trabajo.
El Proceso de Fabricación, que principia en el transporte de materiales (Hierro, Carbón, Piedra Caliza y otros fundentes) al Horno Alto, para continuar llevando el hierro fundido a los hornos de aceración Siemens-Martin, y seguir su desarrollo pasando por los crisoles y las fosas especiales de recalentamiento, culmina en el proceso de laminación en frío a enormes presiones y constituye una de las maravillas de la técnica moderna.
Para que este proceso sea posible, se requieren plantas gigantescas, instalaciones y equipo especializado, así como el trabajo científicamente organizado de centenares de obreros; todo lo cual supone cuantiosas erogaciones y un esfuerzo constante para mantener la industria en su más alto nivel de eficiencia y capacidad técnica.
ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A., en sus grandes y modernas instalaciones de Monclova, Coah., desarrolla todos estos esfuerzos y actividades para proporcionar a multiples industrias y organizaciones mexicanas los materiales para la fabricación de variados productos y la instalación de grandes obras públicas que enriquecen la economía de México.
Cada peso que se invierte en productos elaborados con materiales mexicanos, sirve para reforzar nuestra economía general y defienda nuestra Reserva Monetaria.
AHMSA
ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.
PASEO DE LA REFORMA No. 20 — MEXICO, D. F.


PETROLEOS MEXICANOS
PEMEX
PETROLEOS MEXICANOS •
Productores, Refinadores,
y Distribuidores de
Petroleos y sus derivados.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 3 Mayo-Junio de 1950 Vol. LI

INDICE

DIMENSION IMAGINARIA



NUESTROS PRODUCTOS SATISFACEN LAS NORMAS DE CALIDAD DE LA SECRETARIA DE LA ECONOMIA NACIONAL Y ADEMAS LAS ESPECIFICACIONES DE LA A. S. T. M. (SOCIEDAD AMERICANA PARA PRUEBAS DE MATERIALES).

LA CALIDAD MANDA!

A. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

OFICINA DE VENTAS EN MEXICO: BALDERAS 68 - APARTADO 1336

FABRICAS EN MONTERREY, N. L.: APARTADO 206

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO IX VOL. LI

3

MAYO - JUNIO
1 9 5 0

MÉXICO, 1º DE MAYO DE 1950

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F. CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO, D. F.

S U M A R I O

N U E S T R O   T I E M P O

A V E N T U R A   D E L   P E N S A M I E N T O

P R E S E N C I A   D E L   P A S A D O

D I M E N S I O N   I M A G I N A R I A

INDICE DE ILUSTRACIONES

Fotograbados de

Fotograbadores y Rotograbadores Unidos, S. de R. L.
Bucareli 24.—México, D. F.

Nuestro Tiempo

¿LOS ESTADOS UNIDOS O LA UNION SOVIETICA?

Por *Jesús SILVA HERZOG*

Los Estados Unidos, país capitalista, y la Unión Soviética, país comunista, son dos grandes naciones, dos grandes pueblos; son la pesadilla del resto del mundo, de los hombres de bien que anhelan vivir en paz con sus semejantes.

Los Estados Unidos

El Acta de Independencia de los Estados Unidos es un hermoso documento humano. La mano de Jefferson al escribirla, debió haber sentido latir su pulso con ritmo acelerado; debió haber sentido la emoción temblorosa de quien trabaja, apasionadamente, en la construcción de un mundo nuevo.

Paz y libertad: maridaje perfecto, aspiración eterna del hombre atribulado, sueño terco de nobles visionarios.

Después, la lucha con Inglaterra y la victoria definitiva. Y nació en el tiempo la primera república en América, con sus trece estrellas fulgurantes. Pasaron los años y el pabellón flamante se tachonó con otras y otras estrellas. Unas se compraron con dinero contante y sonante, en tratos leales; las demás se ganaron en guerra injusta, con cadáveres de mexicanos que jamás han sido contados.

Dilatados territorios de maravilla los que ocupa Estados Unidos de Norteamérica: extensas planicies por donde ha sido fácil tender las cintas de acero de los ferrocarriles; anchas vías para automóviles y campos de aterrizaje para esos pájaros de aluminio violadores del espacio y en ocasiones —paradoja diabólica— agentes de la muerte y adversarios de eso que hemos convenido en llamar civilización; caudalosos ríos, "caminos que andan", por donde navegan millares de embarcaciones cargadas de mercancías; puertos naturales que ofrecen abrigo a nume-

rosas flotas; yacimientos de hierro, carbón y petróleo; oro, plata, cobre, plomo, zinc, todos los metales y metaloides o casi todos; peces abundantes en sus mares, lagos y ríos; bosques poblados de árboles de variadas especies; pastos jugosos y tierras fértiles para toda clase de cultivos, con excepción de los frutos tropicales. Todo lo tienen en abundancia. Es un país privilegiado, el país más rico de la tierra.

Bien pronto abrieron de par en par las puertas a la inmigración. Llegaron año tras año, durante largo lapso, miles de gentes en busca de sosiego y de pan; gente de todas las naciones del globo. La población creció rápidamente y al mismo tiempo la riqueza.

En las últimas décadas del siglo pasado y en los dos primeros lustros del presente, los Estados Unidos, la gran democracia norteamericana, despertaba sincera admiración en los viajeros cultos que visitaban sus industrias, escuelas y universidades y que estudiaban sus instituciones políticas. Sin embargo, esos visitantes que llegaban de Francia, Suecia, Argentina, México o de otros reinos y repúblicas, jamás pudieron comprender y mucho menos justificar que la patria de Lincoln, libre, progresista y cristiana, fuese el único país del mundo en el cual existiera de manera tajante la discriminación racial y al negro se tratara como si jamás se hubieran inventado los Evangelios.

Por supuesto, quienes conocían bien las óptimas condiciones naturales del vasto territorio de los Estados Unidos, reconocieron siempre las altas virtudes de su pueblo; un pueblo tenaz, laborioso, disciplinado, con capacidad inventiva y firme propósito de erigir una gran nación. Por supuesto también, que observaron el desmesurado afán de lucro de los norteamericanos; les chocó la frase consagrada de "time is money"; y, advirtieron una cierta insensibilidad general para comprender y admirar las grandes obras de arte, tal vez porque la belleza, según dijera Kant, es un placer desinteresado y una finalidad sin fin.

La nación norteamericana, como es bien sabido, participó en las postrimerías de la primera guerra mundial 1914-18, inclinando la balanza en favor de los aliados. Al terminar la contienda sangrienta se encontró que de país deudor de Europa que era en 1915, se había transformado en su acreedor; y a partir de entonces, el desenvolvimiento económico de los Esta-

dos Unidos cabe representarlo por una pronunciada línea ascendente hasta octubre de 1929. Ese año y los años inmediatos posteriores, de grave crisis, quebrantaron transitoriamente el optimismo y la fe del norteamericano en la bondad de su sistema económico. La política de Roosevelt fué factor de importancia para lograr la recuperación. La fe y el optimismo renacieron, gracias a la propaganda dirigida por las grandes unidades económicas y financieras. Había que hacer creer al hombre de la calle, incapaz de autocriticar, que la empresa privada y el liberalismo económico, contubernio trágico, constituían la base única y perenne de la organización social; la fórmula definitiva de la felicidad humana, descubierta según los anglo-sajones, por un tal Adam Smith, autor de un libro célebre que vió la luz pública en Londres en el lejano año de 1776.

La última guerra y el triunfo sin reservas. El Japón, enemigo ya tradicional, que cada día se hacía más peligroso, no tanto por sus armamentos como por la mercancía barata con la cual inundaba el mundo, fué vencido para siempre en la desdichada Hiroshima. Los pechos de los norteamericanos se hincharon de orgullo. Habían demostrado el poder de sus ejércitos de aire, mar y tierra; el poder de su industria y de sus dólares. Ahora sí ya nadie les podría negar el primer sitio en el globo terráqueo. América, como ellos impropia y obstinadamente llaman a los Estados Unidos, se hallaba en la cima de su desenvolvimiento histórico, dispuesta a ayudar con su generosidad interesada a las ciudades destruídas por las bombas asesinas, a las bocas hambrientas de los supervivientes y con un poco de dinero y técnica a los pueblos atrasados de ambos hemisferios. Cuántos norteamericanos soñarían a fines de 1945, y tal vez sueñan todavía, en enriquecer con nuevas estrellas la brillante constelación de su bandera.

¿Quién puede negar la grandeza del país vecino, los tesoros acumulados en las cajas gubernamentales y en sus bancos, su riqueza inmensa y las virtudes de sus habitantes? Nosotros los admiramos sin duda alguna; pero no creemos que la medida del hombre sea el hombre norteamericano, ni que la manera de vida norteamericana sea el ideal supremo de la vida de todos los seres humanos. No estamos de acuerdo en que hacer dinero sea la mejor ocupación ni que justifique los afanes de un pueblo. Preferimos el vino a la coca-cola, comer despacio

a engullir en el "quick-lunch", no nos gustan los pasteles con ruibarbo y somos incapaces de tomar parte en algún linchamiento de negros.

No participamos de la opinión de que con el dólar —poderoso diosecillo— se puedan resolver todos los problemas individuales y colectivos. Reconocemos sin ambages la sabiduría bárbara de los especialistas de Chicago, San Francisco o Nueva York; sabios que saben todo lo que puede saberse del maíz, de las sardinas, o de la plaga del gusano rosado; mas nos inclinamos respetuosos ante las personas verdaderamente instruídas e inteligentes, con ideas generales sobre el universo, con anchos ventanales en el espíritu para abarcar todos los horizontes.

Cuando se habla de ayuda técnica nos encogemos de hombros y en ocasiones no podemos contener leve sonrisa; porque en estos países de la América Hispánica continuamos pensando, con Alfonso Reyes, que la mejor técnica es el talento.

Admiramos al virtuoso Franklin, al general Washington, al estadista y educador Jefferson, al realista Hamilton y sobre todo, sobre todo al gran leñador de Virginia; tampoco escatimamos nuestra admiración por los poetas Longfellow, Poe y Walt Whitman; por filósofos como William James; por los ensayistas Emerson y Thoreau; por Morse y por Tomás A. Edison que sin metáfora iluminó las ciudades con nueva luz.

Nuestra posición es clara y sencilla. Abrigamos simpatías por el pueblo trabajador de los Estados Unidos y por sus intelectuales de mente liberal. No nos ocurre lo mismo con sus funcionarios belicistas, con los multimillonarios dueños de acciones de los grandes trusts industriales, bancarios o comerciales, cuyos pequeños grandes intereses se hallan simbolizados en el nombre de una calle estrecha y sombría: Wall Street, evocación trágica de angustia, explotación y muerte. Para nosotros el pueblo norteamericano de igual manera que todos los pueblos de la tierra tienen virtudes y vicios, cualidades y defectos. En buena hora que viva su vida, su "american way of life", creyendo candorosamente en la eterna duración del capitalismo; pero que a nosotros los hispanoamericanos nos dejen vivir a nuestra manera, que si es mucho lo que pueden enseñarnos, no es poco lo que de nosotros les haría bien aprender.

La Unión Soviética

RUSIA fué durante siglos país de esclavos, de campesinos explotados con rudeza por los emperadores, la iglesia ortodoxa y una nobleza ignorante. La esclavitud no fué legalmente abolida, legalmente nada más, sino hasta la década de los sesentas del siglo pasado.

Insolencia arriba y servilismo abajo. De vez en vez, la bomba del anarquista vengaba a los confinados en Siberia, infierno al revés, del despotismo. Allí estuvieron algunos de los teorizantes marxistas que habían de sorprender y alarmar al mundo.

En 1914-17, la guerra estúpida y criminal, como todas las guerras. Ninguna guerra internacional ha sido provechosa para pueblo alguno. El provecho ha sido sólo para los grandes capitanes y los grandes mercaderes. Los unos ganando la gloria con la muerte; los otros, con la muerte ganando millones. El ejército ruso, mal equipado y peor dirigido, derrotado una y otra vez, y el campesino y el trabajador de las ciudades, sufriendo más que nunca su hambre secular. El desaliento cunde. No había posibilidades ni esperanza de que las cosas mejoraran. Así se prepara el gran acontecimiento. Cayó el zar con su nobleza parasitaria y semanas más tarde el efímero gobierno de Kerensky.

Lenin, Trotsky, Stalin, Sinovieff, Kamineff, la señora Kolontay y otros intelectuales revolucionarios se adueñaron del poder central en San Petersburgo. El grito de guerra fué este: todo el poder para los soviets.

Se establece la dictadura del proletariado, régimen transitorio, férrea organización gubernamental para destruir la burguesía como clase y llegar después al socialismo. Desde muy luego se expiden decretos tras decretos socializando las instituciones de crédito, las fábricas, los ferrocarriles y la tierra. El asombro, la indignación y el temor se extienden como mancha de tinta roja en las oficinas de los magnates internacionales y de no pocas cancillerías.

Se piensa en todas partes que el temerario intento fracasará en unas cuantas semanas; pero pasan los meses y los bolcheviques se afirman en el poder. Alemania y Austria son vencidas y se organiza la paz. Las potencias vencedoras no

pueden mirar con indiferencia lo que está pasando en la nueva entidad política: la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Años difíciles de lucha tenaz y sin cuartel. Guerra civil e intervención extranjera. A la postre los generales improvisados como León Trotsky, con sus soldados campesinos, vencen y arrojan de su territorio a los rusos blancos y a los ejércitos extranjeros, comandados por generales franceses de academia.

Y se inicia el extraordinario experimento económico-social, uno de los más grandes de la historia. Fué preciso vencer dificultades sin cuento y a costa del sacrificio de más de una generación. Rusia, país al mismo tiempo feudal, semifeudal y precapitalista, al constituir la dictadura del proletariado sin antes haber vivido la etapa de un capitalismo plenamente desarrollado, dió un salto en la historia, si es que se acepta con rigidez la tesis de que las naciones pasan de un régimen feudal al capitalista, de éste a la dictadura del proletariado y por último al socialismo.

Planes quinquenales bien concebidos y plenamente realizados. Los primeros, o por lo menos el primero, implicando privación y sufrimiento para el pueblo; mas con visión ajustada y clara del futuro. Si así no hubiera sido, los ejércitos alemanes, de acuerdo con la previsión de Hitler, hubieran tomado Moscú después de sesenta días de iniciar el avance sobre el territorio soviético.

Y no pueden negarse los éxitos alcanzados, las auténticas realizaciones en el campo económico y en la vida social. Hacerlo es una tontería. No puede negarse que han organizado instituciones admirables de progreso social: establecimientos de protección a la mujer y al niño, hospitales y laboratorios eficientes, bibliotecas y museos que rivalizan con los mejores del mundo, parques de descanso y de cultura, espectáculos atléticos y teatrales que no tienen paralelo en parte alguna; en fin, una obra sorprendente si se piensa en los pocos años transcurridos. Tampoco puede negarse el fomento de la economía soviética: electrificación de vastos territorios, ciudades y aldeas, construcción de presas gigantescas y centenares de fábricas, fomento de toda clase de medios de comunicación, aumento considerable de la superficie cultivada y modernización en gran escala de la agricultura. Cabe afirmar que ningún país ha logrado tanto en un período de treinta años.

Los habitantes, en general, han elevado su nivel económico y cultural de vida en comparación, digamos con los dos primeros lustros del presente siglo. En resumen, en la Unión Soviética se está tratando de construir un mundo nuevo para una nueva sociedad. Nada más que una sociedad y un mundo a su manera, de acuerdo con su historia y su geografía; de conformidad con sus conceptos sobre la vida y la muerte, sobre el hombre y el universo; pero esos conceptos y maneras pueden ser buenos para ellos y no para otros individuos que habitan en diferentes latitudes y altitudes, con opiniones diferentes sobre cuestiones sustantivas y vitales.

Es obvio que en Rusia hay una dictadura: la dictadura del proletariado. En puridad de doctrina, esa dictadura ya no debiera existir en la Unión Soviética, puesto que la burguesía como clase ha sido totalmente aniquilada. Es que los doctrinarios del siglo pasado pensaron en una revolución mundial, no limitada a un país por extenso que éste fuese. Los mismos revolucionarios rusos en los primeros años —1917-20— creían y esperaban que su movimiento se extendería con rapidez a todas las naciones del globo. Empero, como esto no sucedió, como no ha sido así, la dictadura del proletariado ha continuado y continuará en tanto que subsista el sistema capitalista en el occidente de Europa, en América y en otros continentes.

Toda dictadura es despótica, intransigente, y a veces cruel. Toda dictadura implica privación de libertad y no admite discrepancia de opiniones; todos deben pensar y actuar como piensan los dictadores o como éstos quieren que se actúe y se piense. Sólo que el pueblo ruso, antaño de siervos y esclavos, nunca supo lo que significa el goce de la libertad, ni siquiera en forma limitada. En consecuencia no puede ahora echar de menos un bien que jamás conoció y que no conoce todavía. Aquí hay una diferencia que es bueno señalar entre el ciudadano soviético, con tan marcada influencia asiática, y el hombre de cultura plenamente occidental, quien en la mayoría de los casos sabe que puede moverse libremente y expresar su pensamiento, sin el temor de caer bajo la sanción de las leyes ni en las celadas de una policía vigilante, con cien ojos, como el Argos mitológico, e insospechadas ramificaciones.

Por otra parte el estajanovismo, superación del taylorismo y de los sistemas de racionalización del trabajo, obliga al obrero soviético a un desgaste productivo de energía que llega hasta

límites que no parecen razonables. Por esto no ha faltado quien sostenga que los rusos son hoy tan esclavos como lo fueron sus antepasados. No se ignora que al estajanovista que supera en mucho a sus compañeros se le halaga con la notoriedad y en ocasiones con el nombramiento de héroe de la Unión Soviética. Así uno se entera de que es héroe el sabio que descubrió un germen patógeno desconocido y heroína la campesina que durante un año ordeñó mayor número de vacas que ninguna otra persona en las granjas colectivas. Siempre el hombre ha encontrado medios eficaces para explotar al hombre: el látigo para el esclavo y el siervo; el hambre o el salario para el obrero; el dinero o la fama para los ambiciosos; y la dicha eterna en el cielo, más allá de la vida y de la muerte, para los creyentes de todas las religiones.

El viajero de cultura occidental que visita Moscú, Kazán o Zamara, recibe la impresión extraña, particularmente durante los primeros días, de que se halla en otro planeta. En efecto, aquello es otro mundo. Las gentes tienen conceptos distintos sobre las cuestiones más fundamentales y opiniones diferentes sobre las cosas más pueriles. Su lógica no es exactamente la misma que la lógica del occidental. Por eso siempre yerran cuando desde una oficina moscovita dan instrucciones a sus congéneres en lejanos países de clima templado o tropical, acerca de la manera de conducirse en materia política interior o exterior.

Nuestra conclusión es que el sistema soviético es bueno o puede ser bueno para los habitantes del antiguo imperio ruso; mas de igual manera que tratándose de los Estados Unidos, no creemos que el hombre soviético sea la medida del hombre, ni tampoco que la manera de vida soviética represente la aspiración de todos los pueblos de la tierra. Las metas de la Rusia Soviética no son ni pueden ser el ideal de otros habitantes de nuestro minúsculo planeta, nacidos en otros climas, bajo un sol más brillante y un cielo más azul. En buena hora que realicen sus propósitos constructivos dentro de su mundo, que nosotros los de la América Hispánica también tenemos el nuestro y capacidad para encontrar nuestro propio sendero.

La América Hispánica

Los descubrimientos, la conquista y colonización de los países de la América Hispánica forman el triángulo epopéyico más sombrío y a la par más luminoso de todas las edades. Todo mezclado y confundido: el bien y el mal; el desinterés y la codicia; el valor y la cobardía; las virtudes del misionero y las ambiciones del soldado con "hipo de oro", como decía el Padre Las Casas; pero también todo en grande, todo hiperbólico: grande el escenario y grandes los hombres.

España no supo sacar las ventajas económicas que pudo haber sacado de sus extensos y en algunas partes ricos dominios. Quiso, según alguien escribió, administrar lo mucho conforme a las reglas de lo poco. La tierra española ha sido pródiga en dar al mundo santos, héroes y poetas; mas no lo ha sido para darle buenos organizadores de naciones.

La dominación de España en América, precisa confesarlo, no estuvo exenta de grandes manchas ni de graves equivocaciones.

Los países de Hispanoamérica, inevitablemente, tuvieron que romper el cordón umbilical que los ligaba a la madre. Décadas más tarde el Brasil hizo lo mismo con Portugal. Cuba fué la última hermana que con el sacrificio de no pocos de sus mejores hijos, al igual que las otras, logró hacerse independiente.

Después, luchas intestinas, dictaduras, anarquía e intervenciones de las grandes potencias; destrucción de riqueza, sufrimiento y muerte. Alumbramiento doloroso de naciones sietemesinas. Pero en medio de todo, los síntomas de vitalidad y los nobles anhelos, el ansia de pan y libertad. La libertad ha sido la pasión de los latinoamericanos; es su pasión esencial.

Defectos y virtudes, como todos los pueblos; pantanos y montañas como en otras zonas del globo; noches largas y días de claridad cenital; y cuántos buenos caudillos y generosos guías, grandes hombres de estatura mundial: Bolívar, Morelos, San Martín, O'Higgins, del Valle, Morazán, Juárez, Sarmiento o Martí. Antorchas que iluminaron y están alumbrando todavía la ruta por donde debemos marchar los ciudadanos de nuestra América.

Dieciocho naciones con semejante historia, la misma religión y el mismo lenguaje. Una más, el Brasil, con ciertas ana-

logías con las otras. Todas, con idénticos o parecidos problemas económicos, políticos y sociales. El más importante de todos es la defensa de su integridad nacional y de su autonomía; problema fundamental de vida o muerte. Ya sabemos que la época actual no es de plena independencia de los países; es de interdependencia política y económica. Esto último, ya en otra ocasión lo apuntamos, aparece como resultado inevitable y fatal del progreso técnico en la Era Atómica. Interdependencia, sí; dependencia, no. Son dos cosas bien diferentes. Aquélla implica la necesidad de celebrar convenios basados en la igualdad, la justicia y la ventaja mutua; ésta significa explotación, esclavitud e inexistencia; y la independencia de nuestros pueblos debe defenderse con los cañones o con los puños, con la razón o la fuerza, con la vida o la muerte.

La historia une como une la religión, y más todavía une la lengua. Los hombres que hablan el mismo idioma saben bien lo que se dicen, captan en plenitud la esencia de su pensamiento. La facultad de pensar del ser humano se traduce en verbos, substantivos o adjetivos; mas esos adjetivos, sustantivos o verbos llegan a modelar con finura el pensamiento, fruto de estados psicológicos a veces recónditos. Las palabras equivalentes de dos distintas lenguas que en apariencia significan lo mismo, no traducen exactamente idénticos estados de conciencia; uno y otro vocablos han creado a través del tiempo y de hábitos sociales, matices sutiles que los distinguen y separan. Por eso no es fácil entendernos bien con los extranjeros ni hablar a la perfección otras lenguas, puesto que no siempre nos es dable aprehender su íntimo sentido. Por esto de igual modo, pero por razones opuestas, sin dificultad alguna se comprenden y acercan los de la misma estirpe idiomática. El viajero mexicano, por ejemplo, que visita Guatemala, Colombia o Perú, siente que no ha salido de su patria y lo mismo les ocurre al boliviano, al salvadoreño, o a cualquier hispanoamericano.

Algún día, con el lento transcurrir de los acontecimientos históricos, se agrandarán estas patrias, arrebujándose en una misma bandera, sueño grandioso de Bolívar, utopía de ayer y de hoy que mañana podrá dejar de serlo.

Los hombres prácticos con los pies clavados en la tierra, hundidos en el lodo de la realidad pueden sonreír, como sonrieron ayer sus antepasados de la misma especie zoológica, ante la audacia de los libertadores de pueblos, de los visionarios que

fundaron religiones o descubrieron tierras nuevas. Su sonrisa no podrá detener el tiempo ni el vuelo de las aves o el del pensamiento; no podrá evitar que el hombre, doliente o gozoso cumpla su destino; y el hombre hispanoamericano deberá cumplirlo vaciándose en sus moldes propios, sin desdeñar la experiencia y las corrientes ideológicas de otros pueblos, sin serviles imitaciones, sino sumándolas a las corrientes de su propia vida histórica y de su realidad geográfica.

Cierto es que tiempos aciagos vivimos, que en todos los continentes se sufre la crisis más honda de todos los tiempos y que los países de la América Hispánica, lógicamente, no han podido escapar a un fenómeno de proporciones universales. Aquí está tal vez la explicación de dictaduras entorchadas de usurpadores bárbaros, que padecen no pocos de nuestros países en estos momentos de general inquietud y zozobra; dictaduras nacidas, casi todas, con apoyo en la violencia y después respaldadas en actitud vergonzante o servil por las cancillerías de otras naciones. Sin embargo, toda esa ignominia pasará, a menos que el hombre, cosa increíble, utilice su ciencia negra para destruirse y retroceda avergonzado a la caverna primitiva.

Los pueblos de la América Hispánica deben aproximarse, deben defender sus legítimos valores, su modo particular de vida y seguir igual o parecido rumbo. Ni Estados Unidos, ni la Unión Soviética, ni capitalismo norteamericano, ni comunismo ruso. Debemos ser nosotros mismos, sin detenernos, sino marchando hacia adelante en busca de mejores fórmulas de convivencia humana. Quizá esa fórmula sea una democracia socialista, es decir justicia social con libertad. Pero no queremos jugar con las palabras ni enneblinar —perdón por el neologismo— nuestras ideas en la vaguedad de los términos. Por socialismo entendemos la abolición de la propiedad privada de los bienes de producción, la existencia de una sola clase social y la producción de efectos sin propósito de lucro, sino para satisfacer necesidades colectivas. Democracia, ya lo sabemos: gobierno del pueblo y para el pueblo. ¿Y cómo llegar a esa democracia socialista, por medios violentos o por lentas reformas? Eso lo ignoramos. Tendrá que ser de conformidad con el desarrollo de eventos internacionales, con el suceder histórico en el próximo futuro. Nuestra preferencia, no la ocultamos, no queremos ocultarla, se inclina por los métodos pacíficos y humanos. Nos repugna la sangre derramada estéril·

mente, siglo tras siglo, con el pretexto de hacer la felicidad del hombre aquí en la tierra o en un paraíso extraterreno. Rechazamos todos los fanatismos y a todos los sectarios. Creemos que el ideal de superación humana sumado a una pasión fervorosa y creadora engendrarán una sociedad en que todos gocen de pan, de libertad y de los dones de la cultura.

¿Pero no es todo esto una vana ilusión nebulosa, como algunos seguramente pensarán? A nuestro juicio no lo es; no lo será si sabemos trabajar con método y paciente terquedad para alcanzar tales fines, obligación indeclinable de quienes no esperan del azar la solución de sus problemas fundamentales, sino que se adelantan a resolverlos con clara visión de sus intereses económicos, sociales y políticos. Necesitamos gobernantes austeros, de alta talla moral e intelectual, con visión ajustada del porvenir. No tiranuelos sin más programa que su ambición, ni tampoco políticos hábiles para capotear temporales, pero que ignoran el rumbo hacia el cual dirigir la nave para arribar a seguro puerto; y la elevación al poder de esos dirigentes superiores, depende a la corta o a la larga, de la organización que determinen los hombres libres de nuestra América, vasallos de la justicia y de la verdad.

EL PENSAMIENTO POLITICO Y ECONOMICO DEL PARTIDO LABORISTA INGLES*

Por *Jesús* REYES HEROLES

El título de esta plática fué sugerido, en forma por demás insinuante y atractiva, por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Acepté el compromiso de sustentar una charla bajo tal título, además por una inconsciencia en cuya gravedad habría de reparar más tarde, al percatarme de la escasez de mis conocimientos sobre el pensamiento político y económico del Partido Laborista, o mejor dicho, de lo poco que sabía sobre este pensamiento. Ante esta triste realidad, que tan mal parada dejaba mi afición a la ciencia política y a la economía, inicié la tarea de releer una serie de libros sobre el Laborismo y las corrientes políticas británicas. Repasé los ciclos de conferencias organizadas en diversas épocas por la Sociedad Fabiana; estudié el Programa del Partido Laborista que emanó del Congreso celebrado en Hastings en octubre de 1933; estudié cuidadosamente los resultados de la Conferencia celebrada por el Partido Laborista en Leicester; repasé el Estatuto del Partido Laborista de febrero de 1918, válido aún hoy, y el Programa de Acción conocido como "Laborismo y Orden Social" de junio de 1918 que se conoce como el PRIMER PROGRAMA del Partido Laborista; me detuve también en el programa de Birminghan de 1928, publicado bajo el nombre de "El Laborismo y La Nación" y que según Acuerdo del propio Laborismo constituye la síntesis de su doctrina; finalmente, leí ensayos y conferencias de prominentes Laboristas e ilustres Fabianos, como Laski, Cole, Rowse, Cripps, Dalton, Atlee, Trevelyan, Wise, Horrabin, Clay, Addison e incluso Bernard Shaw. Y después de ello, me encontraba igual que antes. Con la

* Conferencia leída en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística el 13 de abril último.

imposibilidad de precisar un cuerpo doctrinal que pudiese llamar y que me convenciese a mí mismo de ser el Pensamiento Político y Económico del Partido Laborista.

Después de esta expedición emprendida por textos y documentos y continuada más que por el deseo de preparar una conferencia, con el anhelo de lograr clarificación mental, orden y precisión en mis ideas sobre el significado del Laborismo británico llegué a la conclusión de que la causa de las dificultades en precisar la doctrina del Laborismo británico se encontraba en la índole y naturaleza de este movimiento. En la estructura y características del propio Laborismo es donde radica la dificultad para captar en una forma ordenada su programa, y esto no por pobreza de ideas en los cuadros dirigentes de tal Partido, sino por lo contrario: por riqueza de ideas.

Son tantas las ideas, los métodos concretos de acción, las tesis sobre problemas específicos, las transformaciones sufridas en programas Laboristas aprobados para diversas épocas; transformaciones de esencia e incluso disparidades y contradicciones, que se presentan grandes obstáculos para encuadrar en un cuerpo doctrinal o declaración de principios generales, estas ideas o métodos de acción. Para quien se pone a estudiar los aspectos económicos del Laborismo, resulta más fácil conocer con rigor el pensamiento del Partido Laborista sobre el tocino de cerdo o la producción y distribución de la leche, que la doctrina económica general del Laborismo; y quien se interese por los aspectos políticos, encontrará primero el plan Laborista para un Condado del sur de Gales —y ello precisamente en un estupendo ensayo sobre "El Gobierno Local y El Plan Socialista" del actual Primer Ministro Atlee— que la concepción política general del Laborismo británico.

Tal situación —que por lo demás si se observan los movimientos políticos de la historia no es nueva obedece a que el Laborismo británico es precisamente un movimiento, una *praxis* en que la realidad condiciona y determina la idea, refluyendo a su vez ésta en forma de acción sobre la realidad que la origina y sustenta. El Laborismo se ha hecho y se hace momento a momento, frente a realidades y problemas concretos; no es un bloque doctrinal que se adopta para dominar o al menos domesticar una realidad; no, se trata de un problema que al ser estudiado y resuelto se convierte en norma y principio político.

El Laborismo británico es, así, un movimiento dialéctico en el preciso sentido de la expresión. A ningún laborista británico puede aplicarse, ni siquiera a título ocasional, la anécdota atribuída a Lenín, de quien Fisher cuenta que le dijo a un amigo que iba a estudiar a la Biblioteca del Museo Británico en busca de una filosofía que apoyara sus planes revolucionarios.

Los principios del Laborismo británico han fluído de los hechos, surgido de las realidades mismas y en esto encontramos la primer característica del Partido Laborista, misma que es expresada con gran claridad por uno de los teóricos más serios y apreciables del Laborismo, G. D. H. Cole cuando dice: "El movimiento Laborista británico ofrece una serie de enigmas para el extranjero. No posee una base teórica firme, una doctrina económica; no posee ninguna concepción política del mundo. De poder hablar de una filosofía de Laborismo británico, habría que calificarla de oportunismo evolucionista. Evolucionista lo es hasta la médula, y oportunista también, al menos en el sentido de que la forma y el orden de los planes propuestos no obedece a ningún programa previamente elaborado, sino que nacen de las necesidades de la hora". De esta característica, señalada en forma tan precisa por Cole, deriva en gran parte la fuerza del Laborismo y su riqueza, no como doctrina o idea pura, sino como experiencia; esto es, idea en realización, doctrina en aplicación, auténtica *praxis.*

Pero la existencia de esta característica no significa carencia en el Laborismo de una idea central política y económica, de una idea madre de la cual se desprenden los distintos principios concretos que conducen a este movimiento. Si es difícil exponer integralmente el cuerpo doctrinal del Partido Laborista, es en cambio sencillo exponer su idea central: el Laborismo británico es un Partido conducido por un móvil socialista, es un Partido que pretende la socialización total de las fuentes de producción, o dicho con más exactitud, la readaptación de las fuentes de producción a las actuales formas de producción.

Si recordamos que Carlos Marx señalaba la antítesis fundamental de la sociedad capitalista en el hecho de que siendo en ésta las formas de producción colectivas, las fuentes de producción permanezcan siendo de propiedad individual; encontramos que en la pretensión del Laborismo británico de acondicionar o ajustar las fuentes de producción a las formas productivas, se da una idea central de tipo claramente socia-

lista. Este móvil socialista del Partido Laborista es debidamente establecido en sus Estatutos cuando señalan como finalidad política y económica del Laborismo: "Asegurar a los trabajadores manuales e intelectuales el producto íntegro de su actividad y su *distribución justa sobre la base de la posesión en común de los instrumentos de producción y mediante el mayor sistema de administración y control democráticos de las diversas industrias y ramas de la administración*".

Esta declaración, contenida en los Estatutos del Partido Laborista, define en forma clara el objetivo fundamental del Laborismo británico, su meta esencial; y en esta definición no encontramos ninguna diferencia entre los fines perseguidos por el Partido Laborista inglés y los fines que animan, tanto a las corrientes de socialismo humanista europeo continental, como a los distintos partidos comunistas del mundo. Quiere esto decir que por su idea central —socialización total de la sociedad como meta final— el Partido Laborista británico no se distingue de los distintos partidos o movimientos marxistas del mundo. Persigue, al igual que éstos, la implantación del socialismo.

Mas si por su objetivo fundamental el Partido Laborista británico no se distingue de los movimientos marxistas, en cambio se dan profundas diferencias en cuanto a los métodos de acción entre ambos movimientos; diferencias que, como se comprenderá, influyen decisivamente en la estructura general de las ideas que conducen a estos dos tipos de movimientos. Tales diferencias, que no son simplemente tácticas, sino que por ser estratégicas influyen en el cuerpo mismo de las ideas, provienen principalmente de la forma que estos movimientos políticos consideran adecuada para lograr el triunfo de sus ideas, la socialización de la sociedad.

Al paso que los partidos marxistas o mejor dicho marx-leninistas-stalinistas considerando de acuerdo con Marx al Estado el simple órgano de dominación de una clase o sea, en el presente, el instrumento de dominación de la clase capitalista, postulan la subversión violenta del capitalismo mediante el camino de la insurrección para a través de ésta implantar la dictadura del proletariado y con ella eliminar las clases antagónicas y llegar a la socialización total de la sociedad; el Laborismo cree posible llegar al socialismo por la vía democrática o para decirlo con las palabras de un distinguido profesor de Ciencia

Política, Lewis Rockow: siguiendo la práctica inglesa de contar las cabezas en lugar de cortarlas.

Marx haciendo la crítica del programa del Partido Obrero Alemán, Programa de Gotha, decía que este Partido pretendía dotar al Estado de fundamentos económicos, políticos y éticos sui géneris, situándolo por encima de la sociedad y que de ello provenía el error político fundamental de este Partido, en virtud de que el Estado no es más que el órgano de dominación de la clase capitalista, y el Partido Laborista británico cae en esta postura en cuanto considera que:

1) O bien se ha producido una evolución política no presenciada por Marx, que hace posible la implantación del socialismo en un país o simultáneamente en varios mediante triunfos electorales que garanticen una decisión socialista parlamentaria.

2) O, como lo asienta G. D. H. Cole, quizás existan varios "marxismos" en virtud de que cada movimiento debe aplicar la doctrina de Marx de acuerdo con las peculiaridades del medio en que le toca obrar y Gran Bretaña presenta tales circunstancias específicas que sólo un movimiento socialista con métodos democráticos puede adquirir fuerza.

Esto es, el principio Laborista de llegar al socialismo por caminos democráticos, sin subvertir violentamente el orden capitalista, se justifica adoptando la tesis sostenida por algunos partidos social-demócratas europeos continentales, en el sentido de que Marx no pudo estudiar la evolución democrática política operada con posterioridad a su muerte, evolución que abre perspectivas para el ascenso pacífico de los partidos socialistas al Poder y por consiguiente a la posibilidad de implantar el socialismo por decisión de una mayoría lograda en el Parlamento o se considera como lo hace Cole y otros autores, que la Gran Bretaña presenta tales modalidades en su estructura política, que el único tipo de partido socialista que puede alcanzar éxito en ese país es el que postule un plan de acción conciliable en su funcionamiento con las prácticas políticas y constitucionales que privan en ese país.

De cualquiera de estas explicaciones que se acepte, la conclusión a que los Laboristas llegan es la misma: La expectativa de lograr, para designar el fenómeno con la expresión de Laski, una revolución por consentimiento, la implantación del socialismo contando las cabezas y no cortándolas. Determinado este

camino, que destierra la violencia o la insurrección como instrumento de lucha del Partido Laborista, ningún partido o movimiento del mundo ha estudiado con tanto cuidado, detenimiento e incluso minuciosidad, los distintos problemas que en la etapa de transición —o sea la comprendida entre el arribo democrático al Poder del Partido Laborista y la socialización total de la sociedad— como los hombres del Partido Laborista.

La Sociedad Fabiana —fundada en 1883 y que canaliza toda la voluntad y la capacidad de esa gran pareja del movimiento social internacional que constituyeron los esposos Webb—. Sociedad que influye grandemente en la evolución del mundo a través de una doble proyección: la teórica consistente en originar la Escuela de Economía de Londres y la práctica que radica en nutrir y estructurar el Partido Laborista británico, ha organizado con regularidad círculos de estudios, conferencias y seminarios para precisar con todo cuidado las características de la transición. En estas reuniones se han expresado por conspicuos Laboristas o Fabianos las tesis más diversas, desde las que parecían predicar un simple conformismo del movimiento socialista a los impulsos de las corrientes políticas o sociales estrictamente capitalistas, hasta teorías extremas antievolucionistas y violentas como la expuesta por G. Bernard Shaw que al ocuparse de este problema llamó a su conferencia "Ensalzando a Guido Fawkes", y debe aclararse que Guido Fawkes fué quien en 1605 intentó dinamitar el Parlamento Inglés. De estas discusiones y puntos de vista dispares, se llegó con el transcurso del tiempo a precisar, en una forma rigurosa, la posición del Partido Laborista en la etapa de transición y las tareas concretas que en esta etapa tendrían que realizarse. Singularmente claros en el aspecto político de la modificación pacífica o no violenta de las bases de la sociedad capitalista que pretende el Partido Laborista inglés, son dos estudios debidos a Stafford Cripps.

En uno de ellos Cripps se pregunta si se puede llegar al socialismo por métodos constitucionales y llega a la conclusión de que ello es perfectamente factible en la Gran Bretaña, y que precisamente el camino adecuado para el triunfo del socialismo en Inglaterra es el que destierra la violencia y la insurrección. Sin embargo y esto es conveniente aclararlo, tal tesis no debe interpretarse en el sentido de que el Laborismo por pacifismo condena la violencia; la condena porque la cree innecesaria.

El mismo Cripps señala que si el capitalismo británico por medios extraparlamentarios pretendiera obstruccionar la realización no violenta de un programa socialista, el Partido Laborista se vería obligado a demostrar su capacidad para usar de la coacción en las dosis convenientes. En el otro estudio, Cripps se ocupa de "Las Instituciones Parlamentarias y la Transición Hacia el Socialismo" y en él sostiene que si bien es difícil conciliar el funcionamiento tradicional del Parlamento británico con la celeridad que deberá animar a un Gobierno Laborista en la etapa de transición, sobre todo por la existencia de una aparente disyuntiva entre democracia y eficacia, es indispensable para el Partido Laborista Inglés introducir temperancias en el funcionamiento del parlamentarismo británico, a fin de que este cuerpo político resulte un instrumento apto para la realización de un programa socialista. Se trata —dice Cripps— de respetando la esencia del régimen parlamentario, encontrar un mecanismo de gobierno que preservando los conceptos fundamentales de democracia y libertad, permita la realización, tan acelerada como sea necesaria, de un programa integralmente socialista.

Los modelos de las revoluciones en Inglaterra no corresponden a los existentes en otros países. En Inglaterra las revoluciones se han hecho en el pasado dejando un firme puente entre lo secular y lo nuevo, la tradición y la innovación. Nunca se han hecho experimentos que no mantengan una liga con el pasado. Se han hecho, valga la paradoja, revoluciones conservadoramente. En el año de 1832 Inglaterra encuentra su modelo de revolución: revolución, cambio radical, transformación sustancial, logrado pacíficamente; en una palabra, revoluciones por consentimiento.

Pero en el fondo de este principio Laborista de llegar al socialismo sin violencia, late una idea fundamental: el respeto a la libertad del hombre, la comprensión cabal de la idea individual, el hombre como libertad espiritual. Cuando el Laborismo afirma su pretensión de implantar el socialismo por la vía pacífica expresa su propósito de llegar al socialismo por consentimiento, es decir, respetando la libertad de decisión de los individuos —liberalismo político— manifestada mediante el principio de las mayorías —democracia política— en un aparato político respetuoso y restringido por el reconocimiento de una esfera de acción propia del individuo.

De esta tesis el Laborismo habría de arribar a la afirmación de un socialismo personalista, enaltecedor de la dignidad humana, tanto en la etapa de socialismo pleno como en la fase de transición. El programa Laborista de junio de 1918 —"Laborismo y Orden Social"— debido en gran parte a Sidney Webb, consigna ya en forma sencilla y llana este principio de socialismo personalista, al declarar que es finalidad del Laborismo en materia de mínimun de vida "esforzarse en asegurar una existencia sana y una situación política digna a todos los individuos de la comunidad" y al señalar que este postulado no es una exigencia de clase, sino una demanda del hombre. El programa Laborista de 1928 —"Laborismo y Nación"— es explícito en este sentido: "El Partido —estatuye— no habla como representante de esta clase o de la otra, sino como un órgano político cuya misión consiste en expresar las necesidades e interpretar las demandas de aquellos sobre quienes gravita la función del trabajo impuesta al hombre por el destino. Todos saben que lo que da coherencia a la sociedad no es la propiedad ociosa, sino la actividad creadora, y que el mundo puede convertirse en una vivienda mejor para las generaciones futuras si la ciencia, la cooperación y los servicios colectivos son acertadamente orientados hacia el bienestar común". El trabajo como destino y dignidad del hombre, la actividad creadora como directriz del bien común, son expresiones de la idea Laborista de que el hombre se encuentra en la cumbre de todos los valores, es decir, ponen de realce el sentido personalista del socialismo que anima al Laborismo británico.

Ahora bien, es conveniente detenerse un poco en este aspecto del Laborismo británico. En los círculos socialistas del continente europeo, se ha discutido si el marxismo es personalista o transpersonalista, si su valor supremo es el hombre o si éste en la arquitectura doctrinal del marxismo y dentro de los fines perseguidos por esta corriente, es un sub-valor o un valor subsidiario. Teóricos hay, como el gran doctrinario italiano Rodolfo Mondolfo, que estudiando los textos del Marx juvenil, encuentra dotado al marxismo de un amplio sentido humanista o personalista. Otros teóricos, por lo demás sin calificar la naturaleza de la solución, consideran que el marxismo es transpersonalista, por situar totalmente los valores colectivos por encima de la idea individual de la persona humana. Pero la polémica ha partido de considerar el aspecto final

del marxismo, la sociedad socialista en última instancia y no el marxismo en fase de realización.

Visto desde este último ángulo el problema, es indudable que el marxismo en fase de realización sí supone etapas de claro transpersonalismo para el destino humano. La dictadura del proletariado, en que el Estado es un instrumento encaminado a vencer las clases antagónicas al proletariado, es por ejemplo, una típica etapa transpersonalista, dado que en ella difícilmente puede concebirse al aparato político respetuoso de la libertad espiritual y frenándose ante la dignidad individual.

De esta situación derivó la formación de los distintos socialismos personalistas europeos. El socialismo humanista francés, con una brillantez literaria y oratoria, que encuentra su antecedente en Jean Jaures y su culminación quizás en León Blum, no precisa tesis sino que enuncia simples principios abiertos a una configuración ulterior; y ante la última guerra, con un sentido de frustración y circunstancial derrota, se intenta estructurar en doctrina, un poco con un sentido nacionalista de afirmar a Francia, con el libro "A la Medida Humana" escrito por Blum en la prisión. También, en postura snobista y queriendo aplicar la psicología al campo social, surge el socialismo ético —personalista por ético— de Henri de Man que se frustra en lamentable colaboracionismo con el nazismo tan pronto la guerra estalla. En España, don Fernando de los Ríos queriendo precisar "El Sentido Humanista del Socialismo", abre las puertas de las ciencias sociales a un estetismo poco apto para las inquietudes y necesidades del hombre de nuestro siglo. En Italia finalmente, ante el fenómeno del fascismo, que enseña a los dirigentes socialistas lo que es carecer de libertad en cuerpo propio, precisamente en la prisión, surge el libro de un gran luchador Carlos Rosselli, llamado con claridad y sentimiento de profecía o de simple presentimiento "Socialismo Liberal".

Es decir, el socialismo continental europeo por razones puramente doctrinarias o más precisamente de carácter meramente intelectual o bien por experimentar en las propias filas del socialismo el significado concreto de un régimen que declarando perseguir fines de justicia social negaba el valor del liberalismo tanto en su aspecto económico-social como ético-político —esto último el caso de Rosselli ante el fascismo—, descubre o precisa la necesidad de que las aspiraciones de carácter

social y las técnicas de tipo económico del socialismo no lesionen la idea de libertad del hombre. Rosselli con franqueza denomina a su libro "Socialismo Liberal", esto es, afirma la posibilidad de conciliar la existencia de un régimen de justicia social y por lo consiguiente antitético de los principios económicos del Liberalismo con la preservación de la libertad personal.

El Laborismo británico, que viene a afirmar la necesidad de un socialismo personalista tanto en la etapa de transición como en la fase definitiva de socialización total de la Sociedad, no llega a esta conclusión por el mismo camino que el socialismo continental europeo. No es por razones meramente intelectualistas ni por haber sufrido experiencias totalitarias por lo que el Laborismo británico se declara personalista. Es el sentido pragmático de los cuadros dirigentes del Partido Laborista, su oportunismo en el buen sentido de esta expresión y el aprovechamiento riguroso de la rica evolución política de Inglaterra, lo que en una forma insensible y casi imperceptible hace que el socialismo que preconiza el Laborismo británico esté conducido por el propósito de armonizar la justicia social con la idea de libertad espiritual.

Harold J. Laski habla de una Democracia Planificada con libertad, es decir, sostiene en una forma brillante la idea de planificar la economía, de hacer al Estado intervenir en la vida económica mediante nacionalizaciones y controles, salvando la libertad espiritual. Más tarde el gran teórico alemán Karl Mannheim, al publicar uno de los libros más importantes de nuestra época "Libertad y Planificación", se nutrirá de la experiencia británica que ofrece técnicas de intervención del Estado en la vida económica estrictamente respetuosas de la libertad personal.

Mas lo importante es precisar el deslinde que el Laborismo británico realiza de los derechos del individuo; deslinde o precisión que le permite separar lo valioso y respetable de estos derechos de aquello que es necesario modificar o desterrar definitivamente, para lograr la existencia de un auténtico socialismo liberal.

Para señalar este deslinde en una forma gráfica, nada menos que recurrir a una vieja frase de Voltaire, quien decía: "Propiedad y libertad he ahí un inglés". Los autores clásicos de ciencia política inglesa y fundamentalmente Locke sostu-

vieron la necesidad de que como límite a la acción del Estado se erigieran los derechos del individuo, derechos que comprendían fundamentalmente dos aspectos: Los derechos patrimoniales, es decir, el derecho de propiedad individual y los derechos de libertad. El Partido Laborista en su idea de lograr un socialismo personalista, sostiene la necesidad de modificar e incluso en la etapa final desterrar el derecho del individuo a la propiedad, como único medio de afirmar y salvar el derecho del individuo a la libertad. Es decir, el Laborismo pretende que el hombre sólo es libertad y no propiedad.

En esta forma, el Partido Laborista viene a enjuiciar la forma histórica del Liberalismo, conservando e incluso adoptando por así decirlo los principios ético-políticos de esta forma histórica, principios que garantizan la existencia de un régimen político que esté al servicio de la libertad espiritual de la persona humana. En cambio, el Laborismo prescinde de los elementos económico-sociales del Liberalismo, o sea del aspecto patrimonial de los derechos del individuo y consecuentemente del postulado de abstinencia del Estado en la vida económica.

Puede pues formularse esta conclusión precisa: el Laborismo británico, por pragmatismo y observación de la rica evolución política de Inglaterra, afirma la posibilidad tanto en la etapa de transición al socialismo como en la fase de pleno socialismo, de que respetando la libertad espiritual y política del individuo exista un régimen movido por la idea socialista o cabalmente socialista.

Pero no se crea que el Laborismo británico en su idea de llegar al socialismo por métodos no violentos por el camino de la democracia política y en su afán de ser personalista cae en el error de ignorar cuál es la composición real de las fuerzas económicas y sociales y, por consiguiente, política, de la sociedad contemporánea. Al Laborismo británico no se le puede hacer el reproche —válido para la social democracia de Weimar y para las fuerzas de la República Española— de caer en un formalismo político ignorante del cuadro real de la sociedad contemporánea. El Laborismo no ignora que el Estado, en el presente, no está constituído por el simple aparato gubernamental, pues distingue con precisión el continente del contenido; por ello no cae ni ha caído en confusiones que le conduzcan a sobreestimar el valor de su llegada al Poder Político.

Al respecto, es conveniente señalar que dos de los teóricos más importantes del Laborismo británico, que son Harold J. Laski y G. D. H. Cole, pertenecen a la corriente política conocida con el nombre de pluralismo, tendencia que parte precisamente de distinguir en forma rigurosa sociedad y Estado. El pluralismo afirma *grosso modo* que frente al Poder Político del Estado existen en la actualidad centros de poder o grupos de presión perfectamente equiparables en su fuerza al Estado mismo. Los grupos financieros, las entidades representativas de intereses económicos, las centrales obreras, los simples clubes sociales o asociaciones sociales, son entes que tienen poder o algo parecido al poder.

Siguiendo las directrices generales de la corriente pluralista, el Laborismo británico distingue perfectamente el cuadro real de la sociedad contemporánea y evita confundir el Estado con el aparato gubernamental. Mucho antes del arribo del Laborismo al Gobierno, Sir Stafford Cripps señalaba que para introducir grandes cambios en la estructura del Estado, además de obtener un mandato mayoritario del pueblo británico, el Laborismo debería obrar en el Gobierno con métodos concretos económicos, con gran celeridad, ya que: "La demora tiene que ser forzosamente fatal, porque proporcionará la oportunidad al Poder Económico extraparlamentario de llevar la destrucción al Gobierno democráticamente elegido". La distinción hecha por el Laborismo entre sociedad y Estado y siendo el propio Laborismo partidario de llegar a la socialización total de la sociedad por un camino no violento, hace que no caiga en el utopismo o ceguera de ignorar cuál es la estructuración real del poder en la sociedad contemporánea. Por ello prevé minuciosamente los métodos necesarios para quebrantar las fuerzas reales de la sociedad que podrían oponerse a los fines perseguidos por el Laborismo.

Debido a ello el Partido Laborista planteó en conferencias, reuniones y círculos de estudio, desde mucho antes de su llegada al poder, la necesidad de que un gobierno Laborista realizara un estricto control de las finanzas y de los financieros, un control socialista de la industria y un control estatal de la política de alimentación y suministros.

Vamos a continuación a ocuparnos de las ideas fundamentales que animan al Laborismo en esta materia y de las realizaciones concretas existentes al presente.

En la conferencia celebrada por el Partido Laborista en Leicester se aprobó la llamada resolución Travelyan, consistente en que un gobierno Laborista debería estar animado por la inconmovible determinación de seguir métodos socialistas "cualesquiera que sean los obstáculos que se presenten"; además, se señaló que el Partido Laborista sólo aceptaría el Poder con ese propósito y únicamente "durante el tiempo que fuese posible seguir ese camino".

La resolución Travelyan, como se ve, venía a dar la directriz definitiva en materia económica de un Gobierno Laborista; comentándola, E. F. Wise decía que debería ser tal la acción del Gobierno Laborista en cuanto a la socialización de las fuentes de producción y de los servicios, que cualquier gobierno que le sucediese no pudiese "ni aun siquiera intentar la reconstrucción del sistema capitalista por meras revocaciones legislativas o por otros medios; debemos —dice Wise— *hacer tal tortilla que sea imposible que los huevos se puedan volver a sus cáscaras*". De acuerdo pues con esta directriz, el Partido Laborista en el Gobierno hizo planes encaminados a lograr una planificación económica guiada por fines socialistas a largo plazo.

Esta planeación con fines socialistas se hacía desde luego suponiendo que los cambios en la distribución de la riqueza no serían radicales en tanto no se llegase a una plena socialización, puesto que el período de modificación económica acarrearía alteraciones que repercutirían en el complejo económico de Inglaterra, e impedirían modificaciones sustanciales en la distribución de la riqueza.

Para el desarrollo de esta planeación socialista se suponía desde luego:

a) El control de las finanzas;

b) El control de la industria;

c) Una política de alimentación y suministros; y

d) Implantación e intensificación de planes de Seguridad Social, y extensión de los servicios sociales.

Procuraremos esquemáticamente señalar las ideas que afirman al Laborismo en cada uno de estos puntos y las realizaciones concretas de ellos.

En las conferencias celebradas por el Partido Laborista en Leicester y en Scarborough, se adoptaron resoluciones sobre política financiera que fueron renovadas esencialmente en 1945 como promesas electorales del Partido Laborista. En torno a

estas resoluciones surgieron una serie de trabajos concretos de conspicuos laboristas, de los cuales los más importantes para obtener una visión de las ideas esenciales del Laborismo a este respecto, están constituídos por el ensayo de Hugh Dalton sobre "Las Instituciones Financieras en la Transición" y el ya citado de E. F. Wise sobre "El Control de las Finanzas y de los Financieros".

De los puntos aprobados en Leicester y Scarborough y de los comentarios formulados por los autores que hemos citado, se ve con claridad que los puntos concretos en lo relativo a control financiero eran los siguientes:

a) Nacionalización del Banco de Inglaterra y expectativa de transferencia inmediata de los principales bancos de depósito y esencialmente de los llamados "5 Grandes", o sean Lloyd, Westminster, Barclay, Midland y National;

b) Control de las inversiones e intervención en la Bolsa y mercado de valores;

c) Dirección monetaria a fin de cumplir los fines económicos y sociales del Partido Laborista; y

d) Aumento de las tasas impositivas sobre la Renta, utilidades y transmisión de herencias.

Se puede decir con plena seguridad que en relación con estos puntos, el Partido Laborista ha marchado a la zaga de sus propósitos y que ya en el programa o promesas electorales formuladas en 1945 se opera una reducción en relación con estas metas. Desde luego se nacionalizó el Banco de Inglaterra y se ha dirigido la moneda de acuerdo con los fines sociales y económicos del Laborismo, pero en cambio no se realizó la transferencia de los bancos privados y todavía se observaron en relación con la devaluación de la libra esterlina, severas críticas a la política gubernamental hechas por los presidentes de los bancos "Barclay" y "District".

En relación con el mercado de valores y con la Bolsa, la intervención estatal ha sido de regulación y un tanto supletoria con objeto de sostener valores del Estado.

En lo que respecta a inversiones, la influencia estatal —canalizando dichas inversiones— ha sido un tanto mayor, habiéndose logrado al respecto dedicar una gran parte de los ingresos nacionales al desarrollo del capital a través de bienes de producción. Se calcula que la quinta parte del total de los ingresos nacionales se ha encauzado al desarrollo del capital. Ha fun-

cionado una Junta de Inversiones que ha operado al parecer eficientemente.

Igualmente se ha practicado la política impositiva prevista a tal punto, que los ingresos del Estado han constituído más de la tercera parte del total del ingreso nacional —alrededor de 10,000 millones de libras—, habiendo alcanzado en 1948 la suma de 4,073 millones de libras esterlinas y durante 1949 la de 3,840 millones de libras esterlinas.

Los impuestos sobre ingresos alcanzan un promedio básico de 45% y los impuestos sobre compras van desde un 33⅓ hasta el 100%, exceptuando artículos de consumo necesario —que incluso han sido subsidiados— y vestidos baratos.

En el programa de Sir Stafford Cripps, anunciado el 27 de septiembre de 1940, se aumentó del 25% al 30% el impuesto sobre utilidades distribuídas.

De modo pues, que esencialmente en materia de impuestos y control de inversiones, se han cumplido los puntos aprobados en las conferencias de Leicester y Scarborough.

El control de la industria ha sido uno de los puntos de acción más estudiados por los hombres del Partido Laborista. Desde luego se han considerado fundamentalmente las condiciones que en esta materia deben privar en la etapa de transición, concluyéndose al respecto que aun cuando el control obrero sobre las fuentes de producción es un paso de gran importancia en el camino de la socialización, dicho control no es aconsejable en la etapa de transición, en que como se comprenderá, existen intereses que desearían el fracaso de estas experiencias, como indicio del fracaso de una concepción política general.

Pensando además el Laborismo británico, que en la etapa de transición por lo mismo que el Estado se encuentra en manos de las fuerzas socialistas, él opera como un instrumento impulsador de la socialización y representando en esta fase los intereses colectivos, el Partido Laborista estableció como norma en la fase de transición, un control estatal sobre la industria, encaminado a largo plazo a lograr la readaptación de las fuentes de producción a las formas productivas, pero condicionado a una serie de circunstancias que pueden significar que de inmediato dicho control no se traduzca en las ramas concretas en que se realice en mejoramiento sensible para los sectores que laboren en dichas ramas. Este punto se halla, como se enten-

derá, estrechamente ligado con la idea Laborista de que la etapa de transición no supone necesariamente una mejor o más acertada distribución de la riqueza.

El control de la industria en la etapa de transición es estudiado en detalle por G. D. H. Cole en su ensayo "El Control Socialista de la Industria" y por A. L. Rowse en su trabajo "La Industria en la Transición hacia el Socialismo".

Desde luego el Laborismo antes de su arribo al Poder había planteado con respecto a su plan de control industrial, la necesidad de una ley general de autorizaciones que permitiera al Gobierno —sin recurrir en cada caso concreto al Parlamento— nacionalizar las industrias que juzgara pertinente de acuerdo con sus planes; en este punto los doctrinarios del Laborismo cargan singularmente el acento. Sin embargo, por una serie de circunstancias políticas, esta idea no ha sido realizada y por lo consiguiente las nacionalizaciones de industrias no han podido ser llevadas a cabo en algunos casos con la oportunidad requerida ni ha dispuesto el Gobierno Laborista de la elasticidad necesaria, por carecer de una auténtica ley general de autorización de nacionalizaciones.

Las discusiones y los problemas existentes alrededor de la proyectada nacionalización de la industria del hierro y acero, revelan la evidencia de esta última afirmación.

Los doctrinarios Laboristas se plantean con respecto al control industrial en la etapa de transición, el problema de la profundidad y extensión de dicho control. Admiten que una planificación auténticamente socialista de la industria sólo es posible sobre la base de una socialización total de la propia industria; pero como de acuerdo con los métodos de lucha adoptados por este Partido tal cosa no es posible, el Laborismo se inclina por el control fragmentario o individual de ramas industriales, considerando que este control al traducirse en un fortalecimiento del Estado, animado por la idea socialista, y al brindar la posibilidad de impulsar una capitalización que permita una mejor distribución de la riqueza, constituye de por sí un impulso a la socialización de las fuentes de producción. Así pues, el Laborismo adopta con respecto al control industrial un plan parcial y fragmentario.

Aparte de estas premisas sobre control industrial, otra idea general del Laborismo consiste en sostener que realizar un control estatal, aun cuando sea fragmentario, permitirá operar en

gran proporción en las industrias nacionalizadas sobre la base de los rendimientos parciales de ramas de la producción y no sobre el principio capitalista de rendimientos individuales por empresas, lo que en el supuesto de un control realizado en industrias básicas, puede permitir incluso adelantos tecnológicos de tipo general. Principio que al igual que los anteriores adquiere plena vigencia, si se considera que los planes laboristas en materia de control industrial partían de la idea de considerar una Banca integralmente nacionalizada y por lo consiguiente un mecanismo monetario y crediticio al servicio de fines económicos generales.

Las industrias nacionalizadas en Inglaterra, de acuerdo con estos planes son las siguientes: producción de carbón; instalaciones productoras de gas; la de electricidad; transportes interiores por caminos y canales; ferrocarriles; líneas aéreas y cables e inalámbrica.

Se encuentran pendientes de nacionalización, de acuerdo con el programa dado a conocer por el Partido Laborista en abril de 1949: las compañías productoras de cemento, ciertos tipos de compañías de seguros de vida, las compañías privadas de abastecimiento de agua, la industria de fabricación y refinación de azúcar, aparte del caso muy especial de la nacionalización de la industria del hierro y del acero.

La nacionalización de la industria del hierro y del acero que aproximadamente supondría el control estatal sobre 100 importantes fábricas —ante la oposición de la Cámara de los Lores y de los miembros conservadores de la Cámara de los Comunes y no queriendo el Gobierno Laborista recurrir a la autorización que tiene para el caso de oposición de los Lores prescindir del veto de este organismo y seguir adelante en su labor— fué, en gesto de auténtica honestidad política, diferida y, por lo consiguiente, condicionada a las últimas elecciones. De acuerdo con este último trámite y de no presentarse modificación en el futuro, la ley que nacionaliza la industria del hierro y del acero deberá ser puesta en vigor el 1º de octubre de 1950.

Vamos, aun cuando a título meramente marginal, a hacer algunas consideraciones en torno a la política social realizada por el Partido Laborista. Desde luego dos son los principios rectores de esta política:

a) El empleo pleno; y

b) La seguridad social.

En torno a estos principios ha girado fundamentalmente la política social del Laborismo, ya que en lo que toca a política de salarios ésta se ha encontrado estrictamente condicionada por las difíciles circunstancias económicas del país; y aun cuando en algunas ramas industriales se implantó la escala móvil del salario, en realidad los salarios nominales de Inglaterra han estado en otros renglones congelados, habiéndose aumentado en forma muy medida el poder adquisitivo de las clases laborantes, mediante subsidios y controles de precios de los artículos de primera necesidad.

El principio de empleo pleno que ha conducido la política social Laborista y que incluso ha condicionado positivamente los aumentos de salario —siguiendo la norma de que es preferible máximo empleo a salarios económicamente máximos—, ha sido sostenido enérgicamente por el Partido Laborista; al respecto hay que recordar que en las juntas celebradas por los ministros de Finanzas de Inglaterra, Canadá y los Estados Unidos en septiembre de 1949, en relación con la crisis británica, el Laborismo logró que se justificara su línea política de empleo pleno.

No obstante estar conducido por este principio, el Laborismo no ha podido eliminar el paro estructural, habiendo incluso aumentado aun cuando en mínima proporción.

En lo que se refiere a la seguridad social, la idea esencial ha estado constituída por lograr la meta del seguro *de la cuna a la tumba.* Para el logro de este propósito fué necesario la llamada socialización de la medicina, emprendida con una audacia increíble y que es el primer gran experimento de socialización de servicios en un país de estructura preponderantemente capitalista.

Sobre la acción política en el futuro inmediato del Partido Laborista, parece ser que a pesar de la presión de ciertos grupos dentro de las filas del propio Partido —que piden se respete la resolución de Travelyan de la conferencia de Leicester, en virtud del precario triunfo electoral logrado por el Partido Laborista— creemos que éste hará una pausa en sus planes de socialización.

Hemos procurado anteriormente describir los principios y realizaciones esenciales del Partido Laborista. Para el éxito de

alguna de estas realizaciones se ha contado con el hecho de que después de una guerra, la posibilidad de acción humana parece ensancharse dado que los pueblos se sujetan más fácilmente a la disciplina. Por el contrario, el Laborismo británico en el Poder ha tropezado con las casi insuperables dificultades que provienen de la economía mundial dislocada que en el presente existe y con la existencia de dos bloques de naciones que han obligado a limitar en parte el programa Laborista. Al respecto —para que se mida esta limitación— es conveniente señalar que el presupuesto de guerra de Gran Bretaña ha llegado a alcanzar casi el doble de las asignaciones destinadas a la seguridad social.

Finalmente, los Laboristas británicos se han enfrentado a otro hecho que ha limitado su posibilidad de acción en materia económica: los rendimientos por inversiones inglesas en el exterior han terminado. Inglaterra ha dejado de ser país acreedor y rentista y esto necesariamente ha supuesto falta de recursos económicos para la planeación Laborista.

La valoración de la experiencia Laborista es difícil de hacer. En las recientes elecciones usó el Partido Laborista de una anécdota simbólica: preguntaban a un minero inglés cuál era la clase privilegiada en Inglaterra con el régimen Laborista y éste respondió: *"es la clase que está en la cuna"*. Esta clase emitirá el juicio definitivo sobre el Laborismo.

Nosotros, por lo pronto, para aquilatar y medir al laborismo como experiencia, quizás tengamos que seguir el consejo del sabio Montaigne: "El mundo es un aprendizaje: no gana el que llega, sino el que corre mejor".

DE LINCOLN A FRANCO

Por *Mariano RUIZ-FUNES*

1. *Prólogo anecdótico*

Pocos meses después de proclamarse la República Española, un alto diplomático norteamericano exhibía, en una fiesta oficial, una condecoración que llevaba como distintivo la bandera patria. El diplomático, en un acto solemne de la nueva República, lucía inconscientemente la de la monarquía derrotada por el pueblo. ¿Se había enterado del cambio de régimen? La pregunta constituye una interpretación benévola de su extraña actitud.

El hecho se ha repetido a la inversa unos años después. Un millonario norteamericano, McCormick, propietario del importante periódico *Chicago Tribune,* ha hecho un viaje a España en febrero pasado. Llegó al aeródromo de Barajas en su avión particular, que entre los pabellones de otros países, lucía pintada en su cubierta la bandera tricolor de la República Española. Advertido hostilmente por un militar de los que lo esperaban en representación del Generalísimo, ordenó instruir expediente contra el mal informado que le puso en ridículo. McCormick ha sido recibido por el dictador español.

Estas dos anécdotas demuestran la tardanza de algunos norteamericanos en enterarse de los cambios de bandera que ocurren en España. Decimos algunos, porque cometeríamos un error y una injusticia si pretendiéramos identificar al gran pueblo de Washington, Lincoln y Roosevelt con unos diplomáticos distraídos, unos millonarios mal informados o ciertos senadores descendientes de los que negaron su aprobación antes al Tratado de Versalles y ahora a los créditos para una Inglaterra gobernada por los laboristas. Hay, sin embargo, un hecho que se impone al historiador imparcial. La actual política de Washington está dirigida por diplomáticos, por periódicos de millonarios y por senadores más o menos poseídos por el frenesí y por el miedo.

Las futuras generaciones de mi patria espero que no olviden el nombre de Mr. Hayes. Profesor de historia moderna en la Universidad de Colombia, enemigo implacable de la Revolución francesa —¡a pesar del tiempo transcurrido!— y embajador de Norteamérica en España durante la última guerra, gracias a uno de esos afanes conciliatorios con que el finado Mr. Roosevelt pretendía apaciguar a la opinión reaccionaria norteamericana.

En 1943, Mr. Hayes declaró que el régimen político español era similar al nazismo y al fascismo. No veló su pensamiento sobre el sistema unipartidario imperante entonces en España. Mr. Hayes no podía comprender que se crearan partidos por ministerio de la ley; que no hubiera en un país más opinión pública que la consentida oficialmente; que la disciplina militar se identificara con la disciplina política; que los principios políticos fueran un dogma al que había que prestar la fe ciega de los fanáticos; que la prensa estuviera sojuzgada y hablara un mismo lenguaje; que la policía de la libertad implicara su rotunda negación; que la Iglesia católica asumiera un poder temporal desconocido en los fastos imperialistas del papado, y que las creencias fueran obligatorias y la duda sancionada por la ley.

La hostilidad, manifiesta y contumaz, contra las democracias aliadas y sus representantes, impresionó penosamente al historiador católico. Sus informes coinciden con los del embajador inglés de entonces, Sir Samuel Hoare, que compartió con él la triste condición de víctima, aunque no les ligaran nunca las mejores relaciones privadas.

Los testimonios de ambos embajadores han sido publicados en sendos libros. El de Mr. Hoare es adverso a Franco; el de Mr. Hayes, favorable. Mr. Hoare no es historiador; lo es Mr. Hayes. Tal circunstancia confiere a su posición una originalidad paradójica. La historia vivida por Mr. Hayes es adversa a Franco; la escrita, favorable. A Mr. Hayes debe el franquismo una victoria. La autoridad que goza Mr. Hayes entre los católicos norteamericanos la ha explotado el historiador ambivalente en beneficio de Franco. Mr. Hayes nos ha hecho, a los republicanos españoles y a España, un daño inmenso. Sus juicios históricos están impregnados de un falso pragmatismo, que se aproxima a la inconsecuencia, pésima inspiración para la conducta de los hombres. A fuerza de querer ser hábil,

reduce el alma humana a una suma frívola de malas conveniencias y supone que la misión de los hombres consiste sólo, según una famosa frase de don Antonio Maura, en subirse a la trasera de las carrozas triunfales. La crítica histórica ¿forma parte de la especialidad de Mr. Hayes? A propósito de un ejemplar de la picaresca española, avanza el historiador el siguiente juicio. Su "reputación de haber sido partidario del Eje. . . lo hará probablemente más ansioso de cooperar con nosotros, ahora que nuestras armas comienzan a triunfar". Mr. Hayes encuentra en la inmoralidad la única raíz del comportamiento. Su historia no está inspirada por Clío, sino por Penélope, que teje y desteje a su antojo la tela frágil del decoro.

2. *La tragedia*

LA tragedia fué la guerra española. Algunos de sus protagonistas no se han enterado de ello; pero, como decía uno de nuestros más grandes políticos, la tragedia existe aunque los protagonistas no se den cuenta. Tampoco se han informado de su verdad algunos historiadores. Prueba de ello es el caso de uno, profesor de cierta Universidad inglesa, que renunció a comprender nuestra verdad cuando un eminente colega suyo y compatriota mío comenzó a demostrarle que la guerra española no había sido ni una guerra civil ni una lucha entre el comunismo y el fascismo. Conforme iban aumentando las complicaciones de la dramática verdad española, iba renunciando a comprenderlas el historiador anglosajón. Prefería la sencilla explicación de un antagonismo político de dos extremos, a los matices y las complejidades de la verdad histórica.

La guerra española fué una lucha nacional e internacional, militar y civil, con una iglesia dividida;[1] con unos excesos, siempre iniciados por los sublevados; primer episodio de una guerra universal, con variedad en las fuerzas políticas: monárquicos, carlistas, falangistas, de una parte; de la otra, una gama múltiple integrada por católicos de derecha, republicanos de todas las tendencias, masas obreras de todas las sindicales, socialistas y comunistas.

Franco no supo administrar una victoria en la que le cabía la menor parte. En primer término extremó la crueldad, en

[1] Ejemplo, la Compañía de Jesús. Entre sus miembros hay franquistas, antifranquistas y neutrales.

contraste con una cierta benevolencia por parte de sus aliados. Sus tropas fueron implacables, mejor dicho, los mandos de estas tropas. Los cuerpos italianos que ocuparon con el ejército nacional importantes ciudades españolas, resultaron más comprensivos y generosos, hasta que los mismos españoles anularon esa disposición para aniquilar a sus hermanos enemigos.

La llamada "causa general de la dominación roja en España", instruída y publicada por los servicios franquistas de información, es una prueba de este delirio persecutorio que no repara en los medios. Acusaciones falsas, testimonios obtenidos por la violencia o por la corrupción, forman la trama de este singular documento, al que pudiera aplicarse el concepto de dos psicoanalistas eminentes, Alexander y Staub, llamándole el "vertedero de todos los sadismos". Con ese documento se combate a los republicanos once años después de una derrota sin victoria, que no fué el triunfo sobre unos ejércitos, sino el aniquilamiento de una patria.

El diario *Combat* de París denunciaba, a los diez años del supuesto triunfo de Franco, la continuación no interrumpida, de la guerra española y calificaba al régimen salvador de la civilización occidental de "ensayo de perversión perniciosa de la conciencia de un pueblo". Este ensayo, por todos los medios de propaganda conocidos, se ha inspirado, según *Combat,* en los tres principios siguientes:

a) Repetición diaria, durante diez años, del *leit motiv* de la historia y del derrotado, a fin de que nadie pueda escaparse de la noción de vencido, como no sea abandonando la causa con la que estaba compenetrado.

b) Dosificación perversa y falsa o rumores alterados, acerca de la política de los republicanos y de la internacional, para que la gente "se canse de seguir el hilo conductor de las ideas" y se abandone con facilidad a un gregarismo cómodo y simple.

c) Corrupción, universalmente practicada por todos los medios, el dinero para los ávidos, los placeres para los viciosos, la adulación para los vanidosos, y presión constante "sobre las personas responsables y clarividentes que quedan todavía en el país, para hacerlas entrar en el juego franquista, de modo que cualquier cambio de régimen sea tan desfavorable para ellas como para los dirigentes".

Dos hechos bastan para completar esta visión de la catástrofe. Los hechos son:

1º El presupuesto del Estado para 1949, que de quince mil millones de pesetas, gasta en fuerza pública y propaganda seis mil doscientos, y sólo ciento veintinueve en agricultura.

2º Un discurso del Marqués de Urquijo, destacado elemento de la banca, pronunciado en Madrid en noviembre de 1947, donde denunciaba entre otros fenómenos de crisis los siguientes: inflación y desequilibrio de la balanza de pagos; insuficiencia del equipo de producción, que no ha podido ser reparado ni sustituído por la falta de divisas y de capacidad industrial; desequilibrio presupuestario y perturbaciones en la producción nacional, motivadas por la inflación; necesidad persisente de importaciones considerables; cese casi completo del envío de dinero de los emigrantes españoles; contracción de las exportaciones; falta de mano de obra especializada, a consecuencia de la guerra y de la emigración posterior; necesidad de exportar productos alimenticios; planes autárquicos impuestos a la España falangista por el Eje derrotado; absorción de la riqueza por un Estado negociante que premia a sus sostenedores con toda suerte de negocios; disociación de la renta y el nivel de consumo; desaparición del ahorro; disminución de la productividad.

Un contraste histórico complementario lo facilitan otros dos hechos. Hay una curiosa antología episcopal, dada a conocer por un periódico católico y antifranquista, prueba clara de la disposición de espíritu que animaba a la Iglesia católica española en la hora de la paz. Desde el arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, hasta el prelado que ocupa el último lugar de la jerarquía eclesiástica, todos han coincidido en exaltar la guerra. De esa antología se han evaporado todas las esencias cristianas.

"La causa de Franco es la causa de Dios" (Cardenal-Arzobispo de Toledo). "La guerra civil es un venturoso acontecimiento que nos dispensa el Sagrado Corazón" (Obispo de Badajoz). "La cruzada más heroica que ha conocido la historia, verdadera cruzada que fué visible y milagrosamente protegida por el cielo" (Obispo de Córdoba). "Las rosas del Evangelio florecían en las brechas abiertas por los cañones" (Obispo de Cartagena). "La guerra de Franco le recordaba la promesa

atribuída a Jesucristo, afirmando que su corazón reinará en España, con preferencia a todo otro país del mundo" (Arzobispo de Burgos). La guerra fué "suscitada por el Sagrado Corazón de Jesús"; "era él quien había armado el brazo de los soldados de Franco" (Arzobispo de Valencia). "No se trataba de una guerra civil, sino de una cruzada por la religión, la patria y la civilización" (Obispo de Salamanca entonces; hoy Cardenal-Arzobispo de Toledo). Hubo un cardenal que bendijo, con la "capa magna", a los moros llegados a España para reforzar la cruzada.

En la loma de San Juan, de Santiago de Cuba, se ha grabado la siguiente inscripción:

"1492. Descubrimiento de América.

1898. Adiós de España a la tierra americana, descubierta y colonizada por el genio de la raza.

La República de Cuba, por voluntad de su pueblo y de su ejército, dedica este homenaje al soldado español, que supo morir heroicamente en el cumplimiento de su deber".

Cuando la propaganda franquista habla de hispanidad con afanes imperialistas, los españoles entrañables tenemos que proclamar fraternalmente que España *está aquí.*

La crueldad no prescribe. Casi a diario se habla de amnistías, perdones con olvido que se proponen restituir a los españoles el tranquilo disfrute de su patria. Los propagan los servidores exteriores del régimen, fauna multiforme de fascistas derrotados, turiferarios a sueldo y perjudicados por la competencia española. Revelemos la verdad que encubre esta farsa, pagada con abundante dinero español. Hay aún en España 90,000 presos. Se ha deshonrado al ejército convirtiéndolo en el árbitro de una represión que se ejerce por partes iguales mediante la prevaricación y el soborno.

En cuanto a la vuelta, la permite una orden circular de 5 de mayo de 1949 (nº 2228), pero hay que avisar la fecha y frontera de entrada del que vuelve a su patria. La *única* obligación del que regresa es presentarse en el plazo de cinco días ante el gobernador civil o el comandante de la guardia civil.

España, como se ve, está pacificada y en las mejores condiciones para recibir un embajador norteamericano.

3. *Beligerancia y ficción*

La guerra de 1939 había comenzado en España. Franco ayudó a Hitler y Mussolini a derrocar el régimen republicano. La guerra española pudo prepararse cómoda y arteramente. Sobre la carne de los españoles y sobre la tierra de España ensayaron los sublevados todos los métodos de una guerra moderna, libre de los deberes que le han impuesto los progresos del derecho internacional. Fueron bombardeadas ciudades abiertas, escuelas y hospitales; se mataron mujeres y niños; se dañaron ambulancias, se violaron treguas; se incumplieron dolosamente negociaciones, en las postrimerías de la lucha, mediante la preparación de fuerzas armadas, con cuya amenaza se especuló más tarde, produciendo así una rendición incondicional. A pesar de todo, las tropas italianas y alemanas, asociadas con los núcleos de la traición indígena, necesitaron posesionarse, lentamente y tras dura lucha, de todo el territorio nacional, no obstante sus planes urgentes de conquista, y el elogio de la llamada victoria franquista se profirió en lenguas extrañas.

Eran éstas el italiano y el alemán. Falange, base y apoyo de Franco, es un producto italo-germánico, nazi-fascista. Un discurso pronunciado por Hitler en 27 de junio de 1937, en Wurzburg, es aleccionador sobre este origen. "Necesitamos un gobierno nacionalista en España, para obtener el mineral español; esa necesidad es superior a todas las consideraciones de colaboración internacional y de organización de la paz". La raíz fascista de la rebelión española se encuentra en un documento suscrito en Roma, en marzo de 1934, entre Mussolini y un general y un ex-ministro de la monarquía borbónica, en el que se compromete el primero a entregar "dinero, fusiles, ametralladoras y bombas de mano" como "ayuda previa e inmediata" para comenzar la guerra. El Duce ratifica esa cooperación de modo expreso en *Información Diplomática* (publicación oficial), en estos términos: "Italia respondió a la primera solicitud de Franco en 17 de julio de 1936; las primeras bajas tienen esa fecha". Franco lo reconoce en la "Alocución de la victoria" (26 de enero de 1939): "Soldados de la Roma imperial, sois los hermanos preferidos, porque combatisteis con nosotros en la santa cruzada contra el comunismo y la democracia".

Ahora, una democracia acude a salvarlo en su agonía y le perdona su enemistad, clamorosamente confesada.

¿Cuál es la posición de Franco en el transcurso de la segunda guerra mundial? Durante la vigencia del pacto germano-soviético deja de combatir al comunismo. Una vez declarada por Alemania la guerra a Rusia, envía contra la última la Legión Azul, fuerza de voluntarios, reclutada por la amenaza y la violencia. En ella no hay falangistas, empeñados entonces en incrementar sus patrimonios parvos con el dinero público. Son escasos los aventureros del partido que cambian sus jugosos puestos burocráticos por la peligrosa incertidumbre en las estepas.

Los comienzos de Franco, al iniciarse la guerra, se resumen en la beligerancia material y moral. Hay un momento en que declara que se ha planteado mal la guerra y la han perdido los aliados. En un discurso anterior a Pearl Harbor proclama: "Decir que la suerte de la guerra puede torcerse por la entrada en acción de un tercer país, es *criminal locura;* es encender la guerra universal sin horizontes, que puede durar años y que arruinaría a las naciones que tienen su vida económica basada en el legítimo comercio con los países de Europa". Coacción sobre la América hispana. Sumner Welles vió claro al afirmar que Falange era en América una punta de lanza de Hitler. Franco saluda la caída de París "como un golpe mortal contra el régimen democrático".

Al iniciarse la conflagración, se declara *neutral.* A la alevosa entrada en la guerra de la Italia fascista, cambia la neutralidad por la *no beligerancia.* "Esta política no significa —en opinión suya— ni intervención ni retiro de la lucha". Sucede a la no beligerancia la *neutralidad vigilante.* Al ser liberada Francia y cortadas las comunicaciones con Alemania, proclama la *estricta neutralidad.* Estas distinciones formales no habían tenido acogida hasta ahora en el derecho internacional. Los dos conceptos universalmente aceptados son beligerancia y neutralidad. La no beligerancia es una beligerancia en potencia. La neutralidad vigilante, una forma de la parcialidad y de la ventaja. A través de estos cambios, puramente morfológicos, Franco envió productores y trabajadores a territorio alemán; puso a disposición de los nazis la industria, el comercio y la

agricultura españoles; organizó oficinas de reclutamiento y cedió bases marítimas y aéreas, abasteció a submarinos y aeronaves.

En documentos que se incorporaron al proceso de Nurenberg queda demostrado que Franco se hallaba dispuesto a atacar Gibraltar en 1941, de acuerdo con Hitler, para abrir el Mediterráneo a la flota alemana. En la frontera española se hicieron concentraciones de artillería en 1940 y 1941, para preparar el ataque. Goering estaba pronto a atravesar España para poner sitio a Gibraltar como el primer paso de un gigantesco movimiento de pinzas contra el canal de Suez y el Mediterráneo oriental. Hitler prefirió atacar a Rusia.

Ribbentrop comunicó a Ciano el 19 de septiembre de 1940 que "los españoles desean conquistar Gibraltar, pero *para impedir cualquier tropiezo,* Alemania proveerá a España de tropas especiales, equipadas con armas especiales, y algunas escuadrillas de aviones". En aquellos días, manifestaciones *espontáneas,* en un régimen donde todas las garantías estaban abolidas, recorrían las calles de las principales ciudades españolas, al grito de "¡Gibraltar! ¡Queremos Gibraltar!" Una de ellas se produjo y reprodujo en Madrid, frente a la embajada inglesa, en cuyo edificio causaron los espontáneos falangistas daños materiales de consideración. Ante la protesta del embajador Sir Samuel Hoare, el Ministro de Relaciones Exteriores, Serrano Suñer, prometió enviarle más policía. De buen humor, hubo de responderle el representante de la corte de Saint James: "Envíeme usted menos falangistas". ¿Por qué quería Ribbentrop proveer a Franco de tropas especiales? Porque en España había demasiadas fuerzas hostiles a Franco. Al término de la guerra, un leve impulso desde el exterior hubiera bastado para derrotar al tirano. ¡Grave omisión de las democràcias victoriosas!

Realmente Norteamérica ha mostrado durante la guerra un espíritu transaccional, estorbado por los movimientos políticos interiores de los países beligerantes, enemigos suyos. Parece que por una presión pontificia, discretamente ejercida, trataba de reemplazar un fascismo con Mussolini por otro fascismo sin Mussolini. Italia le dió la réplica adecuada, derribando el fascismo primero y la casa de Saboya más tarde. Es aleccionador a este respecto el libro de dos historiadores italia-

nos, naturalizados hoy norteamericanos y profesores ambos de la Universidad de Harvard.[2]

Por otra parte trataba de conducir a Alemania a una paz contractual, evitando los desastres que la han aniquilado, quizá inútiles algunos de ellos. El centro católico, que fortaleció a Hitler para convertirse más tarde en una de sus víctimas, podía ser esta fuerza de transición. No hubo lugar a la empresa, y allí está Alemania atomizada y atormentada, incubando la posibilidad de nuevas catástrofes.

¿Había pasado por las mentes tímidas de Washington la posibilidad de hacer con España una operación de esta clase? Franco es un aliado peligroso. Lo promete todo, parece fácil presa de cualquier combinación, cuanto más sucia mejor, pero reserva siempre para los que pactan con él después de haberlo vejado, el desprecio y el fraude. Cuando Hoare presenta al Caudillo sus cartas credenciales, lucen sobre su mesa de trabajo, encuadrados en marcos de plata, sendos retratos de Hitler y Mussolini. Cuando se despide del dictador, dentro ya del territorio francés las tropas aliadas, esos retratos han sido reemplazados por los de Carmona y Pío XII. Acepta el general gallego todas las humillaciones para no perder el mando, pero las retribuye, en cuanto puede, con el engaño y con la burla. Por su psicología de resentido es un profesional del rencor.

4. *La condenación de un régimen*

Los españoles perseguidos por Franco, y lo que es peor, deshonrados, tuvieron la ingenuidad de creer en la Carta del Atlántico. Hasta acariciaron la ilusión de pensar que un día podrían vivir con seguridad, libres de temor y cubiertas sus necesidades, en el territorio de su patria. Naufragó la Carta del Atlántico y con ella una parte de las esperanzas de los españoles. Desde luego que no se ocultó a su sagacidad, ni a su recelo, la importancia del comentario de la prensa inglesa al singular documento, en que se afirmaba que las democracias no estaban dispuestas a acudir a la fuerza "ni aun para imponer las ideas democráticas".

¿Por qué pensaron los españoles de dentro y fuera de su patria que al reunirse Roosevelt, Stalin y Churchill en Teherán

---

2 Salvemini y La Piana, *¿Qué hacer con Italia?* (trad. Ortiz), México, 1943.

podrían estimular un cambio de política, como lo hicieron los italianos? Sin duda era un grave error identificar a Falange con el fascismo.

La Declaración de Yalta fué más concreta. En ella se prometió ayuda a cualquier Estado satélite del Eje y que hubiera tomado parte en la guerra universal. Franco se había convertido ya a la democracia, al verla triunfante. Los miles de españoles muertos heroicamente en todos los frentes y sacrificados en los campos de concentración alemanes, cayeron ciertamente como héroes, pero no eran un ejército regular.

El año 1945 ofreció dos refuerzos a la ilusión española. La Conferencia de la ONU en San Francisco acordó, a propuesta de México, que no serían admitidos como nuevos miembros los Estados cuyos gobiernos "hayan sido establecidos mediante la ayuda de fuerzas militares pertenecientes a países que hayan luchado contra las Naciones Unidas, mientras estén en el poder dichos regímenes". En ese momento de la historia, el acuerdo *sólo* se refería a la España de Franco. No había otro caso. La claridad de la condenación de la tiranía española es manifiesta en la Declaración de Potsdam. Los gobiernos de Inglaterra, Rusia y los Estados Unidos declararon entonces que no favorecerían "ninguna solicitud de ingreso del *presente* gobierno español, porque habiendo sido fundado con el apoyo de las potencias del Eje, no posee, teniendo en cuenta sus orígenes, su índole, sus antecedentes, su íntima relación con los Estados agresores, las cualidades necesarias para justificar su ingreso en las Naciones Unidas".

La Asamblea de Londres de febrero de 1946, a propuesta de la delegación de Panamá, después de refrendar las declaraciones de San Francisco y de Potsdam, decide que las Naciones Unidas obren de acuerdo con su espíritu y con su letra para dirigir sus relaciones futuras con España. La resolución de la Asamblea de la ONU de 12 de diciembre de 1946 es enérgica: exclusión de Franco de todos los organismos internacionales dependientes de las Naciones Unidas o que tengan nexos con ellas y de la participación en conferencias u otra clase de reuniones internacionales, mientras no se instaure en España *un gobierno nuevo y aceptable* y si "dentro de un tiempo razonable no se ha establecido en España un gobierno cuya autoridad emane del consentimiento de los gobernados, que se comprometa a respetar la libertad de palabra, de culto y de

reunión y esté dispuesto a efectuar prontamente elecciones en que el pueblo español, libre de intimidación y violencia, *y sin tener en cuenta los partidos,* pueda expresar su voluntad, el Consejo de Seguridad estudie las medidas necesarias para remediar la situación". Se recomienda, por último, que los Estados miembros retiren inmediatamente a sus embajadores y ministros plenipotenciarios acreditados en Madrid.

El Consejo de Seguridad deja pasar más de un año sin estudiar medida alguna. La Asamblea de Nueva York de 1947 y la de París de 1948, reafirman la resolución.

Luego viene la carta de Mr. Acheson.

5. *Bajo el signo del histerismo*

La carta es una manera moral de reforzar el régimen franquista, inyectándole crédito cuando agonizaba en la ruina y el ludibrio. En las *Memorias* de Churchill (segunda serie), el ciclotímico político inglés llama al Generalísimo "tirano de estrechas miras" y reconoce que durante la segunda guerra mundial, España tenía mucho que dar y mucho más todavía que quitar. Este concepto contable, del debe y el haber, ha pesado sobre Mr. Acheson, con grave fracaso de su agudeza, a la que le hubiera sido fácil presentir su inanidad. Espiritualmente España tiene mucho que dar. Pero España no quita. Pensar erróneamente que puede *quitar* en América es un prejuicio que pesa siempre sobre la política norteamericana. España, capaz de dar un alma, ¿qué perjuicios puede causar a las factorías?

En cambio —el propio Churchill lo reconoce—, el tirano de estrechas miras debía mucho, *tal vez la vida* misma, a las potencias del Eje, y poco o nada a las democracias. Por eso era un peligro, tan grande —confiesa Churchill— "que durante cerca de dos años mantuvimos lista una expedición para apoderarnos de las Islas Canarias". También confiesa el político inglés que "algunas tropas alemanas llegaron a entrar en España". Ignora que el gobernador militar de una plaza fronteriza se apresuró a ponerse a las órdenes de los jefes nazis.

Churchill reconoce a Franco un servicio, en estos términos: "Por medio de sutilezas, artimañas y halagos, Franco consiguió pasar a través de la etapa peligrosa y mantener a España fuera de la guerra, con una ventaja incalculable para la Gran Bre-

taña, que entonces se encontraba sola". ¿Cuál fué la razón de esa actitud? Hoy podemos darla a conocer satisfactoriamente.

Copiamos de una correspondencia entre Hitler y Mussolini:[3]

Mussolini (4 de enero de 1940): "El pacto germano-soviético ha tenido repercusiones lamentables en España. La guerra civil en aquel país está muy reciente. La tierra bajo la que reposan los muertos —*los vuestros, los nuestros y los de España*— todavía no está endurecida. Para España el bolchevismo es una obsesión. Los españoles, con su lógica apasionada y fanática, no comprenden las necesidades tácticas de la política, y es lógico que el terreno perdido en estos últimos meses por Alemania e Italia en España haya sido ganado por franceses e ingleses".

Hitler (Viena, 20 de noviembre de 1940): "España debe ser inmediatamente persuadida de entrar ahora en la guerra. La fecha más cercana que nosotros podemos considerar para la intervención española será de seis semanas. Es necesario que la intervención española nos sirva para dominar Gibraltar, bloquear el estrecho y enviar por lo menos dos divisiones alemanas al Marruecos español".

Mussolini (22 de noviembre de 1940): "La carta española puede ser jugada. Estoy dispuesto a entrevistarme con Franco y ejerceré sobre él la presión necesaria para que entre en el confiicto".

Hitler (5 de diciembre de 1940): "Considero como una necesidad apremiante que el Caudillo y el gobierno español tomen una decisión precisa en lo que se refiere a la entrada de España en la guerra".

Hitler (31 de diciembre de 1940): "Franco, profundamente confundido por la situación, que cree alterada, ha rechazado que España colabore con las potencias del Eje. Espero que Franco no cometa la mayor tontería de su vida. . .[4] Deploro esto porque nosotros habíamos terminado los preparativos para *atravesar la frontera española* el 10 de enero y atacar Gibraltar a principios de febrero. . . Estoy profundamente entristecido por esta decisión de Franco, que no corresponde a la ayuda que

---

[3] Alvaro Arauz, *Hitler y Mussolini (Su correspondencia secreta de guerra),* México, 1949.

[4] Exceso de optimismo.

nosotros (usted, Duce, y yo) le hemos dado, cuando él se encontraba en situación difícil".

Hitler (21 de junio de 1941): (Hitler escribe esta carta en el momento en que ha tomado la decisión más grave de su vida. Así llama él a la invasión de Rusia. En un examen general de la situación hay una mención desdeñosa para España). "España tiene miedo y temo que no tomará una parte activa en la guerra hasta que ésta no esté decidida a nuestro favor".

Esta decisión no se alcanzó nunca. McCormick, el coronel propietario del *Chicago Tribune,* después de ser recibido por Franco, le aplicó varios adjetivos: "dinámico, magnético y sincero". Mal psicólogo. "Es el más grande general europeo de hoy", agrega. La hipérbole puede ser un género literario. En este caso le falta dignidad. ¡Sincero Franco! Toda su actividad es un homenaje constante a la simulación. ¿No ha pedido un ministro suyo, uno de sus secretarios de despacho, reparaciones a los Estados Unidos por su tardanza en ayudarle? Mal concepto del derecho. El general más joven del ejército español, favorito de Alfonso XIII, acaba de injuriar a los Borbones, imputando al injerto francés la decadencia de España. Se lamenta, entre otras cosas, de que por esa influencia nefasta, "el traje negro y austero" fué sustituído "por el lujoso refinamiento del raso y los dorados, de polvos y pelucas". Es la ascesis hispánica asociada a la ingratitud. Siente uno que no podría ser nunca amigo de una persona de esta clase, a pesar de su dinamismo y de su magnetismo.

Los paladines de Franco en los Estados Unidos son los senadores. Un historiador cubano destacadísimo, Portell Vila, ha puesto en claro estas relaciones entre el asceta español que habla directamente a Dios en las largas horas en que se aísla en su oratorio del Pardo y los magnates de los grandes negocios. Un artículo de *Colliers* comenta con fortuna tan extraña alianza. La sinrazón que actúa como razón es el miedo: el terror de los niños por la niebla y de los hombres primitivos por la oscuridad, poblado de trasgos, que engendrara en su desenfreno y su ignorancia la mentalidad mágica. Comprendemos que ésta es una interpretación excesivamente literaria. Hay todavía quien cree que una nueva guerra sería un negocio fabuloso. Con esta creencia viven algunos hombres, y como le ocurría a Catilina, no sólo viven, sino que vienen al Senado. "El canónigo bueno y el

cabildo malo", dice un viejo refrán español, adaptación de otro latino que por respeto no reproducimos.

Otros argumentos son inanes. El de las bases militares españolas en primer término, porque, como ha escrito Mario Aguilar, denunciando el error de los estrategas yanquis, militares y senatoriales, "desde que España es España jamás hubo resistencia pirenaica", y sólo los senadores norteamericanos lo ignoran. "Será cuestión de enviarles —agrega— unas Historias de España para que sepan que los Pirineos son militarmente algo así como los Alpes de Tartarín". *Colliers* ha declarado una cosa evidente: que los aliados ganaron dos guerras en Europa sin la ayuda de las armas españolas, ni aun de la benevolencia española. Franco, agrega la revista, es el mismo mal que costó la guerra universal y produjo sus decenas de millones de víctimas; es el que ayudó a la guerra submarina del Eje. Además, según el diagnóstico de Winchell, "es un aliado que podemos comprar en el momento que lo necesitemos". Los préstamos y la amistad para Franco constituyen una falta de respeto absoluta para los que cayeron en la guerra.

Mr. Acheson ha esgrimido en su carta una inexactitud y un sofisma. La inexactitud es que sólo para no dislocar una mayoría haya cedido Norteamérica a los acuerdos de la ONU contra Franco. Aparte de que no era necesario, para fortalecer estos acuerdos, el voto norteamericano, que en algunas ocasiones se convirtió en una desmoralizadora abstención. El sofisma es mucho más grave. Pudiera enunciarse en esta forma: la tiranía debe subsistir cuando no hay ninguna señal de alternativa respecto de ella. No creemos que a estas alturas ignore el Secretario de Estado norteamericano que los déspotas matan toda sucesión y por obra de ese asesinato dejan de tenerla. Suenan siempre con dramática grandeza las palabras de Macbeth: "Sobre mi cabeza han ceñido ellas —las brujas, a las que quieren imitar las democracias— una corona infructífera y me han dado a empuñar un cetro estéril, que me arrancará una mano extraña, pues no tengo hijo que me suceda". Citamos estas palabras, a propósito del tirano español, salvando el obligado respeto para el personaje de Shakespeare.

Las preferencias de Mr. Acheson no se dirigen precisamente a Franco ni a su forma de gobierno. Lo confiesa rotundamente, y de ello deducen algunos zahoríes que el nuevo embajador de Estados Unidos llevará a España una misión

pedagógica, subsidiariamente política: la de evangelizar democráticamente a Franco y derribarlo si fracasa en su empeño. Su Excelencia comparecerá ante el Caudillo llevando en una mano la Biblia y en la otra el resorte que haga funcionar la silla eléctrica. El recelo de Franco es más fuerte que toda la capacidad de intriga del servicio de inteligencia norteamericano. Moréas, el gran poeta griego-francés, dijo un día ingeniosamente: "Hay gentes que tienen tanto miedo que encuentran siempre alguien que las asesine". Franco ignora a Moréas y sus anécdotas, pero conoce su destino y lo evita trémulo de terror. Cualquiera que piense en emplear con él medios suasorios o de derrota política, tropezará con los temibles avances de su complejo de miedo.

Mr. Acheson teme en España el caos y la guerra civil y prefiere el nihilismo destructor. Para ello fortalece un régimen cuya característica, cuidadosamente cultivada, ha sido este trágico dilema: "Nosotros o la nada" (palabras de Serrano Suñer). Por lo demás, para absolver su conciencia proclama que el régimen de Franco "no se ha hecho culpable de ninguna ofensa contra el derecho internacional". Con ese frívolo e inexacto concepto anula la razón de ser de la última guerra y desprovee de argumentos para defender su justicia a las democracias. ¿De qué violaciones del derecho de gentes puede acusar, entonces, a Hitler y a Mussolini, de quienes sólo ha sido Franco un discípulo, renegado en la hora del fracaso? El fracaso costó la vida a Mussolini a manos de la justicia popular y sugirió a Hitler la idea de suprimirse en un momento de lúcido decoro. ¿Fué el rescate de sus culpas? Hay otra moral, obra de los hombres de una democracia, que premia esas culpas inmensas, que han inundado de sangre inocente las páginas de la historia contemporánea. ¿Por qué no se pactó con Mussolini y con Hitler, evitando la guerra? ¿Es que están arrepentidos de ella quienes la hicieron y han convertido la tragedia en un acto gratuito y han arrebatado a la catástrofe sus razones morales? Sería terrible que ahora pudiera parecer un crimen sin causa. ¿Para qué perturbar con delicados problemas de ética nuestra *larga paciencia* de españoles? Ayudar a Franco consolidando su régimen de esclavitud es colocarse más cerca de Booth que de Lincoln,

NUEVAS ORIENTACIONES EN LA POLITICA ECONOMICA DE ESTADOS UNIDOS

Por *Manuel J. SIERRA*

Los Estados Unidos el 23 de noviembre del año pasado suscribieron con el Uruguay, por un lapso de diez años, un Tratado que denominaron de Amistad, Comercio y Desarrollo Económico, así como tres documentos más: Protocolo, Protocolo Adicional y Cambio de Notas, parte integrante de dicho documento.

Las nuevas normas fijadas para el intercambio comercial entre los dos países arriba citados, parecen señalar rumbos para una nueva política más adecuada al programa de inversiones del capital norteamericano, principalmente en los países de la América Latina.

I

El documento se aparta del tipo de los que lo precedieron como resultado de la aplicación del programa de convenios de comercio bilaterales, iniciado en el año de 1934 por el Presidente Roosevelt y su Secretario Hull y del que es producto el firmado con México el 23 de diciembre de 1942.

Desde un punto de vista estructural, el nuevo instrumento, primero en su género, encaja mejor en ciertos aspectos dentro del viejo tipo de tratados, anteriores al año de 1934, que incluían además de las cuestiones relacionadas con el comercio y la marina, temas referentes al estatuto personal de los nacionales y aun compromisos de arbitraje para resolver conflictos entre las Partes Contratantes. Además no contiene como los de Hull, listas de productos respecto a los cuales se establezcan concesiones arancelarias, pues si alguna alusión se hace al respecto, en el Cambio de Notas anexo, obedece a que a pesar de

la firma del Tratado, permanecen vigentes las concesiones que registra el suscrito entre Uruguay y Estados Unidos, en el año de 1942.

El abandono de momento por parte de Estados Unidos del sistema de concesiones arancelarias recíprocas mediante arreglos bilaterales, sin duda ha sido determinado en buena parte, por el reconocimiento de la imposibilidad manifiesta en que para concederlas se encuentran la mayoría de nuestras repúblicas, en vista de la ineludible necesidad que se les ha presentado de resguardar sus reservas monetarias y ayudar a la afirmación y desenvolvimiento de sus industrias.

En el Tratado se advierte un definido propósito de obtener en favor de las personas físicas y morales de las Partes, para sus actividades económicas, el trato nacional y de nación más favorecida y facilitar mediante el goce de una protección especial, la inversión de capitales. Sin duda que el Presidente Truman tuvo "in mente" este Tratado al solicitar del Congreso de los Estados Unidos el limitado crédito de ocho millones de dólares para llevar a cabo sus propósitos de ayuda a la América Latina, así como en lo que se refiere al Plan del Punto IV de ayuda técnica mundial, cuando al aludir a la inversión en el extranjero, de fondos de las instituciones públicas norteamericanas, como un requisito básico para el desenvolvimiento económico de las áreas retardadas, afirmó que tales áreas deben ofrecer asimismo, grandes oportunidades al capital privado si se tiene una seguridad de trato justo y equitativo, como el garantizado en los tratados comerciales que están siendo negociados con diversos países.

Por lo que se refiere al estatuto personal de los nacionales de las Partes, se les permite gozar de libertad religiosa y de conciencia y el derecho de celebrar servicios religiosos privados y públicos, reconocimiento que parece inspirarse en la filosofía de la Declaración sobre Derechos Humanos de noble intención, adoptada por las Naciones Unidas y cuya aplicación práctica sin embargo, ofrece tantos peligros en lo que atañe a la integridad soberana de los Estados, al otorgar al hombre derechos internacionales de los que antes no ha disfrutado.

En el Tratado y ello puede relacionarse con el aspecto de la competencia exclusiva de los estados sobre los actos que se realizan dentro de su territorio, figuran una serie de términos de interpretación subjetiva que pudieran llegar a implicar cier-

tas restricciones de tipo jurisdiccional, como por ejemplo, el Artículo II en el que se reclama para los nacionales de la otra parte "protección y garantías más constantes" y un trato no menos favorable que el de los nacionales para "personas, derechos y bienes, personas jurídicas y asociaciones"; el Artículo IV que establece debe otorgarse al capital de nacionales y empresas de la otra Parte en "todo tiempo tratamiento equitativo" y en el mismo Artículo la obligación de las Partes de no poner en vigor "sin razón válida", medidas que lesionen los derechos legalmente adquiridos de nacionales y compañías en las empresas que hubieren establecido etc.; no negarse a dar "oportunidades y facilidades" para la inversión de capitales; no impedir el obtener "en condiciones equitativas" el capital, etc.; lo mismo en el Artículo VIII, al referirse a los casos de expropiación, se habla "por lo menos de pago de una compensación justa y oportuna (promt) de manera efectiva y adecuada".

En el Artículo XII, se menciona el disponer de métodos administrativos para que los nacionales o compañías de la otra Parte obtengan "prontamente revisión y enmienda en su caso, de actos administrativos", etc., y por último para terminar esta serie de ejemplos, se consigna el derecho de consulta recíproca sobre determinadas prácticas y se habla de "tomar las medidas que fueren pertinentes con el propósito de hacer desaparecer los efectos perjudiciales en cuestión". (Art. XIV).

Para facilitar el estudio del Tratado, se presenta una clasificación de los puntos que el mismo contiene, agrupados en las siguientes materias: definiciones, estatuto personal, comercio propiamente dicho, intercambio comercial, capital, bienes, transacciones financieras y cuestiones generales; la clasificación anterior no pretende, dada la interrelación de los temas, sino constituir una guía para la más fácil comprensión del Tratado; con igual propósito no se emplea en muchos casos literalmente el texto del mismo.

2

Tratado con Uruguay

Definiciones:

Tal como se usan en el Tratado los términos que en seguida se expresan, tienen la siguiente interpretación:

Producto, significa "cosas que se cultivan, producen o fabrican en". (Art. XI, Fr. 3).

Buques, significa "toda clase de buques de propiedad privada o explotada por particulares, de propiedad pública o explotados por el gobierno". Se excluyen los buques de pesca y de guerra. (Art. XVI, Fr. 6).

"Tratamiento nacional, el tratamiento que se conceda en base a condiciones no menos favorables que el que se conceda en circunstancias semejantes en el territorio de la otra Parte, a los nacionales, compañías, productos, barcos y otros objetos de dicha Parte". (Art. XIX, Fr. I).

"Tratamiento de nación más favorecida", el que se concede en base a condiciones no menos favorables que las que se concede en circunstancias semejantes a los nacionales, compañías, productos, buques u otros objetos de un tercer país. (Art. XIX, Fr. 2).

"Compañías" significa corporaciones, sociedades, compañías y otras asociaciones, ya sean de responsabilidad limitada o no y ya tengan fines lucrativos o no". (Art. XIX, Fr. 3).

El término "mineral" se refiere al petróleo así como a otras substancias minerales. (Protocolo. Párrafo 3).

El término "financiero" no se hará extensivo a los negocios de banca que requieran funciones de confianza o fiduciarios, o que requieran el recibo de depósito excepto en cuanto sea incidental a los negocios internacionales o extranjeros de instituciones bancarias" (Protocolo. Párrafo 5).

Estatuto Personal

Los nacionales de las Partes podrán entrar, viajar y permanecer en los territorios de la otra con el propósito de comerciar, gozar de libertad de conciencia, celebrar servicios religiosos, privados y públicos, etc. (Art. I, Frs. 1 y 2).

Los nacionales de ambas Partes en el territorio de la otra recibirán la protección y garantías más constantes y, en condiciones análogas, en grado no menor que los nacionales, la protección de sus personas, derechos y bienes, aplicándose este régimen también a instituciones, personas jurídicas y asociaciones. (Art. II, Fr. 1). En caso de acusación, delito y encarcelamiento otorgárseles un trato razonable y humano y serán enjuiciados oportunamente (Promptly), etc. (Art. 11, Fr. 2).

Se dará trato nacional a los nacionales de las Partes en el terreno de la otra en lo que respecta a prestaciones sociales en materia de trabajo. (Art. III, Fr. 1).

Se permitirá a los nacionales y compañías y empresas, utilizar técnicos, funcionarios ejecutivos, etc., sin tener en cuenta la nacionalidad de los mismos. (Art. V, Fr. 4).

Las viviendas, oficinas, fábricas de nacionales y compañías de cualquiera de las partes con respecto a allanamiento tendrán la protección plena legal y se harán con los menores inconvenientes posibles. (Art. VIII, Fr. 1).

Los nacionales y compañías de las Partes residentes dentro del territorio de la otra y los dedicados al comercio, actividades científicas, educativas, religiosas y filantrópicas, no estarán sujetos al pago de impuestos, derechos o gravámenes sobre la renta, capital, etc., dentro de los aplicados a nacionales y compañías de la otra Parte. (Art. IX, Fr. 1).

Cuando se trata de nacionales y compañías no residentes o no dedicados al comercio o negocios en el territorio de la otra Parte, se aplicará el trato de nación más favorecida. (Art. IX, Fr. 2).

A los nacionales no residentes y compañías que se dediquen a negocios dentro del territorio de la otra Parte, no se aplicará impuesto alguno, derecho, gravamen, etc., sobre ninguna clase de renta que sirva de base, en exceso de lo que corresponde a los negocios realizados o al capital invertido en sus territorios, ni deducciones o excenciones menores que los que se deban razonablemente atribuir en sus territorios sobre una base igual; lo mismo cuando se trate de compañías con fines científicos, educativos, religiosos, etc. (Art. IX, Fr. 3).

Sin embargo cada parte se reserva el derecho de conceder ventajas específicas en esta materia a los residentes y compañías de países del exterior, a título de reciprocidad o en virtud de convenio, para evitar la doble tributación, o a conceder a sus nacionales residentes y a residentes de países limítrofes exoneraciones más favorables que las que se conceden a no residentes. (Art. IX, Fr. 4).

A los viajantes, tratamiento de nación más favorecida en cuanto a aranceles de aduana y otros derechos y privilegios, etc. (Art. X).

El Tratado no concede ningún derecho para dedicarse a actividades políticas. (Art. XVIII, Fr. 4).

Ninguna empresa de cualquiera de las dos Partes que dirija, posea o domine el estado, habrá de gozar para sí o sus bienes en caso de que se dedique al comercio, manufactura, etc., en territorio de la otra Parte, inmunidad en tales territorios en cuanto a tributos, acción judicial, ejecución de sentencias y otras responsabilidades a que están sujetas en dichos territorios las empresas que poseen o dominen personas particulares. (Art. XVIII, Fr. 5).

Comercio e Intercambio Comercial

A los nacionales y compañías de las Partes, dentro del territorio de la otra, se concederá tratamiento nacional en cuanto a desarrollo de actividades comerciales, manufacturas, de elaboración, obtención de patentes de invención, etc. (Art. V, Fr. 1).

En caso de no poderse otorgar el tratamiento nacional, dentro del territorio de la otra Parte se otorgará a nacionales y compañías, el de la nación más favorecida para explorar y explotar depósitos minerales, etc. (Art. V, Fr. 2).

Se concederá el trato de nación más favorecida a los productos de la otra Parte que llegaren de cualquier lugar y por cualquier medio de transporte y a los artículos destinados para exportar a los territorios de la otra Parte, sobre derechos de aduana y otros gravámenes, impuestos internos y reglamentos y requisitos que se impongan sobre exportaciones e importaciones, etc. (Art. XI, Fr. 1).

No se impondrán prohibiciones o restricciones sobre la importación y exportación de cualquier producto de una Parte procedente o dirigida al territorio de la otra, si impuestas por razones sanitarias o no mercantiles tienen por efecto discriminación arbitraria a favor de la importación o exportación de un producto similar de un tercer país; o si no se imponen por otras razones cuando no se apliquen por igual a los productos similares de un tercer país o si en la cuota que se impongan no se dé a la otra parte una participación proporcional basándose en datos históricos. (Art. XI, Fr. 2).

Las partes contratantes publicarán prontamente las leyes, reglamentos, etc., sobre derechos de aduanas, tributación, gravámenes, a artículos o restricciones y requisitos y los aplicarán de manera uniforme, imparcial y razonable; por lo general fuera de las disposiciones que se impongan por razón sanitaria y de

seguridad, por regla general no se pondrán en vigor antes de que transcurran 30 días de su promulgación, facilitando la revisión o enmienda en su caso, de tales actos. (Art. XII, Frs. 1 y 2).

Se concederá Tratamiento nacional a los productos de las Partes en el territorio de la otra o que en elias se produzcan en cuanto se refiere a tributación interna, venta, almacenaje, distribución y uso; y tratamiento no menos favorable que el que se conceda a los artículos de origen nacional. (Art. XIII, Frs. 1 y 2).

Las Partes se comprometen a que las empresas oficiales y monopolios que gocen de privilegios especiales, harán que compras y ventas cuando afecten al comercio de la otra Parte, solamente a base de consideraciones mercantiles, concediendo a los nacionales y compañías de la otra Parte, oportunidad para competir en tales compras, el mismo tratamiento justo y equitativo como el que se concede a los nacionales por lo que se refiere a la adquisición de abastecimientos para el gobierno, otorgamiento de concesiones y otros contratos gubernamentales. (Art. XIV, Frs. 1 y 2).

Las Partes admiten que las prácticas que restringen la competencia, limitan la accesibilidad a los mercados o fomenten el monopolio, usadas por empresas mercantiles privadas y públicas, pueden tener efectos perjudiciales sobre el comercio, en consecuencia, cada una de las partes conviene en celebrar consultas a petición de cualquiera de ellas para hacer desaparecer los efectos perjudiciales en cuestión y tomar las medidas adecuadas. (Art. XIV, Fr. 3).

Se concede a los buques de la otra parte tratamiento nacional y de nación más favorecida para entrar con sus cargamentos a los puertos de la otra Parte. Cada Parte puede reservarse derechos y privilegios exclusivos para sus buques, en tráfico de cabotaje, navegación interior y pesquerías nacionales. (Art. XVI, Fr. 4).

Se concede libertad de tránsito en las rutas que más convenga al tránsito internacional para nacionales de la otra Parte y sus equipajes; para otras personas en ruta hacia los territorios de la otra Parte o desde ellos. Tales personas y artículos en tránsito se exoneraron de derechos de tránsito, aduana, etc., y sin razón válida no serán objeto de demora, etc. (Art. XVII).

El Tratado no impedirá que se pongan en vigor prohibiciones sobre importación o exportación de oro y plata, átomos desintegrables, tráfico de armas, etc. (Art. XVIII, Fr. 1).

Se exceptúan del trato de nación más favorecida, las ventajas que Estados Unidos conceden a Cuba, Filipinas, Panamá, Territorio en Fideicomiso de las Islas del Pacífico y de la Zona del Canal y las que otorgue Uruguay a Bolivia o Paraguay siempre que estas últimas no se otorguen a un tercer país. (Art. XVIII, Fr. 2).

Tampoco las disposiciones del Tratado impedirán aplicación de medidas adoptadas en el Convenio General de Aranceles y Comercio o en la Carta de La Habana, mientras sean Parte Contratante del Convenio General o miembros de la Organización Internacional de Comercio. (Art. XVIII, Fr. 3).

Los derechos y privilegios en cuanto a actividades mercantiles, manufactureras concedidas en el Tratado a empresas de las Partes Contratantes que posean y dominen personas particulares, dentro de los territorios de la otra Parte, se harán extensivos a los que concedan a empresas, que el Estado posea o domine cuando compitan con empresas que posean o dominen personas particulares. Se exceptúa la aplicación de esta cláusula cuando se trate de subsidios o empresas oficiales de manufacturas o elaboración de mercaderías para el uso del gobierno o su abastecimiento y a precios mucho más reducidos que los de competencia para satisfacer necesidades de determinados grupos de población. (Protocolo, Fr. 1).

Capital

Las Partes otorgarán en el territorio de la otra, en todo tiempo tratamiento equitativo al capital de nacionales y compañías de la otra Parte. Ninguna dictará medidas sin razón válida o discriminatorias que lesionen los derechos legalmente adquiridos o sus intereses en las empresas que hubieren establecido. Ninguna de las Partes se negará sin razón válida, a dar oportunidad y facilidades a nacionales y compañías de la otra Parte para la inversión de capitales. Ninguna de las Partes sin razón válida impedirá a los nacionales y compañías de la otra Parte obtener capital, técnicos y equipo para su desarrollo. (Art. IV).

A los nacionales y compañías de cualquiera de las Partes, se concederá derecho de organizar en el territorio de la otra, compañías para el desarrollo de actividades comerciales, manufactureras, etc., y de regir y administrar empresas legalmente establecidas por ellas. (Art. VI, Fr. 1).

A las compañías que tengan interés predominante los nacionales y compañías de las Partes, constituídas legalmente en el territorio de la otra, para actividades comerciales se les concederá tratamiento nacional. (Art. VI, Fr. 2).

A las empresas en que nacionales y compañías de las Partes tengan intereses substanciales, se les concederá en el territorio de la otra, tratamiento no menos favorable que el nacional que en lo relacionado con ocupación de empresas de propiedad privada para convertirlas en dominio público y al sometimiento de esas empresas y a la intervención oficial. (Art. VIII, Fr. 3).

Por lo que se refiere a nacionales no residentes o no dedicados al comercio y con respecto a compañías o negocios en las mismas condiciones, se aplicará el tratamiento de nación más favorecida. (Art. IX, Fr. 2).

Bienes

A los nacionales y compañías de la República del Uruguay se les concederá dentro de territorio de los Estados Unidos, tratamiento nacional por lo que se refiere a arrendamiento de territorios o bienes para actividades comerciales, etc., y otros derechos sobre bienes raíces que otorgan las leyes de los Estados Unidos en sus territorios. (Art. VII, Fr. 1).

A los nacionales y compañías de los Estados Unidos se les concederá tratamiento nacional en territorio del Uruguay en cuanto a adquisiciones por compra y de otra manera y en cuanto a posesión, ocupación y uso de terrenos, edificios y otros bienes raíces. Se exceptúa el caso en que el nacional esté domiciliado en un Estado de la Unión Americana que no otorgue iguales franquicias en reciprocidad. (Art. VII, Fr. 2).

A los nacionales y compañías de las Partes se les permitirá disponer libremente de bienes dentro del territorio de la otra, cuando no han podido recibir trato nacional por su condición de extranjeros en virtud de sucesión testamentaria, etc. (Art. VII, Fr. 3).

Se concederá a los nacionales y compañías de las Partes dentro del territorio de la otra, tratamiento de nación más favorecida en cuanto a adquisición, etc., de bienes personales tangibles e intangibles y tratamiento nacional en cuanto a disponer de bienes de toda clase. (Art. VII, Fr. 4).

Los bienes de nacionales y compañías de las Partes serán objeto en el territorio de la otra de la protección y garantías más constantes. La ocupación de bienes adquiridos legalmente estará sujeta a procedimiento y condiciones no menos favorables en los que se apliquen legalmente a los nacionales. (Art. VIII, Fr. 2).

Toda expropiación deberá hacerse de acuerdo con las leyes que asegurarán por lo menos el pago de una compensación justa y oportuna (prompt) de manera efectiva y adecuada. (Art. VIII, Fr. 2).

Transacciones Financieras

A las transacciones financieras entre los territorios de las Partes se concederá tratamiento no menos favorable que el que se acuerde a transacciones semejantes con un tercer país; se reservan los derechos relacionados con las obligaciones del Fondo Monetario. (Art. XV, Fr. 1).

A los nacionales y compañías se les concederá por la otra Parte tratamiento nacional en cuanto se refiere a transacciones financieras entre sus territorios o con un tercer país. (Art. XV, Fr. 2).

Toda reglamentación sobre transacciones financieras no deberá efectuar desventajosamente, la posición de las Partes para competir el comercio o de las inversiones de capital de la otra Parte en parangón con un tercer país. (Art. XV, Fr. 3).

Se permitirá a los nacionales y compañías de las partes introducir libremente capitales en los territorios de la otra y mediante la obtención de divisas de su propio país retirar fondos provenientes de capital y ganancias que se perciben en forma de salarios, intereses, dividendos, etc., y para la amortización de impuestos. Si existen varios tipos de cambio tales retiros se harán a un tipo de cambio efectivo. En períodos de escasez de divisas, las partes podrán aplicar restricciones de cambio para pago de mercaderías y servicios esenciales a la sa-

lud y bienestar de sus habitantes. La otra Parte tendrá el derecho de consultar en cualquier momento sobre dichas medidas. (Art. XV, Fr. 4).

El tratamiento prescrito se aplicará a toda forma de reglamentación sobre transacciones financieras inclusive limitación de medios disponibles para llevarlas a cabo, tipos de cambio prohibiciones restricciones, etc., y se aplicarán aun cuando la transacción se lleve a cabo por conducto de intermediarios de otros países. (Art. XV, Fr. 5).

Puntos Generales

Se concederá a los nacionales y compañías de las Partes, siempre que no pueda otorgarse tratamiento nacional, el de nación más favorecida para dedicarse a actividades económicas y culturales, además de las enunciadas en el capítulo de comercio. Organizar y participar en compañías de la otra Parte y administrarlas. (Art. V, Fr. 2).

Tratamiento nacional en cuanto a arrendamientos de terrenos, edificios y bienes raíces adecuados para llevar a cabo actividades de publicación, científicas, educación, religiosas, filantrópicas y profesionales y para fines residenciales y mortuorios y en cuanto a la ocupación y uso de tales bienes. (Art. VII, Fr. 1).

El Tratado no impedirá que se pongan en vigor disposiciones que fueran necesarias para dar cumplimiento a obligaciones de las Partes para mantener y restaurar la paz y seguridad internacionales o necesarias para proteger los intereses esenciales a su seguridad, y que rehusen a compañías en cuya posesión y gobierno directa o indirectamente los nacionales de un tercer país tengan interés decisivo, las ventajas del Tratado, excepto en cuanto se refiera a personería jurídica y acceso a los tribunales. (Art. XVIII, Fr. I).

Cada una de las partes contratantes concederá en todo momento a la otra, facilidades de consulta adecuadas en cuanto a la materia comprendida en este Tratado. (Art. XXI, Fr. 1).

En toda controversia que no se pueda arreglar por la vía diplomática, se someterá a la Corte Internacional de Justicia. (Art. XXX, Fr. 2).

El Tratado permanecerá en vigor por diez años. (Art. XII, Fr. 2).

Las Partes pueden mediante aviso de un año, dar por terminado el Tratado al concluir el período inicial de diez años o en cualquier fecha posterior. (Art. 22, Fr. 3).

3

La lectura del documento antes resumido, deja la impresión de hallarnos frente a una nueva modalidad de la política económica internacional adoptada por los Estados Unidos, en consonancia con los propósitos expresados sobre empleo de capitales, que facilite la adquisición necesaria de productos iberoamericanos y la venta de los industrializados de procedencia norteamericana y con las prerrogativas que se conceden al establecimiento de empresas de capital, retirar sin dificultades el más alto interés que se ofrece a la inversión en nuestras repúblicas.

El asunto reviste asimismo notoria actualidad, pues son cada vez más constantes y múltiples las alusiones que se refieren a los proyectos de inversión, al amparo del deseo públicamente expresado por el Presidente de los Estados Unidos de estimular el empleo del capital oficial y privado norteamericano para promover el desarrollo económico de Latinoamérica.

La idea sin embargo, se desplaza ahora hacia un terreno genuinamente utilitario y ya no se trata de un gesto generoso unilateral, sino de un intercambio de ventajas positivas entre las que figuran prominentemente garantías que alejan de esos capitales ciertos riesgos, hasta ahora inherentes a toda inversión.

Debe admitirse como de gran importancia, el conocimiento del Tratado suscrito por el Uruguay, que al pronunciarse en general por el trato nacional como regla, puede entrar en contradicción con la legislación doméstica, y con inequívocos principios que han servido de norma en las relaciones de la comunidad americana. Lo más probable es que este Tratado sirva de inspiración a las negociaciones que con igual objeto emprenda el Departamento de Estado para obtener la firma de otros instrumentos similares.

Como no se establecen medios adecuados para modificar las obligaciones del Tratado, pues carece principalmente de las

llamadas cláusulas de escape, el sistema convenido tendrá que permanecer en vigor durante el período de 10 años fijado inusitadamente como término del mismo.

El nuevo arreglo en ciertos aspectos, va más allá que lo aprobado en la Carta de La Habana, principalmente en lo que se refiere a inversión de capitales, creando un estatuto de régimen nacional, más favorable aún que el presentado por los Estados Unidos para la adopción de un organismo mundial de comercio.

No quedaría completo el examen de tan importante materia, si no pusiéramos en disposición de nuestros lectores el siguiente digesto del Convenio Comercial firmado por México el año de 1942, para facilitar un estudio comparativo entre la política seguida entonces y la que en la actualidad implica el Tratado celebrado con Uruguay.

CONVENIO COMERCIAL SUSCRITO ENTRE MEXICO Y ESTADOS UNIDOS EL 23 DE DICIEMBRE DE 1942

Presentación Esquemática

Art. I

Las Partes se otorgan el trato de nación más favorecida para las ventajas concedidas a un tercer país sobre artículos originados en la otra Parte o destinados a un tercer país, con respecto a derechos aduanales, gravámenes a la importación y a la exportación, etc.; así como sobre reglamentos que afecten los impuestos de venta, distribución, etc., concedidos a Artículos similares importados dentro del país.

Art. II

Las Partes se otorgan trato nacional en lo que se refiere a impuestos amplicados a artículos y productos manufacturados de las Partes en el territorio de la otra.

Art. III

No se impondrán prohibiciones o restricciones a la importación, venta o exportación de artículos que no se impongan a los demás países.

Si se imponen reglamentaciones cuantitativas o excención o reducción de impuestos sobre importación, exportación o venta, las medidas se harán públicas; las cuotas que se establezcan para un tercer país, se fijarán también a las Partes de acuerdo con los antecedentes registrados, consultando a la otra Parte antes de ser fijada dicha cuota.

Art. IV

Cuando los gobiernos establezcan agencias u otorgue exclusiva a una agencia para importación, exportación, venta o distribución, de cualquier artículo se concederá a la otra Parte trato justo y equitativo respecto a ventas y compras en el extranjero. Las agencias seguirán únicamente por consideraciones mercantiles.

Al adjudicar contratos para obras públicas y adquisición de materiales los gobiernos concederán tratamientos justos y equitativos al país en parangón con un tercer país.

Art. VI

Las Partes estarán obligadas a lo siguiente:

Las leyes y disposiciones relativas a clasificación de artículos, serán publicadas sin demora y aplicadas uniformemente en todos los puertos del país; ninguna disposición sobre aumentos en derechos se aplicará en forma retroactiva con respecto a artículos entrados al país o retirados del almacén, 30 días antes.

No se impondrán penas mayores que las correctivas por errores en la documentación.

Se dará benévola consideración a la representación respecto a reglamentaciones aduanales.

Se aceptará representaciones con respecto a reglamentos sanitarios y si no se llega a un acuerdo, se designará un comité de expertos técnicos de los dos gobiernos para someter las recomendaciones que procedan.

Arts. VII y VIII

Se refieren al régimen de las Listas anexas, que impide gravar los artículos que figuran en dichas Listas, con una cuota mayor de la que en las mismas se establece.

Art. IX

Consagra el derecho de las Partes de imponer a la importación de cualquier artículo, un gravamen equivalente a un impuesto interno que se aplique a un artículo nacional similar o a los productos que entran en la elaboración de dicho artículo.

Art. X

Derecho de las Partes de imponer a los productos que figuran en las ligas anexas, restricciones cuantitativas u otras medidas a la importación y venta, para controlar la producción o abastecimiento del mercado o calidad precios de artículos similares a los nacionales o mantener el valor del cambio de la moneda.

Cualquiera imposición o modificación de tales medidas, será comunicada a la otra Parte previamente por escrito para que opine; si no llegaren a un acuerdo, la Parte quedará en libertad de imponer las medidas y la otra de dar por terminado el Convenio, avisando con 30 días de anticipación.

Art. XI

Si un artículo comprendido en las listas anexas se está importando en cantidades tales que amenacen la producción o causen serios perjuicios a los productores nacionales de artículos iguales o similares, la Parte afectada podrá retirar la concesión o modificarla por el tiempo necesario mediante reglamentaciones cuantitativas.

Antes dará aviso por escrito a la otra Parte con toda anticipación y si no se llegare a un acuerdo, quedará en libertad de tomar las medidas y la otra Parte de denunciar el Convenio con treinta días de anticipación.

Art. XII

Para los artículos que figuren en las listas I, II y III gravados con cuotas ad valórem, los principios para determinar el valor, no se modificarán en forma que puedan lesionar el valor de las concesiones otorgadas.

Art. XIII

Libertad de tránsito por rutas internacionales para artículos procedentes o con destino a otro país, quedando exentos de derechos de tránsito u otros similares. Los gravámenes o reglamentos que se impongan a los transportes en tránsito, serán razonables. A los artículos se otorgará con respecto a tales gravámenes el trato de nación más favorecida.

Art. XIV

Si las Partes consideran que cualquier medida tomada aunque no en conflicto con el Convenio, se traduce en menoscabo o en la anulación de cualquier objeto del Convenio, prestará benévola acogida a las representaciones escritas que se hagan, con fin de llegar a un arreglo satisfactorio.

Art. XV

Se aplicará el Convenio a los respectivos territorios aduanales de los dos países y el trato de nación más favorecida a los territorios bajo la soberanía de Estados Unidos.

Art. XVI

Se exceptúan de los efectos del Convenio las ventajas concedidas a un país con el cual se halla concertado una unión aduanera o a los limítrofes, a Cuba y a la Zona del Canal de Panamá.

Art. XVII

Nada de lo estipulado en el Convenio se opone a la adopción de medidas, por consideraciones morales o humanitarias, destinadas a la protección de la salud humana, animal o vegetal; cumplimiento de leyes de policía, tráfico de oro y plata, armas y municiones y seguridad pública.

Art. XVIII

Duración del Convenio 3 años.

4

La anterior presentación esquemática del convenio comercial suscrito entre México y Estados Unidos el 23 de diciembre de 1942, facilitará al lector llevar a cabo la valorización de la política americana expresada en tratados, entre los que fueron suscritos de acuerdo con el programa que se inició el año de 1934 y el que ha sido recientemente firmado con Uruguay.

Como podrá apreciarse, el Convenio concertado por México el año de 1942 a través de la Delegación Mexicana que fué presidida por el Lic. Ramón Beteta, entonces subsecretario de Hacienda, revela un esfuerzo consciente para mantener incólumes las bases en que se apoya la competencia soberana del país y si en el orden económico presentó incompatibilidades de aplicación en el período de la post-guerra, cuando surgieron nuevos factores de carácter monetario e industrial que no habrían podido ser tomados en cuenta al ser suscrito, ello en nada demerita el esfuerzo de nuestros negociadores que establecieron para México un régimen que fué aprovechado en favor del país durante y aun después del plazo de tres años a partir de 1942, que los mismos fijaron para su vigencia.

El Convenio ha venido siendo continuamente atacado por algunos elementos que muy a menudo quizás sin pensarlo, sobrepusieron sus intereses personales, materiales o políticos, a los del país, pues si la producción industrial ha necesitado en muchos casos ser firmemente protegida mediante una espesa cortina arancelaria, en otros no ha tenido más fin que lograr un aumento excesivo de utilidades no siempre, por lo que respecta a precio y calidad de los productos favorecidos, en beneficio del consumidor mexicano.

El reiterado apremio de un régimen de privilegio para el capital extranjero, parece implicar la idea inexacta de la ausencia en la legislación privada de nuestras repúblicas, de normas que garanticen el provechoso empleo de ese capital, mediante un estatuto racional y justo, en el que, sin embargo, el estado no podría prescindir de su derecho de prioridad para satisfacer las necesidades básicas, desde un punto de vista nacional, de su propio desenvolvimiento y de velar por el decoro y la integridad soberana del país.

La comprensión de estas ideas con antecedentes indelebles en la historia americana, facilitaría más la abundancia de esas

inversiones, que por hoy encuentran su mayor obstáculo, en la hiriente insistencia de pretender una situación "ad hoc" para las mismas.

El mundo en este momento se debate en su hora económica; la mayor parte de los problemas que agitan a la humanidad en todos los órdenes, tienen un contenido económico que se relaciona con el nivel de vida de los pueblos, cuyo bienestar, que depende en gran parte de una mejor organización del comercio mundial, es condición ineludible del mantenimiento de la paz; aspiración suprema que debe estar subordinada sin embargo a que esa paz, ni provenga del temor a la guerra, ni sea resultado de ominosas claudicaciones, sino fruto del respeto a la ley y a los principios de justicia y libertad.

LEONOR Y SUS RECUERDOS

Esto que Leonor recuerda ahora,[1] a nadie importará mañana, si bien algún investigador "exhaustivo" irá a sus memorias para reverdecer una impresión o comprobar un hecho. Inmerecidamente fugaz será, así, el destino de un libro por más de un concepto extraordinario: al fin y al cabo ha sido escrito por la mujer de mayor notoriedad del país más notorio de hoy.

Leonor, como Franklin, su marido, es uno de los seres que más controversias ha provocado en Estados Unidos; en México, como en la América Latina, goza de una simpatía tan general como legendaria. Y Leonor se parece a Franklin, no sólo porque ella misma es Roosevelt, como nieta del buen Teddy, sino por otras razones: ambos, por ejemplo, han practicado una filosofía política bastante lucrativa, pues siendo conservadores en el pensamiento y radicales en el ademán, han conquistado las simpatías de los más al módico precio del odio de los menos.

No es esa la única semejanza entre mujer y marido. Leonor, con su cuerpo y su rostro fieramente masculinos, ha sido fea para tener un pensamiento de varón: lúcido, directo y templado, como que rara vez la pluma o la voz le han sido infieles. Pudo así conservar y robustecer su personalidad al lado del personalísimo Franklin, logro cuya conquista no hubiera sido fácil a una mujer bella, con su fragilidad sentimental y su percepción intuitiva. De otra manera, ¿pudo haber sido Leonor clasificada la primera oradora radial de Estados Unidos y Franklin el segundo? Ambos tienen de común el *timing,* el sentido finísimo del ritmo de la sincronización: Franklin en su actividad política y en sus discursos; Leonor en su prosa y en su vida.

En fin, uno y otro tuvieron la desgracia de vivir en una sociedad convencional, y la fortuna de que fuera protestante. Al desafiarla con el ademán, pero no con el pensamiento, teniendo y sentando a la mesa una secretaria negra, pero aprobando la dictadura del negro de Santo Domingo, Leonor ha lastimado a la sociedad norteamericana, la más convencional del mundo de hoy; la respuesta ha sido una persecución tenaz, ruda y ruidosa, pero jamás certera. Otra cosa hubiera sido si a esta singular pareja le toca en suerte lidiar con la lánguida per-

1 *This I Remember,* por Eleanor Roosevelt. Nueva York: Harper, 1949.

fidia católica: entonces sí habría surgido un enemigo digno de los Roosevelt.

ESTE libro revela —¡por si alguna prueba faltara!— que Leonor tiene una personalidad propia: a pesar de que este segundo tomo de su autobiografía coincide exactamente con la era de mayor brillo de la vida pública de su marido, en alguna forma se las arregla para que sin dejar de referirse a Franklin, a su modo de ser personal y político, sea la propia Leonor y su vida pública el tema principal. Desde cierto punto de vista, muchos lectores lamentarán no hallar en el libro más y más observaciones sobre Franklin, no sólo porque, al fin y al cabo, él fué el frío político y el cálido estadista, sino porque Leonor fué capaz de conocerlo y de juzgarlo casi tan objetivamente como a un extraño. Esto no quiere decir que no sea fácil encontrar en el libro mil pruebas de una defensa candorosa y eficaz del marido hecha por una amantísima mujer.

La opinión de que Roosevelt era hombre de dos caras, que decía una cosa y otra hacía, llegó a ser común. Su origen fué la actitud de arrobada atención y alguna palabra incidental pero oportuna, que inducían a quienes hablaban con él a creer que el Presidente aprobaba cuanto se le había dicho o propuesto, con la consecuencia inesperada de que muchas veces sus órdenes o sus actos resultaban contrarios a esa creencia; pero no era así, Leonor explica. Por un lado, Franklin tenía una repugnancia casi física a ser descortés: de ahí su inclinación a escuchar; luego, era un travieso sofista; si se le presentaba un argumento bien trabado y brillante, lo aprobaba por eso, pero no necesariamente por coincidir con sus propias ideas o por encajar en sus planes; más: el principio de que la lealtad a la nación era superior a la lealtad personal, lo hacía aparecer a veces como infiel a sus amigos; en fin, el transcurso del tiempo y el torbellino de los acontecimientos crearon en Roosevelt la norma de que debía ahorrarse el desgaste de la discusión, y que su deber quedaba satisfecho si sacrificaba el tiempo necesario para sentarse y escuchar a los demás: al final, no tenía ya un momento siquiera para conservar una relación amistosa que no encajara perfectamente en su trabajo diario. Franklin, es verdad, escuchaba y pedía consejos; "pero una vez que llegaba a una resolución —Leonor afirma con orgullo— la gente se engañaba si creía poder modificarla".

Roosevelt, sin embargo, fué hombre en quien los hechos y otros hombres dejaron su huella: a la parálisis debió su fuerza y su valor,

"la gran lección de la paciencia infinita y de la perseverancia sin término"; a los magistrados Holmes y Brandeis y al Presidente Wilson, debió mucha de su visión de hombre público. Así, nada de extraño tiene que Roosevelt fuera lo que en realidad fué: un hombre que despreció valientemente el peligro de pasar por radical y aun por revolucionario, con tal de rescatar de la crisis tenebrosa el estilo norteamericano de vivir: "El llamado *new deal* —dice Leonor con gran simplicidad— no fué, por supuesto, sino un esfuerzo para conservar nuestro sistema económico". Sobre aquellos hombres, puramente académicos los dos primeros, y el tercero más universitario que político, Roosevelt tenía verdadera garra de luchador: cuando Dewey se hizo retratar durante la campaña presidencial con un enorme mastín que se le echaba encima amenazadoramente, Roosevelt, que ponía tanto celo en defenderse a sí mismo como a su pequeño perro Fala, hizo el comentario demoledor de que el pueblo norteamericano eligiría al hombretón del perrito y no al hombrecillo del perrazo.

ANTES de decidir si aceptaba por cuarta vez su candidatura, Roosevelt se sometió al examen de varios médicos, quienes opinaron que podría resistir el desgaste de cuatro años más de Presidente "si observaba ciertas reglas". Por eso Leonor desecha la idea recientemente sostenida por un médico norteamericano de que Roosevelt había padecido antes de 1944 tres ataques. Y, sin embargo, en Yalta sólo lo mantiene alerta la necesidad de igualar el ingenio y la penetración de los demás, y al regresar de esa conferencia, comenzó a fraguarse sobre su barco la nube negra del presagio: el general Watson, su ayudante personal, sufre un derrame cerebral que lo lleva en seguida a la tumba del Mediterráneo; y Harry Hopkins se ve obligado a desembarcar en Marrakech para recuperarse. Roosevelt mismo resuelve decir sentado su discurso al congreso, aceptando así, públicamente y en la primera ocasión, su invalidez. Y Leonor cuenta que ya para entonces Roosevelt apetecía un descanso a la mitad de la jornada de trabajo, y estar solo cuanto fuera posible; es más, dejó de ser "la persona imperturbable que la aguijoneaba a la disputa política vehemente". Cuando al fin llega la mala nueva, Leonor hace todos los preparativos para el funeral, y antes de tomar el avión para ir a recoger en Warm Springs el cadáver, manda a sus hijos soldados este telegrama perentorio: "Tu padre duerme para siempre. Espera prosigas concluyas tu tarea".

LEONOR mantiene una y otra vez que era nula o irreal su influencia política sobre Franklin, influencia que el público le atribuía; pero también dice que aprendió a retener "lo que quería decirle hasta que estuviera en cama, pues era casi seguro que ese fuera el único rato tranquilo del día". Franklin acostumbraba a enseñarle sus discursos antes de pronunciarlos, y esperaba sus comentarios después de decirlos. No sólo eso, sino que Leonor alienta al Congreso de la Juventud Norteamericana y consigue interesar en él al Presidente, con el mal resultado de que cuando pretende dirigirle la palabra a las puertas de la Casa Blanca, le sisean; consigue también que Roosevelt hable telefónicamente con Farley, al frente de la Convención Demócrata de Chicago, para que le dé a conocer el deseo, la resolución, más bien, de que Wallace sea el candidato del partido para la vicepresidencia. Leonor pronuncia allí un discurso que merece la aprobación telefónica instantánea de Roosevelt y de Harry Hopkins. Y es claro que Franklin usaba a Leonor, como a tantos otros, de antena para recoger el pulso de la opinión pública norteamericana.

LEONOR Roosevelt es sin duda una mujer de buen juicio, recto y certero, a pesar de cuanto digan sus malquerientes y a pesar también de alguna destemplanza que deploran sus amigos. No sólo tiene buen juicio, sino que sabe expresarlo bien, con medida, con claridad y con fuerza. Pruébanlo las páginas que dedica a describir las condiciones de miseria y de insalubridad de una región minera de Virginia, o las que dedica a relatar la enfermedad y la muerte de un hermano alcohólico a quien ella consideraba como hijo: es difícil imaginar en qué proporción más justa pueden mezclarse los ingredientes del candor y de la dignidad, necesarios para hablar o escribir en público de estas cosas; pruébalo también el lugar que, contra el reiterado consejo de Hopkins, decidió darle en su visita a Londres a Winant, hombre fino y sensitivo como poquísimos embajadores norteamericanos lo han sido; su decidida simpatía por la causa republicana española, cuya defensa lleva hasta una agria disputa con Churchill, disputa que concluye con la admisión de éste de que ya es tarde para modificar ideas que ha sustentado durante sesenta años continuos; la opinión que Leonor se forma de las graciosísimas ideas que tiene la señora Chiang sobre la democracia; y por sobre todas las cosas, el fino balance que hace de los sacrificios y de las satisfacciones que importa la vida pública en Norteamérica.

La vida de Leonor nunca fué insípida, pero tampoco fácil. No, desde luego, por motivos económicos, pues tanto ella como Franklin han sido moderadamente ricos, y desde un principio fijaron reglas precisas sobre cuánto aportaría cada uno al sostenimiento del hogar y a qué fines específicos se dedicaría la contribución del uno y de la otra. Las dificultades provenían de otras fuentes, por ejemplo, de la suegra. Sara Delano, la madre de Franklin, era también de personalidad acusada: "jamás oía lo que no quería oír", de modo que mientras escuchaba cuanto los nietos le pedían, ignoraba lo que los padres hubieran querido para sus hijos. Luego, Sara, "fiel a la tradición Delano", pretendía ser el jefe de la familia, y no de la propia, sino de la ajena, de la de Leonor: consideraba a los hijos de ésta como hijos suyos, y a Franklin jamás lo dejaba salir de la casa sin cerciorarse de que iba bien abrigado o vestido con propiedad, regla que se observaba lo mismo cuando el hijo era subsecretario de la Marina, que gobernador de Nueva York o Presidente de Estados Unidos. Cuando alguna vez Roosevelt invita a Huey Long a almorzar en Hyde Park, Sara, a quien no se le había consultado la necesidad o la conveniencia de ese pequeño ardid político, exterioriza su protesta preguntando en voz alta a su compañero de mesa quién era "ese hombre espantoso" que conversaba con su hijo. Luego, los hijos de Leonor y de Franklin, Roosevelt por las líneas paterna y materna, y descendientes de dos familias tan vigorosas como esa, los Hall y los Delano, resultaron de una vitalidad excesiva, inclinados a la aventura e individualistas extremosos. A eso hay que agregar que el padre, como la madre, si bien en menor medida, pronto tuvo que sacrificar sus intereses familiares a los públicos, y que reaccionando contra el predominio meticuloso y prolongado de la madre, adoptó la filosofía de que los hijos debían ser responsables de sus propias acciones. Así llega a entenderse por qué estos jóvenes Roosevelt aparecen en la prensa con cierta frecuencia. Leonor señala otra influencia perniciosa: los hijos recibían, de unos, halagos y privilegios excesivos, y de otros, animosidad injustificada.

Leonor es considerada en Estados Unidos, y con mayor razón en el exterior, como un valeroso caudillo feminista. Que con su conducta y su acción ha alentado a muchas mujeres a interesarse en los problemas públicos, no cabe duda; pero es más incierto el buen criterio para enfocar los problemas de las mujeres. Leonor es, desde luego, la primera presidente norteamericana —y la única— que mantiene reuniones regulares con periodistas; pero. . . sólo con periodistas mujeres, ne-

gando, así, lo que una verdadera feminista tiene como credo central: la igualdad absoluta entre la actividad del hombre y de la mujer. Es más, Leonor ha patrocinado en los círculos internacionales un estatuto jurídico especial para las mujeres.

ALGUNAS caídas tiene el libro de memorias de Leonor. Unas son reflejo de defectos nacionales; tal, por ejemplo, la manía de hacer intervenir la estadística hasta en las trivialidades de la vida personal, y otra, la de reconocer en público deudas de gratitud que sólo pueden y deben saldarse en la intimidad. Otras fallas son propias: declara a propósito de la visita que hizo a Estados Unidos un príncipe noruego, que los países de Europa, ante el temor de la segunda guerra mundial, *principiaron* entonces a manifestar un interés *súbito* en Norteamérica. Ejemplo de otra caída es este párrafo, en verdad muy instructivo: "Cuando estuve en Nueva Zelanda, visité Rotorua, la tierra de los maoríes. Los maoríes son los habitantes originales de la isla, como nuestros indios americanos lo fueron de aquí".

MÁS que por sus opiniones sobre México y la América Latina, cordiales, pero sin mayor base de conocimiento; más que por sus opiniones sobre el mundo en general, bastante más próximas al acierto, el libro de Leonor, como Leonor misma, vale por su calidad humana; también por su rectitud, nada común. El papel que ella cree haber desempeñado en la vida de Franklin, lo revela así: "Hubiera podido ser más feliz con una mujer sin sentido crítico alguno; eso no lo pude dar yo, y tuvo que encontrarlo en otros; pero, a pesar de ello, creo que a veces obré como un espolón, aun cuando el pinchazo no siempre fuera necesario y ni siquiera bien recibido. Yo fuí uno de tantos que estuvieron al servicio de sus fines".

Daniel COSIO VILLEGAS.

DANIEL, EL DE LOS LEONES

"Aleccionado por mi desgracia, sé no pocos modos de expiar un delito y cuándo debo hablar y cuándo callar. Ahora, debo alzar mi voz, lo ordena sabio maestro".

ESQUILO. Orestes, en *Las Eumérides.*

Así debía de haber comenzado Daniel Cosío su libro, porque tal parece que, como Orestes, se ha propuesto una misión bajo el dictado de Loxias y ahora tiene que recibir el fallo de un juez que, sin embargo, espero, no tendrá que usar, en esta ocasión, de su voto de calidad.

Conozco a Daniel Cosío hace treinta años; lo conozco, además, con alguna cercanía. Esta cercanía y ese período de tiempo me han permitido juzgarlo profunda y benévolamente y, por ende, acaso con acierto. Pues sólo puede apreciarse a algunos seres mirándolos con benevolencia; sin este bálsamo calmante, tales seres irritan o encienden, y si el juez se irrita o se enciende, condenará o exaltará más de lo debido. Esto es sin duda lo que en el fondo ha querido decir un comentarista del libro de Daniel Cosío,[1] cuando afirma que nada de lo que éste escribe deja indiferente al lector.

¡Ojalá lo dejara! Pero no, tiene razón el comentarista: no lo deja indiferente. ¿Cómo, entonces, lo deja? Los escritos de Daniel Cosío provocan, entre otros, un problema casi de salud pública, si bien no tan extenso como el de la oncocercocis. Pero mucho me temo que esos escritos dejen a sus lectores desesperados y compungidos, al grado que se le podría llamar, como Croiset llamaba a Eurípides, "destructor de ilusiones".

Es curioso que el primer mérito de este ensayista sea también su primer defecto. Me refiero a la indudable lucidez, a la extraña, a la casi arrogante lucidez con que Daniel Cosío presenta sus opiniones. Llevamos medio siglo por lo menos de estar hablando de todos los problemas del hombre en un lenguaje de palabras redundantes, de sentido doble o indefinido. Esta enorme desgracia ha hecho no sólo que se haya estancado el entendimiento de esos problemas, sino que se ha crea-

1 JOSE ITURRIAGA, en su crítica sobre *Extremos de América.* (México: Tezontle, 1949).

do en torno de ellos una atmósfera pesada y sombría, que repugna sobre todo a los espíritus jóvenes, de quienes podría y debería esperarse la determinación de rasgar esa cortina fantasmal. Por eso, tal vez nada más por eso, es una verdadera bendición toparse con un autor que, como Daniel Cosío, llama pan al pan y al vino, vino.

¿Pero —y aquí está, desde luego, el problema— es pan a lo que Daniel Cosío llama pan? ¿Es vino, de ese que se bebe o que se bebía antes, a lo que Daniel Cosío llama vino? Siempre he creído que uno de los males que han descendido sobre la humanidad es el de la demagogia.

Presencié hace años una escena por demás curiosa. Un buen día se presentó Daniel Cosío en la secretaría particular de un funcionario amigo suyo; llevaba en la mano ese papel astroso, amarillento, de nuestros telegramas, papel que Cosío agitaba, excitado, mientras presentaba a la secretaria una "reclamación". Consistía ésta en que se le había mandado una felicitación el doce o trece de enero y no el veinte o el veintidós de julio; la primera fecha es de un San Daniel Mártir, y la segunda, de San Daniel Profeta.

—¡Ningún mártir, sépalo usted!, decía airadamente. Yo soy profeta, el de los leones.

Aparte de que hasta hoy no he podido confirmar la verdadera fecha de su aniversario, la escena aquella me pareció no tan inverosímil, aunque sí tan ridícula, que hasta ahora he guardado su secreto. Pero, pasado algún tiempo, me empeñé en averiguar con el interesado la razón verdadera de su decidida preferencia por la profecía y su aversión casi fisiológica, por lo visto, al martirio. El asunto me intrigaba tanto más cuanto que me constaba el desacierto casi nunca desmentido de Daniel Cosío para predecir los acontecimientos, sobre todo de la política mexicana. Algo más me constaba: era la admisión del propio Cosío de su frecuente errar en materias proféticas. Cuando lo presioné, pues, a que me explicara ese pueril empeño en hacerse pasar por profeta, aun entre las secretarias de sus amigos, me dió una respuesta que, sin quererlo, ha sido la clave para entender su conducta y sus escritos.

—Yo, me dijo, soy de veras un profeta, de hecho, un gran profeta; pero no de lo que va a pasar, sino de lo que debía pasar. Y agregó esto, en verdad desconcertante: si lo que debía pasar no pasa en la realidad, es culpa del hombre, no mía.

¿No es este, me pregunto al cabo del tiempo, el secreto verdadero de la lucidez mental de Daniel Cosío? El no analiza los hechos tal y como fueron: numerosos sin término, infinitamente variados, contradictorios hasta la perplejidad. El no predice los hechos como habrán de

ocurrir el día de mañana: vagos unos, truncos otros, los más incongruentes y en apariencia carentes de conexión con los hechos precedentes. Daniel Cosío analiza un pasado que no existió, cuya complejidad viva y real principia por matar para convertirlo en un pasado inventado, por simple; irreal, por claro; congruente, para hacerlo lúcido. Tampoco predice el futuro verdadero, porque es difícil predecir la maraña y la deformidad; anuncia con fascinadora lucidez un futuro que tiene la gracia y la claridad de corte de una carretera que traspasa alada la montaña y que nos deja repentinamente ante un abismo.

Piénsese en su celebrado ensayo *La crisis de México.* Con una claridad y una congruencia que tienen mucho de ese maleficio hipnótico del domador de fieras, va haciendo retroceder y retroceder al país hasta tenerlo justo en el rincón de la jaula. El león no tiene, por supuesto, salida, porque detrás están los barrotes de la jaula, y por delante el domador, en la diestra una silla y en la siniestra el látigo. No cabe, así, esperar la regeneración de las derechas, porque carecen de sentido popular, porque representan generalmente intereses mezquinos e ideas retrógradas; tampoco de las izquierdas, porque la molicie del poder las ha corrompido hasta convertirlas en polilla, si despreciable por su magnitud, temible, en cambio, por su voracidad. Y no hay salida, porque izquierdas y derechas son los barrotes de la jaula y porque el domador no es Daniel, el de los leones, sino los Estados Unidos, henchidos de fuerza —a quienes el poder les cae como fruta madura, entre otras cosas por el relativo *enanismo* de Europa, como dice Toynbee—, que reclaman la sumisión del animalito como un hecho que se da por descartado, aunque les tenga sin cuidado el aplauso o la inútil desaprobación del público.

No hay en este ensayo —sin duda alguna espléndido por varios conceptos— lugar para la pequeña contingencia histórica, y eso por la sencilla razón de que ésta arruina las más de las profecías. Reconociendo que el cuadro de la crisis nacional que pinta Daniel Cosío es atinado, he pensado siempre que el país puede y que saldrá de su crisis —acaso crisis de crecimiento en un cuerpo casi siempre convaleciente— no sólo porque tiene una enorme pujanza; no sólo porque ninguna fiera se deja arrinconar en la jaula indefinidamente, sino porque alguna pequeña contingencia histórica puede hacer que el país vea, aun cuando sea con la efímera luz del relámpago, la profundidad del abismo en que puede caer. Es más: he cavilado si no sería un error, un error pequeño pero trascendente, de algún gobernante, la menuda contingencia que hiciera salir a México de su crisis. Y esto es humanamente más que posible: los gobernantes, engolosinados

con el poder —"que corrompe siempre y cuando es absoluto corrompe absolutamente"— y con el triunfo, pueden creer que el letargo nacional es lo bastante profundo para que el país perdone o consienta un desliz más. . . y puede ocurrir entonces que el país no tolere ni ese ni ningún otro desliz.

El tipo de pequeña contingencia histórica que se deja siempre fuera de *La crisis de México* es, por ejemplo, la que se dejó fuera del cuadro que debieron trazarse Obregón y Calles cuando aquél decidió su reelección. No sólo entonces, ahora mismo se podría convencer al más reacio de la necesidad de esa reelección y de que, con ella, sólo se traicionaba a un hombre ha tiempo desaparecido, el soñador Madero, quien ni siquiera había sido un político hábil, puesto que sus enemigos habían acabado por asesinarlo. Y, sin embargo, ya sabemos ahora cómo las pequeñas contingencias históricas —que siempre escapan al más hábil político— destrozaron ese cuadro lógico y también a uno de los que lo trazaron con mano casi maestra.

Al principio dije que los escritos de Daniel Cosío dejaban al lector compungido, a más de deslumbrado, por la extraña lucidez que hay en ellos. De nuevo, esto proviene de la calidad profética que el autor gusta asumir. Un profeta —¡al fin un orador, aunque sin auditorio visible!— necesita ser escuchado y, para ello, necesita impresionar, y tan honda, tan profundamente como sea posible. ¿Y qué mejor técnica que decir que todo es malo y que el mal lo causan los culpables y que todos, cada uno, usted y yo, lector, somos culpables?

Si esta acusación se lanza desde lo alto de un púlpito, al atardecer, cuando las sombras de la noche descienden sobre el templo; si quien las escucha ha entrado ahí rendido de fatiga, para tomar un respiro físico y moral, ansioso de paz y de consuelo; si el profeta es, además, severo, y habla gravemente; si levanta el famoso índice de fuego y con él cauteriza corazones y conciencias; si el tono quejumbroso, en suma de Jeremías, halla oídos propicios, entonces el profeta, que sólo toca la cuerda del terror y del arrepentimiento, es declarado vidente y sabio, además de juez incorruptible.

No le falta razón a Daniel Cosío para señalar y condenar los pecados de México y de la América española; lo que le falta es piedad, comprensión, las fibras humanas, en suma, que harían veniales muchos de los pecados mortales. La gracia y la sonrisa son prendas tan humanas como la severidad. Y desde este punto de vista, cuánto más hubiera ganado el libro de Daniel Cosío, si en el cuerpo de los ensayos se hubiera deslizado la gracia sonriente que tiene la *Llamada;* pero

tres páginas de gracia en trescientas de amarga, insobornable severidad, no es bastante para hacer de un autor un maestro o un modelo.

Le falta, además, el complemento de tan despiadado análisis: las soluciones, a su juicio, de los cuadros sombríos que nos presenta. Pero, al llegar a este punto, invoca la división del trabajo y deja a otros la tarea de encontrar los remedios.

Sin embargo, es saludable encontrar en sus páginas la madura reflexión de un historiador contemporáneo, la inquietud y el deseo doloroso de penetrar nuestros problemas con la aguda incisión de su análisis cruel. Es ya una ventaja encontrar un escritor que llama con honestidad deshonestos a los responsables —acaso sólo parciales—, de nuestras desgracias.

Condena a los revolucionarios por destructores y por no ser creadores y acaso tenga él que cargar con la misma condenación. Pues, como él mismo dice, no es bastante destruir, hay que crear. Pero de esta falta probablemente todos somos culpables y, en más o en menos, todos debemos echar nuestra mano en la infinita tarea constructora de una Patria.

Eduardo VILLASEÑOR.

Aventura del Pensamiento

LAS IDEAS BASICAS DE LA ASTRONOMIA MODERNA*

Por *Luis Enrique* ERRO

Instrumentos y astrónomos

CUANDO en un país como el nuestro una persona obtiene la ayuda de un Presidente de la República (como yo la obtuve del Sr. Dn. Manuel Avila Camacho) para fundar un Observatorio Astronómico Moderno, esta persona ha de resolver los dos siguientes problemas enteramente primarios: obtener los instrumentos; obtener los astrónomos. Los instrumentos son un problema de dinero. Debo decir que la directa intervención del Presidente en este asunto hizo que lográramos con 11,000 dólares instrumentos que hoy podríamos fácilmente vender en 150,000 dólares, vendiendo barato y de corre corre.

Obtener los astrónomos es una proposición enteramente diversa. En primer lugar los instrumentos modernos (aun los antiguos) no se pueden instalar en una gran ciudad ni en su cercanía próxima. Ahí el cielo es sucio, la eficiencia de instrumento decae grandísimamente. Los astrónomos han de trabajar por tanto lejos de la ciudad. Pero lejos de la ciudad no hay ni

* La preparación de este escrito ha requerido cuidadosas consultas en libros y publicaciones técnicas. Numerosos temas de naturaleza técnica no aparecen en él como tales, pero forman su estructura subyacente. Como nada debe fiarse a la buena memoria la compulsa ha sido hecha bajo mi dirección por mi ayudante la Srita. Lourdes Frade.

Ninguna de las personas mencionadas por mí ha leído este escrito antes de su publicación. Todo error que en él aparezca me corresponde a mí enteramente.

Las fotografías que acompañan este escrito son todas nuevas en sentido de modernidad. Además son todas espectroscópicas y son, por lo menos tan finas y tan fecundas como las mejores que produzcan los tres o cuatro más grandes Observatorios del mundo. Las placas originales son verdaderas joyas científicas de las que estamos muy orgullosos. Puedo decir esto con claridad y sencillez porque ninguna de ellas la he tomado yo.

escuelas para sus hijos, ni diversiones para sus mujeres, ni fuentes adicionales de ingresos para ellos mismos, ni muchas otras cosas. Por tanto si uno comienza, como yo comencé, con jóvenes muy bien preparados en escuelas superiores pronto tropieza con que estos jóvenes se hacen rápidamente jefes de familia; la ciudad les atrae poderosísimamente y se van; tiempo perdido, talentos perdidos para la astronomía; desilusión y temor en el corazón del jefe.

Hay además otra cosa. La astronomía es trabajo; no sólo trabajo de la mente, sino muy rudo trabajo corporal, especialmente de noche. Se trabaja toda la noche de cada día, todas las noches de cada año. Podemos interrumpir el trabajo diurno; no podemos interrumpir el trabajo nocturno. Tal noche de tal día de tal fecha de tal año no vuelve jamás. Hay que apresarla. Se trabaja desde las 9 de la noche hasta las 5 de la mañana en las noches claras; en las noches nubladas se espera de 9 a 2; a las 2 si no despejó, el observador y sus ayudantes se retiran a descansar. Si uno comienza con personas de escasa voluntad, por preparados que estén, pronto advierten ellos que la gran ciudad les da sin esfuerzos semejantes triples ingresos y que viven ahí como todos los demás viven, haciendo del día, día y de la noche, noche.

La astronomía requiere caracteres bien templados, sacrificios numerosos, buena salud, robusto cuerpo, inteligencias claras, gran capacidad de estudio y originalidad de pensamiento, familias sencillas, esposas abnegadas. La preparación teórica la hemos logrado poco a poco, sobre el trabajo y con temporadas que nuestros compañeros pasan de vez en vez en los grandes observatorios norteamericanos, cuyas puertas han estado abiertas para nosotros siempre de par en par.

Me causa un profundo placer poder afirmar que hace 9 años que comencé, aquí nadie sabía más astronomía que yo, pero que hoy y para siempre, estoy completamente superado por mis compañeros de trabajo. Cada uno en la especialidad que ha escogido sabe mucho más de lo que yo sé o supe; y entre todos juntos ni se diga. Quiero poner aquí algunos nombres: Guillermo Haro, Luis Munch, Luis Rivera Terrazas, José Alva. Además hay un pequeño grupo de ayudantes muy eficaces.

¿Qué hago yo en Tonantzintla? Administro muy medianamente, coordino voluntades, ejerzo la crítica, mantengo el dominio de la lógica. La hago de conserje en todas las fiestas.

Pero ya no soy necesario aunque sea aún un poco útil. Esto puede vivir bien sin mí, quizás mejor que conmigo. He mencionado a quienes están aquí. Pero algunos otros ya no están aquí sino dedicados a otras actividades y que merecen mención. Sin embargo lo haré para uno sólo y sus discípulos van de contado: Carlos Graef, director del Instituto de Física, poderoso cerebro. Graef no estudió la astrofísica conmigo, pero sí a mi lado. Otros dos hombres tenemos de primera línea pero que no deben nada de su capacidad a Tonantzintla: Manuel Sandoval Vallarta, Guido Munch. El primero, se lo debe todo a sí mismo; el segundo debe una buena parte a Dn. Joaquín Gallo.

La tarea ha sido larga y ha sido a veces, dolorosa. Pero está hecha; ¡por fin!

El Observatorio de Tonantzintla

En una pequeña colina que domina el Valle de Cholula está ubicado el Observatorio. Consiste éste en un edificio grande en el que cada uno de nosotros tiene su oficina: un cuarto sencillo con una buena ventana y buena luz de día; luz eléctrica en el techo; además contactos en que enchufar lámparas eléctricas casi por todas partes. Este edificio grande tiene un salón que está destinado a Museo Astronómico y que debería serlo ya, a no ser porque mi voluntad ha desfallecido en este asunto; me he habituado a él como está y transformarlo en lo que debe ser es cosa que he ido dejando para la semana que entra y, como frecuentemente ocurre, esa semana nunca llega. En otro salón está la biblioteca arreglada de modo que sirva de salón de clases y sala de conferencias. Este ha sido uno de los lugares en que más activamente hemos trabajado. Recuerdo que hubo una época en que ahí dí clases yo a las doce de la noche; Carlos Graef daba clases a las once de la mañana. Conferencias hemos dado innumerables. Caben hasta ochenta personas sentadas. Siempre ha habido en Tonantzintla muy buenos conferencistas y muy excelentes catedráticos. Yo, desde luego, no soy del todo malo como conferencista, como profesor soy pésimo. Conmigo se aprende algo acaso en las conversaciones. Pero he tenido aquí gentes de primerísima capacidad en este campo. Mencionaré a algunos: Carlos Graef, el primero entre

los primeros en cualquier idioma que hable y ante cualquier auditorio que tenga; así sea un auditorio estrictamente restringido a grandes catedráticos y minuciosos especialistas en Princeton, o Columbia University, o Harvard, o un auditorio de escuela secundaria; el Prof. Luis Ribera Terrazas, el Sr. Prof. Ancona Albertos; el Dr. Fernando Alba.

Otro de los edificios del Observatorio es una casa habitación que yo no consideré en el proyecto inicial de edificaciones sino fué obra del claro sentido de previsión de Gonzalo Bautista, Gobernador del Estado de Puebla cuando esto se hizo. En esa casa habito yo y en ella duermen buena parte del día los astrónomos que trabajan por la noche. No sé que hubiéramos hecho sin esa casa, ni sé en qué estaba yo pensando cuando cometí el error grave de no incluirla en el proyecto.

El resto de los edificios son casetas de abrigo para nuestros telescopios, taller mecánico, cuarto oscuro para el tratamiento de placas, etc.

Todos son edificios separados entre sí y dispersos en la loma. Lo que se ha buscado con esto es que cada uno sea suficiente en sí mismo para aquellas necesidades que debe satisfacer. Y, consecuentemente, la concentración mental del hombre que en uno de ellos trabaja sea completa. Quizás el cuarto oscuro está un poco más lejos de las cámaras de lo que debiera estar.

Cuando vinimos a establecernos en este lugar hace nueve años, esto era una loma pelona y erosionada. Hoy hay cerca de un millar de árboles, pasto, flores. Con estos árboles me pasa lo que con los niños de la escuela rural del pueblecito cercano; a todos los he visto crecer, ninguno estaba aquí cuando yo vine. Las lomas vecinas siguen siendo áridos calvarios, sin matorral ni árboles; grises, tristes, paupérrimas; lo mismo eran cuando llegamos. Quizás la diaria contemplación de estos lugares, definitivamente perdidos para el trabajo agrícola si no se hace algún esfuerzo heroico de recuperación, haya contribuído muy poderosamente a hacerme considerar la erosión de los suelos como el más pernicioso, aunque en apariencia lento, de los males que a la humanidad aquejan.

El paisaje es bello. Después de una noche bien fría vemos cuatro grandes montañas cubiertas de nieve: La Malinche, el Pico de Orizaba, el Popocatepetl, el Iztaccíhuatl. El valle mismo esta lleno de gracia, recuerda la Normandia. Los volcanes

se ven como si estuvieran muy cercanos; no lo están tanto como parecen. Pero le dan al paisaje una dramaticidad augusta. Hay a la vista numerosos pueblecitos que vistos de lejos son un encanto. No así vistos de cerca. Si uno llega hasta ellos, el cúmulo gracioso de techumbres, cúpulas y torres se disuelve en casas de adobe miserables y sin ventanas, iglesias abandonadas, calles terregosas y sucias, charcos de agua verde con muchas moscas, ni una banca de jardín para sentarse, pocos y adoloridos árboles, niños mugrosos. Miseria. Miseria y tristeza. Hay siempre en cada uno de estos pueblos tres o cuatro maestros luchando a brazo partido, por cambiar estas vidas. Hay también otras cosas de las que, dado que somos astrónomos, vale más no hablar.

Los dos crepúsculos son hermosos. Sobre todo el del amanecer.

La astronomía moderna

Y ¿en qué consiste la Astronomía Moderna?

A mi entender consiste en la conjunción u operación simultánea de dos cosas. Una de ellas es la actitud mental del astrónomo; la otra es su método de trabajo.

Veamos cada una.

Comenzamos por la actitud mental del astrónomo. El astrónomo moderno sabe que o es un físico o no es astrónomo. A este respecto no hay hoy equívoco ninguno. La astronomía se piensa como física. Las leyes físicas son válidas en el universo astronómico. Y éste se entiende como un campo en el que presiones, velocidades, temperaturas, etc., son extremas en relación con las medidas que pueden tener en los laboratorios. Se admite, en consecuencia, que en el universo astronómico pueden comportarse los fenómenos de maneras que no pueden ocurrir en el laboratorio; pero que se pueden pensar con los mismos recursos lógicos con que se piensa en el laboratorio y que o verificaran la ley hallada en el laboratorio o le impondrán la adecuada corrección.

Esto es así de un modo natural e inevitable. Por eso es que no es casualidad que Sandoval Vallarta y Carlos Graef, que son físicos, estén bien informados en astronomía.

Lo que constituye la diferencia primaria entre el físico y el astrónomo es que el primero trabaja con datos que obtiene de la

experimentación mientras que el segundo es un mero observador. Vale la pena detenerse un poco en esto. Experimentar es intervenir deliberadamente en la marcha de un fenómeno y perturbarlo de una o varias maneras para hacer medidas o conteos. En esta frase que acabo de escribir el vocablo "deliberadamente" está deliberadamente puesto. Intervenir deliberadamente en la marcha de un fenómeno es intervenir de acuerdo con un plan prehecho. Esto implica poseer ciertas suposiciones, haber hecho de antemano ciertas hipótesis, aunque no sea sino la mínima inevitable: la intervención en el fenómeno es posible y la perturbación de su marcha natural es casi segura. Esta frecuente y sistemática intervención va dando al físico un conocimiento cada vez más íntimo del fenómeno que estudia y con ello un dominio cada vez más seguro y más firme sobre este complicado conjunto de procesos que llamamos la naturaleza.

El observador (y es este el caso del astrónomo) no interviene en el fenómeno que estudia, simplemente lo observa. Sus dispositivos instrumentales de trabajo son menos receptores y el fenómeno se desenvuelve con entera independencia de ellos, sin sufrir la más pequeña perturbación significativa. Todo pasa como si el observador no existiera. Frecuentísimamente ocurre que tanto el experimentador como el observador no registran en sus instrumentos sino efectos secundarios del fenómeno que estudian. Efectos de segundo orden de los que hay que inferir los efectos de primer orden para poder inferir la situación natural como es. Y aquí hemos dado con un vocablo lleno de múltiples sentidos: "inferir". En principio "inferir" parece que no es cosa que caiga ni en el campo del experimentador ni en el del observador; sino es el campo peculiar del físico teórico. En la práctica (y toda teoría correcta acerca de la Teoría, o de la Experimentación o de la Observación debe reconocer esto) es una mera cuestión de grado. No es posible ni siquiera concebir un experimento o una observación, sin una concepción teórica previa. Experimentador y observador son teóricos más o menos originales y poderosos. El físico teórico a su vez debe no sólo poseer el caudal de cuanto se ha experimentado y observado, sino conducir su desarrollo teórico hacia nuevas experiencias u observaciones, lo que no podría hacer sin un íntimo conocimiento de la práctica de laboratorio.

Es frecuente que se conciba la actividad lógica del hombre de laboratorio u observatorio como puramente "inductiva" y

la del teórico como puramente "deductiva". Esta es una simplificación que no corresponde a los hechos. En la ciencia viva, es decir en marcha continua para ampliar tanto el conocimiento como el dominio sobre la naturaleza, cuantos trabajan en ella constantemente "inducen" y "deducen", teóricos, experimentadores, observadores. Pero dejaremos este asunto aquí, pues seguirlo en todos sus desarrollos nos llevaría muy lejos.

Por lo que toca al astrónomo moderno su actividad primaria es el análisis de la luz que le llega del cielo. A esto se limita su trabajo. Recoge la luz del cielo como las presas el agua de la lluvia, pero no en tan grandiosa cantidad. No; recoge la luz del cielo como un inepto mendigo recoge pequeñas limosnas. Las pequeñas gotitas de luz que reciben las placas fotográficas del astrónomo dejan en ellas delicadas huellas que él maneja con el más dulce cuidado. Con ellas ejecuta numerosas manipulaciones. Muy pocas después que han llegado a la placa; muchas más en el momento en que llegan. Por ejemplo. Las hace pasar por prismas que ordenan los colores por longitudes de onda y le dan lo que usualmente se designa con el nombre de espectro, vocablo lleno de resonancias fantasmagóricas para el no físico, lleno de sentido para el físico sin que, por eso, deje de llevar consigo numerosas y gravísimas cuestiones no resueltas todavía. O bien hace pasar los tenues y mínimos chorritos de luz por filtros adecuados para que, así filtrados, caigan en placas escogidas ad hoc. O bien no hace otra cosa que recibir la luz tal como llega en su placa fotográfica. Pero ninguna de estas actividades del astrónomo altera en lo más mínimo el estado del universo. Como ya dije, el universo astronómico existe con perfecta indiferencia respecto del astrónomo que lo mide e interpreta.

Unas palabras más acerca de la actitud mental del astrónomo moderno. No hay ningún romanticismo en su trabajo. Aquel sabio barbado y melenudo, meditando con la sien apoyada en la palma de la mano, acerca del arcano de las profundidades del espacio, ha muerto. Las profundidades del espacio no son hoy un arcano, sino un difícil problema de geometría de más de tres dimensiones. Quizás este problema no se pueda resolver nunca; quizás ya Einstein lo ha resuelto, o Milne, o Graef. Pero ya no tiene ni volverá a tener aquel sabor a Víctor Hugo que tenía en mi juventud. Eso se fué con las rinconeras y los bibelots, y está tan pasado y tan difunto como Don Emilio

Castelar. Quien espere al visitar un observatorio moderno hallar sabios soñadores y distraídos llevará una sorpresa, pues hallará hombres robustos, quizás viejos, pero robustos; con caras curtidas por la intemperie, vestidos con chamarras y sweaters. El tipo general del leñador vasco o canadiense o, si se quiere y salvo los uniformes, el tipo general de los generales norteamericanos de la última guerra.

El método de trabajo

La otra cosa que caracteriza a la astronomía moderna es el método fotográfico de trabajo. La cámara fotográfica ha sustituído totalmente al telescopio visual. Quedan en ciertos observatorios los grandes telescopios visuales que se construyeron a fin del siglo pero trabajan, con adaptaciones adecuadas, como cámaras fotográficas, específicamente como cámaras espectrográficas. Las más importantes razones para este cambio son cuatro.

La primera es que la placa fotográfica es un documento, no una opinión. Es un documento que se estudia y mide con el microscopio. En Tonantzintla tenemos más microscopios que telescopios. Cuando un astrónomo moderno dice: en tal zona o en tal estrella hay tal cosa, enuncia, obviamente, una opinión que le es propia; pero una opinión que se arraiga en la interpretación de una placa fotográfica; cualquier otro astrónomo puede examinar la placa de nuevo y opinar a su vez. La placa es un documento virtualmente público y desde luego publicable. En ocasiones las interpretaciones de diversos astrónomos, respecto de lo que hay en una placa son diversas. Pero la placa misma es invariante a este respecto. Sirve de base concreta, objetiva, a toda discusión. Ninguno podría hoy encerrarse en el solipsismo de "yo lo vi así", pues ahí esta la placa que hace fe.

La segunda razón es ésta: la acción de la luz sobre la placa fotográfica es acumulativa; no lo es sobre la retina. Un estímulo luminoso que se aplique a la retina del ojo humano o tiene una intensidad mayor que el umbral de sensibilidad del nervio o menor. En el primer caso se ve, en el segundo caso no se ve, no se percibe, no se desencadena ninguna reacción fotoquímica o fotoneurótica en el ojo. A esto llaman los fisiólogos cualitativamente la ley de todo o nada. Si el estímulo luminoso tiene una intensidad menor que la sen-

sibilidad de la retina no se ve nada, no importa cuánto tiempo permanezca aplicado a ella. Si tiene una intensidad mayor se ve inmediatamente, pero si permanece mucho tiempo aplicado a la retina se producen fenómenos que los fisiólogos llaman indiferentemente fatiga o adaptación y deja de ser "visto".

En la placa fotográfica el umbral de sensibilidad es desde luego, bajísimo comparado con el del ojo y la acción de la luz es acumulativa. La placa tiene sus limitaciones y sus complicaciones, quizás más que el ojo; pero en la práctica si un objeto astronómico muy débil no deja su huella en la placa en un minuto, lo dejará en una hora o en diez horas, pero lo dejará.

La tercera razón es esta otra. Los fabricantes de placas fotográficas pueden darnos placas cuya sensibilidad sea máxima para un determinado color. En astronomía, como en física, un color no es una tal o cual impresión subjetiva del hombre, sino una medida expresable por un número. Un mismo objeto astronómico puede ser fotografiado con diversas placas sensibles o diversos colores. Mediante filtros adecuados todos los demás colores se pueden absorber antes de que incidan en la placa. Así podemos tener varias imágenes diversas del mismo objeto que son medibles. Una estimación muy cercana de la radiación emitida por el objeto en cada color escogido, si están bien escogidos, nos da una enorme cantidad de información respecto de su estado físico. El ojo no puede hacer esto, aun si el objeto le fuera perceptible, con tolerable exactitud. La fotometría visual heterocromática es un caso desahuciado de impotencia.

Pero hay aún una cuarta razón. Si nos quisiéramos poner pomposos diríamos que esta razón tiene un sentido filosófico. Nos bastará con explicarla. La placa fotográfica captura e inmoviliza el tiempo. Esto es obvio. Supongamos que todo el estado de un sistema en un momento dado sea reconstituible. Esto no pasa jamás en astronomía pues los cambios de estado o de configuración ocurren con entera independencia respecto del observador. Pero supongamos lo que antes se enunció. Hay algo de todos modos que ha cambiado: la fecha. Yo podría hacer experiencias con un péndulo y repetirlas cuantas veces quiera. Pero si ejecuté una experiencia a las 12 horas 5 minutos 24 segundos de la noche del 10 de abril, de 1950, nada puedo hacer para que vuelvan a ser las 12 horas 5 minutos 24 segundos de la noche del 10 de abril de 1950. Absolutamente nada. Ese instante pasó y dejó de ser irremisiblemente. En

cambio, si en ese instante he fotografiado una región del cielo, ese instante queda en mi placa apresado, detenido. Las placas fotográficas ya reveladas y fijadas no son perfectamente invariantes; están sujetas a procesos que llamamos degenerativos; es decir que el tiempo también transcurre para ellas y las hace cambiar y envejecer. Pero son procesos muy lentos comparados con la vida del hombre. Yo he examinado en el Observatorio de Harvard, en el curso de una investigación que ahí hice, placas que tenían hace 10 años, hasta 45 años de haber sido tomadas. Estaban y seguramente están en muy buen estado de preservación. Mi investigación era acerca de ciertas estrellas variables, nada más útil que aquella colección de placas que me permitía saber cómo habían variado esas estrellas en los 45 años transcurridos. Examiné cerca de 1,800 placas. Los astrónomos que tomaron más de la mitad de esas placas estaban muertos tiempo hacía, otros retirados. Las placas estaban ahí y ahí están. El Observatorio de Harvard tiene cerca de 500,000 placas tomadas en todo el cielo todas las noches sin nubes durante más de 50 años. El edificio en que se guarda esta colección está a temperatura y humedad constantes, a prueba de incendio. Cuando uno entra en él no puede evitar, al menos la primera vez, una emoción ligeramente solemne. Por cierto que ahí mismo me ocurrió una de esas banales confusiones que tanto desconciertan en el momento en que ocurren. Fuí a Harvard poco ha, a saludar a mis maestros y amigos y, en un momento en que me quedé solo, sentí el deseo urgente de ir al edificio de las placas a saludar a un buen amigo. Me entré en el edificio y me encaminé directamente a la mesilla en que años atrás había yo trabajado. Estaba desocupada y en ese momento advertí que, sin saberlo, a quien quería ir a saludar era a mí mismo! Miré mi imagen en el vidrio de la ventana. Vi mi cara ya con anteojos; mi cabeza llena de canas, mis ojos con bolsas en los párpados. Pensé: ¡cuánto has cambiado! me hice una reverencia y me salí de ahí, quizás un poco más despacio de que como entré.

Cielo grande y cielo chico

FUÉ Hubble de Mt. Wilson (que es quizás el más famoso astrónomo contemporáneo) quien llamó la atención sobre la circunstancia de que el concepto moderno más importante de la

astronomía es que el cielo es grande. En efecto, antes de Copérnico y Galileo, el cielo se concebía como algo chico. Una esfera en cuya cara interior están las estrellas y que en un día gira alrededor de la Tierra, tenía que ser relativamente pequeña, pues de ser grande había que atribuir a las estrellas velocidades enormes, difíciles de concebir para los antiguos e innecesarias. Con una esfera celeste chica todo resultaba más cómodo; hasta lo que se suponía existir en el exterior de la esfera, resultaba cómodamente misterioso. Había sin duda heterodoxos para quienes esta concepción no era válida; pero la gran, la enorme mayoría ortodoxa pensaba así. Y, cosa curiosa, muchísimos siguen pensando así, por lo menos con una mitad de la cabeza aunque en la otra mitad tengan otra información.

Cuando por obra de Copérnico, Galileo y Newton quedó claro que no hay esferas celestes sino que el movimiento diurno del cielo es el reflejo de la rotación de la Tierra sobre su eje, el cielo se hizo automáticamente grande, aquellas cosas que se suponían estaban en la cara exterior de la esfera de las estrellas fijas quedaron sin un lugar en el Universo en el que colocarlas mediante un cómodo misterio. Aquella famosa cascada de entes que desde el primer móvil, puramente perfecto y absoluto, venía degradando y cayendo por emanaciones sucesivas, hasta lo contingente y corruptible de este planeta, se arrumbó entre los trastos viejos. Quedó mucho más inútil y falsa que el disfraz de Radamés que está en los ganchos de los alquiladores de trajes para ópera o carnaval.

Aquel cielo chico, con la Tierra en el centro y alrededor de ella las diversas esferas girando más o menos simplemente, tenía para ciertas cosas sus ventajas indiscutibles. Desde luego la pobreza física de los gases y de los humos que se poseía por la sistematización abigarrada de Aristóteles, tenía ahí una buena misión: señalaba el camino hacia el cielo. Irse al cielo era irse para arriba, como el humo del incienso. Irse al cielo literalmente y materialmente. Por no someterse a ese materialismo, Giordano Bruno y otros perecieron en la hoguera y se fueron por esa vía al cielo, caritativamente fletados por los dominicos. Fueron los jesuítas quienes, por no querer amarrar ciertas oscuras cuestiones de psicología, a una ciencia física cuyo desarrollo era imprevisible, comenzaron a bogar hacia otros rumbos. En sus principios esto les costó escarnios y persecuciones, pero a la larga les hizo adueñarse del cotarro.

Dado el cielo grande de la astronomía moderna, la Tierra está en el cielo, es un astro. Nacer en la Tierra es nacer en el cielo, morir en la Tierra es morir en el cielo. Sé que hay gentes que creen que después de morir se van al cielo. Creen en esto como en un viaje materialmente realizable, tal como ir a Tumbuctú o a las islas Hawaii; pero claro está que conciben el cielo ese como más refinado. Es curioso platicar con estos espiritualistas pues a poco que se les urja con cierta sagacidad dan en el más bufo materialismo y dicen cosas que aflojan de risa las costillas.

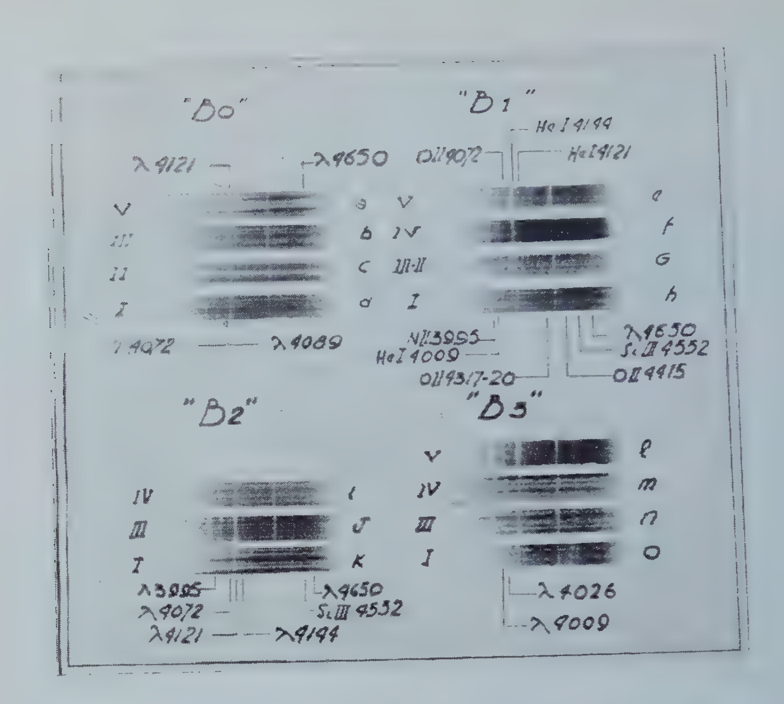
Los astrónomos hablan, sin duda, del estado del cielo. El observador en Tonantzintla, está siempre pendiente de él. Pero esto no implica un retorno al viejo dualismo cielo y tierra. Cuando decimos por ejemplo: "esta noche hay mal cielo" nos referimos al estado de la atmósfera. Puede estar nublada, o calinosa o agitada, etc.

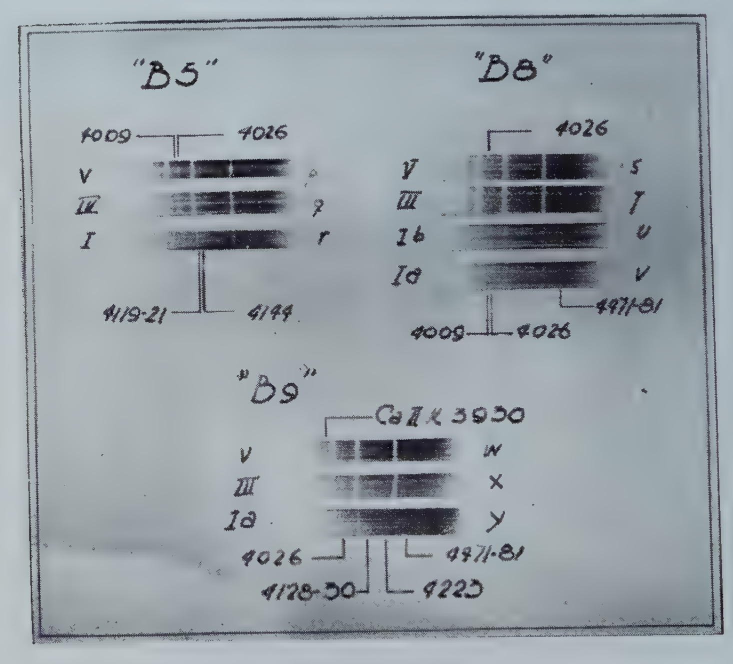
A alguien le parecerá inútil gastar cuartillas en explicar estas cosas. A mí no. Con nueve años de experiencia en recibir visitantes en Tonantzintla y de atender a sus preguntas he aprendido que cualquier pregunta es posible y que las ideas generales de nuestra gente acerca de astronomía son sorprendentemente escasas. Un médico que visitó este Observatorio (era un hombre con todos los estigmas de la prosperidad: Cadillac, cámara Leica; cámara de cine de tres objetivos, etc.,) me preguntó cómo sabíamos si por la noche habría estrellas. Después de advertir que mis respuestas y sus preguntas sucesivas no se acomodaban, me dí cuenta de que creía este señor médico que las estrellas son fugaces e inestables fenómenos casi atmosféricos, algo así como fuegos fatuos, que pueden aparecer o no en una noche, caprichosamente.

Pero ¿qué tan grande es el cielo? Comparadas las probables dimensiones de la región hasta hoy observada con las distancias que podemos medir en la Tierra es fantásticamente grande. Hubble de Mt. Wilson cree haber observado el cielo en un radio de 500 millones de Años Luz. Pero esta medida no es muy exacta, ni se refiere a ningún objeto astronómico en particular. Se dice Año Luz para indicar la distancia que la luz recorrería en un año a la velocidad de 300,000 kilómetros por segundo. La luz nos llega del sol en cerca de 8 minutos, de la estrella más próxima en cerca de 4 años.



grafía tomada desde la terraza del Observatorio de Tonantzintla después de la puesta sol. La línea brillante al sur del Popo es el planeta Venus que fué descendiendo hasta orizonte durante la exposición. La foto fué tomada por el Dr. Bart. J. Bok de Harvard . una buena idea de la claridad de la atmósfera en el Valle de Tonantzintla.

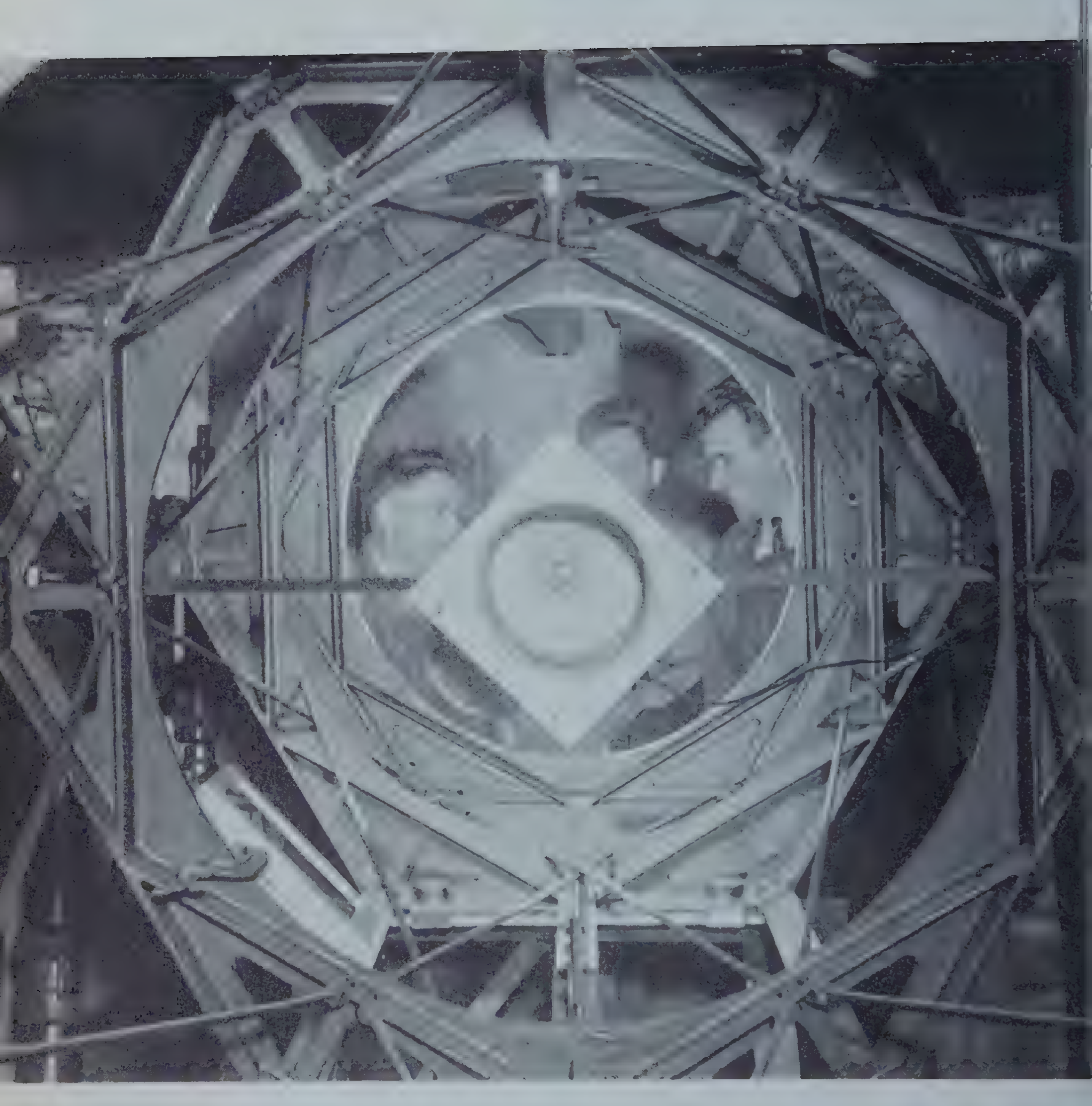




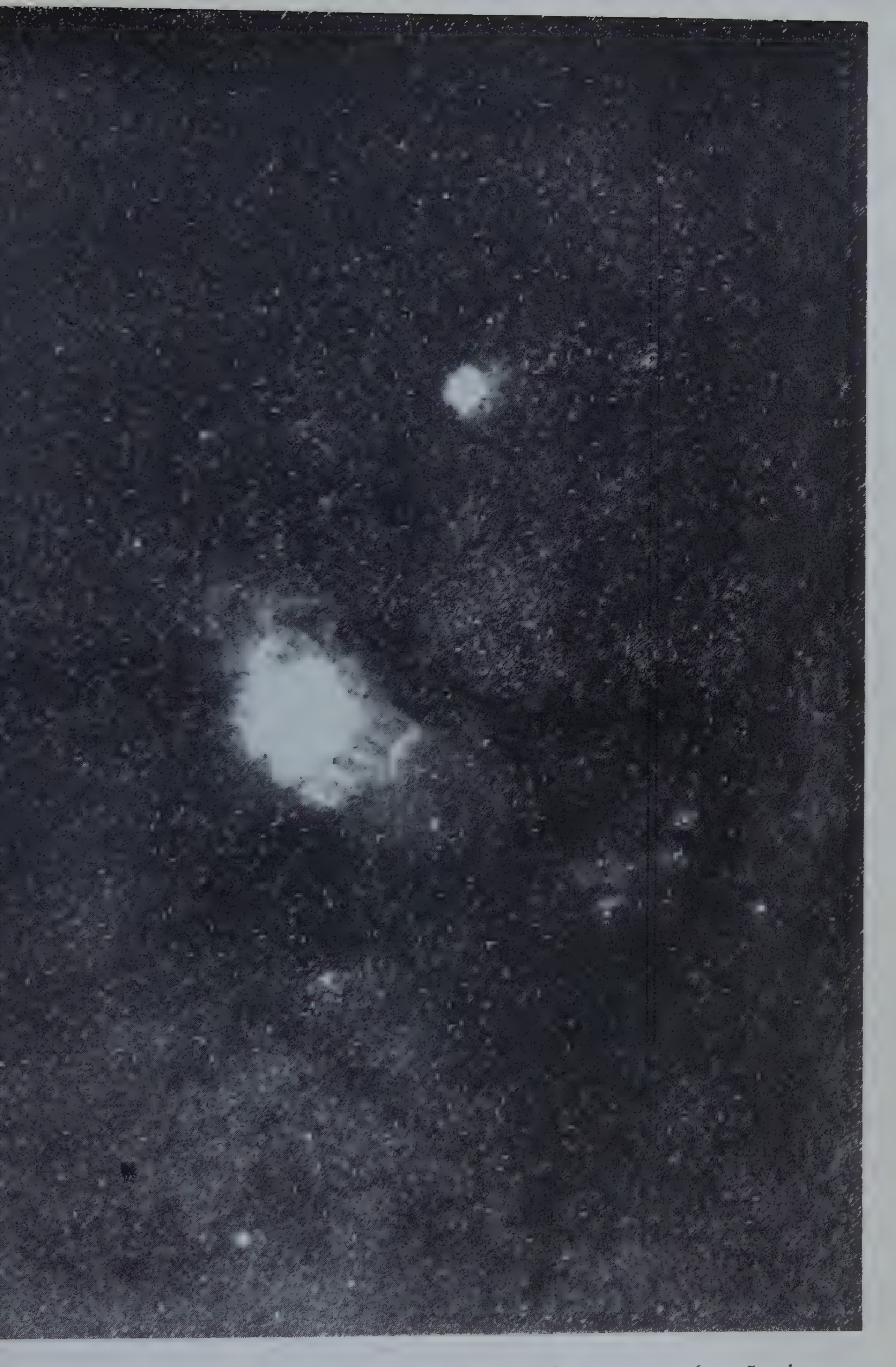
Espectros de estrellas "B" de diversa luminosidad intrínseca con acotaciones espectroscópicas para su correcta clasificación dentro del Sistema Morgan. Las acotaciones están numeradas en longitudes de onda en Amstrongs por Luis Münch.



ctros de prisma objetivo de estrellas cercanas al Ecuador Galáctico. Exposición 30 minutos. nura de los espectros en la placa original 0.3 mm. Placa Easton Kodak sensible desde 3,400 4,800 Amstrongs, que es la región azul del espectro. Placa tomada por Guillermo Haro. Clasificada por Luis Münch.



El "Tubo" de la cámara Schmidt de Tonantzintla visto a lo largo de su eje y desde el lugar en don
está normalmente el espejo. La pieza central es el dispositivo porta-placas y de enfoque. Esta fo
grafía fué tomada durante el montaje de la cámara en el taller del Observatorio de Harvard por
trabajadores que la construyeron.



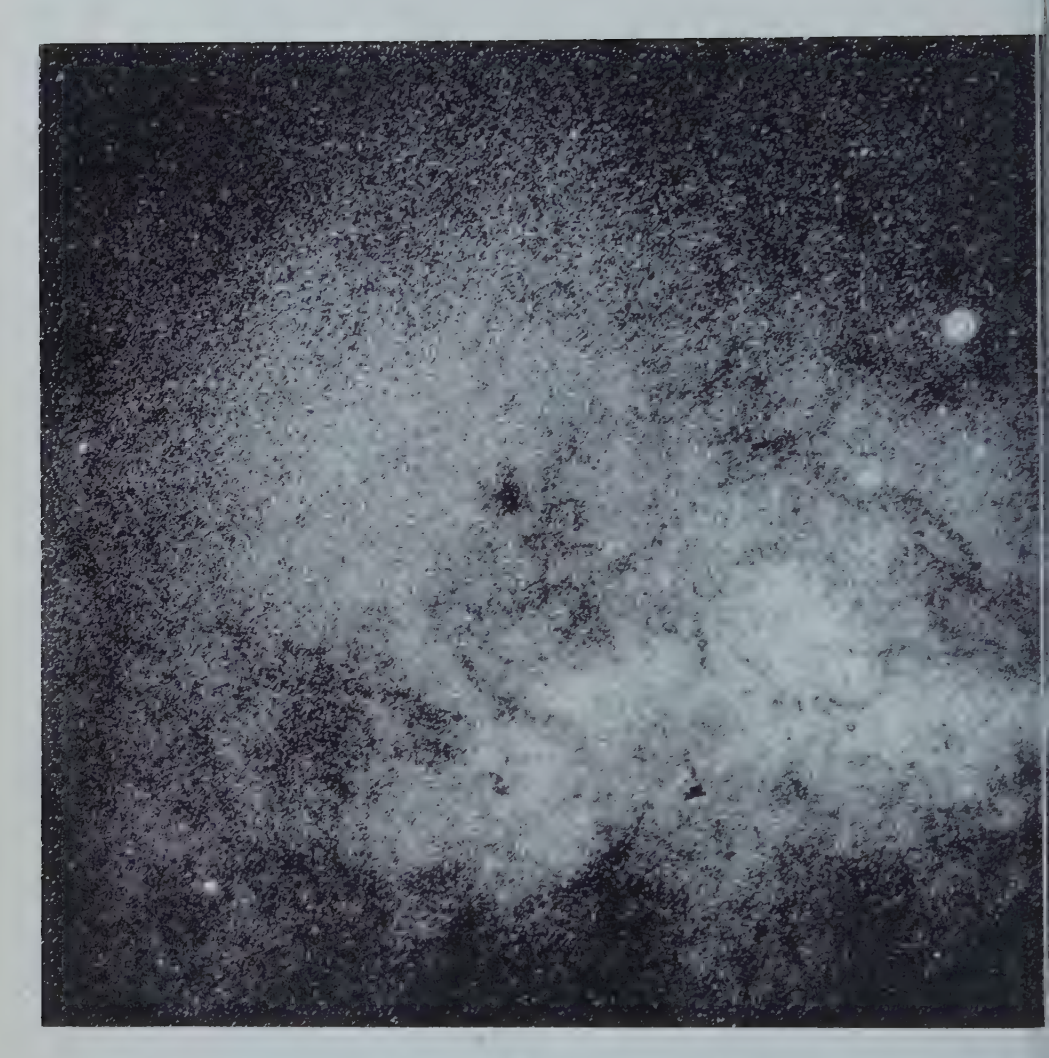
nebulosas gaseosas Messier 20 y Messier 8 en Sagitario a 3200 y 3600 años luz res-
tivamente de nosotros. Se advierte en esta región una complicada estructura de
oes oscuras y de pequeñas nebulosidades. Espectroscopía tomada por Guillermo Haro
placa roja y filtro rojo, de modo que únicamente la componente roja de la luz de
cada uno de los objetos llega a la placa.



Espectro de la componente roja de la nebulosa gaseosa Messier 8, obtenido por Guillermo Haro. Observar la delicadeza de los bordes y las intrincadas interpolaciones de zonas brillantes y zonas oscuras. Observar también las pequeñas manchitas negras y redondas que aparecen sobre el cuerpo de la nebulosa y cuya naturaleza física es actualmente objeto de estudio atento por ciertos importantes astrónomos.



Espectro de la componente roja de la nebulosa gaseosa Messier 20 tomada por Guillermo Haro. Observar la presencia de regiones oscuras que penetran hasta el centro de la masa nebular. Este objeto es también conocido con el nombre de nebulosa Trígida.



El centro probable de nuestra Galaxia; es decir la Nube Mayor de Sagitario. Placa espectroscópica obtenida por Guillermo Haro en una hora. Sólo muestra la componente roja del espectro. El pequeño disco blanco rodeado de un anillo blanco también, es la estrella Gamma de Sagitario. El anillo se forma por reflexión de la luz en la segunda interfase de la placa. En esta región las nebulosas planetarias son abundantísimas. La Schmidt de Tonantzintla por su formidable penetración y el tamaño del cambo que cubre con una sola placa, ha hecho posible que Haro haya descubierto ahí 17 nebulosas de este tipo; es decir que en esa región la placa aquí publicada agregó un 38% a las Planetarias previamente conocidas.

El astrónomo para medir grandes distancias cambia continuamente su método. Con cierto método llega hasta cierta distancia, más allá de la cual el método es inservible. Pero idea otro que llegará más lejos y lo calibra con el anterior y así sucesivamente. Todos sus métodos tienen una cosa en común, se aplican a medir distancias de objetos. De modo que cuando se dice que cierta cámara astrográfica penetra el espacio hasta 500 millones de Años Luz, se está diciendo que a esta distancia hay objetos que fueron fotografiados por esa cámara. En Tonantzintla nos es fácil, relativamente, alcanzar objetos a 300 millones de Años Luz, en 20 minutos.

Estos objetos no son estrellas; son islas discoidales de estrellas, llamadas Nebulosas en espiral o Galaxias, indiferentemente. Casi parecen estrellas en la placa. Digo casi porque su aspecto es ligeramente en huso o bien se desvanece hacia los bordes de la imagen. Una estrella deja una imagen redonda de bordes bien recortados. Pero ya a millones de Años Luz una estrella está demasiado lejos para impresionar la placa. Una Galaxia no, pues contiene materia radiante equivalente quizás a 200,000 millones de estrellas como el sol. A distancias muy grandes las dimensiones angulares de una Galaxia son muy pequeñas, son del orden de tamaño de las de una estrella, pero como su brillo es muchísimo mayor sí impresionan la placa.

Todo el trabajo astronómico hecho hasta esas enormes distancias está lleno de serias incertidumbres. Los pasos de un método a otro (sistema de Shapley) implican coeficientes de calibración y de corrección muy difíciles de determinar. En el estudio de la placa al microscopio tiene uno también muchos casos de incertidumbre seria. Un pequeño objeto en la placa, ¿es el núcleo de una Galaxia esferoidal que parece estrella?, ¿es una estrella cercana ligeramente fuera de foco?, ¿es una estrellita cercana rodeada de una atmósfera muy grande?, ¿es una estrella doble cuyas dos componentes no están suficientemente separadas? Hay que decidirse. Lo más importante de lo que se hace con las placas tomadas sobre los confines alcanzables del Universo es contar en ellas el número de Galaxias por grado cuadrado. Pero para contar Galaxias es necesario primero identificarlas como tales.

Entre unas cosas y otras los resultados quedan afectados a veces por una incertidumbre de hasta un 20% de más o de menos. Acabo de recibir el último conteo de Galaxias hecho por Shapley que alcanza hasta la distancia de 140.000,000 de

Años Luz (¡consideramos esta distancia como cercana!). Tan sólo en las Constelaciones del Norte, Dragón, Osa Mayor y Menor, Lince, Lebreles, Boyero, Hércules, Unicornio, Shapley encuentra 80,000 Galaxias. Dentro del cuadrado de la Osa Mayor 1,500. Lo que le hace suponer, si la distribución en profundidad es del mismo tipo más allá de esa *pequeña* distancia, que el telescopio de 200 pulgadas del Mt. Palomar podrá fotografiar, *sólo en ese cuadro,* más de un millón de Galaxias.

Como se ve el cielo es grande realmente.

La uniformidad de la naturaleza

En una forma que quizás es susceptible de formulación clara el principio de Uniformidad de la Naturaleza es otra de las concepciones básicas de la astronomía moderna. Ya en el año de 1925 Cecilia Payne, una de las grandes mujeres de la ciencia contemporánea, pudo mostrar con abundante material espectroscópico que las estrellas son similares en composición química. El sol, desde luego, una de ellas. Y la composición química del sol es similar a la de la tierra aunque el estado físico de los elementos es diverso debido a la temperatura. La tierra es un astro frío, no una estrella. Pero este tipo de Uniformidad de la Naturaleza había sido históricamente precedido por el tipo de Uniformidad Newtoniana: la Gravitación Universal. Todas las experiencias de Galileo con péndulos, planos inclinados, caída de cuerpos, etc., Newton las generalizó hasta hacerlas leyes de vigencia en el universo, destinadas a dar cuenta, mediante ecuaciones diferenciales, de las órbitas keplerianas y a construir efemérides. Dentro del rango de fenómenos que cubren y dentro de su grado de aproximación, las ideas de Newton tal como fueron desarrolladas por los mecánicos franceses a partir de Laplace, siguen siendo válidas.

Digamos de paso que este Universo Newtoniano esta compuesto de cuerpos en rotación. El sol gira alrededor de su eje y cada planeta alrededor del suyo propio. Los planetas giran alrededor del sol. Pero modernamente se ha encontrado que casi todos los demás cuerpos celestes están en rotación. Lo están la mayoría de las estrellas que, como el sol, giran sobre sí mismas. Lo está nuestra Galaxia. Lo están probablemente las Galaxias exteriores. El universo sería una gran danza de trompos, a no ser por un hecho nuevo. Este hecho nuevo con-

siste en que las Galaxias se alejan radialmente de nosotros en todas direcciones con velocidades que son proporcionales a sus distancias y, por lo tanto, cuando las distancias son enormes, las velocidades lo son también. El descubrimiento de este hecho se debe a Slipher de Flagstaff, Arizona, pero es, por su meticulosa y formidable comprobación y formulación, la gloria de Hubble, de Mt. Wilson y del telescopio de 100 pulgadas. El primer trabajo de Slipher es de 1927. A esta huída general se llama, como es bien sabido, la expansión del universo. Entiéndase bien que el conjunto de todas las Galaxias es el que parece estar en expansión, pero cada Galaxia, consideraba en sí, no se expande o si acaso, tan lentamente que no se advierte que lo haga.

A atender a esta expansión, problema no newtoniano, se dedican los relativistas. Como se ve, cuanto más se estudia el universo, más claro es que las mismas normas rigen a los mismos procesos.

Además es imperativo al cruzar el dintel de la ciencia imponer a la mente el imperativo de este fecundo postulado: TODO AGENTE EN LA NATURALEZA, PERTENECE A LA NATURALEZA. Quien así no piense no hará ciencia. La ciencia no busca ni pide milagros; busca correlaciones, busca conocimiento, busca dominio. ¡Y lo encuentra!

Distingamos claramente ante qué nos encontramos. Las leyes de la gravitación universal rigen en todo el universo hasta donde los recursos de observación nos alcanzan. Para estas leyes el universo está formado por masas, más o menos grandes. La evidencia espectroscópica nos hace ver, también hasta donde los recursos de observación alcanzan, que estas masas tienen una composición química similar y que la química del universo es la de la tierra, habida cuenta de los extremos de temperatura y presión. La expansión del universo es también universal y uniforme. La naturaleza es pues uniforme a ojos del astrónomo. Pero uniformidad no quiere decir igualdad. La desigualdad puede ser muy grande. En Chiapas hay ceibas, en Canadá hay pinos; son vegetaciones desiguales; pero ceibas y pinos son árboles: Canadá y Chiapas no hacen excepción a la uniformidad de la naturaleza debido a la diversidad de sus árboles.

Todo lo anterior es, digámoslo así, observacional o más rigurosamente, de origen observacional y con comprobación observacional. La naturaleza es pues, sin duda clasificable,

por lo menos después de que una buena cantidad de muestras está en nuestras fichas en nuestro escritorio. Y esta es la idea central de Aristóteles respecto de la construcción de la ciencia y aún la de Bacon, estirando las cosas un poco.

Pero veamos bien que ciertas clases lo son no por la descripción formal de sus miembros sino por el comportamiento de los objetos que las forman. A este comportamiento llamamos Leyes de la Naturaleza o Leyes Físicas para decirlo con mayor precisión. La formulación rigurosa de estos conceptos no es fácil en prosa. Es quizás relativamente sencilla mediante símbolos adecuados. Pero su uso aquí, estaría fuera de lugar; no son además de fácil aprehensión para quien no está habituado al manejo de símbolos abstractos y convencionales como lo está el matemático.

Pero respecto del postulado: todo agente de la naturaleza pertenece a la naturaleza, ¿de qué se trata? ¿se trata de una inducción? ¿se trata de un "a priori"?. Para mí se trata de una norma práctica sin la cual no es posible hacer ciencia. ¿Una norma de qué? Una norma de pensamiento. Decimos además que es práctica porque es aplicable al trabajo de investigación científica en tal forma que lo conduce a resultados correctos. Este último término: resultados correctos, requiere elucidación. Cuando investigamos perseguimos dos objetivos finales que son el uno consecuencia del otro: el uno es el conocimiento, el otro es el dominio. Los resultados de la investigación se dicen correctos cuando nos dan ambas cosas. Cada investigador o cada grupo de investigadores podrá creer a veces que el mero conocimiento es su único fin. Digo a veces, porque es obvio que cuando un grado de conocimiento se alcanza se busca el grado inmediatamente sucesor y para ello el necesario dominio sobre el fenómeno, sin lo cual ni observaciones ni experiencias nuevas son posibles.

Pero aparte de esta creencia del investigador y por encima de ella y más vigorosa que ella, hay una presión social que le está continuamente urgiendo a entregar a la sociedad en que vive formas o métodos de dominio sobre la Naturaleza. Si no lo hace su laboratorio languidece, sus presupuestos se encogen, su lugar en la sociedad va siendo cada vez más bajo.

Y parecerá que ahora le hemos dado una media estocada en todo lo alto a la astronomía, pues ¿qué dominio podemos tener sobre el universo astronómico? Ninguno, absolutamente.

Pero dado que la Naturaleza es uniforme, la astronomía le ha dado siempre al físico puntos extrapolados por los que pasar sus curvas. El conocimiento de lo meramente astronómico no es otra cosa que el conocimiento de lo meramente físico en condiciones tan extremas que el laboratorio no puede establecer. Y que el físico domina a la Naturaleza, es cosa que a la vista está.

La vía láctea

Como es bien sabido la Vía Láctea es una faja que circunda el cielo siguiendo toscamente un círculo máximo. En Tonantzintla nos hemos ocupado ocho años de la Vía Láctea con variada fortuna. En algunas de nuestras investigaciones hemos fracasado; en otras hemos tenido éxito. Luis Munch no se ocupa en otra cosa, lleva tres años cazando ciertos tipos de estrellas de muy alta luminosidad tan cerca como se puede del círculo central de la Vía Láctea que llamamos el Ecuador Galáctico. Una de las placas que Munch ha estudiado acompaña a este texto. En ella ha clasificado 1982 estrellas por sus espectros. Algunas de estas estrellas están lejísimos de nosotros, a 80,000 Años Luz o más. La investigación de Luis Munch es de las que nos han dado resultado y cuando esté terminada y publicada (ardua, minuciosa y pacientísima tarea) le dará a él y sus ayudantes, justa y amplia fama científica.

La Vía Láctea es hoy uno de los campos de mayor interés en astronomía. Por siglos y siglos esta faja luminosa fué incomprensible para los hombres. En el siglo XIX engendró las más curiosas especulaciones entre los astrónomos. Hoy creemos saber bien lo que es: es el efecto de perspectiva de la isla de estrellas en que está el sol; es decir de NUESTRA Galaxia. Isla discoidal muy ancha pero poco gruesa. Muchas líneas independientes de investigación han conducido a este concepto. El centro de nuestra Galaxia está en la Vía Láctea cerca de la constelación del Sagitario.

Desde luego la Vía Láctea está compuesta primordialmente por estrellas, cosa que descubrió Galileo con su anteojito. Pero no es de una estructura sencilla. En algunas regiones las estrellas están distribuídas con mucha y muy decente uniformidad. En otras regiones forman gruesas nubes, de difícil interpretación. En otras partes hay regiones oscuras, casi ne-

gras. Algunas de éstas son de aspecto simple, otras no. Son franjas negras caprichosamente entrelazadas en extraños nudos. Quizás por analogía con las gruesas nubes de lluvia vistas desde el campo y que nos hacen temer la tormenta y el rayo, algunas de estas regiones negras de la Vía Láctea le causan a uno cierto sobresalto cuando las ve por primera vez.

Muchas hipótesis se propusieron en el siglo XIX para explicarlas. Entre otras la de que eran huecos tubulares por donde veíamos la oscuridad profunda de aquel famoso arcano del espacio vacío e insondable de que antes hablé. Hoy se tiene la certeza de que son nubes de polvo y gases en que la materia no está organizada en estrellas. Cerca de estas nubes y a veces dentro de ellas hay estrellas. Ciertamente las hay detrás de ellas, pero nos las ocultan. Las relaciones entre estrella y nube son complicadas y han sido estudiadas por importantes astrónomos. Pero yo creo que ninguno de ellos ha abordado este problema tan complejo e interesante con la sagacidad con que lo está tratando en Tonantzintla, Guillermo Haro quien ha reunido ya muy importante material fotográfico.

Si yo tuviera que decir cuáles son modernamente los objetos de mayor interés para el astrónomo diría esto: la estrella, la nube de polvo o gas, la Galaxia, el conjunto de todas las Galaxias.

La estrella es una organización esferoidal de la materia, incandescente o sea radiante, porque en su interior se verifican procesos de trasmutación de la masa en energía, en cierto modo semejantes a la bomba llamada atómica. Las estrellas son muy semejantes en cuanto a su masa. Casi todas tienen masas comparables con la del sol, digamos, con Eddington, desde ½ hasta 50 veces la masa del sol. Son en cambio muy diversas en luminosidad, densidad y por lo tanto en volumen. El sol es la única estrella realmente cercana a nosotros y pertenece a un tipo muy común en el cielo. Una estrella, dije, es una organización esferoidal de materia. La materia, en grueso, es una organización de átomos. El átomo es una organización, arquitectónicamente fascinante de energía.

El dualismo Cielo-Tierra no pertenece, ya se dijo, a la ciencia contemporánea; tampoco el dualismo Materia-Energía. Se usan ambos términos, en su oportunidad, por razones prácticas, tal como se dice anverso y reverso de una moneda y a sabiendas de que son meras designaciones útiles. La reducción

de estos dualismos a una concepción superior no es rigurosamente hablando, un ciclo dialéctico: tesis, antítesis, síntesis; pero se parece, tanto que a veces uno siente que un pensador sutil podría hacer ver que sí lo son.

El Sistema Planetario destronado

CON lo anterior se ve cuán lejos está la astronomía moderna del Sistema Solar, durante siglos y siglos, rey de la astronomía. O más bien cuánto más amplio es hoy el panorama. Sin embargo y de vez en vez, todos los nuevos y gigantes telescopios modernos echan una mirada al sistema solar y hallan en él alguna cosa nueva, aunque, frecuentemente, no inesperada. El sol sin embargo, por ser la única estrella que tenemos al alcance de la mano, se estudia siempre intensamente con poderosísimos recursos y aparatos de observación. Está el sol plagado de graves y difíciles problemas. Los especialistas en el estudio del sol son simultáneamente hombres intrépidos y pacientes; los ciclos solares primarios son cuatro por siglo. Hay pues que marcar el paso. Un astrónomo dedicado al sol sabe que en su vida entera observará lo más dos ciclos solares. En astronomía se trabaja siempre para las generaciones venideras, no para hoy por hoy. Debo agregar que el sol es el único astro que nos da su luz en abundancia; pero es un tipo de estrella chica y muy común y corriente en el universo y, a pesar de sus problemas, no es de las estrellas más interesantes. Se porta bien; es y ha sido por millones de años muy idéntico a sí mismo.

Digo todo esto para asentar dos premisas modernas muy importantes.

La primera es resultado de la observación y, naturalmente, del cálculo matemático. La segunda es un postulado simple pero muy fecundo. La primera es ésta: el sol, y con él la tierra, no está en el centro del universo. Ya hoy no tiene sentido hablar del centro del universo, como diré después. Copérnico, al sentar la tesis de que la tierra giraba alrededor del sol y no el cielo entero alrededor de la tierra dió el primer hachazo a las viejas ideas. El segundo y definitivo hachazo, el que derribó el árbol, lo dió Shapley. A Shapley ya llegó una astronomía en que la noción de Galaxia, isla de estrellas, existía, aunque no en el desarrollo que hoy tiene y al cual él ha con-

tribuído tan paciente como importantemente. Pero respecto de nuestra Galaxia se suponía que el sol ocupaba prácticamente el centro. Shapley en un trabajo que será para siempre clásico en astronomía, descubrió y demostró que el sol no está en el centro de la Galaxia que habitamos; es una estrella de tantas situada cerca del plano ecuatorial de la Galaxia pero a dos tercios quizás, casi seguramente, de la distancia entre el centro y el borde. Demostró muchas cosas más, hoy permanentes, pero enunciarlas todas equivaldría a escribir un artículo tan largo como éste y mucho más técnico.

La otra premisa es ésta: El hombre no ocupa un lugar privilegiado en el universo. La premisa es fecunda. Es parte del instrumental teórico del científico. La repugnancia a aceptar la contraria es universal entre los sabios contemporáneos. Cuando de nuestros cálculos resulta demostrada la contraria sospechamos inmediatamente de ellos. Una buena revisión halla siempre, siempre, un error.

He dicho que no tiene sentido hablar del centro del universo, quien quiera que lo ocupara. Así es. Cuando se dice que las Galaxias huyen de nosotros con velocidades proporcionales a su distancia, se enuncia un fenómeno que sería idéntico si se observara desde cualquier otra Galaxia, no importa cuán alejada de la nuestra. Este es un asunto muy técnico. Habrá que creerme sin más explicaciones. No creo que las supiera escribir satisfactoriamente. Pero es la conclusión de especialistas tan respetables como Lemaitre, Einstein, de Sitter, Poincaré, Weil, Shapley, Milne, Tolman, etc., y entre nosotros Graef y Barajas. Por lo que a mí toca hubo un tiempo en que creí ser un buen especialista en esto. Trabajaba yo bajo la poderosa inspiración mental de Graef. Graef se fué a dirigir el Instituto de Física y hoy por hoy, he acabado por darme cuenta de que cuanto más estudio este difícil problema, menos lo entiendo.

SIGNIFICACION DE LA INTERFERENCIA DE VALORES CULTURALES EN EL MUNDO AMERICANO

Por *Juan CUATRECASAS*

Coexistencia y convivencia

El mundo está abocado a una transformación de ciertas nociones arraigadas en el subconsciente colectivo bajo la forma de vocablos que constituyen todavía verdaderos *tabús* modernos, aún para hombres de cierta cultura. Tales palabras son: nacionalismo y racismo. Una y otra arrastran un denso y nebuloso lastre, que resiste a disolverse en la renovadora oleada de la crisis actual. Mas su sentido apenas si exhibe facetas contradictorias y su significado adopta formas de violencia preagónica o bien es desconocida ya por los mismos que hacen de sus vivencias un culto.

La intercomunicación espiritual, económica y política entre los diversos tipos de grupos humanos se ha acrecentado de tal modo que trae como consecuencia rápida la reducción de grandes barreras establecidas entre ellos. El mutuo conocimiento entre los pueblos más diversos se va realizando insensiblemente y ello establece nexos imperceptibles que contribuyen a transformar las antiguas nociones de raza.

El hombre había llegado a transformar en valores psicológicos absolutos algunos valores biológicos relativos. Y de una consistencia bastante contingente, que el análisis científico nos la revela insubstancial, capaz de modificaciones y readaptaciones. Mas no es solamente el examen científico del problema el que descubre al hombre moderno dicho error, sino la misma evolución histórica que aporta contrastes de arrolladora iconoclastia frente a las murallas creadas por el fanatismo racista.

Así como en los insectos sociales, según Julián Huxley, se diversifica la estructuración anatomo-funcional en especies numerosas y bien distintas; en la especie humana la plasticidad

es su cualidad relevante, que le permite una adaptación progresiva dentro de una sola unidad biológica, "cuya separación en grupos de menor importancia es en gran parte transitoria y evitable". El hombre se halla en proceso evolutivo constante. Y al decir el hombre nos referimos al ente biológico que constituye una sola especie animal, aun dentro de variantes secundarias. Este hecho es de gran importancia para considerar cualquier cuestión referente a las diferencias raciales y geográficas. Los antropólogos también concuerdan en que las diferencias ponderales y volumétricas del cerebro humano en las diversas razas, son demasiado leves para que pueden definirse como esenciales. Pero no es mi deseo abordar el problema antropológico de tales diferencias entre los diversos grupos humanos. Lo que intentaré comentar en este ensayo es la importancia que en la evolución histórica del proceso de la diversificación cultural (o racial) de dichos grupos humanos haya desempeñado la convivencia de los mismos en el continente americano; y la significación humanista de la vida americana frente al tradicional proceso de incomprensión o de incompatibilidad de las diversas culturas. La experiencia espontánea de la vida americana es una especie de anticipación a lo que en la actualidad constituye una preocupación pedagógica trascendental para los sociólogos de la UNESCO.

El aislamiento en que vivieron muchos pueblos y grupos humanos clasificados en castas había hecho posible la persistencia de enormes diferencias mentales entre los mismos. Pero las sociedades humanas no se hallan estructuradas por naturaleza en castas, como las de los insectos. En la especie humana la estratificación de las castas es accidental, es artificial, y no de orden genotípico. La base de las diversificaciones absolutas entre los pueblos reside en la ignorancia.

Bástanos recordar que los griegos apenas conocían más que la humanidad oriental y mediterránea. Es muy reciente todavía el conocimiento psico-sociológico de los habitantes de Nueva Zelandia, del Congo Belga y de otras zonas primitivas, cuyo interés antropológico resulta extraordinario. En este aspecto, el estudio de las razas humanas conserva un valor descriptivo, mientras el mismo criterio antropológico permanece también alejado de toda noción puramente zoológica. Siempre hallamos la noción de estructura cultural que sobrenada en la formación de las diferenciales características de los grupos humanos.

La importancia de la historia del continente americano es indiscutible en la evolución de aquellos caracteres diferenciales. La interferencia de culturas halló un espléndido caldo de cultivo en el Nuevo Mundo. Según Elliot Smith, hace algunos siglos que los indios del norte del Río Bravo vivían de un modo semejante al de los antropoides, hasta que adquirieron de los indios del sur de México sus creencias y costumbres juntamente con el cultivo del maíz. En este caso, hay quienes sostienen que el conocimiento del cultivo del maíz representó una revolución tan trascendental como lo ha sido para nosotros el de la radio o del avión.

No es exagerado afirmar que este fenómeno de la interrelación de grupos humanos a través del maíz o la radio representa bien poca cosa. Ha sido una relación arrastrada secundariamente por un descubrimiento técnico y utilitario. Es triste confesar que aun el hombre moderno llamado *civilizado* conoce muy poco de los modos de vida humana ajenos a su grupo. Ruth Benedict (en "El Hombre y la Cultura") afirma que "aun pueblos muy primitivos tienen a veces mucha más conciencia que nosotros del papel de los rasgos culturales, y con buenas razones. Han tenido la experiencia íntima de culturas diferentes". Y después añade: "así, el hombre moderno, al hacer la distinción entre *pueblo elegido* y *extraños peligrosos,* tiene el apoyo de su actitud la justificación de una vasta continuidad histórica. Los pigmeos han formulado las mismas pretensiones. No estamos en condiciones para aclararnos fácilmente a nosotros mismos tan fundamental característica humana, pero podemos por lo menos aprender a conocer su historia y sus manifestaciones múltiples". Es preciso aprender a distinguir lo que es nuestra naturaleza humana de las accidentales formas de nuestra cultura.

El progreso intelectual del hombre civilizado permite que la superación de su fragmentaria visión del mundo sea una realidad. Y mientras tanto, vamos aprendiendo a distinguir la *coexistencia* de la *convivencia* humana, según el concepto de F. Tönnies. Porque, como nos dice este sociólogo, "no sólo pueden ser *comparadas* las unidades vivas de la humana convivencia con los demás organismos, sino que con toda razón, pueden ser pensadas y entendidas como seres de naturaleza hiperorgánica. De esta forma cabe imaginar a la misma humanidad, y dentro de ella a sus partes, cuando por las condi-

ciones de su ascendencia común, es decir, en cuanto unidas por un parentesco, quepa considerarlas como más conexas con la humanidad en su totalidad, en cuanto es concebida como una especie en el sentido de la ciencia natural". He ahí el problema visto esquemáticamente: hace falta diferenciar profundamente el proceso de la co-existencia con el de la convivencia entre los seres humanos. Ello nos lleva a descubrir mediante el análisis psicológico la unidad antropológica de la especie, al mismo tiempo que a comprender las corrientes de sensibilidad que establecen los nexos sociales de dicha unidad, a despecho de la variabilidad de estructuras mentales.

Una diferencia esencial entre el hombre y los insectos sociales es la de que el primero no depende, en su evolución de las fuerzas ciegas del medio, sino que se halla en el plano de auto-influencia consciente. Su transformación evolutiva está hoy dependiendo del propósito consciente de la propia mente humana y de los resultados de sus descubrimientos. He ahí, pues, la importancia de un auto-conocimiento de la especie.

La convivencia americana

ESTE aspecto del problema no habrá interesado al historiador ni al antropólogo. Pero al observador avisado que se haya desplazado en plena madurez desde un mundo europeo, donde tradicionalmente *co-existen* tantos sectores humanos mutuamente desconocidos, hacia un nuevo mundo de *convivencia* casi tumultuosa, le habrá impresionado al extremo de conceder a este proceso de convivencia una trascendencia sociológica mayor de la que el simple fenómeno revela. Y por esto las consideraciones expuestas en nuestro ensayo tienen por base un examen empírico y directo de esta realidad americana apenas perceptible, de la cual podemos sacar provechosas enseñanzas.

Las huellas psicográficas de los siglos posteriores a la conquista permiten a todo observador descubrir los rasgos principales del fenómeno de convivencia colonial, que establecía nuevas bases del trato humano, mucho más naturales que las moldeadas por la tradición europea.

Parece que los pobladores ibéricos del nuevo continente no sintieron, en su mayor parte, el afán de conquista (en el sentido imperial o nacionalista). Predominaba el afán de enriquecimiento, de aventura; el afán de crear una nueva vida paradisía-

ca empujado por los relatos de viajeros que fraguaban la nueva leyenda. Todo ello tenía un doble sentido: la sed de oro (material), y la romántica ilusión de vivir los sueños de la leyenda. Y casi siempre, en el fondo de todo esto, había una subconsciente sed de libertad, de *huída* de los lugares deshumanizados. La liberación instintiva ha impelido hacia el nuevo mundo durante varios siglos a los inadaptables de una Europa medieval.

Angel Ganivet sostuvo la tesis de la sangría humana hacia América. Según esta teoría, por cierto muy divulgada, la pérdida de tanto emigrante fué la desgracia de España. El espíritu hispano se derramaba por el mundo "en busca de glorias exteriores y vanas. . .". He ahí un error de interpretación. Ganivet lamentaba este derramamiento añadiendo que se salía del cauce que le estaba marcado. Pero como advierte más justamente M. Azaña, "la existencia del cauce es arbitrio del autor". ¿Quién lo había marcado y por dónde? Con tanta razón podría decirse que lo propio del espíritu español era desbordarse, y aún con más razón lo diríamos, pues, en efecto, se desbordó, si es que existía el cauce". Es mucho más satisfactoria esta tesis del desbordamiento de M. Azaña que la de la sangría de Ganivet. Los cauces de la península eran tan míseros y tan estrechos, que hubiesen esterilizado espiritualmente a muchos de los que emigraban.

Los historiadores nos recuerdan que precisamente España fué durante algún tiempo (siglos XI, XII) ejemplo de convivencia de distintas culturas raciales sin odio ni incompatibilidad entre ellas. Tampoco había incompatibilidad religiosa hasta que comenzó la organización de las Cruzadas. Los estudios interesantes de C. Sánchez Albornoz sobre el mundo islámico conducen a este punto de vista. Recientemente, P. Bosch Gimpera hace resaltar este hecho, de trascendencia histórica, como un primer *iluminismo* europeo surgido en España como resultado de una experiencia frustrada de la convivencia racial y religiosa.

Escribe Bosch Gimpera a este propósito ("La Cultura y el buen entendimiento entre las naciones", Universidad N. Colombia, 1949): "El espíritu crítico y la libertad de conciencia de aquellos orientales del Andaluz, tan segura y consciente, no pudieron ser destruídos del todo y fecundaron la civilización europea. España fué un tiempo uno de los extremos del mundo

árabe y uno de los principales vehículos de la penetración de los valores culturales en Occidente y con él en todos los pueblos partícipes de la cultura occidental, como los de la propia América". He ahí como estas interpretaciones históricas coinciden también con el fenómeno que intentamos describir; o sea, la irradiación de un sentimiento universalista que había surgido en una etapa de polirracismo ibérico y que se vió después arrollado por el establecimiento de un régimen de fanatismo católico o filipismo. La emigración de los hombres ibéricos hacia las tierras americanas era una realización más amplia y decisiva de aquella experiencia interrumpida.

He ahí por qué la indagación empírica del proceso de convivencia americana nos lleva a la convicción de que aquella "sangría humana" tuvo la virtud salvadora de hacer posible la evolución de la cultura ibérica y las históricas realizaciones del espíritu hispano. El mismo Ganivet hablaba de la virginidad del alma española, aludiendo a su aislamiento absoluto. Pero hablaba también de una etapa de cultura hispano-colonial en la península. Es decir, que reconocía la influencia de la vida colonial sobre el pensamiento peninsular. Gracias a ello, se había quebrado la estrecha mentecatez de una vida nacional fanatizada y artificiosa, abriéndose a las más crudas realidades de su existencia, y estableciendo un contacto con la vida universal en el seno infinito de una naturaleza esplendorosa y risueña. Es preciso meditar acerca de lo que significa para el hombre que escapa de la estrecha y moldeada vida de rigidez pueblerina, verse transportado mágicamente al horizonte de una selva virgen o al espectáculo gigantesco de los macizos que encierran áureas riquezas; a la vagabunda soledad pampeana que inspiró los cantares de un Martín Fierro.

Germán Arciniegas ha descrito ("Las Carabelas") la condición y variedad de los emigrantes que huían del viejo mundo para poblar el nuevo. Unos eran gentes proscritas por las costumbres o las leyes convencionales de sus países y de su época. Otros eran seres a quienes la miseria hacía imposible la vida en sus hogares, o bien a quienes se les hacía insoportable el vejamen social impuesto sobre la pobreza. Otros eran aristócratas hastiados de los estúpidos prejuicios de sus familiares; y otros aventureros que huían de las consecuencias de alguna pendencia acaecida por su juvenil impetuosidad. Y con un orgullo de americano, nos dice G. Arciniegas: "estos eran nues-

tros abuelos ". Y para ellos, las palabras de Bolívar se hacían carne: "la libertad de América es la esperanza de la humanidad". La libertad de los americanos era sentida como un fenómeno vital que tendría que ser la base de la libertad del continente. Así se echaban las raíces de la esperada democracia americana.

El contraste con el viejo mundo está escrito en las huellas de la civilización colonial y en la psicografía del americano. Mientras todavía en el siglo pasado los europeos hablaban de "los países salvajes de la América española", los hombres venidos a las Américas amaban por encima de todo la libertad y la igualdad, en su forma más primitiva e iconoclasta.

Era la iconoclastía frente al *filipismo.* Esta deformación mental de origen teológico pretendía hacer de la civilización española una *sociedad angelical,* donde sólo pudieran vivir los *auténticos santos* y donde los pecadores fueran castigados y eliminados. La misma obsesión que hoy inspira la *cruzada* grotesca que han resucitado y que pretenden reorganizar desde Lisboa y Madrid "en defensa de los principios espirituales de la civilización cristiana". (!!) Tal represión instintiva conduce al sadismo y a la atrofia afectiva. Pero el hombre viril no se sometía, y buscaba la libertad en la Naturaleza.

El sentimiento de libertad en el Nuevo Mundo se nutrió, pues, de esta pasión iconoclasta y del contraste con el espíritu inquisitorial. El mundo imperfecto y caótico así surgido, como la arrolladora vitalidad de la selva, resultó más fecundo y más humano que aquel otro mundo que se ahogaba en el olor de una santidad impracticable y que sufría la mutilación intelectual y afectiva a consecuencia de la locura teocrática.

Como nos dijo William James, es inútil concebir un mundo de bondadosa perfección, porque dejaría de ser humano. Y Lin Yu Tang también nos recuerda que no podemos fiarnos nunca de un hombre *virtuoso.* Para él, el mundo es de los *bribones,* entendiendo por bribón al hombre que tiende a hacer libremente lo que se le antoja por oposición al soldado que es el hombre mecanizado por la disciplina. He ahí un gran problema pedagógico: el de la disciplina deshumanizada, ciega, que mata a la inteligencia frente a la libertad y a la sensibilidad que engrandecen al hombre.

En un estudio biográfico tan excelente como el de Rosa Arciniega en su libro "Dos rebeldes españoles en el Perú",

también hace resaltar este aspecto tipológico visto desde América. "Una tradición —falsa y embrutecedora como casi todas las tradiciones— ha venido pintando secularmente al español, en cuanto *tipo,* como ente de una sola faz: duro, altanero, realista, intransigente, fanático e inquisitorial". Y después añade que si bien España ha dado este tipo de hombre, también ha dado "otros cien *tipos* que difieren esencialmente de aquel y que abarcan y recorren toda la infinita e inaprehensible complejidad del alma humana". Y en efecto, aquel tipo altanero y fanático era el que daba la tónica ambiental en la península, mientras que la otra variedad de tipos rebeldes tuvieron que esperar un Nuevo Mundo para desplegar su vida y su personalidad. Y por esto, desde la atalaya americana se puede afirmar como lo hace Rosa Arciniega: "Tan español es Núñez Vela con su insoportable altanería y su cerrada intransigencia como lo es Don Pedro de la Gasca con su perspicaz y ductilísimo talento; en la misma medida lo son Gonzalo Pizarro y *El Demonio de los Andes* que lo son Lope de Aguirre e Illán Suárez de Carvajal. Miembros de una idéntica familia cuya neta y sorprendente variedad psicológica persevera todavía a a estas alturas bien marcada en la raíz de lo hispánico".

En el Viejo Continente unos eran los amos o señores y otros eran entes despreciables o proscritos. Pero en el Nuevo Mundo todos pueden tutearse y se crea entre ellos una nueva confraternidad que admite aquel polimorfismo tipológico tan sorprendente. Esto ocurre no sólo con las categorías sociales o las jerarquías personales sino con las diferencias raciales. Por eso pudo decir Novoa Santos que América constituía un inmenso laboratorio de genética humana, donde se incubaba una importantísima experiencia.

Así nos esboza Guzmán Arciniegas este aspecto del problema en otro libro magnífico (Biografía del Caribe): "¿qué queda atrás, al fondo de estos relatos de la vida del Nuevo Mundo? Historias de bandidos, dirán algunos. Porque en el mundo, los pueblos no se mueven como los coros celestiales, y en medio de la lucha de las pasiones humanas salpican de sangre y hasta de lodo más de una página en el libro de los anales. Pero debajo de esta turbia muchedumbre que lleva cuatro siglos de estar moviéndose en el subterráneo de la vida americana, ha corrido la savia de aspiraciones más altas". Es, pues, importante el papel que ha tenido, en la base de la vida demo-

crática americana, la confluencia de variadas tipologías raciales y sociales. El mosaico psicológico y social del Nuevo Mundo le infundió una vitalidad característica, multiforme, con un espíritu humanista también característico.

La teogogía

El mismo proceso de igualación racial y social que tuvo lugar en la vida americana debía conducir a otro fenómeno paralelo, que podríamos llamar la "democratización" de las divinidades. En el Viejo Mundo, el carácter absoluto de las ideas religiosas llegó a hacerse muy resistente en ciertos grupos sociales, y esta deformación mística era un instrumento al servicio de un fanatismo rayano a veces en la exaltación paranoide. Las tierras del Nuevo Mundo, en cambio, conquistaban uno a uno el espíritu de los hombres que pretendían traer imposiciones ideológicas. Y esto ocurría también con la teología. Porque las Américas eran tierras de libertad en todos los órdenes.

Podríamos decir por ello que la *teocracia* se fué metamorfoseando en *teogogía.* Con esta palabra quiero significar que la fuerza de las convicciones místicas se convertía en un medio al servicio de otras finalidades menos espirituales; y la jerarquía de estos medios había notablemente descendido en el curso de aquella confraternidad de los emigrantes de todas clases. Los teócratas del Viejo Mundo, poseídos del fanatismo místico, movíanse para servir a esta fe, cuyo poder sobre el alma es extraordinario. Al desintegrarse la fuerza de la fe por obra de la relatividad de formas míticas o de una nueva jerarquización de fuerzas espirituales adquirida en las nuevas latitudes, entonces la religión podía utilizarse para comodidad de las técnicas gubernativas, como instrumentos de la anquilosis mental. Y así mucho tiempo antes de que Schelling afirmara la posibilidad de construir una *filosofía de la mitología,* la experiencia histórica de la emigración humana hacia el Nuevo Mundo había puesto a prueba la *peculiaridad específica* de la conciencia religiosa. El contenido y la forma del mito es algo íntimo, inmanente, derivado de un proceso psicológico de remota evolución; pero frente a la perspectiva histórica (y en el desplazamiento geográfico había un fenómeno de nueva perspectiva) la con-

ciencia religiosa no resultaba sometida a ninguna crítica intrínseca, mas sí al contraste comparativo con otras diversidades de formas míticas; y se desplegaba entonces no como una *verdad absoluta* sino como una verdad *geográficamente condicionada.*

Sabemos que Strauss admitía que ningún gran acontecimiento histórico se produce sin que surja a su alrededor una cadena de mitos. En el descubrimiento de América el fenómeno mítico subsiguiente tenía forzosamente que ser una transformación de la forma y del contenido mítico. Transformación quizás invisible, o insensible, pero que se pone en evidencia cuando consideramos pragmáticamente las aplicaciones de la conciencia religiosa a los problemas sociales.

En realidad, el trasplante de las formas religiosas creaba una relatividad que antes no era percibida. Renan expone la clave psicológica de este fenómeno cuando escribe: "toda forma religiosa es imperfecta y sin embargo sin formas ninguna religión puede existir. La religión sólo es verdadera en su quintaesencia; pero si nos empeñásemos en volatilizarla demasiado correríamos el riesgo de destruirla. El filósofo que, impresionado por el prejuicio, el abuso, el error que esta forma entraña, cree apoderarse de la realidad refugiándose en la abstracción, lo que hace es suplantar esta realidad por algo que jamás ha existido".

Algunas veces, el *blanco cristiano* hacía de su religión un privilegio social frente al indígena; como dice Mac Crone, "su religión era en primer lugar y principalmente, un hecho de orden social o un privilegio de grupo, celosamente guardado". Y este mismo proceso, que ya nada tiene que ver con la fe ni con la conciencia mística, es el que desarrolla diversos tipos de imbricación de ciertas formas religiosas con las categorías sociales y políticas. Esta barrera es, sin embargo, bastante débil para que al utilizarla exhiba fácilmente su artificiosidad.

Este aspecto ha sido muy bien estudiado por Alejandro Lipschutz (El Indoamericanismo y el problema racial en las Américas) cuando analiza los motivos utilizados por el grupo social dominante para justificar una superioridad. "Cuando ni pigmentación cutánea ni lenguaje pueden servir para distinguir el señor del siervo, sucede que se recurre a conceptos *biológicos* para los fines de autodefensa social". Estos conceptos *biológicos* (!) corresponden a la *convicción* (?) de que "Dios creó separadamente a los señores y a los siervos. A los siervos les

dió naturaleza especial que los capacita para soportar trabajos pesados. . . Dios ha añadido también una diferencia moral entre ellos: la facultad de mandar y obedecer". En estos casos, la creencia religiosa es un simple accidente que resulta concomitante con la voluntad de poder.

Si como dice Jorge Carrión, los dioses del indio tuvieron que huir cuando llegaron los españoles para imponerles, por medio de los cañones, "los nuevos símbolos religiosos" del "manso Jesucristo", también es verdad que estos últimos símbolos injertados en un nuevo mundo tan libre y lleno de contrastes, perdían su artificializada silueta. Y quizás, así como el mestizaje de razas y de culturas fué un milagro americano, paralelamente hubiera también surgido en lo más obscuro y recóndito del subconsciente, un mestizaje de dioses; que no sería tampoco asombroso verlos, a la luz de un misterioso endoscopio, en alegre comunión y camaradería dentro de los impenetrables arcanos de la mente colectiva.

La raza y su equivalente conceptual

Si meditamos acerca de la trascendencia de la convivencia racial en América, nos damos cuenta en seguida de que aquí se ha producido, por ley de la naturaleza, la demostración experimental de la unidad de la especie humana, con el acercamiento natural de indios y blancos y de europeos de todas las razas. La gran separación que la geografía por un lado y la diferenciación cultural por otro habían labrado en la humanidad, fué seriamente afectada por el descubrimiento del Nuevo Mundo. Así lo reconoce Silvio Zavala (en su importante estudio aportado a la UNESCO): "Tal parece como si el destino hubiera querido construir la figura de esta historia a base de una de las mayores bifurcaciones previas que pueden concebirse o caber dentro de la vida de la humanidad, seguida de un violento y rápido proceso de amalgamación que aún en nuestros días podemos calificar de reciente, inacabado y penoso".

Hablamos paralelamente de raza y de cultura porque es ésta la que en último término define las diferencias psicográficas que crean conflictos humanos. Recordemos que para G. Moutandon (que sigue la escuela de Graeber) los índices culturales son los equivalentes conceptuales de las razas, aunque

rechaza la idea de que sean idénticos los conceptos de raza y de cultura. Se admite la existencia de ciclos culturales que se agrupan por sedimentación psicológica más bien que por afinidad orgánica. Sin desconocer las diferencias somáticas entre los tipos raciales, sabemos que el medio ambiente y cultural pueden más que el factor genético.

En el gran experimento de la historia americana, se ha ido afirmando la concepción de los antropólogos que siguieron a Boas. Este sostiene que si bien existían ligeras diferencias entre el equipo mental de la raza negra y de las otras razas, tales diferencias no incapacitan a un negro para jugar su papel en la civilización moderna.

Nos acercamos así a la confirmación de la tesis de Taylor: los salvajes son esencialmente intelectuales que luchan con sus problemas bajo el impedimento de informaciones limitadas. Y si esta información les es suministrada, entonces su mentalidad se aproxima a la nuestra al hacerse superiores sus medios de trabajo intelectual. En realidad, se ha abusado del criterio despectivo que lleva envuelta la palabra *salvaje.* Se parte del equívoco de que la llamada "civilización occidental" fuese la meta de la humanidad y del progreso cultural. Este equívoco se desvanece cuando se ponen en contacto los occidentales puros con los salvajes de América, porque si bien éstos han aprendido los medios de trabajo intelectual y de documentación, también tuvieron mucho que enseñar a los civilizados.

También se desvanece en estos días el mismo equívoco cuando escuchamos las voces de los hombres representativos de viejas culturas asiáticas, de quienes mucho pueden aprender dentro de la Unesco algunos de los modernos occidentales. Así vemos al pandit indio Nehru haciendo un llamamiento al mundo para eliminar las guerras, señalando con certera clarividencia que las causas de tales desastres residen en la supresión de la libertad, en la desigualdad racial y en la necesidad económica. Y además propicia la evolución hacia un *gobierno mundial,* noción integrativa del progreso internacional moderno, a la cual todavía no han sabido llegar algunos de los exponentes de llamada "civilización occidental".

Según Boas resulta muy difícil echar a un lado la idea de que nuestra cultura es la más brillante y superior, y que debemos aspirar a ver nuestra cultura y nuestras características desde el punto de vista de los otros pueblos y de las otras culturas.

Es el punto de vista polifacético que permite forjar una más amplia concepción del problema. Esta concepción cristalizó naturalmente en América por la convivencia y confusión de razas y de culturas.

El proceso de interferencia cultural establece fatalmente un análisis comparativo más o menos subconsciente, y elimina la creación de nociones absolutas. La dificultad estriba en que las nociones absolutas están arraigadas previamente, y la obra de racionalización o de atenuación diferencial resulta lenta y complicada. Mas en todo caso la formación estereoscópica de una nueva cultura ha tenido lugar en el curso de la historia americana.

En esta obra de mutua comprensión, la evolución de la vida americana ha sentado sus bases firmes. Eso no significa que se haya llegado siempre al resultado apetecible. El proceso consciente de educación y de estructuración democrática tiene que hacer lo que falta. Pero es de señalar que en el Nuevo Mundo la semilla de la igualdad racial y social ha fructificado ampliamente con la interferencia de las culturas. Y ello ha ocurrido en grados y matices diferentes según los países del continente.

En México, por ejemplo, este proceso puede constituir un ejemplo. Silvio Zavala refiere que Lucién Febure, viniendo de Europa ensangrentada por el racismo nazi, en 1948, se sorprendió al llegar a México y ver la cordialidad y la naturalidad con que se trataban los hombres blancos, morenos, negros y cobrizos.

Es esta la misma sensación que tiene todo el que llega del Viejo Mundo. La misma sensación que ha inspirado este ensayo, después de meditar durante un decenio este complejo pero evidente fenómeno. Como dice tan gráficamente Zavala, "es un proceso en marcha, una orientación correcta, pero los medios y las flaquezas humanas no logran todavía imponerse a la inmensidad de la obra". Porque "hay grandes abismos de miseria, de ignorancia y de primitivismo" todavía. Mas estos abismos no son humanamente comparables a los abismos creados tradicionalmente en el Viejo Mundo por el racismo, por el nacionalismo y por el espíritu de clases sociales.

El irracionalismo

Se ha dicho que el *irracionalismo* de las razas primitivas es un carácter de inferioridad cultural que las separa de las razas civilizadas con culturas sólidamente elaboradas. Nada tan falaz como esta barrera. Dicho irracionalismo salvaje no es más que una forma distinta de clasificar los conceptos; o sea una distinta técnica utilizada para las asociaciones mentales.

La diferencia reside realmente no en el orden cualitativo sino en el cuantitativo; es decir, en el de la sistematización y variedad de técnicas de análisis mental. El contraste resulta sumamente interesante.

La evolución del mundo moderno bajo el signo de la irracionalidad, es un hecho hoy reconocido. Véase, si no, la explicación de Franz Alexander para la evolución progresiva de lo que él llama "nuestra era irracional". Al hablarnos de la estructura emocional de la democracia, nos insiste en la génesis subconsciente de la noción de igualdad (que cuando se hipertrofia morbosamente conduce a la envidia), pero señala la necesidad de sublimar nuestros instintos hacia la armonía social y de revalorizar las realizaciones intelectuales y artísticas. La dosis de brutalidad contenida todavía en las llamadas culturas modernas es demasiado densa para ser olvidada.

La misma afirmación hacía Nicolás Berdiaeff hace pocos años cuando escribía que la próxima civilización sería basada en la barbarie injertada en la misma civilización. La emancipación intelectual del hombre se va logrando, en todas las estructuras culturales, mediante la superposición y la mescolanza de factores simbólicos o ritualísticos secundarios y de estructuras mentales distintas. El relativismo surge espontáneamente como fruto de las discriminaciones intelectivas, o por lo menos de las simples apreciaciones comparativas.

Cuando se ha comprobado por contraste que un vocablo o un motivo, un héroe mitológico, un dios cualquiera o un rito, o bien una figura totémica representan imágenes aparentes no universales, sino fragmentarias y derivadas de otra realidad desconocida, entonces se desvanece la falsa noción del carácter universal y absoluto de dichos entes.

Mientras los conquistadores oficiales de España se proponían imponer en América una fe católica, la única y verdadera al decir de sus sacerdotes, encontraban en estas tierras una di-

mensión geográfica e histórica que rebasaba enormemente los límites de una teología concreta y estrecha. Y así también la religión se humanizaba. Tanto si admitimos con Taylor que la magia es una *pseudo-ciencia* como con Frazer que es la precursora de la religión, el hecho es que esta característica de la cultura que es la cristalización mítica se halla entremezclada en la superposición de estratos raciales y en la interferencia cultural que tuvo lugar en la repoblación americana.

Y estas diferencias de ritos mágicos, se ponen en evidencia cuando el indio de las praderas norteamericanas invoca la conmiseración de los poderes sobrenaturales exponiéndoles su lastimoso estado material, mientras para otros indios americanos y melanesios una oración nunca es el desahogo de un alma sufrida sino simplemente una repetición ritual de fórmulas mágicas. La magia imitativa y contagiosa, la transformación del totemismo y del tabú, y el desarrollo de la comparación de prácticas religiosas produce lentamente el fenómeno de *cocción* de la mentalidad mística para transformar subconscientemente el concepto religioso del hombre occidental. Mientras el racionalismo y el ateísmo revolucionario de la cultura francesa conducían al pensamiento religioso de la humanidad civilizada hacia una nueva fase de sublimación humanista; al mismo tiempo el irracionalismo salvaje de los americanos llevaba al hombre a una concepción relativista y simbólica del mito. Por ambos caminos se coincidía hacia el mismo fin.

Al hablar de la formación religiosa me alejo del problema del racismo. Pero es que este aspecto es uno de los que más ha consolidado los odios y las diferencias llamadas raciales. El semitismo y el antisemitismo, por ejemplo, ha sido y es todavía un hecho puramente diferencial de cristalización mística. Por la misma razón se estrelló en América, donde se ha pretendido injertar artificialmente. Y el mismo razismo germánico era una forma religiosa, mística, de la superioridad cultural, igualmente que el fascismo mussoliniano tuvo que teñirse de un intenso contenido religioso para subsistir.

Esto nos lleva a recordar que la psicografía racial, investigada a la luz de los modernos etnólogos, se nutre de un contenido específico del ambiente cultural. La psicología individual no puede explicar las cristalizaciones mentales dispares de los grupos humanos. La aceptación general de la unidad psíquica de la humanidad no excluye el problema creado por

las diferencias geográficas y las diferencias determinadas por el ambiente cultural. Reclus había dado una explicación individualista de las supersticiones primitivas cuando decía que son consecuencias razonadas y lógicamente deducidas de premisas equivocadas y probablemente justificadas por las apariencias; serían ilusiones ópticas debidas a una función todavía imperfecta. Pero muchos otros, como Tarde, habían de revisar esta interpretación intelectualista pura, que prescindía de las determinantes emotivas e irracionales de la civilización. Y cuando se hurga profundamente hacia estas raíces irracionales e instintivas de las culturas o civilizaciones, llegamos a un tronco común, a una unidad específica de la capacidad cerebral humana que sobrevive a través de sus variadas y aparentemente antagónicas manifestaciones.

La progresiva evolución de los pueblos americanos ha conservado esta diferenciación superficial, cultural, geográfico folklórica. Y en su fomento estriba la psico-estética y la libre expansión del arte y de la ciencia. Se han ido desvaneciendo los hondos antagonismos mediante una especie de sistema psicológico y etnológico de vasos comunicantes, que han establecido la mentalidad colectiva.

La mentalidad primitiva constituye la base de esta comunicación de pueblos. En ella se mezclan, según Levy-Bruhl, los conceptos lógicos y no lógicos en un embrollo inseparable, y la superposición de nuevos valores que no suplanten sino que transformen o sublimen a los valores arcaicos constituye un difícil proceso de evolución. Este proceso se hace por las interferencias culturales, ambientales y genotípicas. Y es también en el Nuevo Mundo donde estas interferencias genotípicas se han manifestado en gran escala.

Y por ello se estrellaron en este Continente las diferencias de castas sociales que subsistían en ciertos países de Europa. Al llegar al Nuevo Mundo, la pequeñez del hombre frente a la Selva o al Océano era tan manifiesta como la ridiculez de un Virrey frente a un negro o la teatralidad de un jefe indio frente a un artesano. He ahí como un tan sencillo fenómeno era punto de partida de un proceso de igualación social y el camino para la fraternización.

El mismo Levy-Bruhl en su extenso y profundo estudio de la mentalidad primitiva comprobaba la importancia de la *tradición social* como sumación variable y capaz de amoldar a

sus experiencias las reacciones del individuo y de los factores emotivos o instintivos, no solamente en el pensamiento primitivo o prelógico sino en el de toda la humanidad históricamente considerada.

El centauro de las sabanas

En el curso de la evolución histórica se va cumpliendo un progreso a través de imperfecciones superpuestas y de agudizaciones esporádicas de los obstáculos. Las hendiduras creadas entre los grupos humanos caerían dentro de una psicopatología. Las heridas del odio racial, lentamente aliviadas por la civilización y el intercambio cultural, sufren de vez en cuando agudizaciones inesperadas, hijas de incidencias aisladas o de brotes individuales regresivos. Pero esto sirve de estímulo desencadenante de reacciones iconoclastas o de renovadas campañas de superación, cuya trascendencia es notoria. He ahí como recientemente ha sido la epidemia de totalitarismo europeo lo que desencadenó la terrible ola de racismo que tantas víctimas causó en la pasada guerra mundial.

Como afirma Henry Sigerist, "no existen dos fenómenos que puedan ser más diferentes entre sí que la enfermedad, proceso material, y la civilización, la más sublime de la inteligencia humana. Sin embargo, la relación que existe entre ambas es obvia". En efecto, la enfermedad ha sido siempre el estímulo heroico para eliminar grandes peligros que acechaban al hombre. La humanidad doliente ha sido el más eficaz acicate para el progreso de la Medicina. Y en un sentido más amplio, el hambre de los pueblos, las tragedias múltiples que los han afligido, han exigido una capacidad reaccional de la que sutilmente se nutrió el proceso de la civilización. "Las necesidades obran en la historia —dice P. Lacombe— no como biológicamente reales sino como solicitaciones sentidas".

Las técnicas y el progreso de la civilización hacen necesaria la revisión de los conceptos de la libertad y fraternidad humanas. Hace veinte siglos estos conceptos, teñidos de una poesía teológica y desarrollados en una abstracta matización humana, sirvieron de base a una revolución que todavía sobrevive a todas sus claudicaciones y deformaciones. Algunos espíritus incautos creen posible aún que retomando en su pureza la doctrina del

cristianismo, sirva de bandera para una organización social moderna. Pero ha llovido demasiado. La misma técnica de vida actual hace inadecuada toda doctrina social de otra época. La Carta Magna de la Revolución británica del siglo XVII, y la Declaración de Derechos de los EE. UU. AA. tenían un valor efectiva en su época; mas fueron superados por los avanzados, principios de la Revolución francesa de 1789. Tales acontecimientos históricos tienen un enorme valor creativo y evolutivo, pero la técnica y la mentalidad progresiva de la civilización los ha hecho insuficientes e ineficaces. Sin embargo, allí estaban las bases y la inspiración de la doctrina moderna de los derechos humanos. Y como afirma Lord Robert Cecil, "allí se halla la fuerza necesaria para defenderlos con éxito contra todo ataque belicoso y para llegar a aplicarlos algún día al control de la vida organizada (social, económica y política) del mundo entero".

El concepto de la igualdad de las razas y de su consagración legal explícita estaba latente en los principios de la Revolución. Pero quizás no habían adquirido una realidad jurídica suficientemente clara. Y a ello contribuyó grandemente un fenómeno reaccional que tuvo lugar en el continente americano. La revolución negra de Haití en 1791 dió nacimiento a un héroe legendario que es un histórico símbolo de la fraternidad americana. Este héroe legendario era un negro que se llamó Toussaint.

Hijo de un jefe de tribu, fué cazado en su infancia y vendido a un rico hacendado de Haití como esclavo. Toussaint aprendió a leer y a cabalgar. Mereció como jinete el sobrenombre novelesco de Centauro de las Sabanas. Llegó a ser mayordomo de los esclavos de su hacienda. Leía a Herodoto, a Cicerón y a los libros de los conquistadores. Cuando estalló en Haití en 1791 una revolución de negros (que era la reacción vengativa contra los abusos de los blancos) Toussaint estaba en su casa, inhibiéndose de recurrir a la violencia, al incendio, a la inhumana lucha entre razas. Era la sublimación del espíritu humano del negro. Pero a aquella revolución siguieron en pocas semanas matanzas de negros y matanzas de blancos. Represalias y nuevas luchas. Una hendidura de odio que se agrandaba. El espíritu de Toussaint no podía permanecer al margen; salvó a sus amos, y se unió a los suyos para imponer los derechos de la igualdad de razas. Fué reconocido como jefe

muy pronto. Los blancos llamaron a los mulatos para atraerlos contra el movimiento negro. Pero Toussaint los reunió y les habló al corazón, perdonando siempre al vencido. Se hizo dueño de la isla e implantó la igualdad de derechos para todos. La corona británica (después de haber luchado ayudando a los hacendados blancos) llegó a ofrecerle ser *rey de Haití* bajo la protección del Imperio. Lo rechazó olímpicamente, cosa que muchos blancos de hoy no han sabido hacer. ¡Qué lección de dignidad y de democracia daba este apóstol negro en todos sus gestos! Un día se presentan a la Asamblea Constituyente de Francia tres delegados de Haití: un negro, un mulato y un blanco, para sentarse en sus escaños y recabar la completa igualdad de los hombres de la tierra, la igualdad de razas. Se habían proclamado los derechos de igualdad social y religiosa, más parece se habían olvidado los del color de la piel. Y fueron solemnemente ratificados en espera de mejores días en que se tornase realidad esa ilusión de los *humillados de todo el orbe.*

La reintegración de estructuras psíquicas

HOY todavía en América cabalga la sombra del apóstol Toussaint. La cruzada de una humana fraternidad sin absurdas barreras es todavía una necesidad sentimental, más que jurídica, en las tierras americanas. La doctrina de Roosevelt de las "cuatro libertades", incluía sin ninguna duda esta profunda necesidad y una clarísima enseñanza sobre el destino profético de América.

Decía Lin Yu Tang que las gentes tienen una idea totalmente equivocada de los asiáticos cuando creen que éstos pueden satisfacerse con las *conservas* fabricadas en Europa. Lo que más aprecian —según Lin Yu Tang— son las *latas* vacías porque dan música y porque brillan. Admirable lección que en otros términos podría también aplicarse a la historia del humanismo americano. El contenido de las viejas elaboraciones europeas adquirió en el Nuevo Mundo valores muy distintos por obra de la metamorfosis americana.

Por ello Víctor Massuc ha podido hablar del *momento profético* de la cultura americana. Un momento continuadamente formativo, en que cada día nace la concepción nueva de la vida. La misma concepción que en el plano del conocimiento plasma el *filósofo transfigurado.* Massuc también ex-

presa este fenómeno con una concreta comprensión de sus profundidadas psicológicas. El fenómeno hizo de la transfiguración del hombre cuya íntima filosofía se nutre de la "sedimentación augural", de las *mil voces* profundas y tan misteriosas como el inextricable sedimento cultural y racial de América. "Un ser nuevo —dice Massuc— en cuyas manos se haya hecho mensaje o bienvenida el oscuro llamado de la tierra, el indio, el negro, la montaña, la selva, la pampa, el europeo colonizador y el inmigrante; en fin todas las notas de una humanidad fermentativa".

El sentimentalismo más profundo conduce a la fusión de tantas diferencias accidentales y secundarias que se han elaborado durante la evolución mental de la humanidad. Cuando se habla de *tradición* histórica, sólo podemos darle un valor absoluto si padecemos de miopía. Porque las tradiciones se han sucedido en etapas insignificantes cuando las comparamos con la historia antropológica del ser humano. Y esta paleontología humana nos enseña la pesada superposición de huellas mentales a través de la larga y tenaz gestación del hombre.

Así como el organismo humano representa una estratificación de estructuras filogenéticas de todas las edades, así también las estructuras mentales de cada época van sedimentándose en la organización psíquica. La psicología comparada podrá algún día reconocer exactamente en la complejidad del alma humana la estratificación psicográfica de las estructuras que sucesivamente han marcado la evolución de la humanidad. He ahí el gran valor de la reintegración psicológica que la historia del Nuevo Mundo nos ha deparado. Una verdadera *experiencia empírica* de psicología comparada. Y al mismo tiempo una *reintegración evolutiva* constantemente creadora de la unidad específica de la inteligencia del hombre.

EL LABERINTO DE LA SOLEDAD

CONOCÍAMOS a Octavio Paz como poeta, como el gran poeta mexicano por antonomasia. Sabíamos también de su impecable prosa, dispersa en varias revistas. Pero el Octavio Paz ensayista de psicología, sociología y filosofía es una revelación para nosotros. Ahora, en su libro titulado "Laberinto de la Soledad", emprende el primer intento de este género: pensado y sentido fuera de México, este libro se ha ido integrando lenta y progresivamente, primero en los Estados Unidos y luego en Europa —en París sobre todo— hasta alcanzar esta rica unidad con la que ahora se nos presenta.

La obra de Octavio camina acompasada y pareja con su propio andar anímico, con su evolución personal. Comienza con los poemas de adolescencia en los cuales proyecta, trascendidos al plano estético, las atenciones y conflictos de esa edad del hombre. Más tarde, siempre dentro de su obra poética, podemos encontrar las diferentes crisis del alma y espíritu de Octavio Paz; luego el enriquecimiento progresivo y la sutil y creciente estructuración que la vida misma le ofrece al vivirla. Las lecturas reiteradas y digeridas le acarrean, en incesante tráfico, los materiales necesarios para esta obra, con la que ahora nos confirma la validez del juicio que le sitúa como escritor vasto y hondo.

Con el objeto de encuadrar mejor este libro de Paz, resumiremos algunas ideas dispersas que nos servirán de hilo conductor en el conjunto de estas notas.

AUNQUE el hombre ha tratado de comprenderse y comprender a sus semejantes desde la más remota antigüedad, la psicología, como ciencia, es relativamente moderna. El hombre ha hecho psicología sin saberlo. En toda la historia de la cultura encontramos intentos de sistematizaciones psicológicas. En varias ciencias, en las artes, en la literatura, en la poesía, el hombre describe, analiza, estructura su vida interior y sus relaciones con los demás hombres. Pero no es sino hasta los últimos tiempos, cuando estos esfuerzos naturales y aislados toman categoría de ciencia aparte. Para ello se aísla su objeto de estudio: lo psicológico, con atributos específicos e irreductibles: la inespaciabilidad y la subjetividad. Creando así, la psicología su método propio,

sus hipótesis y teorías, sus leyes y doctrinas. La psicología no cuenta aún con un léxico propio, a pesar de los tecnicismos que la invaden y que mejor oscurecen que aclaran. El lenguaje de la psicología es el idioma mismo. Las palabras, densas de significaciones acumuladas y oxidadas por el tiempo de la historia, son las fuentes de las observaciones y las puertas de entrada para descubrir el mundo interior del hombre. Octavio Paz a este respecto dice con fina intuición: "El primer deber del escritor, estriba en su fidelidad al lenguaje. El escritor no tiene más instrumento que las palabras. A diferencia de los útiles del artesano, del pintor y del músico, las palabras están henchidas de significaciones ambiguas y hasta contrarias. Usarlas quiere decir esclarecerlas, purificarlas, hacerlas de verdad instrumentos de nuestro pensar y no máscaras o aproximaciones".

El hombre capta la realidad —exterior, interior— por medio de la razón o por medio del sentimiento y por las mismas vías se expresa. Erróneamente se han tomado, a veces, como antitéticos esos medios, olvidando que el ser es una unidad y que, sentimiento y razón, no son más que aspectos, formas de la unidad psíquica individual. Una de ellas puede dominar, presidir los diferentes actos del hombre, pero nunca darse en categoría absolutamente aislada. Decimos o calificamos, un acto o reacción de sentimental o de racional, cuando advertimos un tinte mayor de lo afectivo sobre lo racional y así al contrario. Estas distinciones y juicios sólo nos ayudan a comprender mejor el complejo ámbito de los fenómenos psíquicos.

En este sentido y consecuente con el anhelo connotativo de la psicología, el pensador alemán Klages, distingue los términos alma y espíritu, usados indistintamente para expresar lo mismo, refiriendo al alma los fenómenos afectivos y al espíritu el complejo racional o intelectivo. Crea así dos actitudes fundamentales ante la vida: la sentimental —arte, poesía— y la racional —ciencia, filosofía.

Así el alma, la afectividad, es el centro mismo del ser. Centro en cuyo redor se estructuran las demás instancias psíquicas (razón, voluntad). Lo afectivo es lo humano por excelencia, es su esencia determinante. Diríase entonces con un leve cambio en la fórmula cartesiana: *Siento luego existo.*

La poesía es la voz del sentimiento, la resonancia de la afectividad. Sus impulsos arrancan de las zonas más oscuras del alma —colectiva, individual—. Emerge esa voz en la conciencia y se estructura en lenguaje expresivo —contenido y formas poéticas— trascendiendo y proyectándose luego, hacia un alto valor, el valor poético, que es el punto de referencia ideal de la proyección poética, y que en el mundo

de los valores tiene categoría propia. Así entendida, la poesía es impulso afectivo trascendente. Trascendente a planos cada vez más altos: desde los individuales del intelecto, razón y voluntad, hasta los de valor estético, objetivo, ajenos a lo individual. Por eso la poesía tiene su universo, inespacial, ilógico, extracósmico; pasado y porvenir se funden en los moldes poéticos. Pasado porque el poeta recuerda todo —colectivo, individual— y porvenir porque el poeta intuye —ver sentimental— sucesos venideros. Es así como la poesía coincide y a veces se adelanta a las certidumbres de la ciencia y la filosofía. Octavio Paz en fino análisis nos dice: "...Reducir la poesía a sus significados históricos sería tanto como reducir las palabras del poeta a sus connotaciones lógicas o gramaticales. La poesía se escapa de historia y lenguaje aunque ambos sean su necesario alimento".

Alfonso Reyes sintetiza armoniosamente esas ideas, en su anhelo de llegar a una poesía de "...Pura emoción intelectual". También León Felipe atrapa la esencia de lo poético cuando dice: "...prescindid del ritmo si queréis, dejad a un lado las palabras, lo que quede, eso es poesía". Lo que queda es pura substancia sentimental trascendente.

FUNDAMENTALMENTE Octavio Paz es poeta. Su último libro es la obra de un poeta que, impulsado por la nostalgia de México, nostalgia telúrica, resume sus horizontes subjetivos. Aislado y sumido en mundos extraños a su sensibilidad mexicana, los nuevos y ajenos estímulos le hacen volver el rostro a la tierra ausente, de ahí sus palabras "...cada vez que me inclinaba sobre la vida norteamericana, deseoso de encontrarle sentido, me encontraba con mi imagen interrogante. Esa imagen destacaba sobre el fondo reluciente de los Estados Unidos, fué la primera y quizá la más profunda de las respuestas que dió ese país a mis preguntas. Por eso, al tratar de explicarme algunos de los rasgos del mexicano de nuestros días, principio con esos para quienes serlo es un problema de vida o muerte".

Y esos son los ausentes de la tierra mexicana.

La validez y veracidad de las observaciones, la realidad de los problemas planteados, las sugerencias de las que está llena la obra, la nitidez y transparencia de su prosa, sólo a veces contradictoria y alejada de la realidad mexicana, nos hace pensar en las curiosas coincidencias de pensamiento con las reflexiones de otro escritor y ensayista mexicano de su misma edad, Jorge Carrión, psiquiatra, que con método distinto de rigor científico, y apegado a normas psicológicas mo-

dernas, ha escrito varios ensayos en los que también intenta asir el carácter del mexicano.[1]

Octavio Paz sigue su impulso, sus intuiciones avizoras y revisoras, poéticas, en suma; Carrión, metódico y reflexivo, sigue otro camino; si bien ambos llegan a similares resultados. Basta seguir la obra de estos dos escritores, situados en vertientes diversas, para comprobar lo anteriormente afirmado.

En los primeros ensayos Octavio plantea la tesis general de su obra: la Soledad, el hermetismo que el mexicano lleva consigo aislado de sí mismo y de la sociedad, al igual que el adolescente. Los pueblos jóvenes atraviesan esa etapa de evolución psicológica también en un sentido sprangeriano: "El descubrimiento de nosotros mismos se manifiesta como un sabernos solos" y más adelante agrega: "...A los pueblos en trance de crecimiento les ocurre algo parecido, su ser se manifiesta como interrogación: ¿qué somos y cómo realizaremos eso que somos?" Carrión, en *Ciencia y magia del mexicano,* descubre algo parecido, cuando analiza el trauma de la Conquista: "Después de la conquista el indio queda aprisionado en la cárcel —doblemente amurallada— de su derrota y de sus ensueños; su voz ya no se expresa más en palabras; su querer tampoco se manifiesta más en actos. Silencioso e inmóvil sólo se advierte su presencia en las voces con palabras de los criollos y mestizos".

Paz, inicia sus observaciones en los Estados Unidos sobre un núcleo de mexicanos que viven aislados, por propia y ajena voluntad, dentro de la gran urbe norteamericana. En el *Pachuco y otros extremos* estructura su teoría de la Soledad, que aplicará más tarde a otra manifestación del pueblo mexicano. Con penetrante observación psicológica dice: "Por caminos secretos y arriesgados el "Pachuco" intenta ingresar a la sociedad norteamericana. Mas él mismo se veda el acceso. Desprendido de su cultura tradicional el pachuco se afirma un instante como soledad y reto". Posteriormente añade: "soledad y pecado, comunión y salud, se convierten en términos equivalentes".

Al adentrarse y convivir la vida norteamericana afianza más y más su propia cultura: la mexicana, permitiéndole además y por contraste, descubrir las peculiaridades y características de los americanos, sobre todo frente a ciertas actitudes vitales. Nuestra actitud, por ejemplo, ante la vida y la muerte. El americano excluye totalmente la idea de

---

1 "Ciencia y magia del mexicano", Cuadernos Americanos No. 2, año 1947. "Efectos psicológicos de la guerra del 47 en el hombre de México", Cuadernos Americanos No. 1, año 1948. "Ruta psicológica de Quetzalcóatl", Cuadernos Americanos No. 5, 1949. "México ante la vida y la muerte", Suplemento de El Nacional, 2 de octubre de 1949. Nota: Esto es parte de un grupo de ensayos que Jorge Carrión publicará en un libro próximo a editarse.

la muerte, la oculta temeroso; en cambio nosotros, dice Octavio Paz, la mimamos: "la contemplación del horror, y aun la familiaridad y la complacencia en su trato constituyen contrariamente uno de los rasgos más notables del carácter mexicano. Los cristos ensangrentados de las iglesias pueblerinas, el humor macabro de ciertos encabezados de los diarios, los "velorios", la costumbre de comer el dos de noviembre panes y dulces que fingen huesos y calaveras". Y luego: "nuestro culto a la muerte es culto a la vida, es anhelo de muerte. . ." Carrión expresa en *México ante la vida y la muerte:* "Es muerte viva la que se busca en los panteones, cada mes de noviembre, rodeada de zempasúchiles, curados de tuna y panes de muerto" y algunos párrafos más adelante añade: "Así, pocos pueblos como el mexicano conducen tan ligadas las dos formas de vivir: muerte y vida; la forma trascendente aquélla y ésta, la más cercana, la inmanente, juegan albures y el mexicano acepta el envite, fiel a su despreocupado aprecio y desprecio de la vida".

Como vemos, la coincidencia de pensamientos y observaciones entre estos dos escritores mexicanos, es notable. Alejados por la distancia, sin ningún contacto común más que el de sus atenciones y preocupaciones afines —uno poeta, el otro psicólogo— llegan por opuestas pero no contrarias vías a la aprehensión de lo mexicano, y afirman así la veracidad de sus conclusiones. Alma poética de Octavio Paz, y espíritu alerta de Carrión, coinciden en sus respectivos ensayos.

La psicología no tiene lenguaje propio —advertíamos al principio—; es la ciencia que ha sido integrada no por un grupo especial de pensadores, sino que en ella han intervenido todos los hombres, desde todas las épocas con la suma lenta de sus vidas. El idioma, que es la forma de expresión más importante de los hombres, ha recogido en palabras, frases, refranes, dichos y voces en general la esencia psicológica. Por eso el poeta o el escritor —en los que la atención fundamental se dirige al idioma como estructura— pueden ser quienes mejor desentrañen y expresen lo psicológico que yace en las palabras—. Octavio Paz, en el capítulo los *Hijos de la Malinche,* extrae, no como filólogo sino del alma viva de su significado popular, el sentido profundo de las expresiones del pueblo: "Son las malas palabras, único lenguaje vivo en un mundo de vocablos anémicos. La poesía al alcance de todos". Ahí Octavio está en su elemento e inmerso en el idioma, entresaca, ordena, sistematiza, analiza, descubre ocultos sentidos de la vida interior del mexicano; aunque a veces parece como si lo sedujese la misma forma de expresión, entregándose al lenguaje. Y así sacrifica la veracidad por la belleza literaria. Sus metáforas —que

como dice Luis Juan Guerrero, constituyen el método de la psicología— son justas y perfectas y dan a su prosa un equilibrio y una belleza que la colocan entre las mejores contemporáneas que se escriben en español, y ello, sin mengua de que en su prosa se advierta el lenguaje típico del mexicano, con sus propias formas expresivas. Diríase que se trata de un español recreado en su modo mexicano.

La obra de Octavio es ambiciosa, pues no se limita a la observación psicológica sino que entra de frente a la sociología. Siempre en poeta y escritor, estructura y recoge las formas y modos sociales mexicanos en las fiestas populares —como por ejemplo en su ensayo *Todos Santos y Día de muertos*— y sabe recoger su profundo significado para luego referirlo al concepto de soledad que preside la obra. Analiza la fiesta mexicana, en su sentido social y psicológico y, como resultado, escribe: "la sociedad comulga consigo mismo, en la fiesta. Todos sus miembros vuelven a la confusión y libertad originales. La estructura social se deshace y se crean nuevas formas de relación, reglas inesperadas, jerarquías caprichosas. En el desorden general, cada quien se abandona y atraviesa por situaciones y lugares que habitualmente les estaban vedados". Y después desentraña su oculto sentido con estas palabras: "gracias a las fiestas el mexicano se abre, participa, comulga con sus semejantes y con los valores que dan sentido a su existencia religiosa o política".

Un mexicano de la sensibilidad de Octavio Paz, que vive en Europa en esta época de postguerra y de crisis, no podía escapar a los influjos de la filosofía de moda: el existencialismo. Su último libro de poemas: *Libertad bajo palabra* y este que anotamos, *Laberinto de la Soledad,* traslucen resabios existencialistas. El mexicano, a causa de las vicisitudes históricas, tiene una actitud frente a la vida fácilmente adaptable al proyecto del existencialismo. De ahí el peligro de difundir y divulgar ese sistema. Filosofía de crisis histórica, pesimista y llena de negros augurios; filosofía de desilusión, de desamparo; filosofía que sustenta y explica al hombre de la post-guerra pèro que a la vez lo oprime y lo desgarra, hundiéndolo en un mundo sin perspectivas de salvación, coincide con ese mundo del mexicano que, como diría Octavio Paz, va hacia *la chingada;* hacia ese "espacio lejano, vago e indeterminado. El país de las cosas rotas, gastadas. País gris, que no está en ninguna parte, inmenso y vacío". *La Chingada,* dice Paz, "es una palabra hueca. No quiere decir nada. Es la nada". Por ello los mexicanos no deben tomarla como meta, como sistema ideal.

También el futuro que nos aguarda como nación independiente lo expone Octavio dentro de la soledad: "estamos al fin solos"...

"Como todos los hombres. Como ellos, vivimos el mundo de la violencia, de la simulación y del *ninguneo:* el de la soledad cerrada, que si nos defiende, nos oprime y que al ocultarnos nos desfigura y mutila. Si nos arrancamos esas máscaras, si nos abrimos, si, en fin, nos afrontamos, empezamos a vivir y pensar de verdad. Nos aguardan una desnudez y un desamparo. Allí en la soledad abierta, nos espera también la trascendencia: las manos de otros solitarios. Somos por primera vez en nuestra historia contemporánea de todos los hombres". Sus palabras son un proyecto de existencia futura colectiva.

En su ensayo titulado *Nuestros Días,* entra de lleno a valorizar desde un punto de vista histórico y cultural a aquellos hombres que, según su criterio, intervinieron en la formación de nuestra nacionalidad. Así se expresa: "Si la Revolución fué una brusca y mortal inmersión en nosotros mismos, en nuestra raíz y origen, nada ni nadie encarna mejor este fértil y desesperado afán que José Vasconcelos, el fundador de la educación moderna en México. Su obra breve pero fecunda, aún está viva en lo esencial".

Prosigue Paz, en su análisis encontrando nuevos valores en Vasconcelos. En este punto discrepamos con el autor. Si algo representa Vasconcelos es la negación de lo mexicano. Como hombre de acción, político, Ministro de Educación Pública, impulsado por la realidad mexicana, sigue los secretos caminos del alma nacional y crea la educación rural. Es lo positivo de Vasconcelos, pero cuando por resentimientos políticos, se aleja de esta realidad, en su obra —la de su espíritu e intelecto— vuelve las espaldas a México, huye hasta sus *Estudios Indostánicos,* denigra y llena de vileza a nuestra historia. Su *Breve Historia de México,* es falsa y llena de rencores personales. Vasconcelos es mexicano hasta cuando se niega a sí mismo, cuando *se ningunea,* para decirlo con la semántica de Octavio Paz. En su *Ulises Criollo* Vasconcelos reniega, hasta en el título de su libro, de su irremediable mexicanidad. Para no perder la esencia de lo mexicano se puede ser antiespañol, en cierta medida, sin ser antimexicano; pero no se puede ser anti-indio, sin ser antimexicano; y es que lo indio es nuestra propia substancia. Lo español, en cambio, lo hemos asimilado y lo estamos asimilando, digiriéndolo, incorporándolo en carne viva, en substancia india. Lo español es ciertamente alimento necesario, tanto, que lo estamos absorbiendo a nuestro modo de ser indio, que es lo mexicano.

La etapa postrevolucionaria que vivimos —para así llamarla— se podría caracterizar por una revalorización de lo mexicano. Primero trata de hallar su esencia específica para después valorarla y cla-

sificarla dentro de la cultura universal. En todos los aspectos y actitudes de nuestras generaciones, pueden encontrarse estas manifestaciones; y, sobre todo, una especial atención a lo indio. En las artes plásticas, en la historia, en la sociología, en la literatura, en la poesía y en la política, el indio es asunto, tema y tesis. Alcanza proporciones tales este movimiento, que no es pura casualidad o coincidencia, el hallazgo de los restos de Cuauhtémoc, símbolo auténtico de lo indio (no en el sentido de huesos y polvos materiales), sino el del Cuauhtémoc simbólico de lo indígena que vive, late en nuestra alma colectiva.

Cuando los historiadores futuros traten de definir nuestra época, tendrán que llamarla, de acuerdo con el perfil de nuestras atenciones, la etapa de revalorización india, y así realizaremos el pensamiento de Martí: "América andará hasta que el indio ande".

El libro de Paz es el de un poeta y como poesía que es, está lleno de ciencia, arte y filosofía. Su autor así pasa a ser uno de los grandes precursores que ayudarán a definir nuestra esencia específica, y señala caminos a seguir. Es un espejo que nos ayuda a pensarnos tal como somos, revalorándonos e incorporándonos al ritmo de nuestro tiempo; es, en fin, un libro que añade a la belleza la utilidad.

Este libro no sólo es la obra de Octavio Paz sobre México, es también su nostalgia y virtual regreso a México; pues con el *Laberinto de la Soledad,* Octavio, en efecto, regresa a México, si bien no por los andenes materiales, sí por las vías de la sublimación.

Con el mismo secreto impulso con el que Octavio anheló huir de México hace cinco o seis años, ansiosa el alma por explorar nuevos horizontes y alejarse de la tierra madre así, en la misma forma, el deseo de incorporarse, de fundirse con México es para él imperioso. Ahora, con su libro, retorna, regresa, cual un nuevo hijo pródigo.

Tomás *CORDOBA SANDOVAL.*

LA FILOSOFIA ACTUAL

La realización cabal de las tareas de la historia de la filosofía, implica, a más del tratamiento de los temas y del empleo de los métodos propios de toda investigación histórica, con las explicables variaciones que la índole del objeto exige, el planteamiento de problemas que, si bien arraigan en la zona aporética de la historia de la filosofía, rebasan sus estrictos límites. Son ellos problemas de orden metódico, como el que pregunta por la conveniencia de incorporar el momento biográfico-cultural a la materia de la investigación; gnoseológicos, como el que toca a la objetividad del conocimiento histórico en general y, dentro de éste, del histórico-filosófico; o especulativos, como los que se plantean en el terreno metafísico, ético, etc. a propósito del ser y el valor, cada vez que el historiador toma contacto con una dificultad capaz de suscitar el interés de la reflexión contemporánea. A estos y otros problemas se ve conducida la investigación referida con más fuerza, aun cuando el objeto de estudio pertenece a la propia realidad cultural del historiador; se ve conducida sobre todo a la dilucidación de cuestiones que son extra-históricas en la medida que se preguntan por el significado del curso de la historia presente del pensamiento, que son, pues, del orden de la filosofía de la historia. La cercanía en el tiempo del tema de estudio, pese a todas las posibles complicaciones subjetivas que serían de temer, es aquí la condición más propicia para autenticidad del tratamiento, ya que aun no se han relajado los vínculos que unen la vida concreta del pensador a la obra objetivada, y a las demás formaciones de la cultura y a la existencia colectiva. Es este el caso del libro de I. M. Bochenski, *La Filosofía Actual,*[1] en el que las exigencias de la exposición han avocado al autor a tomar una actitud respecto a la cuestión del sentido del filosofar presente que anticipa el tránsito a la más decisiva pregunta por el sentido de la cultura de hoy.

Dos propósitos centrales pueden ser distinguidos en la elaboración del libro de Bochenski: uno es el de ofrecer un cuadro amplio y comprensivo del estado actual de la filosofía, a base del estudio de los más

1 Fondo de Cultura Económica, México 1949. Trad. de Eugenio Imaz.

importantes pensadores y direcciones de escuela; otro, el de ordenar el material proporcionado por la historia contemporánea del pensamiento filosófico en un sentido que tiene como meta y efecto principales el poner en evidencia un resurgimiento actual de la metafísica, que hace *pendant* a la personal valoración del autor de los nuevos sistemas y corrientes.

El contenido de la obra se despliega en un capítulo introductorio y seis capítulos propiamente expositivos que finalizan en sendas observaciones críticas. El capítulo introductorio estudia la gestación de la filosofía contemporánea y determina su posición frente a los desarrollos precedentes del pensamiento moderno. El fin propuesto hace necesario y justifica el carácter sumario de estas páginas, y aun cierta peligrosa equivocidad en las calificaciones (*nominalismo* de Descartes, *conceptualismo* kantiano, etc.) que pone ya sobre aviso respecto a una limitación terminológica presente en toda la obra, a la que nos referiremos más adelante. Los capítulos siguientes (del II al VII), examinan muy detenidamente los diversos sectores en que se distribuye el pensamiento de hoy, poniéndolos bajo los rubros de *filosofía de la materia, filosofía de la idea, filosofía de la vida, filosofía de la esencia, filosofía de la existencia* y *filosofía del ser.* El resultado final sorprende por la precisión y la objetividad en el enfoque y la vastedad de la información, virtudes a las que es preciso agregar su experiencia de la exposición y la valiosa ayuda documental constituída por la sinopsis cronológica, la tabla de los más destacados representantes de cada dirección y la bibliografía con que se cierra el volumen. En la actualidad no existe, en lengua española por lo menos, un estudio capaz de equipararse al de Bocheński, y por mucho tiempo tendrá que recurrirse a él como manual de introducción al estudio de la filosofía contemporánea. No invalidan estos asertos las deficiencias que presenta el libro, entre las que son ejemplares la notoria incomprensión del pensamiento sartreano que significa el considerarlo simple epígono de Heidegger; la vacilante ubicación de filósofos como Dewey y Croce; o enjuiciamientos tan cuestionables como el que concierne a la posición de Husserl o Alexander respecto a la filosofía anterior lo que llevaría, profundizando el análisis, a un replanteamiento del problema de la originalidad del pensamiento contemporáneo. Pero muchas de las objeciones que podrían hacérsele a Bocheński se sitúan en la vertiente de una utilización poco crítica de la nomenclatura filosófica; esta utilización, aunque imprescindible en una obra de síntesis y de carácter divulgador, muestra a plena luz la insuficiencia de la termi-

nología tradicional y señala la necesidad de saldar cuentas definitivamente con ella.

Mas por otra parte, Bocheński ha ordenado el material de su estudio según puntos de vista muy personales, que confirman una posición polémica declarada por él mismo en el prólogo del libro. La secuencia de las secciones y en particular los parágrafos críticos que ligan el tratamiento de unas y otras, denotan la presencia de una actitud teórica que, por lo pronto, ve lo más característico del saber filosófico de nuestros días en el nuevo abordaje de la temática metafísica; pero que, además, considera las direcciones de pensamiento del tipo v. g. del ontologismo hartmaniano o del neotomismo de Maritain, como las posiciones más avanzadas dentro del cuadro de ese saber. Semejante enjuiciamiento no nos parece aceptable. Habría que objetarle varias cosas: en primer lugar, el olvido de la viva sustancia problemática que ofrece a la especulación filosófica el desarrollo de la ciencia en nuestros días, desarrollo que ignoran o desatienden las más calificadas de las posiciones antes aludidas, mientras que es tema notorio, cuando no punto de partida, de las filosofías de acento epistemológico (positivismo lógico, neorrealismo, etc.), que el autor considera tributarias del siglo XIX. La poca novedad del enfoque metafísico mismo, considerado como principal seña de interés metafísico de las más notables filosofías de hoy, enfoque que no se conciliaría con una auténtica *renovación* actual de ese interés. La posición hartmaniana no es ciertamente de las más revolucionarias a este respecto, ni tampoco los espiritualismos más recientes; y nada se dirá del patente regreso a posiciones anteriores que representa el neotomismo, pese a todos los auxilios de última hora. Si, además, fuera incontrovertible la reactualización de la problemática metafísica —que hay quien se inclina por el reconocimiento más bien de la ametafisicidad del pensamiento contemporáneo— habría que buscar las nuevas sendas en los supuestos, vislumbres y afirmaciones tácitas o explícitas de pensadores que, como Heidegger o Jaspers han señalado a la meditación filosófica, antes que cualesquiera otros, objetos y métodos de un orden diverso. A más de ello, los pensadores ontologistas y metafísicos estudiados por el autor (con excepción, en muchos aspectos, de Whitehead y Alexander) hacen caso omiso del derrotero seguido por la filosofía moderna desde Hume y Kant, derrotero que apunta a una afirmación creciente de la facticidad del ser y a un cada vez más seguro abordaje de la problemática filosófica *desde la existencia,* cosa que afirmaría también, y decisivamente, la *actualidad* de las filosofías existencialistas, historicistas y las de nueva inspiración empírica, frente a las demás.

En el fondo del tratamiento de Bocheński de la filosofía contemporánea, y de su interpretación más resonante, la de la renovación del tema metafísico, opera como supuesto fundamental la idea de una crisis del pensamiento filosófico, que habría determinado la iniciación de una nueva época de su historia en el presente siglo, rompiendo las ataduras que lo acercaban al filosofar del XIX, en particular, pero también al curso de la gran filosofía de la edad moderna. Aunque sin significar un absoluto desentenderse de la inspiración del pensamiento occidental anterior, lo que implicaría una afirmación bien peregrina por cierto, la tesis que sustenta los desarrollos principales del libro es la de la *originalidad* de la filosofía contemporánea. Creemos, así, que el problema de la vocación metafísica de nuestros días (una vocación que, si hubiera de ser reclamada no como normal disposición humana sino como urgencia viva en la especulación actual, debería ya tener muy presentes los vínculos que ligan al filosofar de hoy con el de nuestro pasado, del cual sería un resultado cuando sólo fuera un resultado crítico) debe ser encarado a la luz del planteamiento de esta otra cuestión fundamental que es la de la originalidad del pensamiento y de la cultura de hoy. Si Bocheński se inclina por la afirmativa, prohijando un ideal que presidió innegablemente los comienzos de la meditación del siglo XX, no toda la evidencia está de su parte, como basta a demostrarlo una primera reflexión sobre los temas y problemas que ocupan la atención de los pensadores y las escuelas contemporáneos. La misma actitud cautelosa ganaremos examinando por ejemplo, hasta qué punto la renovación husserliana (en sus aspectos eidético y fenomenológico) replantea problemas y hasta adopta soluciones que son los del idealismo y racionalismo históricos; hasta qué punto el filosofar existencial es el fruto postrero de un viraje en la dirección inmanentista, cuyo inicio es preciso poner en el Renacimiento y su primer apogeo es las postrimerías del siglo XVIII; hasta qué punto las más representativas direcciones éticas de la actualidad se reclaman de una fundamentación trascendente absoluta, o de su aminorada versión axiológica, o reafirman los motivos que determinaron la quiebra de toda especie de ética de ese género, quiebra que no es, precisamente, una exclusiva de nuestros días.

Augusto SALAZAR BONDY.

LA FILOSOFIA LATINOAMERICANA CONTEMPORANEA*

Como un aspecto en su tarea de afianzar las relaciones interamericanas y de contribuir a la formación de una conciencia continental, la Unión Panamericana, por medio de su Departamento de Asuntos Culturales (a su vez en su División de Filosofía, Letras y Ciencia) dedica dos series de publicaciones a dar a conocer lo más notable de la obra literaria y filosófica que han producido los americanos: escritores de América y Pensamiento de América. Esta antología, que ha formado, prologado y anotado Aníbal Sánchez Reulet, inicia la segunda de las series.

Parece ser que el propósito, que se acentúa en la vida de los países americanos en estos últimos tiempos, de entrar conscientemente en comunicación y reunir y unificar las expresiones de su cultura, nacido de una problemática en torno a la unidad americana y de un deseo de autocomprenderse en común, y manifestado en la publicación de colecciones de obras americanas y de revistas de alcance continental, o en estudios generales de la realidad americana, o en esos acercamientos académico-humanos llamados congresos, se facilita gradualmente a medida que se asciende en los estratos de la cultura, de manera que los más altos y espirituales serían los más propicios para sentirse por encima de las naciones.

La consideración de la obra de los grandes pensadores que ha dado Latinoamérica, y de estos mismos, lleva a asentir a la noble frase goethiana. Porque son filósofos que no pueden ser debidamente aquilatados en un juicio aislado de su producción escrita y que deben ser vistos además en la acción y en la vida, la calidad personal suele ser la dimensión más atrayente para todo el que se acerque a ellos con intentos de estudio y valoración. Es frecuente en América el tipo del pensador en cuya existencia y consistencia individual cobra particular eficacia el espíritu —y correlativamente, es también un hecho frecuente que en el pensar de los filósofos latinoamericanos tengan un lugar importante las cuestiones más cercanas a los fenómenos humanos: la preocupación ética, los asuntos estéticos, no pocas veces complicados, y no es de extra-

* Selección, prólogo y notas de Aníbal Sánchez Reulet. Unión Panamericana. Washington. 1949.

ñar, con la primera; el pensamiento político, las ideas sociales, los proyectos pedagógicos de gran aliento. Acaso sin haber formulado expresa y filosóficamente la tesis de la impotencia del espíritu por sí solo, el vigor de su actividad como maestros o como funcionarios muestra cumplidamente una intuición de la misma.

En la actitud de estos grandes intelectuales de los años de superación del positivismo aflora una enérgica consciencia de la libertad y con ella de los valores humanos, a la vez declarada en la frase filosófica y vivida en la tarea pública o docente. Las ideas europeas que sobre todo asimilan —bergsonismo, filosofía de los valores— son las que rehabilitan lo vital y lo espiritual como realidades específicas. Representarían por excelencia el tipo más propio del pensador de nuestros países: el pensador de lo humano, el filósofo de la persona. Ya se ha visto como un rasgo principal del estilo del pensar del hispanoamericano —y del español— esta vocación hacia la temática humana, el interés por los problemas vitales, y con ello la modalidad actual y circunstancial que frecuentemente adopta. Lejos de indicar esta circunstancialidad una debilidad de la vena filosófica, debe señalarse como una feliz aptitud en nuestra época, apremiada por la necesidad de un conocimiento, en términos de pensamiento concreto, del hombre. Ya desde el advenimiento de la edad moderna, y a la vez que las grandes construcciones ontológicas de tipo greco-escolástico desaparecen del ámbito filosófico y quedan críticamente imposibilitadas, se inaugura el tema antropológico, bien que todavía en el seno del idealismo y de la gnoseología, para adquirir progresiva importancia y lucidez —la urgencia de comprender al hombre en su realidad concreta y propia, haciéndose cada vez más incisiva, ha venido a culminar, o acaso a degenerar, en pensar existencialista—. De no poca importancia es, pues, la presencia de una vocación tal en quienes han dado el impulso a la actividad filosófica sostenida hasta nuestros días en Latinoamérica. Humanamente ricos, de brillante talento moral, no reducidos por el zapato de hierro del especialismo, ningunos más autorizados para dar cuenta de lo humano que quienes con toda literalidad pueden ser llamados grandes hombres.

La selección que ha hecho Sánchez Reulet en buena parte se ha guiado por la que ha venido delineándose en los trabajos que se han hecho en estos últimos años sobre el pensamiento hispanoamericano. En ella ha incluído al grupo de maestros que, a la vez que rompen con las limitaciones del positivismo, introducen nuevas ideas de más substancia filosófica, inician una época de producción original y rigurosa en la que ya puede hablarse con cierta propiedad de filosofía "latino-

americana" y no simplemente "en Latinoamérica", y posibilitan que la actividad intelectual se extienda por la amplia temática que en nuestros días ocupa la atención de los estudiosos; es decir, inician la época de normalidad en la vida filosófica latinoamericana. Son doce pensadores, la mayor parte de ellos con una obra ya cristalizada por la muerte. Varona, de Cuba; Deústua, del Perú; Korn, Ingenieros, Alberto Rougès y Romero, de la Argentina; Vaz Ferreira, del Uruguay; Farias Brito, Pereira da Graça Aranha y Jackson de Figueiredo, del Brasil; Vasconcelos y Caso, de México. Dispuestos no por distinciones nacionales, que el autor de la selección no ha tenido en cuenta, sino por orden cronológico según el año de su nacimiento. —Aunque Rougès y Graça Aranha no parecen tan generalmente conocidos como los demás, su inclusión en la antología se propone precisamente rescatar su obra filosófica como tal—. La selección de los textos es cuidadosa. Se han elegido los más estrictamente de filosofía a la vez que los más originales, cuidando también de que a través de ellos quede clara la configuración general de la doctrina. Cada pensador con una excelente reseña biográfica e ideológica.

No son numerosos los trabajos acerca del pensamiento latinoamericano en general, que anteceden a esta colección de textos. Como publicaciones de carácter antológico pueden señalarse algunos volúmenes de la Editorial Losada dedicados a pensadores de nuestro continente, o en México la serie Pensamiento de América, editada por la Secretaría de Educación, la muy copiosa antología del pensamiento hispanoamericano, del Dr. José Gaos, que comprende además textos de los más destacados filósofos españoles contemporáneos. Como estudios generales del pensamiento en Latinoamérica podemos mencionar el del propio Sánchez Reulet, el de Frondizi, el libro de Crawford, el volumen del Dr. Gaos sobre el pensamiento de lengua española, que contiene con otros estudios especiales una síntesis de amplia visión de este mismo pensamiento; o, abarcando también los otros ámbitos de la cultura, las obras de Henríquez Ureña. La utilísima bibliografía colocada al final de la antología de Sánchez Reulet da cuenta tanto de los trabajos de contenido general cuanto de los dedicados en particular a cada uno de los pensadores que la integran.

De Varona se ha seleccionado un texto de sus Conferencias Filosóficas (Tercera serie: Moral. La Habana, 1888), que con las Nociones de Lógica y el Curso de Psicología integran la parte académica de la obra del filósofo, fruto de su gestión universitaria. Es la parte de la obra de Varona en que todavía se muestra acusadamente su formación positivista. El fragmento que se ha elegido de los aforismos que

bajo el título de "Con el eslabón" aparecieron en Manzanillo en 1927, representaría el otro aspecto de la obra de Varona, el más valioso por cierto, el del filosofar autobiográfico, íntimo, asistemático, un filosofar que trasciende escepticismo. El escepticismo de Varona no alcanza, sin embargo, a la moral ni a la acción; es un "escepticismo creador", como le ha llamado en reciente estudio Roberto Agramonte; es la experiencia espigada de la vida por una naturaleza sensible, pero no invalida la fe en la eficiencia del esfuerzo y de la libertad. Con sentencias pesimistas sobre la condición y la inteligencia humanas, o sobre la ciencia histórica o la metafísica, con reflexiones sobre la caducidad de las cosas y sobre la muerte, alternan frases que revelan su temple y experiencia de maestro y guía.

Deústua es reconocido como el más ilustre de los educadores peruanos; gracias a su larga labor en la cátedra universitaria ejerció un influjo perdurable en generaciones sucesivas. La libertad, tema encontrado originalmente en Krause y desarrollado después bajo la inspiración de Bergson principalmente, es preocupación principal en los escritos de este filósofo. Así, en "Las ideas de orden y libertad en la historia del pensamiento humano", ensayo publicado en Lima por la Revista Universitaria, en 1922, la idea de libertad es opuesta a la de orden, ambas como momentos determinantes en el desarrollo de la historia, pero mostrando que la de orden, revestida de diversos valores, como principio de tradición y de autoridad, o de ciencia, siempre de estatismo, ha dominado en la evolución de la sociedad hasta nuestra época. La conciencia de la libertad creadora, adquirida en la actividad artística, que es su modalidad propia, es la fuerza que Deústua ve como capaz de romper la cáscara de orden que ha venido aprisionando la vida. La reflexión sobre la libertad, que en la estética tiene su lugar por excelencia, penetra también en los temas de moral o de lógica (aproxima el fenómeno moral al estético, por ser en ambos la libertad un elemento esencial; belleza y verdad son comparadas en cuanto símbolo de la libertad y expresión del orden, respectivamente) (Estética general. Lima, 1923).

Korn tuvo una formación científica y positivista. Sin embargo, como Alberini desde otras perspectivas, se opone al positivismo de Comte y Spencer. Su interés por la filosofía se despertó al contacto con la doctrina de Schopenhauer. Su entusiasmo por Plotino, Eckhart y los místicos españoles quedó atemperado por la lectura de Kant, quien ejerció un influjo decisivo en su actitud filosófica posterior. Aunque escribió poco, tuvo un gran influjo personal de verdadero maestro. En "La libertad creadora" (primer volumen de sus "Obras". La Plata,

1938) opone Korn la dualidad mundo objetivo-conciencia en cuanto realidad extensa, dominada por la necesidad, y realidad sucesiva temporal, y libre. La libertad, que encuentra en la realidad objetiva una resistencia, tiene grados de los que el primero sería la libertad económica o de las necesidades materiales, que es condición previa del grado superior, la libertad ética. El anhelo de liberación es un resorte de la historia y por ello es una fuerza creadora. En la "Axiología", que es la parte más original y valiosa de la obra filosófica de Korn (vol. primero de las "Obras". La Plata, 1938), trata con amplitud del problema ético, y ve la unidad intrínseca de los valores en la autonomía de la personalidad y su liberación de toda servidumbre.

Farias Brito es considerado como el más importante de los filósofos brasileños, y el de pensamiento más original. Pensador de vuelo especulativo, inicia, en reacción contra el positivismo, un movimiento espiritualista. De amplia cultura filosófica, muestra predilección por Schopenhauer, por Spinoza y Bergson. Ocupado en elaborar una filosofía del espíritu, en "A base physica do espirito: Historia summaria do problema da mentalidade como preparação para o estudo da philosophia do espirito" (Rio de Janeiro, 1912), considera que su punto de partida ha de estar en una psicología trascendental o teoría total del alma que debe rebasar las consideraciones puramente empíricas. En "O mundo interior: Ensaio sobre os dados geraes da philosophia do espirito" (Rio de Janeiro, 1914) intenta sobre las bases anteriores una clasificación de las ciencias del espíritu.

Pereira da Graça Aranha, abogado, profesor, diplomático, escritor notable, influído por la personalidad de Tobías Barreto, desarrolla conceptualmente en su obra filosófica el contenido de una intuición metafísica, en que percibe el universo como una primitiva unidad quebrantada por la aparición de la conciencia en la vida, y que sólo puede recuperarse eliminando toda concepción dualista del universo. No es posible llegar a la estructura substancial del mundo, y toda afirmación substancialista debe ceder paso a la contemplación del universo como una pura sucesión de imágenes, un espectáculo, con el cual es capaz de armonizar unitariamente el hombre. Se han seleccionado textos de su obra "A estética da vida". (Rio de Janeiro, 1937).

Carlos Vaz Ferreira es una personalidad poderosa y gran educador de prolongada y brillante actividad universitaria. Su pensamiento es apegado a las realidades. En su interesantísima "Lógica viva" (Montevideo, 1920), considerada como una de las obras de mayor originalidad y valor de todo el pensamiento contemporáneo de lengua española, denuncia una serie de falacias en que puede caer la inteligencia a causa de la naturaleza misma de los procesos mentales. Vaz Ferreira

se opone a la metafísica racionalista tradicional, y concede importancia en el conocimiento a los elementos irracionales. Del "Fermentario" (Montevideo, 1938), la más personal de sus obras, se han elegido varios pasajes: sobre conciencia moral, sobre la historia, sobre la debilidad de la experiencia histórica como fuente de conocimiento, sobre las clases de alma en los hombres, sobre ciencia y metafísica, y unas preciosas reflexiones sobre la posibilidad de progreso moral en la historia.

José Ingenieros, conceptuado como uno de los más destacados representantes del positivismo —aunque de su positivismo ya se ha hecho cuestión—, queda representado por algunos textos de "El hombre mediocre" (Madrid, 1913), referentes a los siguientes puntos: la fundación de los ideales éticos en la experiencia, el sentido común y el buen sentido, honestidad y virtud como cualidades respectivas del mediocre y del hombre selecto. En sus *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía* (Buenos Aires, 1918), afirma la metafísica, pero sólo en cuanto conjunto de explicaciones hipotéticas no referentes a ninguna realidad noumenal, sino tendientes a completar la visión de la experiencia científica.

Alberto Rougès expone sus ideas fundamentales en la obra *Las jerarquías del ser y la eternidad* (Tucumán, 1943). En ella, "una de las obras filosóficas más originales que se han publicado en la América Latina", según palabras de Sánchez Reulet, explica un pensamiento de gran interés. Partiendo de una descripción comparada de la realidad física y de la vida espiritual, afirma la irreductibilidad absoluta entre ambas, y ve en la última una totalidad sucesiva y temporal que se caracteriza por una supervivencia constante del pasado y una anticipación también constante del futuro. Por ser la vida psíquica una totalidad en todo momento —lo cual puede advertirse más claramente en la actividad creadora— es posible, y ello es una nota característica, la coexistencia de pasado, presente y futuro, y es posible también que haya una determinación del pasado por el presente. La realidad física tiene en cambio notas opuestas a las del acontecer psíquico, en ella es imposible la coexistencia temporal, y el pasado se pierde definitivamente, no habiendo en todo momento sino un puro presente instantáneo. Esta diferenciación da la base para establecer una jerarquía en la que el orden físico queda como el más pobre de contenido. En cambio la vida espiritual tiene un grado superior en la escala del ser, y puede participar de la eternidad, que es un presente que comprende todo el pasado y todo el futuro. Las jerarquías de la personalidad constituyen otras tantas jerarquías del ser, a medida que se amplía el horizonte temporal de la vida espiritual, hasta llegar a lo que Rougès llama el "máximo Ser espiritual".

De Vasconcelos, irracionalista y a la vez sistemático, defensor de una metafísica de núcleo estético, aparecen fragmentos de "Pitágoras: una teoría del ritmo", escrito publicado en La Habana en 1916, y de la Metafísica (México, 1929), que con la Etica y Estética constituye lo que hasta hoy ha dado a conocer de su sistema. La metafísica de Vasconcelos se desenvuelve al hilo de una explicación de las transformaciones —revulsiones— de la energía primaria, el impulso creador que late en todos los fenómenos del mundo, y que a partir de un estado primitivo se convierte progresivamente en átomo, célula viva y conciencia. La vida consciente tiene como centro la conducta ética, que es actividad creadora y que tiene una dimensión emocional que permite su transformación en actividad estética, y ulteriormente en impulso religioso y místico.

De la obra del maestro Caso se presentan algunos de los más significativos pasajes de *La existencia como economía, como desinterés y como caridad* (México, 1919) y de *La persona humana y el estado totalitario* (México, 1941). Conocida es la inspiración cristiana que anima el primero de estos libros, en el que se compara la vida en cuanto actividad biológica, guiada por el deseo del máximo de provecho con el mínimo de esfuerzo, a la actividad artística en cuanto desinterés puro y finalmente a la forma más alta de existencia, la existencia como caridad, irreductible al orden de la naturaleza, y en la que domina el principio del máximo de esfuerzo con mínimo de provecho, culminando en el sacrificio y en la acción heroica. En la segunda de las obras citadas es opuesto el concepto de individuo al de persona. El primero tiene las notas de vida, unidad, identidad, continuidad substanciales. En el hombre como persona aparece la dimensión social, la historia y la creación de valores. De acuerdo con esta distinción quedan igualmente refutados el individualismo y el comunismo, por su común desconocimiento de la naturaleza superior del ser humano.

Jackson de Figueiredo ha ejercido un notable influjo en el movimiento de renovación católica en el Brasil. Inclinado en sus primeros tiempos al materialismo y al mecanicismo, se convirtió a la religión católica en 1918, siendo desde entonces un apasionado defensor de la misma. En su pensamiento han tenido importancia la lectura de Pascal primeramente —publicó un volumen con el título *Pascal e a inquietaçao moderna* (Rio de Janeiro, 1922)— y posteriormente el ascendiente personal de Farias Brito, a cuya doctrina ha dedicado dos obras: *Algumas reflexões sobre a philosophia de Farias Brito* (Rio de Janeiro, 1916) y *A questão social na philosophia de Farias Brito* (Rio de Janeiro, 1919). Sin embargo, su propia doctrina difiere marcadamente de la de éste, a cuya mística racional opone un antiintelectualismo y una

exaltación de la fe sobre la razón, a la que concede sólo una importancia pragmática. En el estudio sobre Pascal compara la actitud del cristiano, en cuya relación con Dios está presente el elemento de adoración, y que encuentra en el propio Pascal, con el de la mística individualista, que rechaza en la cual se establece un contacto Dios-hombre en condiciones de igualdad.

Finalmente, de Francisco Romero, el ilustre sucesor de Korn en la cátedra de metafísica en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, y actualmente profesor en el Colegio Libre de Estudios Superiores, se han elegido textos de *Papeles para una filosofía* (Buenos Aires, 1944) y de la *Filosofía de la persona* (Buenos Aires, 1944), en los que desarrolla el concepto de trascendencia, fundamental como es sabido, en su pensamiento. A una con la crítica de la concepción atomística de la filosofía moderna, que ha tendido a una inmanentización total del universo, Romero subraya el elemento de trascendencia que campea, en forma progresivamente dominante, en los varios sectores de la realidad, lo que permite establecer una gradación jerárquica entre las varias formas del ser. La trascendencia se manifiesta, aunque en forma débil, en la escala de los objetos físicos, por cuanto la estructura, que es un elemento advertible no sólo en el campo psicológico, sino también en el físico, supone algo más que la suma de las partes, como habría considerado el atomismo mecanicista. Esta concepción estructuralista, liga más o menos cercanamente con el organicismo de la filosofía aristotélica, así como con las ideas del romanticismo—. Al avanzar en la escala de los entes, a través de lo vivo, lo psíquico y lo espiritual, se advierte un aumento en el trascender, y con ello un progreso en la escala del ser, ya que Romero establece una ecuación entre ser y trascender. El elemento de trascendencia en la vida ha sido claramente visto por Bergson en la duración. En la esfera psíquica la trascendencia se presenta en la forma de intencionalidad. Pero además de esta trascendencia intencional psíquica queda todavía la trascendencia espiritual, propia de la persona, dirigida a la esencia y al valor, y que posibilita la formación de un mundo, que es respecto de la persona lo que el medio respecto del animal. Sobre la base de estas ideas establece Romero una distinción entre individuo y persona. El primero se caracteriza por el impulso imperialista, inmanentista, de dominio y aprovechamiento del medio circundante; que engendra constantes situaciones de conflicto en sus relaciones con otros individuos, lo que no sucede en las relaciones entre personas, dada la actitud de objetividad que éstas mantienen frente a la realidad. De acuerdo con esto se posibilita la defensa de la persona frente a los intereses individuales, y el

rechazo de la dualidad individualismo-totalitarismo, que desconoce la hegemonía de la persona.

Para que la antología respondiera estrictamente al título habría de recoger la obra de pensadores de generaciones más recientes, de la Argentina, del Perú, de México, por ejemplo, que aun cuando todavía no consagrados en la misma forma que los que acabamos de examinar, revelan en sus trabajos el rigor y la importancia que van adquiriendo los estudios filosóficos en los países latinoamericanos. Pero toda selección supone limitación consciente, y la presente se ha propuesto limitarse a los maestros. En el poner de manifiesto la unidad que mantiene la reflexión de los filósofos de un extremo a otro de nuestra Latinoamérica, reside su mayor valor. Con ello viene a ser algo más que composición integral, propia de otros órdenes inferiores al espíritu.

Olga QUIROZ MARTINEZ.

Presencia del Pasado

TLATILCO: EL ARTE Y LA CULTURA PRECLASICA DEL VALLE DE MEXICO

Por *Miguel COVARRUBIAS*

TAL vez el problema más escabroso para el estudio del arte prehispánico es que parece no tener ni raíces ni principios, es decir las culturas más antiguas aparecen ya siempre completamente formadas, sin los pasos evolutivos que mostraran un desarrollo lógico desde un nivel precerámico y preagrícola de pueblos más primitivos. En toda Mesoamérica, en México, Guatemala, Salvador y Honduras, las culturas más antiguas que se conocen se caracterizan por tener ya el cultivo del maíz, cerámica avanzada y graciosas figurillas de barro cocido. Tenían ya aparentemente un ceremonial religioso, hacían textiles, y en algunos lugares se distinguieron como hábiles escultores que poseían una técnica maestra en el arte de tallar el jade. Todos estos rasgos son demasiado avanzados para constituir una cultura básica ancestral para la grandiosa civilización clásica prehispánica.

Sin embargo, ya se han encontrado en México restos indiscutibles de los cazadores primitivos de la Edad de Piedra. Tenemos por ejemplo, el ya famoso Hombre de Tepexpan, los burdos instrumentos de piedra y hueso de las culturas de San Juan y de Chalco, del final del Pleistoceno, hace unos cinco o diez mil años, descubiertos por el geólogo Helmut De Terra,[1] así como los restos de culturas precerámicas, descubiertas, pero aún no publicadas, por McNeish en Tamaulipas y por Drucker en las costas de Chiapas. Queda sin embargo un gran vacío entre los esquivos y misteriosos cazadores primitivos del Pleistoceno y los magníficos ceramistas de Tlatilco y de Zacatenco. Por el momento presente y mientras no se descubran los pasos evolutivos de los pueblos agrícolas, tenemos que aceptar que vinieron de alguna otra parte con una cultura ya formada.

---

[1] Ver "El Hombre Fósil de Tepexpan", Pablo Martínez del Río, *Cuadernos Americanos,* Año VI, Nº 4, 1947.

Los restos de las culturas agrícolas más antiguas del Valle de México fueron descubiertas hace casi medio siglo pero pasó mucho tiempo antes de que se les estudiara y de que se formulara su verdadero significado. Una pléyade de arqueólogos notables se ocuparon del asunto: Zelia Nuttall, Boas, Seler, Hay, Spinden, Tozzer, Cummings, Kroeber, y especialmente Manuel Gamio y George C. Vaillant, que hicieron excavaciones extensas y establecieron la posición cronológica de esta nueva cultura como anterior a todas las antes conocidas.

Fué Spinden quien bautizó a estas culturas con el nombre de "Arcaicas", término que se ha perpetuado entre los arqueólogos pero que ahora resulta poco adecuado debido a su gran complejidad, y el primero en reconocerlo fué Vaillant, quien propuso el nombre de "Culturas Medias", reservando el de "Arcaico" para designar los períodos anteriores aún no descubiertos. Se han sugerido otros términos menos vagos y engorrosos para estas culturas y hemos adoptado aquí el propuesto por Edwin Shook: "Culturas Preclásicas", por ser el más apropiado desde el punto de vista del estudio de la historia del arte.

La gran antigüedad de las culturas preclásicas del Valle de México se hizo patente de una manera sensacional cuando Gamio descubrió un cementerio indígena bajo la lava de la cantera de Copilco, en Chimaliztac, Villa Obregón. Había allí esqueletos provistos de ofrendas de ollas, cajetes, figurillas de barro, metates, y puntas de dardo de obsidiana. El cementerio de Copilco era ya antiguo cuando hizo erupción el volcán Xitli, hace algunos miles de años, aunque los geólogos no se pudieron poner de acuerdo si fué hace mil o diez mil años. Vaillant, que había estudiado el problema a fondo, tímidamente propuso fechas más específicas pero demasiado conservadoras: entre el año 100 A. C. y 400 de nuestra era, porque hace unos veinte años, cuando Vaillant hizo sus exploraciones, estaba de moda entre los antropólogos negar una gran antigüedad para las culturas indígenas. Hay por lo menos seis horizontes básicos prehispánicos en el Valle de México (Zacatenco, Ticomán, Teotihuacán, Tolteca, Culhua y Azteca), que se subdividen en unas catorce fases conocidas hasta ahora, resultando en un período de tiempo demasiado corto y apretado para una secuencia cultural tan larga, cuyas fases antiguas parecen haber durado mucho tiempo.

EDWARD D. McCOY
GENERAL MANAGER
FERNAND F. PIMENTEL
MANAGER



ON THE COAST HIGHWAY
MIDWAY BETWEEN
SAN FRANCISCO AND LOS ANGELES

Santa Maria Inn

Santa Maria, California

El arqueólogo moderno sufre de claustrofobia cronológica, dice el Dr. Alfred V. Kidder, tratando de colocar tantas realizaciones culturales dentro de los mil quinientos años que se asignaban a las culturas prehispánicas. Por fortuna a últimas fechas los prejuicios se desvanecen poco a poco y las cronologías retroceden. Recientemente De Terra (1947) encontró que la evidencia geológica en la zona de Tlatilco en el Valle de México, colocaba el período de florecimiento de las culturas preclásicas por lo menos a mediados del primer milenio A. C., es decir hace unos 2500 años. Finalmente, unas muestras de carbón encontradas en las tumbas de Tlatilco bajo condiciones controladas científicamente, fueron analizadas por su contenido de carbón radioactivo, el ya famoso Carbón 14, por el nuevo y sensacional procedimiento para fechar la antigüedad de las materias orgánicas, desarrollado por los físicos nucleares de la Universidad de Chicago, bajo la dirección de su descubridor, el Dr. Willard F. Libby.[2] Los resultados de los análisis retroceden la fecha de los entierros de Tlatilco otros mil años: 1450 A. C., fecha que aunque revoluciona totalmente todos los conceptos que se tenían sobre las culturas prehispánicas mesoamericanas, y aunque no se ha dado aún a la publicidad por el Dr. Libby, es más lógica y más cómoda, ya que nos provee de mayor espacio de tiempo para el desarrollo y la evolución de las épocas subsecuentes: la cultura Ticomán (el preclásico decadente que existió por 500 A. C. según el Carbón 14), que precedió a las tres fases clásicas de la cultura teotihuacana, la que tuvo que desarrollarse, consolidarse y construir las enormes pirámides y los cientos de templos y palacios en unos seiscientos años, y que fueron abandonados por el siglo VII de nuestra era. La cultura teotihuacana sobrevivió todavía otros trescientos años en una cuarta fase en Azcapotzalco, hasta la llegada de las hordas de bárbaros que más tarde se intitula-

[2] Este principio se basa en la transformación operada en los átomos de carbón en todo ser viviente por el bombardeo continuo de los rayos cósmicos, convirtiéndolos en el isotopo inestable llamado Carbón 14. Este proceso cesa con la muerte de la materia orgánica y la radioactividad del Carbón 14 se comienza a perder de una manera regular y constante, la que se puede medir y calcular por medio de instrumentos de gran precisión, dando así la fecha de la muerte de la materia orgánica con un margen de error de más o menos 250 años. (Este procedimiento está aun en el proceso de estudio pero ha dado ya resultados positivos con materiales de edades conocidas).

ron "toltecas" y que crearon otra gran civilización con las cenizas de la cultura teotihuacana en lo que es hoy Tula, en el Estado de Hidalgo.

Los magníficos trabajos de Vaillant en el Valle de México establecieron ciertos conocimientos básicos sobre las culturas preclásicas: por medio de extensas excavaciones en Zacatenco, El Arbolillo y Ticomán, y de cuidadosos estudios de la cerámica, los utensilios y las figurillas, se estableció una minuciosa tipología de las figurillas, de las formas de las vasijas, de los barros y la decoración, y lo que es más importante, se fijó una secuencia cronológica con tres épocas básicas:

1—*Inferior* (Zacatenco I), el período formativo, el más antiguo que se conoce hasta la fecha.

2—*Medio* (Zacatenco II), el período de florecimiento de la cultura preclásica, al que corresponde el sitio que nos ocupa, Tlatilco.

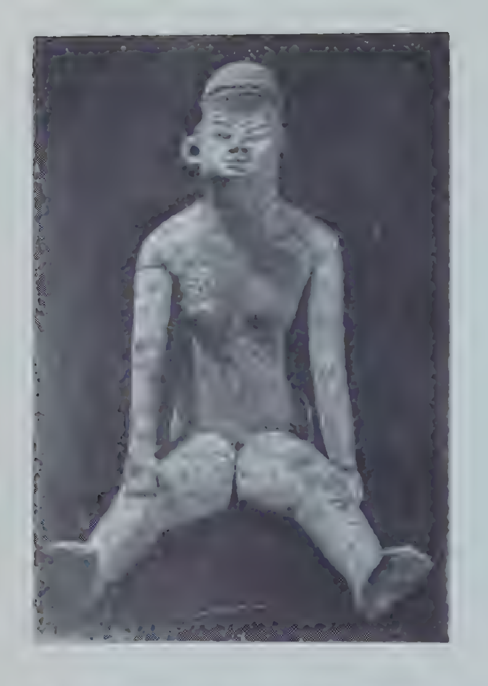
3—*Superior* (Zacatenco III, o como se le conoce mejor: *Ticomán)* una cultura del mismo nivel pero totalmente distinta que substituye a las anteriores, con señales de un origen distinto y con una marcada decadencia.

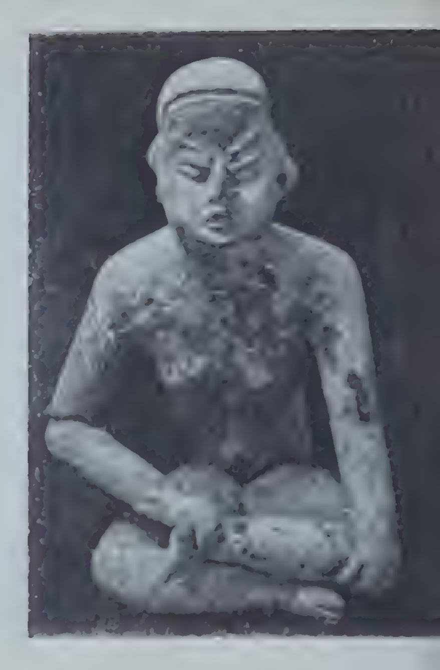
Estas épocas, que deben cubrir un período de muchos siglos, fueron subdivididas en varias fases, caracterizadas por la aparición y desaparición de ciertos rasgos, estilos de cerámica y tipos de figurillas.

Muchas otras culturas de gran antigüedad, similares a las del Valle de México, han sido identificadas de una manera clara y convincente en casi todos los grandes centros arqueológicos de Mesoamérica, siempre debajo de los restos del período clásico. Se les ha encontrado en los Valles de Puebla, Toluca y Morelos, en Oaxaca, en Veracruz, en la Zona Maya, en el Occidente de México, en Guatemala, Salvador y aún en Honduras. Esto revela un complejo uniforme, continuo y extenso de culturas preclásicas, algunas más elaboradas que otras, pero todas aparentemente contemporáneas, con una ideología y un arte comunes, cerámica simple pero bien hecha, y un arte realista representado principalmente por figurillas de barro modeladas a mano con una técnica que caracteriza al horizonte preclásico.



Arriba: Detalle de la ofrenda de figurillas del entierro 161, Tlatilco. Abajo: Vista general del grupo de entierros "José León", números 86 y 96, Tlatilco.





Arriba: Dos figurillas de tipo "olmeca" del entierro No. 162 en Tlatilco. Abajo: Las figurillas en situ entre las piernas del muerto. Colección del Museo Nacional de Antropología. Fotos Arturo Romano.

Tlatilco

No hay en el Valle de México mejor fuente para encontrar objetos arqueológicos que los grandes agujeros de las ladrilleras alrededor de la ciudad, donde los tabiqueros tienen constantemente que separar los *tepalcates,* fragmentos de vasijas y de figurillas antiguas, del barro con que hacen el ladrillo. A veces encuentran un entierro prehispánico con ofrendas de vasijas enteras, figurillas completas y hasta pequeños objetos de jade, y los venden a los coleccionistas que acostumbran visitar las ladrilleras en busca de antigüedades. Una de estas ladrilleras era excepcionalmente rica, no sólo en los *tepalcates* de costumbre, sino también en objetos extraños y figurillas extraordinarias, de una calidad artística sin precedente, intactas y aún con la pintura roja, amarilla y blanca con que se les decoró antes de enterrarlas con los muertos. Esta ladrillera tenía un nombre indígena sorprendentemente apropiado: *Tlatilco,* que quiere decir en náhuatl "Donde hay cosas ocultas" (de *tlatia*: esconder u ocultar).

Ir a Tlatilco con los bolsillos llenos de moneda fraccionaria y regresar con un rompecabezas arqueológico o con una obra maestra de arte se convirtió en un hábito semanal nuestro. Adquirimos allí figurillas extraordinarias, vasijas de formas extrañas, sellos de barro que imprimían bellos dibujos, ollitas llenas de pintura roja, instrumentos de hueso, concha, sílex y de obsidiana. La mayoría de los objetos de Tlatilco eran idénticos a los que encontró Vaillant en Zacatenco, de la cultura más antigua del Valle de México, pero había otros totalmente diferentes, con estilos y elementos nuevos e inquietantes, muchos de los cuales indicaban conexiones insospechadas con las artes de otras regiones. Los hallazgos más sensacionales en Tlatilco fueron entonces unas espléndidas figurillas compradas a los tabiqueros: una de pulida serpentina verde oscura, y otras dos de barro modeladas con maestría y cubiertas de un baño blanco pulido. Estas figurillas eran del más puro estilo "olmeca", que parece ser básico para el desarrollo de las culturas clásicas mesoamericanas, la antigüedad del cual es uno de los problemas que han causado mayor controversia entre los arqueólogos.[3]

[3] Ver "El Arte Olmeca o de La Venta", Miguel Covarrubias, *Cuadernos Americanos,* Año V, Nº 4, 1946.

Tantos problemas suscitó la acumulación de objetos de la misteriosa ladrillera de Tlatilco que al explorarla se convirtió en imperiosa necesidad, no sólo para salvar los valiosísimos datos destruídos a diario por los tabiqueros, sino para poder estudiar las condiciones bajo las cuales aparecían los nuevos rasgos dentro del bien conocido complejo "Arcaico" del Valle de México. Tlatilco se ha hecho ya famoso, no sólo entre los arqueólogos, sino entre los coleccionistas y anticuarios. Los precios que exigían los tabiqueros por las figurillas se hicieron pronto astronómicos y hacer ladrillos se volvió secundario a buscar tesoros, antes de que la fiebre por encontrar "muertitos" se pudiera controlar y que se principiaran las exploraciones sistemáticas de lo que quedaba del cementerio.

Tocó, al que esto escribe, la suerte de que se le confiara la dirección de las exploraciones en Tlatilco por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, primero, durante una corta temporada en 1942, con la ayuda de Hugo Moedano, cuando se hicieron solamente trincheras estratigráficas para establecer la posición cronológica del lugar. Exploraciones más extensas se llevaron a cabo más tarde (1947-1949), bajo los auspicios de la Viking Fund, compartiendo la dirección de los trabajos con el Dr. Daniel R. de la Borbolla, director del Museo Nacional de Antropología, con la valiosa colaboración del geólogo Helmut De Terra y de los jóvenes arqueólogos y antropólogos físicos Arturo Romano, Eduardo Parellón, Román Piña Chan y Johanna F. de Sáenz. Se han explorado hasta la fecha más de doscientos entierros, algunos riquísimos en ofrendas, que han producido un valiosísimo acervo de nuevos datos, muchos ejemplares del arte preclásico, así como figurillas y cerámica de estilo "olmeca" in situ, estableciendo sin lugar a dudas la contemporaneidad de las sorprendentes culturas Zacatenco y "Olmeca".

La excelencia de los estudios de Vaillant se comprobó con las exploraciones de Tlatilco, sitio que resultó ser típico de los períodos Inferior y Medio de la cultura Zacatenco. Se encontraron sin embargo, toda clase de rasgos nuevos, por ejemplo, figurillas más elaboradas y de tipos desconocidos, máscaras de barro, sellos de barro, adornos de piedra, cerámicas de tipos nuevos con estilos de decoración sin precedente en el Valle. Tlatilco muestra también contactos e influencias con sitios muy lejanos, por ejemplo, algunos que se extienden al

norte hasta el Valle del Río Ohio (cultura de Hopewell), otros en la dirección opuesta, como La Venta en Tabasco, Tres Zapotes en Veracruz, Monte Albán en Oaxaca, Miraflores en Guatemala, Playa de los Muertos en Honduras, y de allí al sur hasta la costa norte del Perú, en las culturas Cupisnique y Chavín, con las que tiene Tlatilco parecidos asombrosos. Si se le compara con los simples y modestos sitios antes conocidos —Zacatenco, El Arbolillo, Copilco— Tlatilco resulta ser el centro más rico, más cosmopolita y seguramente el más importante de las culturas preclásicas del Valle de México.

Por medio de la arqueología podemos reconstruir la cultura material, la apariencia, las costumbres, los conceptos artísticos y religiosos de los pueblos desaparecidos, tales como los de los remotos habitantes de Tlatilco. Sabemos por ejemplo que eran fuertes y bajos de estatura, andaban casi desnudos y tenían maneras peculiares de adornarse. Eran esencialmente agricultores, campesinos, no muy distintos de los indígenas modernos que viven en las partes más aisladas de México. Cultivaban el maíz, que molían en metates para hacer tortillas y tamales, y probablemente cultivaban ya frijol, calabaza y chile. Se proveían de carne criando y engordando una raza especial de perros, o bien cazando venado, conejos, tuzas, guajolotes silvestres, patos y otras aves acuáticas, con lanzas que se propelían con *atlatls,* lanza-dardos idénticos a los que usan hoy día los indígenas del Lago de Pátzcuaro, y también pescaban con redes en los lagos. Probablemente vivían en pequeños jacales de ramas tejidas enjarradas con lodo y con techos de zacate, agrupados en pueblos comunalistas autónomos. Sus utensilios caseros eran de lo más simple: cuerdas, petates, cestos, y parece que usaron camas de cuatro patas. Se supone usaban jícaras y calabazos, cuyas formas copiaron a veces en barro, así como platones de piedra y bateas de madera. Entre sus instrumentos se contaban las hachas de piedra dura verde y pulida, montadas en mangos de madera, así como las navajas, taladros, raspadores y puntas de lanza de obsidiana y cuarzo, instrumentos de cuerno de venado para fracturar la piedra y leznas y punzones de hueso.

Para cocinar, comer y guardar los alimentos hacían excelente cerámica de una asombrosa variedad: desde las burdas ollas de barro café grueso para almacenar maíz, hasta finas vasijitas en miniatura, botellones de cuello largo, cajetes, copas,

cántaros, platos y vasos de todas clases, entre las que se destacan, por su novedad en México, una vasija en forma de anillo vertical y un botellón con el cuello en forma de estribo, típico de las más antiguas culturas del norte del Perú. La cerámica de lujo estaba reservada como ofrenda para enterrarse con los muertos, vasijas de muchas formas distintas y de barros finos muy variados: negro pulido, café, bayo, bermejo, rojo, gris, blanco y crema; decoradas con dibujos geométricos, curvilíneos, motivos rítmicos, y algunas veces estilizaciones de animales. La variedad de las técnicas de decoración en moda era tan extensa como las formas de las vasijas: línea incisa ligera y profunda, a veces llena con pintura roja para darle realce al dibujo, acanalada, tallada o raspada antes o después del cocimiento, punteada, marcada con zigzags curvos con una conchita mecida; o bien pintada sobre el barro natural o sobre un baño de otro color, en rojo sobre café, blanco sobre rojo, negro y rojo, y rojo sobre blanco o amarillo. Una técnica muy especial consistía en aplicar sobre la vasija ya cocida capas gruesas de pigmentos embutidos uno dentro del otro rosa y verde claro, como en el cloisonné chino, probablemente con lacas hechas con resinas orgánicas que han desaparecido ya, dejando solamente el color y la materia inerte para darle cuerpo. Esta técnica, conocida entre los arqueólogos como "al fresco" o "colores embutidos" es típica de la época clásica, particularmente del apogeo de Teotihuacán, pero aparece con anterioridad en Tlatilco y en Miraflores, Guatemala.

También modelaban vasijas-efigie en forma de hombres, monos, jabalíes, conejos, tuzas, tejones, patos, pájaros y peces. Hay notables ejemplares de Tlatilco: un acróbata, peces gordos, simpáticos patitos, y un extraño cuadrúpedo con máscara humana, tal vez el antepasado del *nahual* con que se asusta a los niños que no quieren dormir, hecho ingeniosamente de modo que cuando se vacía el líquido que contiene por la cola tubular del animal, las orejas producen un silbido doble, un acorde suave y gorgoteante.

La contribución principal de Tlatilco ha sido la riqueza sin precedente de material artístico, dándonos un nuevo punto de vista sobre la mentalidad y la tecnología del período clásico. Los tlatilqueños eran esencialmente ceramistas; su escultura en piedra es escasa y burda y si tallaron la madera nunca lo sabremos porque hay poca probabilidad de que algún ejemplar

en madera haya sobrevivido. La principal actividad artística estaba centrada en la manufactura de figurillas de barro, graciosas y expresivas, modeladas con habilidad y soltura, con los rasgos y adornos hechos por la técnica del pastillaje y palito. La frescura y el sentido de la forma de estas figurillas se perdió más tarde cuando las artes se formalizaron y se sujetaron a las limitaciones del simbolismo religioso más intelectualizado y menos emotivo. La mentalidad artística de esta época es radicalmente distinta a la de los artistas de la época clásica; es un arte simple y sin pretensiones, pero alegre y sensitivo, libre de todo esoterismo religioso. Esto es evidente en las vasijas-efigie, en las figuras de barro huecas, algunas del tamaño de un niño, finamente modeladas y muy bien pulidas, que deben haber requerido una considerable maestría en el arte cerámico, y particularmente en las pequeñas figurillas sólidas, a pesar de que a juzgar por su abundancia y uniformidad deben haberse fabricado con métodos de producción en masa.

Miles de figurillas y fragmentos han salido de la tierra en Tlatilco; la gran mayoría son de mujeres con pechos pequeños y brazos cortos, con cinturas estrechas y grandes caderas con piernas gruesas y bulbosas. Unas están en pie, otras sentadas, otras llevan niños a horcajadas sobre una cadera o acarician un perrito. Las figurillas de mujer están casi siempre desnudas y parece que la coquetería femenina se reducía a pintarse la cara y el cuerpo y en llevar tocados complicados, de los cuales hay una variedad sin límites. Las únicas prendas de vestir fueron aparentemente los turbantes y unas enagüillas cortas que parecen ser de fibras como las hawaianas en ciertos casos, o de tela en otros, que se llevaban, no en la cintura, sino en las caderas. Hay figurillas de mujeres muy gordas llevando estas enagüillas, generalmente en posturas de danza, y es posible las usaran para las danzas. Las figurillas de mujeres llevan generalmente el pelo cortado a la altura de los hombros o rasurado en partes, dejando dos trenzas en cada lado que les llegaban a la cintura y un mechón que partía de la coronilla sobre la frente, sostenido por una banda o guirnalda de hojas o borlas, colocada en un ángulo coqueto, como el sombrero de una dama moderna. Estas figurillas tienen generalmente el pelo pintado de rojo, un indicio que tal vez se lo teñían con cal como los melanesios, o con semillas de achiote *(bixa orellana)* como lo hacen todavía los indios colorados del Ecuador.

Hacían también figurillas de hombres, más raras que las de mujeres, vestidos con taparrabos, algunas veces con camisas cortas y polainas, así como con cascos y turbantes. En un entierro de Tlatilco (el número 60) se encontraron dos figurillas tal vez representando shamanes, con las caras cubiertas por pequeñas máscaras, con camisas pintadas la mitad de rojo la otra mitad de negro, y con objetos en las manos que pudieran ser sonajas. Cada figura estaba acompañada de otra representando un enano. Hay también figurillas de jugadores de pelota con el característico cinturón, casco y guantelete de cuerda. Aparentemente usaban camas o canapés como los nuestros, pues en Tlatilco se encontraron dos divertidos grupos mostrando un personaje con casco cómodamente reclinado en su cama, con una mujer sentada humildemente a sus pies. Hombres y mujeres se pintaban el cuerpo con motivos característicos en rojo, amarillo, negro y blanco y la cara con motivos simétricos sobre la boca, ojos y mejillas. Las mujeres se decoraban los muslos con dibujos geométricos, círculos concéntricos y zonas cuadriculadas, y una moda peculiar entre ellas consistía en pintarse todo un lado del cuerpo dejando el otro sin decoración.

Los tlatilqueños tenían poco interés en representar sus conceptos religiosos y hay poco en su arte que pueda interpretarse como representaciones de deidades, aunque las figurillas deben haber tenido un significado ceremonial. Un concepto único y fascinante se encuentra en ciertas figurillas con dos cabezas, o lo que es más extraño, dos caras en una sola cabeza: dos narices, dos bocas, y tres ojos, que recuerdan ciertas pinturas recientes de Picasso. Estas hacen pensar en el concepto de gemelos o del principio de la dualidad, tan importantes en la filosofía religiosa mexicana. También hay figurillas de un viejo encorvado que parecen representar un antecedente del dios del fuego teotihuacano, que ya había aparecido en la época Ticomán. También hay una extraña máscara de barro de Tlatilco, la mitad un cráneo humano, la otra mitad una cara con la lengua colgando, tal vez representando la idea de la vida y la muerte, así como figurillas de seres medio hombres, medio jaguares, derivados de asuntos "olmecas". Estas extrañas representaciones son otros rasgos Tlatilco-"olmecas" que se repiten en la lejana y misteriosa cultura de Chavín del Perú.

Las figurillas de la época preclásica se hicieron en una gran variedad de tipos (clasificados por Vaillant con las letras "A" hasta "O"), cada uno distinto de los otros, no solamente por su estilo, el barro empleado, las técnicas y la calidad artística, sino también en sus menores detalles de vestido y de adornos. Ya que varios de estos tipos se encuentran juntos es de suponer que pueblos distintos, de diferentes tribus y apariencia física, compartían las mismas comunidades, cada uno haciendo y tal vez hasta importando sus propios estilos tradicionales de figurillas. Hay por ejemplo, dos tipos radicalmente opuestos que se encuentran juntos desde los niveles más antiguos en Tlatilco: uno tosco y primitivo, verdaderas tortas de barro hechas mecánicamente, el otro extremadamente fino y refinado (tipos "C3" y "D1" de Vaillant). Un grupo de tipos (los "C" y sus formas derivadas: "K", "B" y "F") representan personajes con cara de rana, prognatas como monos, o con expresiones bovinas e idiotas, con narices gruesas y bocas enormes. Estos usaban un adorno colgando del septum de la nariz, grandes turbantes, así como gruesas orejeras, collares y ajorcas. Al mismo tiempo, las figurillas del tipo "D", las más abundantes en Tlatilco, muestran gentes con rasgos delicados: grandes ojos oblicuos, pequeña nariz afilada y bocas finas, que les ha valido el nombre de "tipo mujer bonita" con que lo conocen los arqueólogos mexicanos. Por cierto, la mayoría de estas figurillas son bonitas hasta juzgándolas con los conceptos occidentales de belleza femenina y algunas recuerdan las figurillas de las épocas arcaicas griegas. Estos dos tipos, "C" y "D" y sus subtipos aparecen en todo el estrato arqueológico de Tlatilco, pero hay otros más raros ("A", "B", "K", "F" y "O") que se presentan únicamente en la última época. Estos tipos tan divergentes muestran claramente que los grupos más convencionales se contentaron con hacer únicamente sus figurillas tradicionales para cumplir con su función ceremonial, pero había otros, los que hicieron los tipos "D" y los tipos "olmecas", que se gozaban al modelar el barro con delicadeza y realismo, tomando gran cuidado de producir figuras originales y hasta extravagantes, hechas indudablemente con un espíritu de diversión. Es evidente que los artistas de Tlatilco mezclaban el humorismo y el deseo de expresión individualista con las formas tradicionales, característico de los pueblos creadores y complicados, y eran conscientes de la calidad arítistica de sus obras.

El cuidadoso estudio de las figurillas del período floreciente de Tlatilco revela un cierto número de hechos significativos: la rareza de representaciones de deidades personificadas y de símbolos religiosos hace pensar que la religión no ejercía aún una función dominante en la vida del pueblo y que los conceptos esotéricos e intelectualizados típicos del período clásico aún no se consolidaban. El objeto y significado de las figurillas continúa siendo un misterio y sólo se sabe que se hacían para enterrarse con los muertos. Se ha dicho que las figurillas representan una deidad femenina de la fertilidad por sus exageradas caderas, pero es este un rasgo que solamente aparece en ciertos tipos, hay además figuras masculinas y todas parecen representar seres humanos comunes y corrientes. Es probable que representen simplemente los acompañantes, tal vez los sirvientes simbólicos de los muertos. Hay entierros en Tlatilco con evidencias de sacrificios humanos de niños y de adultos (cabezas, brazos y torsos aislados, con los huesos articulados), mientras otros estaban equipados con un gran número de figurillas.

Un indicio que podía explicar la estructura de la sociedad de la época preclásica es la fuerte interacción evidente entre los varios tipos de figurillas, que da como resultado muchas variantes y subtipos de transición. Hay dos estilos básicos predominantes, de espíritus radicalmente opuestos: el de las toscas figurillas del tipo "C" que aparecen exclusivamente en los más profundos niveles del Zacatenco Inferior, y los finos y realistas estilos "olmecas". Estos dos estilos probablemente representan pueblos diferentes, o más bien, dos clases sociales en conflicto: una, los fundadores de la cultura Zacatenco, los simples campesinos que habían desarrollado en épocas anteriores las técnicas agrícolas y le arte cerámico; los otros, que trajeron la cultura "olmeca" de otras zonas, eran probablemente una poderosa élite de artistas y brujos, con un tipo de cultura urbana, que fué poco a poco adquiriendo una posición dominante sobre los campesinos debido a su cultura superior, siendo con el tiempo los fundadores del sistema teocrático feudalista.

Por fantástica que la teoría parezca, toda la evidencia parece indicar que Tlatilco era una comunidad típica de la cultura Zacatenco que se convirtió con el tiempo en una colonia "olmeca". No sólo en las figurillas se puede apreciar este contraste; la cerámica encontrada allí muestra una interesante mez-



Vasija-efigie de barro negro pulido, Tlatilco. Colección particular. Foto I. Groth.



Vasija Cupisnique de la costa norte del Perú, según Larco Hoyle. Máscara de barro de Tlatilco (Colección particular). Vasija en forma de pez gordo de barro negro pulido con una zona áspera untada de pintura roja. Parte de la ofrenda del entierro No. 57, Tlatilco. Colección Museo Nacional de Antropología.



Figurilla femenina de barro con un baño blanco teñido con pintura rosa. Tlatilco. 10.6 cmts. de altura. Colección particular.



Gran figura de un niño de barro con baño blanco pulido. Tlatilco. Colección particular. Foto I. Groth.



Vasija-efigie en forma de un acróbata de barro rojo, 28.5 cmts. de altura. Tlatilco. Colección particular. Foto I. Groth. Figurilla de una danzarina, 11.5 cmts. Tlatilco. Colección particular. Figurilla de un saltimbanqui. Tlatilco. Colección del Museo Nacional de Antropología.



Arriba: Figurillas de dos cabezas y de cara doble. Tlatilco. 8.5 y 11.5 cmts. respectivame
Abajo: Figurillas de Tlatilco policromadas. La figura central mide 9.5 cmts. Colección p
cular. Fotos I. Groth.



Cuatro figurillas de Tlatilco de los tipos (arriba) D1, C5 (abajo izquierda) y D2 (abajo derecha). Colecciones particulares. Fotos I. Groth.



Fragmento de una figurilla de tipo D, 4 cmts. de altura. Tlatilco. Colección del Museo Nacional de Antropología. Foto A. Romano.

cla de elementos y de estilos: por un lado está la cerámica simple con decoración geométrica elemental, pintada o incisa, con formas derivadas de técnicas esencialmente cerámicas (ollas y cajetes esféricos con fondos redondos, bordes reforzados, silueta compuesta, etc.). Por otro lado están las formas complejas importadas al Valle de México, con técnicas de decoración más elaboradas (modelado, tallado antes de la cocción, estampados con mecedora *(rockerstamp)*, champlevé, laca, etc.), y con motivos más evolucionados (dibujos curvilíneos abstractos, combinados con cruces y formas angulares, manos estilizadas, partes de caras "olmecas", etc.). Esta cerámica es intrusiva en el complejo Zacatenco y sus formas y decoración muestran una tendencia y un origen distintos a las técnicas esencialmente cerámicas: vasos cilíndricos y platos de paredes inclinadas con fondos planos y labios adelgazados, tal vez derivados de las vasijas de piedra de idénticas formas de Guerrero, Puebla y Veracruz, que son un rasgo tan típicamente "olmeca".

Hay en Tlatilco muchos otros objetos y rasgos "olmecas" que son extraños a la cultura Zacatenco, por ejemplo: las grandes figuras huecas de barro blanco de estilo La Venta personajes barbados, jugadores de pelota, máscaras de tigre, espejos de hematita cristalina, ornamentos de jade, deformaciones craneanas, dientes limados, rasgos mongólicos extremados, gordura patológica, ausencia de orejeras en ciertos tipos de figurillas, ausencia de vasijas con soportes, etc. Es lástima que sólo contamos con un aspecto parcial de estas culturas ya que muchos de los objetos de uso diario y ceremoniales, los hechos de materias orgánicas —madera, tejidos, cuero, etc.—, han desaparecido y sólo nos quedan los objetos de barro, piedra, concha y hueso.

Es evidente que intervinieron muchos elementos distintos en la formación y desarrollo de la antigua civilización mesoamericana, algunos nativos de la altiplanicie central, otros importados del sur, oriente y poniente. Estas influencias vinieron en cada caso de otras culturas ya maduras y su amalgamiento creó los varios complejos culturales del Valle de México: primero el "Arcaico" o Preclásico, luego el Teotihuacano, el Tolteca, Culhua, y finalmente el Azteca o Mexica. En vez de desarrollarse en una línea continua la civilización mesoamericana tuvo períodos cíclicos de florecimiento y de decadencia,

siendo varias veces interrumpida y frustrada. Por ejemplo, la cultura Zacatenco desapareció tan misteriosamente como había llegado y fué reemplazada por la cultura Ticomán, también del horizonte preclásico pero totalmente diferente, más plebeya y decadente, que también parece fué importada en el Valle de México. Los hallazgos de Tlatilco representan el florecimiento máximo del período Zacatenco, que es por el momento la manifestación más antigua de los antiguos agricultores de la época preclásica mexicana.

CRISTIANISMO Y COLONIZACION

Por *Silvio ZAVALA*

La colonización española de América dió origen a una literatura abundante que tendía a esclarecer los problemas siguientes: ¿cuáles son los títulos que pueden justificar la dominación de los europeos sobre los pueblos indígenas?, ¿cómo se ha de gobernar a los hombres recién hallados?

Una primera teoría de raigambre medieval contempla el problema como un caso más de contacto entre cristianos e infieles. Algunos tratadistas, y aun la corte española, aceptan que los gentiles deben someterse a la potestad de la curia romana por medio de los príncipes cristianos elegidos por ella para llevar a cabo la extensión de la fe y del mundo de la civilización cristiana. Y no vacilan en justificar el empleo de la guerra para servir a estos fines. De acuerdo con tal planteamiento se realiza una buena parte de la conquista española de América durante el primer tercio del siglo XVI: Antillas, Darién, México, Nueva Galicia, Perú. Es la época en que se emplea el requerimiento redactado por el jurista de los Reyes Católicos, Juan López de Palacios Rubios.

Pero los abusos y las crueldades que ocurren en la práctica de la conquista, y una meditación más exigente de la naturaleza y del sentido del apostolado cristiano, llevan a la conclusión de que los pueblos infieles, según el derecho natural reconocido por Tomás de Aquino, tienen prerrogativas de libertad personal, de propiedad de sus bienes y de autoridad política, que deben ser respetadas por los poderes cristianos. Como diría sintética y firmemente Vitoria: "antes de la llegada de los españoles a las Indias eran los bárbaros verdaderos dueños pública y privadamente". Entonces se pretende dar la preferencia al método evangélico de conversión de los infieles (los misioneros en la costa de Paria, la experiencia de Verapaz en Guatemala, los jesuítas del Paraguay) y prohibir el uso de la guerra salvo en los casos más urgentes de resistencia y hostilidad de

los nativos (caribes, chichimecas, chiriguanos, araucanos, mindanaos). Dentro de esta concepción del problema que gana preeminencia sobre todo en la segunda mitad del siglo XVI, resalta la posibilidad de que los indios de América conserven su libertad personal y sus posesiones, y que se conviertan a la fe cristiana y se reduzcan al vasallaje de la corona española de manera pacífica.

Ahora bien, dentro de uno y otro planteamiento, se mantiene la decisión española de ocupar políticamente el Nuevo Mundo y de atraer a sus habitantes al seno de la Iglesia católica. Sólo en contadas ocasiones se ponen en duda estas miras finales. En la mayoría de los casos la disputa se reduce al método —guerrero o apostólico— de la penetración europea, y a la condición —de servidumbre o libertad— en que han de quedar los indígenas.

En relación con este importante proceso de la ideología española tocante a la dominación y a los derechos de los pueblos infieles, cabe señalar que los esfuerzos críticos más señalados correspondieron a pensadores de la propia nación dominadora, como Montesinos, Las Casas, Vitoria, Soto, Báñez y tantos más; si bien éstos se apoyaron en ideas generales de la cultura europea, como las debidas a Tomás de Aquino, y en intervenciones oportunas de pensadores no españoles, como John Maior y el Cardenal Cayetano (Tomás de Vío). Lo interesante y justo no es pretender que fuera una hazaña ideológica exclusivamente española, sino reconocer que los pensadores españoles contribuyeron decisivamente a la exégesis cristiana de las conquistas emprendidas por su nación. Lo cual pone de relieve el poder de autocrítica de la civilización hispánica y la libertad ideológica y de expresión de que entonces pudieron gozar, en cuanto a este tema, sus más despiertas conciencias, a pesar de reacciones esporádicas y poco decisivas de la corona tendientes a restringir esas críticas que partían sobre todo del sector religioso.

El avance de la Cristiandad frente a los gentiles fué aspecto primordial del pensamiento relativo a la conquista de América, como acabamos de ver; pero revisando la terminología del siglo XVI, se encuentran ciertas voces que acusan la presencia

de conceptos de índole política más neta, aunque tampoco aparezcan desligados por completo de matices religiosos o morales.

Nos referimos al planteamiento de la conquista como una dominación de hombres prudentes sobre bárbaros en el sentido que se venía dando a estas palabras desde los escritos de los filósofos y poetas griegos; es decir, a una consideración del problema según el punto de vista de la Razón.

La dominación de los españoles sobre los indios era interpretada como una tarea de sujeción, ciertamente, pero al mismo tiempo como de civilización o humanización de pueblos. Esto hacía recordar, a los pensadores de la época, el ejemplo del imperio romano; pero dado el carácter religioso de la vida española del siglo XVI, este planteamiento clásico se fué acercando progresivamente a un concepto liberal de tutela cristiana.

Entre los pensadores escolásticos se encuentran, desde los primeros años de la polémica americanista, algunas reminiscencias de la teoría acerca de la servidumbre natural de los bárbaros. Porque formulada en la *Política* de Aristóteles, se había abierto paso dentro del tomismo, si bien con ciertas reservas que autores posteriores, sobre todo del grupo español que meditó los problemas de la conquista de América, se encargarían de sacar a luz. Pero mientras tanto un primer grupo de religiosos y de juristas había sostenido que los indios recién hallados carecían de razón suficiente para gobernarse y, siendo por ello siervos a natura, debían someterse a los españoles.

Por ejemplo, el influyente consejero de los Reyes Católicas, Palacios Rubios, escribía que algunos indios eran tan ineptos e incapaces que no sabían en absoluto gobernarse, y en sentido lato podrían ser llamados esclavos, como nacidos para servir y no para mandar, conforme a Aristóteles. No pensaba en una esclavitud completa sino en un gobierno intermedio entre la libertad y la servidumbre, que vendría a ser en la práctica el régimen de las encomiendas tal como se usó en los primeros años de la colonización en las Antillas.

Hacia 1512, un religioso de la Orden de los Predicadores, fray Bernardo de Mesa, repetía el argumento bajo una orientación geográfica que solía acompañar al concepto político de la barbarie natural: por ventura los indios son siervos por la naturaleza de la tierra, porque hay algunas tierras a las cuales el aspecto del cielo hace siervas y no podrían ser regidas si en ellas no hubiera alguna manera de servidumbre. Afirma que

así ocurre en Francia con Normandía y parte del Delfinazgo, donde los habitantes siempre han sido regidos muy a semejanza de siervos. Le preocupa también el carácter insular de la tierra antillana, pues hace a los naturales inconstantes en la virtud, por ser la luna señora de las aguas en medio de las cuales moran. Este argumento provoca una respuesta aguda de fray Bartolomé de las Casas en el sentido de que habría que repartir también a los ingleses entre otras gentes por la misma razón.

Estos avances españoles en la ruta del imperialismo clásico estaban llamados a alcanzar mayor auge gracias a un pensador formado directamente en los círculos renacentistas de Italia: Ginés de Sepúlveda (1490-1573). Sostuvo en su célebre *Democrates alter,* escrito en 1547, que los españoles imperaban con perfecto derecho sobre los bárbaros del Nuevo Mundo, porque éstos en prudencia, ingenio, virtud y humanidad eran tan inferiores a los españoles como los niños a los adultos y las mujeres a los varones, y estaba por decir que la diferencia era tanta como de monos a hombres. A fin de establecer esta sujeción era justo el uso de las armas.

De suerte que la desigualdad humana, la guerra y la servidumbre natural eran las notas más salientes de la doctrina americanista de Sepúlveda, pero también admitió que el bárbaro debía ser elevado a un grado más alto de razón y a costumbres mejores hasta donde su condición lo permitiese. Por eso comparaba la misión de España con la de Roma, si bien no olvidaba el deber de enseñar a los indios la religión católica. No pensaba, salvo en los casos de resistencia tenaz de los bárbaros, en sujetar a éstos a una esclavitud completa, sino en imponerles un gobierno mixto de rigor y libertad, representado por la encomienda.

A pesar de estas reservas prudentes, la doctrina clásica de Sepúlveda hirió la sensibilidad de otros españoles. No sólo Las Casas, mas también varios pensadores de prestigio religioso y académico, se entregaron a la tarea de neutralizar aquella argumentación que conducía a la guerra y a la servidumbre por otro camino que el de la infidelidad. Esta lucha ideológica se desarrolló sobre todo en la segunda mitad del siglo XVI, aunque sus ecos llegaron hasta las centurias siguientes.

Sin entrar en minucias que no corresponden a la índole del presente estudio, veamos cuáles fueron los argumentos fundamentales del cristianismo liberal que sirvió de inspiración al

estatuto adoptado por España para gobernar a los naturales del Nuevo Mundo.

Dios crea a todos los hombres racionales, y los indios de hecho han demostrado serlo. Aristóteles fué un pagano y "está ardiendo en los infiernos", y sólo ha de usarse de su doctrina cuando convenga con la religión cristiana que "es igual y se adapta a todas las naciones del mundo, y a todas igualmente recibe, y a ninguna quita su libertad ni sus señoríos, ni mete debajo de servidumbre, so color ni achaques de que son siervos a natura o libres". La razón puede faltar a los hombres en casos excepcionales, pero no es concebible que ello ocurra en pueblos o continentes enteros, porque sería tildar de un error magno a la obra del Creador. Por el contrario, "todas las naciones del mundo son hombres y de cada uno de ellos es una no más la definición". La experiencia no justifica la atribución de la irracionalidad a las condiciones naturales que reinan en ciertas tierras, pues debajo del Ecuador se han encontrado pueblos racionales. Hay muchas clases de barbarie, y la doctrina de Aristóteles sólo puede referirse a casos extremos de hombres fieros contra los cuales es lícito emplear las armas en defensa y para reducirlos a la verdadera humanidad y a la convivencia de gentes. La barbarie se debe a la mala educación más bien que a la incapacidad natural, y es corregible por medio de la enseñanza de buenas costumbres y de la religión cristiana. La servidumbre del hombre imperito no ha de ser equivalente a la esclavitud, sino que ha de parecerse a la tutela de menores, para que redunde en bien del tutelado por medio de su elevación a la humanidad y a la religión. Estos llamados siervos por natura deben ser del todo libres y sólo han de servir a los prudentes para recibir la guía de éstos.

No era más que una teoría de la colonización, pero tampoco era nada menos. No nos parece indiferente que la intención tratase de ser justa y generosa, ni cabe cerrar los ojos ante los extremos de opresión a que se hubiera podido descender en caso de faltar ese cristianismo liberal que, dentro de las condiciones de la época, representaba la generosidad y el anhelo de libertad que afortunadamente acompañan siempre al hombre en su peregrinación por la historia.

Los ideales de los pensadores se enfrentaron a las necesidades y a los apetitos del grupo encargado de la actividad colonizadora. La corona se vió solicitada simultáneamente por

los requerimientos de conciencia y por los de orden práctico de la colonización, sin que tampoco faltase el interés propio fiscal. Sus leyes con respecto al indio tratan de conciliar esos opuestos puntos de vista bajo un lenguaje de ternura cristiana. Y surge la lucha entre el derecho y la realidad, entre la ley escrita y la práctica de las provincias. El indio puede ser libre dentro del marco del pensamiento y de la ley de España, pero la realización de esa franquicia se ve contrariada por obstáculos poderosos de orden social.

Era un tributo inevitable al poder militar de los conquistadores y a la obra seglar de la colonización. En efecto, poniendo a contribución las invenciones y las artes de la cultura de Occidente, los colonos habían iniciado la construcción de ciudades y puertos, modificado el transporte por la introducción de bestias y carros, abierto los campos a nuevos cultivos, explotado febrilmente las minas, y establecido los oficios de la artesanía y las industrias de obrajes. Los conventos y las iglesias se levantaban por doquiera y no requerían su suministro menor de mano de obra. A su vez la corona establecía sobre la población indígena sus propios tributos y cargas, que los funcionarios secundarios se encargaban de hacer más onerosos. Sin embargo, en medio de esta realidad que conducía a la explotación del trabajo forzoso, las ideas de libertad y de protección de los nativos vinieron a formar parte del complejo cuadro histórico, como atributos de la conciencia española en América.

¿CUÁLES fueron las consecuencias prácticas de semejante doctrina, si es que las tuvo?

Las leyes de Indias, después de algunas fluctuaciones, prohibieron la esclavitud de los naturales del Nuevo Mundo. Por eso, a mediados del siglo XVI, fueron puestos en libertad los cautivos de conquistas y otras guerras. Después sólo se admitió, como hemos visto, la esclavitud de los aborígenes indómitos que mantuvieron focos de hostilidad en el imperio.

Las encomiendas no se suprimieron hasta el siglo XVIII; lo cual, a primera vista, representó un triunfo para los defensores de la servidumbre por naturaleza; pero se declaró abiertamente que el indio encomendado era libre, y se reformó la institución a fin de aproximarla a los principios de la tutela cristiana y civilizadora.

Gran número de disposiciones generales con respecto al indio se inspiraron, después de la conquista, en propósitos de protección y humanitarismo, que suelen celebrarse como un título honroso del régimen español en América. A esto se debió, por ejemplo, que en la Recopilación de las Leyes de Indias figurara una sección completa dedicada al "buen tratamiento de los indios".

En lo que respecta a la religión, el cristianismo se propagó entre los nativos sobre la base implícita de la hermandad humana en Cristo. El deber de doctrinarlos y acogerlos en la fe fué subrayado con insistencia en los documentos eclesiásticos y oficiales.

La educación civil se procuró mediante varios procedimientos, como la agrupación de los indios en poblaciones, la modificación de las costumbres incompatibles con las de Europa, la concesión de privilegios legales y la tutela administrativa que tendía en principio a impartir amparo.

Es claro que el pensamiento escolástico y sus reflejos institucionales —sin olvidar que hay también leyes contradictorias y otras que aceptan substancialmente la carga social que soporta el indio, por ejemplo, las relativas a la mita— hubieron de enfrentarse, como ya vimos, a una realidad social de colonización que se hallaba dominada por intereses económicos, y en la cual se ensayaba trabajosamente la convivencia de razas y culturas diversas. Suelen tales contactos ir acompañados de choques y excesos que ni la teoría ni la ley bastan a reprimir en cada momento y lugar. De cierto, no podría verse en cada eclesiástico, funcionario y colono a un apóstol dispuesto a sacrificarse por la conversión y el bienestar de los indios. La explotación y los excesos se hicieron presentes en las tierras sujetas a España.

Pero acaso, por esto mismo, la función de las ideas liberales en dicha colonización adquirió mayor realce, pues ellas no surgieron tan sólo como alarde académico u ornato jurídico; antes bien, suministraron las bases espirituales a un régimen administrativo que, ante los hechos, probaría a diario sus virtudes y sus frustraciones.

A consecuencia de que las metas ideales eran altas y libres, existió un aliento de reforma en las instituciones coloniales de Hispanoamérica; y aquella realidad histórica, dominada por

la codicia, quedó sujeta a la atracción de principios superiores de dignidad humana.

LAS ideas de que tratamos, además de infundir una orientación más generosa al tratamiento del indio, tuvieron algunas repercusiones en otros problemas que han interesado al régimen de la colonización en el mundo moderno.

No se ha señalado con la debida insistencia, por ejemplo, la temprana presencia de alegatos en favor de la libertad de los negros. El arzobispo de México, fray Alonso de Montúfar, de la Orden de los predicadores, sostenía en 1560: "Placerá a Nuestro Señor que cesando este cautiverio y contratación [de los negros de Africa], como hasta aquí han ido a rescatarles los cuerpos, habrá más cuidado de llevarles la predicación del Santo Evangelio con que en sus tierras sean libres en los cuerpos y más en las ánimas, trayéndolos al conocimiento verdadero de Jesucristo". Es decir, en vez de la trata y la esclavitud, propone que se lleve apostólicamente al continente africano la fe de Cristo, sin detrimento de la libertad de los negros.

Esta manera de pensar alcanzó alguna difusión y valimiento entre los tratadistas españoles, pero no tuvo las mismas consecuencias legales y de orden práctico que en el caso de los indios. La esclavitud de los negros continuó aceptada, y de la trata se aprovecharon reyes y vasallos de los principales países europeos de entonces.

Precisamente estas afinidades y diferencias entre la suerte de indios y negros contribuyeron a que las ideas que venimos estudiando repercutiesen en la cultura del siglo XVIII, que tanto se apasionó por la abolición de la esclavitud de los africanos al mismo tiempo que miró con horror las páginas de la conquista española de América. Sin embargo, no se olvidó del todo la doctrina liberal cristiana defendida por los escolásticos del siglo XVI, y así pudo el ciudadano Gregorio, antiguo Obispo de Blois y miembro del Instituto de Francia, leer en 1801, en la sección de ciencias morales y políticas, una apología de Las Casas como defensor de "los principios de tolerancia y de libertad en favor de todos los individuos de la especie humana". El escolástico español era reconocido como precursor por el revolucionario francés, en mérito a una afinidad ideológica que se sobreponía a todos los obstáculos, distancias y diferencias que mediaban entre el uno y el otro.

Acaso, en dirección inversa, ese cristianismo liberal del siglo XVI allanó el camino para la introducción de ciertas ideas de la Ilustración europea en las colonias españolas en el siglo XVIII. Por lo menos, en temas sociales como el de la esclavitud y la capacidad de todos los hombres, se observa alguna continuidad o concordancia entre la tradición escolástica y la nueva ideología humanitarista. El jesuíta mexicano Clavijero aseguraba en su *Historia Antigua* publicada en 1780: "Sus almas [de los indios mexicanos] son radicalmente semejantes en todo a las de los otros hijos de Adán, y provistas de las mismas facultades; ni jamás hicieron tan poco honor a su propia razón los europeos, que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos". Y no sólo hacía suya la fe en la capacidad racional del indio, sino también la creencia en la virtud de la educación para humanizar a cualquier hombre rudo.

Otro jesuíta mexicano, Francisco Xavier Alegre, se pronunciaba en contra de la esclavitud de los negros tanto en nombre de "un celo iluminado y conforme a la razón" como en virtud de la autoridad de escritores españoles del siglo XVI.

Es claro que entre la tradición del derecho natural de la época de la conquista y el pensamiento político de la Ilustración mediaron diferencias profundas: todas las que caben entre el cristianismo escolástico y la filosofía moderna; pero tampoco hay que olvidar las coincidencias. Gracias a ellas la doctrina de Las Casas mereció el interés de los filósofos ilustrados.

En último término, Hispanoamérica contó bien pronto con una tradición generosa que le permitió arrostrar las amenazas del orgullo, del prejuicio y de la codicia que arribaron también con los primeros europeos.

Ese impulso liberal no logró entonces, ni ahora, dominar por completo los desajustes y las asperezas de una sociedad nacida de la conquista. En ella tuvieron que fundirse razas diversas, sistemas de cultura que no habían tenido entre sí ningún contacto y que vivían en tiempos históricos distintos.

La obra era difícil, y a su realización contribuyó la doctrina de cuyo estudio nos ocupamos.

Es por eso que un francés sensible y generoso de nuestros días, Lucien Febvre, ha podido escribir: "Si le Mexique d'aujourd' hui ignore tout préjugé de couleur et de race; s'il n'y a d'autres diffèrences entre les hommes qui l'habitent que celles de l'instruction et de la fortune; si rien ne s'oppose à ce qu'un

descendant d'Indiens, s'il s'en montre capable, occupe les plus hauts postes de la République, c'est à des hommes comme Don Vasco de Quiroga (évêque du Michoacán au XVI ème siècle) que les Mexicains doivent en rapporter le mérite. Et que nous-mêmes nous le devons, en tant que citoyens de la grande patrie humaine".

Al calor de estas palabras dignas de la gran tradición francesa de universalidad y de interés por todo lo humano, podemos concluir con mayor certeza que la historia ideológica de Hispanomérica se enlaza con las eternas cuestiones acerca de los derechos del hombre, del orden en la comunidad política y de la convivencia de las naciones.

BIBLIOGRAFIA DEL AUTOR SOBRE ESTE TEMA

Las instituciones jurídicas en la conquista de América. Madrid, 1935.

Ensayos sobre la colonización española en América. Buenos Aires, 1944.

Servidumbre natural y libertad cristiana según los tratadistas españoles de los siglos XVI y XVII. Buenos Aires, 1944.

"Cristiandad e infieles según algunos autores medievales y renacentistas". *Estudios Históricos,* Guadalajara, México, No. 3 (enero, 1944), pp. 7-24.

"Las Casas esclavista?", *Cuadernos Americanos,* año III, vol. XIV, No. 2 (marzo-abril, 1944), pp. 149-154.

"Relaciones históricas entre indios y negros en Iberoamérica", *Revista de las Indias,* Bogotá, t. XXVIII, No. 88 (abril, 1946), pp. 53-65.

La filosofía política en la Conquista de América, México, 1947. (Colección Tierra Firme, 27).

ERASMO Y EL NUEVO MUNDO*

por *Marcel BATAILLON*

DECÍA en 1930[1] el autor de *Erasmo y España:* "Al señalar la influencia de Erasmo en México, no obedezco al deseo de causar extrañeza, ni siquiera al de aportar algunos materiales exóticos para un monumento a la gloria de Erasmo de Rotterdam. Para quien sabe hasta qué punto Erasmo gustó, fué leído, traducido y asimilado en la España de Carlos V, nada más natural que esta influencia. Su interés estriba precisamente en ser extensión de aquel erasmismo español tantas veces mencionado (de segunda mano) desde Menéndez y Pelayo hasta nuestros días, y en ilustrarnos acerca del verdadero significado de aquel movimiento espiritual". Hoy se ve cada vez más claro que el erasmismo, entendido en el sentido lato de simpatía por los ideales de Erasmo, en parte cundió por el Nuevo Mundo por el mero hecho de ensancharse allí el área de la cultura española, y en parte tuvo aspectos más específicos, aunque siempre ligados a la significación profunda de Erasmo dentro de la revolución religiosa de su tiempo.

Entre los españoles y portugueses que se embarcaban para tierras lejanas, había seglares aficionados a leer libros de Erasmo porque, para su voluntario destierro, hallaban mejor alimento espiritual en las lecturas devotas, morales e históricas que no en las novelescas, y porque Erasmo, entre la literatura moral y religiosa de su tiempo, daba una nota de piedad ilustrada y libre, grata a aquellos hombres desgarrados de su ambiente nativo. Véase la docena de libros que consigo lleva a la

* Capítulo incorporado por su autor a la edición en español de *Erasmo y España,* que publicará próximamente el Fondo de Cultura Económica.

1 *Deuxième Congrès National des Sciences Historiques (Alger, 14-16 avril 1930),* Alger, 1932, págs. 31-44: *Erasme au Mexique.* [El presente trabajo sirve de apéndice a la traducción española de *Erasmo y España,* que aparecerá próximamente, editado por el Fondo de Cultura Económica, en traducción de Antonio Alatorre].

India el alentejano Balthazar Jorge Valdez, muerto en el famoso cerco de Diu (1545). Allí, con los *Evangelios,* un *Flos sanctorum,* el *Vita Christi* y las *Epístolas* de San Jerónimo, con Valerio Máximo, las *Epístolas* de Séneca y un tratado de Petrarca, con las *Crónicas* anónimas del Cid, del Condestable Nuño Alvares Pereira y de la Conquista de Rodas, aparece la *Lengua* de Erasmo y una *Exposición sobre los psalmos* que, por la mención del *Veatus vir,* parece ser la de Erasmo sobre los salmos *Beatus vir* y *Cum invocarem.*[2]

Los aventureros, poco o nada "latinos", suelen ser hombres de pocos libros;[3] pero libros, por lo mismo, escogidos y queridos. El caso más conmovedor de humilde biblioteca viajera, reputada por su dueño como verdadero tesoro, es el que ha hecho célebre el testamento de Diego Méndez de Segura,[4] escribano mayor de la armada de Cristóbal Colón en su último viaje, y después, por largos años, avecindado en la ciudad de Santo Domingo de la Isla Española. Es el héroe de la hazaña de la canoa: trescientas leguas recorridas en frágil canoa por el Mar Caribe, desde Jamaica hasta Santo Domingo, para dar aviso del peligro del Almirante. Hazaña recordada orgullosamente por su autor, narrada por Fernando Colón —bibliófilo más ilustre que Méndez— en la *Vida* de su padre,[5] versificada finalmente por el laborioso y entusiasta Juan de Castellanos en sus *Elegías.*[6] Dice Castellanos que Méndez compró de sus

---

[2] Gabriel Pereira, *Evora e o Ultramar: Balthazar Jorge em Diu,* Evora, 1888, págs. 11-12; y prólogo de Erasmo, *Enquiridion,* ed. de D. Alonso, prólogo de M. Bataillon, Madrid, 1932, pág. 67, nota 1.

[3] El estudiante Tomás Rodaja, al vestirse "de papagayo", es decir, de soldado, "los muchos libros que tenía los redujo a unas *Horas de Nuestra Señora* y un *Garcilaso* sin comento que en las dos faldriqueras llevaba" (Cervantes, *El licenciado Vidriera,* ed. N. Alonso Cortés, Valladolid, 1916, pág. 14).

[4] Publicado (en extracto de Tomás González) por Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes,* t. I (2ª ed., Madrid, 1858), págs. 462-476, y profusamente comentado, en la parte que nos interesa, por José Almoina, *La biblioteca erasmista de Diego Méndez,* Ciudad Trujillo, 1945.

[5] *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón* escrita por su hijo Hernando Colón. México (Fondo de Cultura Económica), 1947, págs. 313 y sigs. Admitimos la atribución del libro al hijo del Almirante como establecida por Ramón Iglesia.

[6] *Elegías de varones ilustres de Indias,* en la *Bibl. de Aut. Españoles* de Rivadeneyra, t. IV, pág. 43 b.

dineros un navío para ir a España a dar cuenta personalmente al Rey de lo sucedido, y que

> por parecelle bien al rey guerrero
> aquella lealtad digna de loa,
> al Diego Méndez hizo caballero
> con rentas, y por armas la canoa.

Esa pudo ser la leyenda que Castellanos recogió en Santo Domingo, fundada tal vez en una losa sepulcral o en un dintel de portada. La realidad parece menos risueña. Porque en su testamento, donde Méndez alude prolijamente a la ingratitud de los Colones, no hay alusión a tal merced real, ni ostenta el *don* de los caballeros. Sólo manda que en la piedra de su sepultura "se haga una canoa que es un madero cavado en que los indios navegan, porque en otra tal navegó 300 leguas, y encima pongan unas letras que digan CANOA". ¿Se otorgaría Méndez a sí mismo esta ejecutoria con armas parlantes?

Otra manda es la que nos interesa. Así como Diego Méndez pide que, en acto de justicia póstuma, recaiga en uno de sus hijos la merced del alguacilazgo mayor de Santo Domingo de que le frustraron los herederos del Almirante, así también deja a sus hijos "por mayorazgo" los pocos libros de su biblioteca de pretendiente heroico. Otorga testamento en Valladolid, en 1536, lejos de su hogar colonial. Allá, en Santo Domingo, quedaron el Dante y el Valerio Máximo. Allá van los libros recién adquiridos durante el viaje a la Corte; los enumera a sus hijos:

> Los libros que de acá os envío son los siguientes: *Arte del bien morir* de Erasmo, un *Sermón* de Erasmo en romance, Josepho *De bello Judaico*, la *Filosofía moral* de Aristótilis; los libros que se dicen *Lingua Erasmi;* el *libro de la Tierra Sancta;* los *Colloquios* de Erasmo; un tratado de las *Querellas de la paz;* un libro de *Contemplaciones de la Pasión de Nuestro Redentor;* un tratado de *La vengança de la muerte de Agamemnón* y otros tratadillos.[7]

---

[7] ALMOINA, *op. cit.*, identifica los libros de la lista con consideraciones no siempre convincentes, como cuando dice (pág. 49, nota) que la presencia en la biblioteca de Méndez de una obra de *Contemplaciones de la Pasión* "no hace sino recalcar más el carácter erasmista de sus inquietudes religiosas". Y su bibliografía es deficiente en materia de libros viejos.

El caso no puede ser más elocuente. De diez títulos, cinco son de Erasmo. ¿Recibirían los hijos este tesoro con tanto fervor como el que animaba a su padre al mandárselo? No podía don Fernando Colón dar más importancia a su imponente biblioteca, que visitaría tal vez en Sevilla, Diego Méndez, el de la canoa.

Remitidos, no por particulares, sino por libreros, pasaron al Nuevo Mundo bastantes libros de Erasmo, ya traducidos al castellano, ya en su texto original latino. Salen a relucir cuando llega la hora de la prohibición.[8] En 1564 es procesado el mercader Alonso de Castilla por comprar y vender libros prohibidos, entre ellos "6 *Enquiridiones* de Erasmo en romance". El mismo librero se disculpa diciendo que solía traer al Palacio Arzobispal los libros dudosos, "y que así había hecho de un libro de Constantino, que le habían dicho en las Casas Arzobispales que era bueno; y que después que supo que habían quemado al dicho Constantino, había él quemado el dicho libro, y hecho cocer la olla con él". Después del Indice de Quiroga de 1584 se recogen los *Adagios,* probablemente por no tolerarse ya sino la edición expurgada por Paulo Manucio. Los tiene en Guadalajara el canónigo Contreras, en Puebla el maestrescuela Veteta, el cura Bartolomé de Paz, y un tal Gaspar Rodríguez de Villanueva. Otra lista de libros recogidos en México después de 1572 contiene otros muchos ejemplares de los *Adagios,* entregados ya por personas privadas, ya por librerías de conventos. Alonso de Santiago, teatino (es decir, jesuíta), "dice que tiene un libro intitulado *Familiarium colloquiorum formulae* de Erasmo". Y por si algún incauto tiene el *Epitome colloquiorum,* la Inquisición recoge todo libro que se titule *Epítome* o *Coloquios,* aunque sean los inofensivos *Coloquios satíricos* de Antonio de Torquemada.[9] Lo mismo pasa con los libros titulados *Enchiridion.*

Desde luego, no todo hombre culto que maneja los *Adagios* es erasmista, aunque puede presumirse en él alguna simpatía por el Filósofo cristiano. Escasean en el Nuevo Mundo los procesos inquisitoriales contra personas eclesiásticas o se-

---

[8] Véanse los documentos reunidos y anotados por Francisco Fernández del Castillo en *Libros y libreros en el siglo xvi* (Publicaciones del Archivo General de la Nación, t. vi, México, 1914), págs. 49 y sigs., 333-347 y 473-495.

[9] *Ibid.,* págs. 482. Debe leerse: "que dice al fin *fueron impresos los siete Coloquios en Mondoñedo. . .*"

glares culpadas de libertad erasmiana en su manera de tratar temas religiosos. Tal vez porque, como veremos, el evangelismo erasmista no escandalizaba a los frailes misioneros, y hasta atraía a alguno de ellos, Obispo e Inquisidor por añadidura; tal vez también porque no cobró entre los españoles pobladores de América el cariz algo agresivo que ostentaba en la Península frente a una densa masa misoneísta de "cristianos viejos".

Buen ejemplo de inmigrante español que trae en su barjuleta un libro de Erasmo es cierto Francisco de Sayavedra, extremeño, avecindado en tierras de Jalisco, donde tenía, cuando le procesó la Inquisición en 1539,[10] una hacienda en las inmediaciones del convento franciscano de Zapotlán. No se trata de un "alumbrado" de los que todo lo esperan de la oración y de la gracia divina. Al contrario. "Estando leyendo en un libro de Erasmo en que decía ciertas devociones", trabó con varios vecinos una conversación sobre el libre albedrío, y dijo (sin invocar para nada la autoridad de su devocionario erasmiano) "que había oído decir que Dios había dado un libre albedrío para que si siguiese el buen camino se fuese a la gloria, y que si siguiese el mal camino, que Dios le esperaba para que se arrepintiese". El clérigo Juan de Castañeda rectificó diciendo que en el segundo caso "Dios le daba gracia para que se arrepintiese". Al día siguiente lo consultó Sayavedra con el propio guardián de Zapotlán, Fr. Pedro de Padilla, y se convenció de que "para que uno haga buenas obras es menester que Dios le dé la gracia".

El único testigo interrogado por la Inquisición no denunció de ningún modo la afición del reo a la lectura de Erasmo, pero sí lo dió a conocer como hombre más amigo de rogar a Dios que a sus santos, incrédulo en materia de indulgencias anejas a determinadas oraciones, mal cumplidor de los preceptos de oír misa (a no ser que se la dijesen en casa), confesar por cuaresma y guardar las fiestas. Sayavedra "mandó el día de la Asunción del Señor[11] a los negros y a toda la fa-

---

10 *Proceso contra Francisco de Sayavedra, por erasmista,* publicado por Julio Jiménez Rueda en el *Boletín del Archivo General de la Nación,* t. xviii (1947), págs. 1-15. La calificación de erasmista no figura en el original.

11 Hay que rectificar sin duda: "Asunción de Nuestra Señora". Era la advocación del convento fundado por Juan de Padilla (cf.

milia de casa a limpiar una parva de trigo que estaba en las eras", y, habiéndole avisado el testigo que se iba a misa a Zapotlán, contestó que "tan buena obra era quedar a reparar aquella parva de trigo y entender en ella como ir a misa".

Fué Sayavedra quien, en un segundo interrogatorio, y justificando su opinión en materia de devoción a los santos, citó su libro de Erasmo, según el cual "más querían los santos que los imitasen en las obras que no que les rezasen diez paternosters".[12] Y para compensar sus dudas acerca de los días de perdón que se prometen al final de muchas oraciones, declaró que rezaba "los versos de San Gregorio,[13] y en ellos está que quien los rezare gana muchos días de perdón". En suma, era Sayavedra hacendero más amigo de sus cosechas que de la misa, y aunque rezaba poco a los santos, rezaba por si acaso, al santo abogado contra la oruga, la langosta, el pulgón y otras sabandijas.

Fué penitenciado con "cien pesos de oro de minas, y una arroba de aceite para la lámpara que arde en el monasterio de San Francisco de Cuernavaca", y mandar decir "a los padres del dicho monasterio. . . una misa por él por que Dios perdone sus pecados". Se desprende del proceso un ambiente de indulgencia.[14] Y es caso venial entre los muchos procesos por blasfemia formados contra españoles de la Nueva España que no

---

George Kubler, *Mexican architecture of the sixteenth century*, Yale University Press, 1948, t. II, pág. 502).

[12] J. Almoina (*Rumbos heterodoxos en México.* Ciudad Trujillo, 1947, pág. 189) opina que el libro manejado por Sayavedra era el *Enquiridion.* Es probable.

[13] No se trata del Padre de la Iglesia, sino de San Gregorio Obispo de Ostia, sepultado en Navarra, y muy venerado de los labradores españoles como protector de sus cosechas. Cf. Pedro Ciruelo, *Reprobación de las supersticiones y hechicerías,* Salamanca, 1541 (libro anterior a 1539 según Palau, *Manual del librero*). El capítulo X de la parte III se intitula *Disputa contra los que descomulgan la langosta y el pulgón y las otras sabandijas de las heredades* (págs. 209 y sigs. de la ed. de Barcelona, 1628, adicionada por el Doctor Pedro Antonio Jofreu). La oración de San Gregorio figura entre los medios lícitos de conjurar esas plagas.

[14] Intervino en él como Inquisidor apostólico de su obispado el propio Zumárraga. Lo era desde 1535 (cf. nota de Rafael Aguayo Spencer sobre las actividades inquisitoriales de Zumárraga, en Joaquín García Icazbalceta, *Don Fray Juan de Zumárraga,* ed. de Aguayo Spencer y de Antonio Castro Leal. México, 1947, t. I, pág. 207).

tenían el deseo de cultura religiosa propio de un lector de Erasmo.

Se conoce, en los anales de la Inquisición americana, un caso sonado de erasmismo. No es el del picaresco Doctor de la Torre, natural de Logroño y vecino de Veracruz, que se preciaba de haber sido paje de Erasmo en Basilea, "siendo mochacho de pequeña edad".[15] El proceso a que nos referimos se dió en Santo Domingo, "único lugar del Mar Caribe donde se hacía vida europea",[16] y que tenía algo de sucursal de Sevilla. En marzo de 1558, cuando ya estaba en la cárcel inquisitorial de Triana el Doctor Constantino, denunció el cabildo de la catedral dominicana los errores "luteranos" de un hombre casado y de un fraile mercedario "confederado" con él.[17]

[15] Archivo General de la Nación, México, *Inquisición*, t. 2, nº 13, fols. 360 bis-441, *Contra el Doctor Pedro de la Torre sobre las palabras de blasfemia que dixo* (cf. JULIO JIMÉNEZ RUEDA, *Herejías y supersticiones en la Nueva España: Los heterodoxos en México*, México, 1946, pág. 34). La blasfemia del Doctor consistía en decir que "Deus et natura idem sunt", lo cual, en sustancia, si no en palabras, se asemejan a lo que decía el Doctor López de Illescas, de Yepes (cf. *Erasmo y España*, cap. IX, § VIII). No tiene el menor fundamento la identificación del doctor Pedro de la Torre con Petrus Castellanus, discípulo y amigo de Erasmo (ALMOINA, *Rumbos, op. cit.*, págs. 207-214). Petrus Castellanus es indudablemente Pierre du Chatel, francés de Arc-en-Barrois que murió siendo Obispo de Orléans en 1553 (cf. ALLEN, *Opus epistolarum Erasmi*, t. VII, pág. 217, y t. VIII, pág. 275). Si son sinceras las declaraciones del pícaro doctor, casado con una india a la cual "jugaba a los naipes", resulta de ellas que un tío suyo, clérigo, deán de Villoslada, lo llevó consigo a Roma a los siete años, hacia 1515. Allí estudió Gramática. También en Italia estudió Artes (cuatro o cinco años en Bolonia) y Medicina (seis años en Padua). "Dixo que a estado y residido en la ciudad de Basilea y no se acuerda el tiempo que estubo en ella y que fué criado de Erasmo Roterodamo, y le servía y sirvió de paje y esto fué antes que estudiase artes y medicina, siendo mochacho de pequeña edad" (fol. 377 vº). Si realmente estuvo de muchacho en casa de Erasmo hacia 1521, a los catorce años aproximadamente, esto haría pensar que su tío el deán fué un caso precoz de erasmista español, ufano de colocar a su sobrino en casa del humanista más famoso de Europa. Pero ello no significaría que fuese erasmista el pupilo de Erasmo. Por lo menos, no hay rastro de erasmismo en su proceso por blasfemia.

[16] PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Erasmistas en el Nuevo Mundo* (Suplemento literario de *La Nación*, Buenos Aires, 8 de diciembre de 1935).

[17] JOSÉ TORIBIO MEDINA, *La primitiva Inquisición americana*, Santiago de Chile, 1914, t. II (Documentos), págs. 37-50. La carta del Cabildo al Rey es de 1º de marzo de 1558 (Doc. XIV, págs. 42 y sigs.).

Nada se sabe de los antecedentes de Fr. Diego Ramírez.[18] Pero el casado, Lázaro Bejarano, es una curiosa figura de erasmista.[19] Se forma en el ambiente sevillano, donde, con Pero y Cristóbal Mexía, toma parte en justas poéticas organizadas en honor de varios santos bajo la presidencia del Arzobispo Manrique y de don Baltasar del Río. Hacia 1535 pasa al Nuevo Mundo y se abre camino entre la aristocracia criolla, casándose con la hija y heredera del ex factor de la Isla Española Juan Martínez de Ampiés, fundador de Coro en Venezuela, señor de las Islas de los Gigantes. Gobierna la isla de Curaçao, perteneciente a aquel señorío heredado por su mujer doña Beatriz. Allí, "por el año de cuarenta", trató al matrimonio el poeta de los *Varones ilustres de Indias,* Juan de Castellanos. Hacia 1541 se instala Bejarano en Santo Domingo, y brilla en la capital del Caribe por su cultura e ingenio. El Oidor Alonso de Zorita lo recuerda como autor de un bien escrito *Diálogo apologético* contra Juan Ginés de Sepúlveda, el médico Méndez Nieto como poeta satírico.

El luteranismo de que se le acusa es erasmismo neto. Se burlaban Bejarano y el mercedario Ramírez de la veneración de las reliquias, de la devoción ignorante que consiste en rezar a los santos el padrenuestro y el avemaría, de prácticas supersticiosas como "la bendición de las candelas y cerros de lino y hierros de Santa Catalina". Pero el mayor delito que se atribuye al "casado" en muchas formas es su actitud frente a la enseñanza y predicación corriente del cristianismo: despreciar la teología escolástica, mucho burlarse de los predicadores profesionales, abogar por la lectura de la Biblia en lengua vulgar, la interpretación privada de la Escritura, la meditación desligada del sacerdocio. Decía "que San Pablo no se entendió hasta que vino Erasmo y escribió". Como lector que era de la

---

18 Según Pedro Henriquez Ureña (*art. cit.,* nota 3), "hay homonimia entre este fraile mercedario y el dominico a quien, por predicación herética y conducta inmoral, se encarceló y envió a España desde Cartagena de Indias, en 1554. Antes 'había predicado muchos errores en las islas de Jamaica y Santo Domingo' ". Los documentos referentes al dominico han sido publicados por Medina (*op. cit.,* t. II, Docs. XII y XIII) junto con los del proceso de Bejarano, como si no hubiera más de un Fr. Diego Ramírez sospechoso de herejía.

19 La biobibliografía más completa de Bejarano se encuentra en P. Henríquez Ureña, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo.* Buenos Aires, 1936, págs. 66-68 y 79-80.

Paráclesis, opinaba "que la Sagrada Escritura debe de andar en romance para que todos la lean y entiendan, así ignorantes como sabios", incluso "el pastor y la vejecita", que "para entender la Sagrada Escritura no se curen de ver doctores ni seguir expositores, sino que lean el texto, que Dios alumbrará la verdad"; que, por consiguiente, "los casados pueden predicar y lo debían hacer"; "que un su amigo que solamente oyó gramática y no sabe otra cosa, que es el mejor teólogo que acá ha pasado", y cuando le preguntan si su amigo ha oído Artes y Teología, contesta que "tampoco la oyeron los Apóstoles de Cristo, que nunca anduvieron en escuela...".[20]

Tanta insistencia sobre el mismo capítulo, y el ser Bejarano seglar, llama la atención sobre un aspecto propiamente colonial que cobra en él la crítica de los predicadores profesionales. ¿Qué hay aquí que no se vea en el caso de Jerónimo Conqués, lector del *Ecclesiastes* y crítico de los predicadores de Valencia? Lo acusan de que él y Ramírez "juntan conventículos" para burlarse de los sermones "y han escripto cartas atrevidas a predicadores y hécholes coplas".[21] Pero hay algo más. Bejarano es un casado que alguna vez ha hecho oficio de predicador. Le culpan de que "estuvo tres años en la isla de Curaçao, de que es gobernador, y que no oyó misa ni se confesó él ni su mujer ni gente".[22] Pero del mismo período de su vida recordará muchos años más tarde el buen Castellanos[23] que tanto Bejarano como su suegro suplían por la falta de sacerdote entre los indígenas de las Islas de los Gigantes:

Por Juan de Ampiés, después por Bejarano
se les daban cristianos documentos,
y cada cual con celo de cristiano
deseaba poner buenos cimientos;
mas no siempre tenían a la mano
quien les administrase sacramentos;
mas éste si faltaba se suplía
con algún lego que los instruía.

Es decir, que estos legos tomaron parte activa en la evangelización de las Indias Occidentales, y algo más dignamente

---

20 Medina, *op. cit.,* t. II, págs. 42 y sigs. (§§ 14, 5, 18, 27, 1, 6, 13, 25).

21 *Ibid.,* § 9.

22 *Ibid.,* § 28.

23 *Elegías, ed. cit.,* pág. 184 a.

que los "sacerdotes sueltos" estigmatizados por Fernández de Oviedo. Sintieron sus problemas. Bejarano escribió como Fr. Bartolomé de las Casas, en defensa de los indios. Por eso tal vez sería clemente la calificación de su causa por los frailes misioneros, si algunos intervinieron en ella. Lo cierto es que lo condenaron a "abjurar tres proposiciones que hacían sentido herético, sin otras escandalosas y malsonantes". A aquel censor de la predicación vulgar, amigo de leer libros prohibidos, le intiman "que no reprehenda a los predicadores ni lea libros por toda su vida si no fuere la Biblia", multándolo con ciento cincuenta pesos de oro para obras pías. Su cómplice o "confederado", Fr. Diego Ramírez, fué condenado a abjurar seis proposiciones, a perpetuo destierro de las Indias y reclusión de un año en el convento de la Merced de Sevilla; se le prohibió además, por ocho años, el predicar, confesar, disputar públicamente, publicar libros de teología, y por seis meses decir misa.[24]

Si el llamado luteranismo de Bejarano no pasa de evangelismo erasmiano, es erasmismo llevado a la práctica, y con él rozamos ya la zona más importante, aunque menos visible, de la influencia de Erasmo en América: la ejercida anónimamente a través de los frailes evangelizadores del Nuevo Mundo. Cuando, guiado por indicaciones de Robert Ricard, descubrí hace veinte años la deuda de Fr. Juan de Zumárraga, primer Obispo de México, para con Erasmo, era difícil sospechar el alcance del problema. Resultó más claro después que Silvio Zavala publicó su precioso opúsculo sobre *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España*[25] y dió a conocer el ejemplar de la *Utopía* manejado por Zumárraga.[26] Del erasmismo español se derivó hacia América una corriente animada por la esperanza de fundar con la gente nueva de tierras nuevamente descubiertas una renovada cristiandad. Corriente cuya existencia no llegó a imaginar Erasmo.

No pudo ignorar el Filósofo de Rotterdam que un nuevo mundo había sido descubierto por los portugueses. Pero la noticia quedó en él fría y abstracta. Aun cuando dedica a Juan III de Portugal las *Chrysostomi Lucubrationes* y quiere

---

[24] Medina, *op. cit.*, t. II, págs. 46-50 (Doc. XV).

[25] México, 1937.

[26] Silvio Zavala, *Letras de Utopía*, en *Cuadernos Americanos*, 1942, núm. 2.

alabar las navegaciones de los portugueses al Extremo Oriente, nunca las trata con el lírico entusiasmo del valenciano Luis Vives, que las ve desde los Países Bajos en plena transformación debida al nuevo comercio oceánico. Escribe Vives a Juan III, al dedicarle el *De disciplinis:*

> Nos han descubierto rutas del cielo y del mar nunca conocidas hasta ahora, ni siquiera de oídas, pueblos y naciones admirables por sus costumbres y su barbarie, y también por aquellas riquezas que tanto admiran nuestras pasiones: verdaderamente se ha abierto al género humano su orbe.[27]

Ni a Erasmo ni a la inmensa mayoría de sus contemporáneos preocupó mucho el *Orbis Novus.*[28] El oro de Paria, y el que su amigo Barbier aspirase a un obispado del Nuevo Mundo, fué primero para él tema de bromas joviales.[29] Sólo en el *Ecclesiastes,*[30] obra seria de su ancianidad, se detiene a pensar en el campo inmenso que se abre a la predicación del cristianismo, en esos momentos en que, establecida la comunicación con el Extremo Oriente, descubiertas otras regiones completamente desconocidas, parece cada vez más estrecha el área cristiana en la superficie de la tierra:

> Oímos cada día las quejas de los que lamentan la decadencia de la religión cristiana, cuyo dominio, que abarcó la totalidad de la tierra, se contrae a esta estrechez. Aquellos a quienes duele en el alma deben pedir a Cristo en fervorosas y asiduas oraciones que sea servido de mandar trabajadores en su mies, o, mejor dicho, sembradores en su campo. ¡Dios inmortal! ¡Cuánta extensión de terreno en el mundo, en que la simiente evangélica no ha sido echada todavía o lo ha sido tan mal que la cizaña

---

27 M. Bataillon, *Érasme et la Cour de Portugal,* en *Arquivo de Historia e Bibliografia,* vol. II, págs. 258-291. Coimbra, 1927.

28 Título que le da Pedro Mártir de Anglería en sus *De Orbe Novo decades* (edición de Nebrija), Alcalá, 1516. Sobre la relativa indiferencia con que el público francés se enteró del descubrimiento de América, cf. Geoffroy Atkinson, *Les nouveaux horizons de la Renaissance française,* París, 1935, pág. 10. Sin tomar en cuenta los folletos —que ofrecen una desproporción mucho mayor aún—, hay dos veces más libros sobre los turcos que sobre América.

29 Cf. *Erasmo y España,* cap. II, § III, al principio.

30 Basilea, 1535. Obra de gestación prolongada, emprendida doce años antes. Véanse los textos citados en Erasmi Opera, t. V.

> es más que el trigo! La menor parte del mundo es Europa. La región más brillante de todas es Grecia, con Asia Menor, adonde primero pasó desde Judea el Evangelio, con gran éxito. Pero ¿no está casi toda en manos de musulmanes y enemigos del nombre de Cristo? Ya en el Asia Menor, cuya extensión es inmensa, decidme, ¿qué hay que sea nuestro? La misma Palestina, de donde primero irradió la luz evangélica, es de extraños. ¿Qué hay que sea nuestro en Africa? No cabe duda de que, en tanta extensión de países, hay pueblos rudos y sencillos que fácilmente podrían ser atraídos a Cristo si se mandase gente para hacer la buena siembra. *Y qué diremos de los países hasta ahora desconocidos que se descubren cada día,* y de los que dicen que quedan en regiones adonde ninguno de los nuestros ha llegado hasta la fecha? No digo ahora nada del sinfín de judíos mezclados entre nosotros, ni del gran número de paganos encubiertos bajo el nombre de cristianos, ni de tantas falanges de cismáticos y herejes. ¡Cuánto se ganaría entre ellos para Cristo si se mandasen trabajadores activos y fieles para echar la buena simiente, arrancar la cizaña, sembrar plantas buenas y extirpar las malas, edificar la casa de Dios y derribar los edificios que no se fundan en la piedra de Cristo, y finalmente segar la mies madura, pero segarla para Cristo, no para sí, y cosechar almas para el Señor, no riquezas para sí!

Mencionaba Erasmo dos casos particulares: el de Etiopía y el de Laponia, cuyos problemas conocía gracias al portugués Damião de Góis, discípulo y familiar suyo.[31] Y, volviendo a la consideración de las tierras recién descubiertas, de donde extraían oro y piedras preciosas (cuando "sería mayor triunfo importar allí la sabiduría cristiana, más preciosa que el oro, y la perla evangélica que se adquiere mejor vendiendo todos los bienes"), se quejaba del poco celo con que se llevaba a cabo la obra apostólica:

> ¡La cristiandad tiene tantas miríades de franciscanos entre los cuales habrá muchísimos que ardan verdaderamente en fuego seráfico! Y no hay menos miríadas de dominicos, y es natural que haya entre ellos muchísimos de espíritu querúbico. De estas cohortes elíjanse hombres verdaderamente muertos al mundo, vivos a

---

[31] Cf. M. Bataillon, *Le cosmopolitisme de Damião de Góis*, en *Revue de Littérature Comparée*, t. XVIII (1948), págs. 23-58.

Cristo, que enseñen sinceramente la palabra de Dios entre las gentes bárbaras.

No valga, decía Erasmo, la disculpa de la ignorancia de la lengua, ya que los Apóstoles hallaron comida y vestido entre naciones bárbaras y desconocidas, y no han de faltar milagros si hacen falta, con tal que la fe sincera acompañe a la seráfica caridad. No valga tampoco la disculpa de los peligros. ¡Cuántos cristianos arrostran grandes riesgos cada año para ir en peregrinación a las ruinas de Jerusalén! ¿No será ocasión más digna de arrostrarlos la edificación de la Jerusalén espiritual? Además, no hay muerte más deseable que la de San Pablo. Y nadie muere antes del día señalado por el Padre.

> ¡Ojalá me diese el Señor tal espíritu —exclamaba el achacoso anciano Erasmo—, que mereciese buscar la muerte en tan piadoso negocio en vez de consumirme en muerte lenta entre estos tormentos!

Ignoraba Erasmo, cuando publicaba el *Ecclesiastes,* que la evangelización de la Nueva España[32] (por hablar sólo del caso más memorable) llevaba ya diez años de realizarse por hombres ansiosos de anunciar la buena nueva del Evangelio y de incorporar nuevos miembros al cuerpo de Cristo; que contaba con una falange de auténticos apóstoles franciscanos, "los Doce" capitaneados por Fr. Martín de Valencia, y con algunos dominicos, dignos hermanos de los que ya en la Isla Española habían salido en defensa de los indios contra la codicia de los colonizadores. Rebasa con mucho los límites de estas páginas el problema de lo que significa la labor de aquellos hombres en la reforma o renovación católica. Baste ahora decir que eran algo más, mucho más, que frailes reformados y observantes. Aspiraban, dentro y más allá de la observancia, a la imitación de San Pablo, repartiendo su vida entre el coloquio con Dios y el apostolado entre los hombres. "Los Doce" de Martín de Valencia pertenecían a aquella custodia del Santo Evangelio nacida en el seno de la Provincia de San Gabriel de Extremadura, madre también de los "Capuchos" portugueses de la Provincia da Piedade. Son "los pobres evan-

32 Véase ROBERT RICARD, *La conquista espiritual de México,* trad. del francés por Angel María Garibay K., México (ed. Jus), 1947.

gélicos" cuya persecución por los meros observantes, allá en la primera década del siglo, cuenta con tanta emoción el cronista de la Provincia de San Gabriel.[33] Inspirada vanguardia del franciscanismo de su tiempo, no se contentaban con menos que con resucitar el cristianismo primitivo, mereciendo sus humildes monasterios el nombre de "portal de Belén" que se aplicó a los de la reforma teresiana. Espontáneamente más bien que seleccionados o mandados por los superiores, se ofrecen para la gran empresa de apostolado de la Nueva España. Tras ellos salen los primeros obispos, hombres de análogo temple, el dominico Fr. Julián Garcés, destinado a Tlaxcala, el franciscano Fr. Juan de Zumárraga, destinado a México, y, entre los oidores de la segunda Audiencia, mandada para asesorar a Hernán Cortés, el anciano don Vasco de Quiroga, futuro obispo de Michoacán, entusiasta fundador de dos pueblos-hospitales (es decir, refugios) inspirados en la *Utopía* de Tomás Moro.[34]

Aquellos hombres comparten todos, quién más quién menos, la ilusión expresada por don Vasco, de que los naturales del Nuevo Mundo ("no sin mucha causa" llamado nuevo) están todavía en la edad de oro, mientras que los europeos han "venido decayendo de ella y de su simplicidad y buena voluntad y venido a parar en esta edad de hierro".[35] Los indígenas

---

[33] FR. JUAN BAPTISTA MOLES, *Memoria de la Provincia de San Gabriel de la Orden de los frayles menores de la Observancia.* Madrid, 1592, fol. 17 vº: "... fueron unas guerrillas que entre ellos huvo reñidas, por santo zelo de una parte, y con sana intención de la otra, con que la gente seglar no poco se espantaba, y lo común favorecía a los pobres del Santo Evangelio, y los Superiores por voluntad de los Reyes a la Observancia. Y como en aquella sazón avía en las gentes más senzillez, no juzgando en los perseguidores pecado, antes intención sana, y teniendo lástima a los perseguidos, acogieron a los pobres Evangélicos en sus casas, los que osavan, de secreto".

[34] Sobre la *Utopía* en la Nueva España, véanse, además del trabajo ya citado de SILVIO ZAVALA, su *Ideario de Vasco de Quiroga,* México, 1941, y su artículo *Thomas More au Mexique* (*Annales: Économies. Sociétés. Civilisations.* París, t. III, 1948, págs. 1-8). Cf. EUGENIO IMAZ, Estudio preliminar a *Utopías del Renacimiento.* México (Fondo de Cultura Económica), 1941 (recogido en su libro *Topía y Utopía,* págs. 44-74), y JOSÉ ANTONIO MARAVALL, *La Utopía político-religiosa de los franciscanos en la Nueva España,* en la *Revista de Estudios Americanos,* núm. 2, Sevilla, 1949, págs. 199-227.

[35] *Información en derecho,* en los apéndices de *Don Vasco de Quiroga,* reimpresión de la Biografía que publicó don JUAN JOSÉ MO-

de América se parecen a los saturniales descritos por Luciano.[36] Don Vasco, al estudiar la organización ideal situada por la fantasía de Moro en las Islas nuevamente descubiertas, se maravilla de hallarla tan apropiada a la inocencia de aquellos naturales.[37] Concibe a imitación de los utopianos sus hospitales de Santa Fe, prefiguración de las reducciones jesuíticas del Paraguay. En estos pueblos que tienen algo de falansterios, la mera agrupación orgánica ha de salvar a los indios de la miseria aneja a la dispersión y a la tiranía, permitiendo encauzar la vida económica de la comunidad, a base de agricultura, con seis horas diarias de trabajo, y promover su vida religiosa.[38] Más que a una sociedad económicamente feliz y justa, aspira Quiroga a una sociedad que viva conforme a la bienaventuranza cristiana. O, mejor dicho, no se distinguen para él los dos ideales. Para él, como para otros, se trata de cristianizar a los naturales de América, de incorporarlos al cuerpo místico de Cristo, sin echar a perder sus buenas cualidades. Así se fundará en el Nuevo Mundo una "Iglesia nueva y primitiva",[39] mientras los cristianos de Europa se empeñan, como dice Erasmo, en "meter un mundo en el cristianismo y torcer la Escritura divina hasta conformarla con las costumbres del tiempo", en vez de "enmendar las costumbres y enderezarlas con la regla de las Escrituras".[40]

Estudiaremos en otra parte el espíritu de los apóstoles del Nuevo Mundo, tal como se desprende de sus escritos y de su obra práctica, ya que es un solo y mismo Vasco de Quiroga el que funda los pueblos-hospitales de Santa Fe en México y en Michoacán y el que redacta la *Información en derecho;* y es un solo y mismo Bartolomé de las Casas el que emprende el intento de cristianización pacífica de la Vera Paz y el que escribe el tratado *Del único modo de atraer a los pueblos a la verdadera religión.*[41] Basta lo dicho para situar lo que se puede

---

RENO en el siglo XVIII, seguida de las Ordenanzas de Hospitales, Testamento, Información en Derecho, Juicio de Residencia y Litigio por la Isla de Tultepec, compilación de Rafael Aguayo Spencer, México, 1940, pág. 386.

36 *Ibid.*, págs. 380-383.

37 *Ibid.*, pág. 397.

38 *Ibid.*, págs. 249 y sigs.

39 *Ibid.*, pág. 365.

40 *Enquiridion, ed. cit.*, págs. 343-344.

41 Advertencia preliminar y anotación del texto latino por Agustín Millares Carlo; introducción por Lewis Hanke; versión española por

llamar erasmismo en las *Doctrinas cristianas* del Obispo Zumárraga y mostrar que en ellas la utilización de Erasmo no procede de capricho o de pereza, sino que corresponde al sentido profundo de la evangelización tal como la entendían aquellos hombres.

Era natural que la *Paráclesis* sirviese de conclusión a la *Doctrina breve* compuesta por Zumárraga (1543-1544) y se repitiese abreviada al fin de la otra *Doctrina* impresa por su orden hacia 1546.[42] Pocos retoques bastaban para que aquel manifiesto de evangelismo escrito para la Europa de 1516 expresara el anhelo de los apóstoles de Nueva España.

> Desearía yo por cierto que cualquier mujercilla leyese el Evangelio y las Epístolas de San Pablo. . . Pluguiese a Dios que estuviesen traducidas en todas las lenguas de todos los del mundo, para que no solamente las leyesen los indios,[43] pero aun otras naciones bárbaras [las pudiesen] leer y conocer, porque no hay dubda sino que el primer escalón para la cristiandad es conocella en alguna manera.

Zumárraga quita una página sobre los precursores paganos de la filosofía cristiana y también algunos fragmentos de intención polémica contra los frailes y los teólogos escolásticos.[44] Tal vez porque la *Doctrina breve* se destina a sacerdotes que entienden en muchas cosas extrañas a su ministerio, o porque se dirige también a los letrados y médicos de la Nueva España, sustituye una alusión a Averroes por otra a "Avi-

---

Atenógenes Santamaría. México (Fondo de Cultura Económica), 1942. Véase la introducción, págs. XXXIII-XXXIX.

[42] M. BATAILLON, *Érasme au Mexique, art. cit.*, y *El "Enchiridion" y la "Paraclesis" en México,* Apéndice III de *Enquiridion, ed. cit.*, págs. 527-534. Para la descripción bibliográfica de las doctrinas, véase JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA, *Zumárraga,* ed. cit., t. II, págs. 17-28, 36 y 46-60, y la reimpresión que de su *Bibliografía mexicana del siglo XVI* publicará próximamente, revisada y añadida por A. Millares Carlo, el Fondo de Cultura Económica en su "Biblioteca Americana". Las páginas sacadas de Erasmo están reproducidas en J. ALMOINA, *Rumbos, op. cit.*, págs. 131-173.

[43] La *Paraclesis* de Erasmo, en la traducción que maneja Zumárraga, decía: ". . . para que no solamente las leyesen los de Escocia y los de Hibernia, pero para que aun los turcos y los moros las pudiesen leer y conocer". El Obispo, en su retoque, suprimió dos palabras necesarias ("las pudiesen"). Cf. ERASMO, *Enquiridion, ed. cit.*, pág. 455.

[44] *Paráclesis, ibid.*, pág. 462-463, 457 y 465.

cana y Bartolo y Baldo", como ejemplo de los libros más leídos, por desgracia, que los Evangelios.[45] Puntualiza la necesidad de la doctrina, señaladamente para los indígenas, cuyas lenguas van aprendiendo los misioneros.

> Y para estos naturales, y por diez años, bastaría predicarles y hacerles entender esta doctrina o otra semejante que mejor pudieran y pueden ordenar y copilar y declarar los padres doctos de las Ordenes de acá, y, si les pareciere, traducirla en las lenguas, pues tantos trabajos por su buen celo y gran caridad han querido tomar por las aprender. . .[46]

¿Podía pedir más el autor de la *Paraclesis* y del *Ecclesiastes?* Para comentar debidamente este programa de cristianización adoptado de Erasmo, tendríamos que referirnos a su aplicación práctica en las casas de doctrina para niños y niñas, y en el colegio de Tlaltelolco.[47] Ya es menos significativo el aprovechamiento de la parte moral del *Enquiridion.* Erasmo había ejemplificado la lucha contra los pecados fijándose más detalladamente en algunos, codicia, soberbia, ira, con sus variedades. Estos insinuantes análisis, que en tono familiar invitan al examen de conciencia, le parecen inmejorables a Zumárraga para moralizar a los pobladores españoles de las Indias. La adaptación, también en este caso, es fácil. Basta quitar una malévola alusión a la pobreza voluntaria de los frailes mendicantes y referirse concretamente a estas Indias, adonde vienen los españoles en busca de riquezas: "Si no dime, si tú solo poseyeses todo cuanto oro y cuantas perlas y piedras hay en estas Indias y en el mundo todo, ¿por ventura sería por eso tu alma un solo pelo mejor?".[48] Estas páginas casi no tienen desperdicio. Cabe afirmar que la *Doctrina breve* de 1543-1544, donde no aparece el nombre de Erasmo, es un momento notable de la influencia del evangelismo erasmiano en

---

45 *Ibid.*, págs. 453 y 467.

46 ALMOINA, *Rumbos, op. cit.*, págs. 171-172. Ya en el prólogo que pone de su cosecha a la *Conclusión exhortatoria,* decía Zumárraga: ". . . ni menos ay cosa tan dificultosa que con puro y continuo trabajo no ayan los hombres salido con ella como vemos en exemplo a los religiosos salir con las diversas lenguas desta tierra, por lo qual no poco se les deue aunque se mira poco en ello" *(ibid.*, pág. 153).

47 J. GARCÍA ICAZBALCETA, *Zumárraga, ed. cit.*, t. I, cap. XIX. Y RICARD, *op. cit.*, lib. II, caps. VI y VII.

48 *Enquiridion, ed. cit.*, págs. 391, 392 y 530.

el mundo. Y no se diga que los apóstoles franciscanos de la Nueva España no necesitaban pedir prestadas a Erasmo lecciones de evangelismo, que se valieron de sus libros por pura casualidad, porque los tenían a mano y hallaban en ellos sus pensamientos expresados vigorosa y elegantemente, aunque con audacias que reprobaban. En esto consiste generalmente una influencia: en dar voz a tendencias profundas que no saben expresarse. Y ¿cuál es mejor discípulo de Erasmo: el que aprovecha de él lo que juzga esencial o el que repite las pullas antimonásticas?

Tampoco era casual el que Zumárraga, cuando en 1545-1546 publicó un catecismo más, pero esta vez una suma de "todo lo principal y necesario que el cristiano debe saber y obrar" y "lo que más conviene predicar y dar a entender a los indios", haya reproducido la *Suma de doctrina cristiana* del Doctor Constantino sin quitarle ni añadir cosa alguna,[49] y sin nombrar tampoco al autor a pesar de que era entonces el más prestigioso predicador de la catedral de Sevilla. Aquel catecismo, que se concreta a lo esencial —fe y obras, credo y mandamientos—, le parecía a un católico español de 1880 como Menéndez y Pelayo "más peligroso por lo que calla que por lo que dice": "no alude una sola vez al primado del Pontífice... ni se acuerda del purgatorio, ni mienta las indulgencias". Y nota a su vez García Icazbalceta: "Podría haber añadido el Sr. Menéndez que no se nombra a la Santísima Virgen sino lo muy preciso para la declaración de los artículos de la fe, y sin palabra alguna de elogio, ni se recomienda la invocación de los santos, antes parece excluirse mañosamente".[50] Pero escuchemos a Zumárraga en su prólogo:

> Este catecismo me pareció que cuadraba más, a lo menos para esta gente y tiempo presente, y aun para algunos años adelante no ternán necesidad de otra doctrina, y *mi deseo siempre ha sido que*

---

[49] Con la única modificación de "transformar en narración seguida el diálogo de la obra original". Ya en 1887 había sugerido el nombre de Constantino el Pbro. D. Manuel Sole (guiado por acotaciones marginales de un lector antiguo que también había olido a Erasmo en la Conclusión). La confirmó GARCÍA ICAZBALCETA en apéndice al *Códice franciscano* publicado por él (México, 1889). (Debo a la bondad de Joaquín García Pimentel, nieto de Icazbalceta, un ejemplar del *Códice*). El apéndice se reimprime en J. G. ICAZBALCETA, *Zumárraga, ed. cit.*, t. II, págs. 38-46.

[50] *Ibid.*, pág. 42.

a esta gente fundásemos ante todas cosas en la inteligencia de nuestra fe, de los Artículos y Mandamientos, y que sepan en qué pecan, dejando los sermones de otra materia para más adelante.[51]

Puede sospecharse que para los intrépidos "evangelistas" que emprenden la cristianización de los indios, todo lo que sea fomentar la devoción de la Virgen y de los santos tal como corre entre "cristianos viejos"[52] encierra un peligro de confusión con la anterior idolatría y de ofuscación de lo fundamental, que es obediencia a la ley de Dios, conocimiento del pecado y fe en la redención por la sangre de Cristo.

En su apéndice al tratado del Cartujano Dionisio Rickel sobre las procesiones, censuraba severamente Zumárraga los "profanos triunfos" con que se suele solemnizar el Corpus "no a pequeña costa de los naturales y vecinos, oficiales y pobres, compeliéndoles a pagar para la fiesta": "aunque en otras tierras y gentes se pudiese tolerar esta vana y profana gentílica costumbre, de ninguna manera se debe sufrir ni consentir entre los naturales desta Nueva Iglesia", ya que "por la costumbre que estos naturales han tenido de su antigüedad, de solemnizar las fiestas de sus ídolos con danzas, sones y regocijos... lo tomarían por doctrina y ley, que en estas tales burlerías consiste la santificación de las fiestas".[53] Y en la *Regla de vida cristiana* condena con igual severidad la devoción milagrera de los que desean "ver por maravillas y milagros lo que creen por fe...".

Ya no quiere el Redentor del mundo que se hagan milagros porque no son menester, pues está nuestra santa fe tan fundada por millares de milagros como tenemos en el Testamento Viejo y Nuevo. Lo que pide y quiere es vidas milagrosas, cristianos humildes, pacientes y caritativos, porque la vida perfecta de un cristiano es continuado milagro en la tierra. Lo que podéis, hermanos, pedir, es una revelación que San Agustín pedía diciendo: "Señor, su-

---

[51] Citado por GARCÍA ICAZBALCETA, *ibid.*, pág. 42.

[52] Cf. R. RICARD, *op. cit.*, págs. 346-352, sobre la Virgen de Guadalupe, con la conclusión: "La devoción a la Virgen Sma. de Guadalupe y la peregrinación a su santuario del Tepeyac parecen haber nacido, crecido y triunfado al impulso del episcopado, en medio de la indiferencia de dominicos y agustinos y a pesar de la desasosegada hostilidad de los franciscanos de México".

[53] Citado en G. ICAZBALCETA, *Zumárraga*, t. II, págs. 31-32.

plico a Vuestra Majestad me reveléis mis pecados y no quiero ver otra cosa en esta vida, para que, puestos los ojos en mí y conociéndome tan pecador, dé voces y diga como aquel publicano: *¡Dios mío, habed misericordia de mí!*".[54]

Ya se ve cuán natural era la elección de la *Suma* de Constantino como pauta de la evangelización de una "nueva Iglesia". No es rasgo privativo de los franciscanos de la Nueva España. La misma disposición se observa entre los apóstoles jesuítas del Brasil y del Extremo Oriente. El 24 de abril de 1552 escribe San Francisco Javier al Padre Barzeo; desde Cochín:

> El P. Antonio de Heredia tenía acá un libro que es muy necesario llevarlo a la China, el cual se llama Constantino. Francisco López tiene uno, y el P. Manuel de Morais tiene otro; uno de éstos lo mandaréis al P. Antonio de Heredia porque tiene necesidad de él.[55]

Entre los evangelizadores del Brasil es figura notable la de Pero Correia, rico mercader de São Vicente que se dedicó a la conversión de los naturales, cuya lengua conocía perfectamente, y que poco antes de 1550 ingresó en la Compañía. En carta de 10 de marzo de 1553 dice que predica el cristianismo a los indios en su propia lengua, y como no es "latino" pide libros en romance que le puedan servir para renovar su predicación. Insiste para que se los lleven de Sevilla en caso de no hallarse en Lisboa. Pues bien, en la lista figura "uno que se llama Doctor Constantino".[56]

---

[54] *Ibid.*, pág. 67.

[55] Debo la comunicación de este texto y del siguiente a Robert Ricard. El *Constantino* aquí mencionado no se había identificado correctamente hasta la nueva edición de las cartas de San Francisco Javier por los PP. G. Schurhammer e I. Wicki, S. I. (*Monum. Hist. S. I., Epistolae S. Francisci Xaverii aliaque ejus scripta.* Nova editio ex integro refecta, t. II, (1549-1552), Roma, 1945, pág. 443, donde puede leerse la carta en el original portugués, con una nota que describe la edición de 1543 de la *Suma* y menciona las ulteriores). Los editores remiten púdicamente a los *Heterodoxos* de Menéndez y Pelayo, sin aludir a la ulterior prohibición de la *Suma* ni al proceso del autor.

[56] Serafim Leite, S. J. *As primeiras escolas do Brasil,* en la *Revista da Academia Brasileira de Letras,* t. XLV (1934), págs. 234-235. Sobre la personalidad de misionero de Correia, cf. R. Ricard,

Evangelismo, paulinismo: éste es, al fin y al cabo, el espíritu de los apóstoles que de España y Portugal, desde los Doce de Fr. Martín de Valencia hasta las misiones primitivas de los jesuítas, salen a la conquista espiritual de las muchedumbres no cristianas de América y de Asia. Es el alma de la predicación del cristiano nuevo Juan de Avila, que estuvo a punto de salir para la Nueva España con Fr. Julián Garcés y se quedó en Andalucía sin dejar por eso de ser gran imitador de San Pablo y restaurador de la primitiva Iglesia. Severo, él como ellos, en su manera de juzgar el cristianismo europeo y la religión de aquellos "cristianos viejos" de España, más ricos de ceremonias y supersticiones que de fe realmente cristiana y de costumbres dignas de tal fe. A aquellos hombres, pescadores de hombres, de temple tan distinto del de Erasmo, que se pasó la vida entre los libros, les atraía un Erasmo evangelista, transparente y actual en sus paráfrasis de los libros sagrados, entusiasta pregonero de la cristianización universal del género humano. Les gustaba Constantino, elocuente expositor de la doctrina central del cristianismo, tan reducida a lo esencial que, en Europa, corría el riesgo de oler a luteranismo. Y que el evangelismo radical, utópico, no fué mera ilusión del primer momento, lo demuestran las cartas de Mendieta, llegado a la Nueva España treinta años después de los Doce, y como ellos convencido de que "estaba en disposición la masa de los indios para ser la mejor y más sana cristiandad y policía del universo mundo".[57]

Comparadas con esta forma de erasmismo, son de poca monta las libertades más o menos erasmianas que todavía podrán descubrirse en procesos por blasfemia o hasta en causas por luteranismo como las seguidas en 1572 contra dos inmigrados de origen francés, el impresor Pedro Ocharte y su ofi-

---

Les Jésuites au Brésil pendant la seconde moitié du xvie siècle (1549-1597), en *Revue d'Histoire des Missions*, septiembre de 1937, pág. 448, y la monumental obra del P. Leite, *História da Companhia de Jesus no Brasil*, t. I, *Século xvi. O estabelecimento*, Lisboa-Rio de Janeiro, 1938.

[57] Citado por Maravall, *art. cit.*, pág. 204. Sobre Mendieta, cf. García Icazbalceta en su prólogo a las *Cartas de religiosos de Nueva España (1539-1594)*, t. I de la *Nueva colección de documentos para la historia de México.* México, 1886 (reimpreso en 1941), págs. XI-XXXIX; y el estudio de Fr. Juan Larrínaga, *Fr. Jerónimo de Mendieta, historiador de Nueva España (1525-1604)*, en *Archivo Ibero-Americano*, tomos I, II (1914) y IV, (1915).

cial Juan Ortiz.[58] A pesar de las apariencias, es entre los frailes de temple apostólico donde hay que buscar la huella profunda, eficaz, de Erasmo en el Nuevo Mundo. Esto supone una revisión de los tópicos corrientes acerca de la mal llamada Contrarreforma y de lo que Erasmo significa en la crisis religiosa del siglo XVI.

---

[58] Véase sobre estos procesos la citada publicación de FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, *Libros y libreros en el siglo xvi,* págs. 96-243. Ocharte, cuya primera mujer era hija del impresor de México Juan Pablos, pertenecía a una familia de mercaderes de Rouen. Aunque le acusaban de imprimir libros en que había "opiniones luteranas contra la veneración e intercesión de los santos" y llegaron a atormentar al impresor, los cargos resultaron insignificantes y salió absuelto. Alguien lo delataba por haber aprobado un libro de *Horas* en que se aconsejaba no rezar más que a Dios: el tal libro pertenecía a Miguel de Écija. En sus interrogatorios refirió algunas conversaciones con Miguel de Écija y su hijo Alonso, racionero de la Catedral. El ambiente trasciende a burguesía erasmizante. Se burlaban del buen negocio que había hecho cierto Esteban Ferrufino trayendo de Roma reliquias y bulas que le pagaron muy bien la Catedral, la Ciudad y las religiosas de Santa Clara. Miguel de Écija tenía, no unas *Horas,* sino un libro de cierto doctor de Castilla la Vieja (?) que era un tesoro de consolación y trataba juntamente de la misericordia del Señor y de la inutilidad de la intercesión de los santos. Es de notar que el racionero Alonso es uno de los eclesiásticos cultos que tienen los *Adagios* de Erasmo (*ibid.,* pág. 484). Ocharte tendría poca simpatía por la justicia inquisitorial. No deseaba ser familiar de la Inquisición "porque no quería ser malsín de nadie". Ortiz, natural de un pueblo del obispado de Agen, a tres leguas de Montcuq, es más plebeyo y más suelto de lengua. No tenía doce años cuando se dejó arrastrar por la vida errante: salió con un grupo de muchachos a los santuarios de Montserrat, San Salvador de Oviedo y Santiago de Compostela. De regreso, se detiene en Valladolid, entra al servicio de un piamontés que fabrica hoja de Milán, y, a los diecisiete años, se casa con una muchacha de Toro, de apellido algo exótico (Catalina Chamberilla). Al cabo de doce años de matrimonio se cansa de su hogar vallisoletano, y en Sevilla se embarca para la Nueva España. Trabaja con un toledano que hace hilo de oro antes de entrar como "cortador de imágenes" en la imprenta de Ocharte. Pasa por convencido de la inutilidad de la intercesión de los santos, y tiene una sortija con el lema *En Dios solo confiar;* es enemigo de guardar las fiestas fuera del domingo. Muestra incredulidad respecto a los milagros de Nuestra Señora de Montserrat y de la eficacia de las misas de sufragio. Hace ostentación de simpatía y equidad para con los herejes enemigos de España (su llegada a la Nueva España coincidió con el ataque de John Hawkins en San Juan de Ulúa, 1568), y censura la manera de tratar a los ingleses, opinando que el Virrey se había portado mal "y no como caballero", pues no guardó su palabra

al corsario. Contra la opinión vulgar que consideraba milagrosa la victoria de Pedro Menéndez sobre Ribaut en la Florida, él dice que Dios no hace milagros en la guerra, sino que cada uno vence como puede, y censura la conducta de Menéndez, que mató a sus prisioneros después de dar su palabra de que les guardaría la vida. Por más que la Inquisición le atormentó cruelmente, no consiguió probar su "luteranismo", y no sería luterano muy empedernido, ya que había adaptado personalmente de un modelo francés la leyenda de una estampa de Nuestra Señora del Rosario impresa por Ocharte. La libertad de juicio que se da en ese francesito aventurero es menos específicamente erasmista que el evangelismo de Zumárraga.

FRANCISCO DE MIRANDA; MEDITACION DE CENTENARIO*

Por *Mariano PICÓN-SALAS*

COMO un príncipe oriental cuyos tesoros fueran los sueños, don Francisco de Miranda asedia desde 1790 al Gobierno inglés a fin de que considere las no desdeñables ventajas que para la nación británica, tendría la independencia de los países de Sur América. A aquellos ingleses de fines del siglo XVIII, conscientes ya de su poderío mundial y cuyo empirismo les enseñó a valorizar sobre todo concepto abstracto las cosas concretas, debía hablárseles con descarnado estilo fáctico, con cifras y negocios en el horizonte, y nuestro imaginativo criollo absorbe y resume toda la Geografía del nuevo Continente, elabora sus propias estadísticas, lleva bajo el brazo libros, mapas, memorándums, para convencer a ministros tan cautelosos. Curiosamente este promotor de revoluciones, esta alma profundamente removida por todas las ideologías y corrientes espirituales de su siglo, había participado junto con otros oficiales españoles en los auxilios que España dió en la Florida a los insurgentes norteamericanos contra Inglaterra en 1776. Pero una característica de la época tan acelerada ya en ese final del siglo XVIII, es que los nuevos sucesos hacían olvidar los antiguos; las alianzas y pactos entre naciones se rehacían y remendaban a cada instante, y quien simpatizó con los revolucionarios yanquis, quien fué amigo de Washington y de Alexander Hamilton, podía catorce años después solicitar comprensión y hasta auxilio del Gobierno británico.

Lograba introducirse en todas partes merced a un arte exquisito de seducción personal que perfeccionara tanto como sus estudios políticos y militares. Fué antes de Bolívar el crio-

---

* El 28 de marzo de 1950 se ha conmemorado el Segundo Centenario del nacimiento en Caracas del gran precursor de la Independencia de Sudamérica.

llo más ansioso, más ávido de conocer y de actuar que haya nacido en el soleado paisaje de Tierra Firme; el que se puso botas de siete leguas para recorrer en documentado periplo países tan distintos como las colonias españolas e inglesas del Caribe, los Estados Unidos, la Europa continental desde los fiordos noruegos hasta los promontorios azules del mar de Mármara. Y junto con los paisajes y los monumentos artísticos coleccionaba relaciones humanas, aquellas que le permitirán visitar todos los clubs de Londres y ser presentado a Mr. Pitt por aristócratas y hombres de negocios. Mientras convence al excesivamente prudente y frío Gobierno británico, un comerciante rico, John Turnbull, está dispuesto a adelantar para los copiosos gastos de tan pulido gentilhombre. Hay que escribir a innumerables corresponsales hispano-americanos desde México al Río de la Plata; suscitar la buena voluntad de los editores de las más graves gacetas como la muy sapiente "de Edimburgo" que cada tantos meses lanza en honor suyo y de la América Española algunos párrafos de propaganda; iniciar a jóvenes indianos en logias masónicas y hacerles jurar que combatirán por la independencia hispano-americana; pagar espías que vigilen a los que le ha lanzado la Corona española; dar alimento y recado para escribir a ex-jesuítas y aventureros de tanto talento como Vizcardo y Guzmán; recibir con buena provisión de té, oporto e ideas generales, a aquellos utopistas al estilo de Bentham y después de Lancaster, que piensan que en ese radical Nuevo Mundo que lleva en la cabeza el general Miranda, podrán realizarse todos los proyectos de reforma social y mejora humana rechazados por la muy conservadora sociedad europea.

Como en la política británica que coloca siempre en la balanza —antes de decidirse— los más contradictorios intereses, a la conveniencia de apoyar la proyectada insurrección hispano-americana se contrapone el temor de que un "republicanismo muy 'radical', a la francesa, contamine a América y rebote en las colonias inglesas de las Antillas; Mr. Pitt en aquellas conversaciones iniciales de 1790 y 91 apenas le escucha y aplaza para mejor oportunidad tan arriesgados proyectos. Es entonces, cuando Miranda pasa de nuevo el Canal de la Mancha y va a servir con el gobierno girondino. Como general de la Revolución francesa hace las campañas de Bélgica y Holanda en 1792 y 93. Aspira después de tan honroso servicio

a ser como el enviado de aquellos ideales políticos en las oprimidas tierras de América. Estudia en los "clubs" de París, en los campos de batalla, en el pensamiento de los enciclopedistas y en la historia clásica la táctica de las revoluciones, y naturalmente cae y es considerado sospechoso, cuando contra las bellas palabras del girondinismo, cuando contra la tolerancia y el fervor humanista de sus oradores y filósofos, se yerga la helada máquina, cercenadora de cabezas, de Monsieur Robespierre. Por la estrecha claraboya de la prisión (la "Conciergerie", "La Force"), posible candidato a la guillotina, le llega en los días del terror la escasa luz del mundo. A Inglaterra regresa en 1798 para seguir su largo, desesperante diálogo con Pitt. Ha asumido por obra de su fantasía maravillosa una audacísima función de plenipotenciario de las "villas y provincias de la América meridional". Doce años más de lucha y de la más paciente diplomacia, hasta que en 1810 —y a consecuencia de la invasión napoleónica y colapso de la monarquía española— ya parece caer como un fruto la anunciada insurgencia de las colonias contra su anciana metrópoli. En Caracas, Bogotá, Buenos Aires, Santiago de Chile, es el propio pueblo y la alborotada fronda autonomista de los patricios la que depone a los funcionarios españoles; los encarcela o los hace regresar a la Península. Miranda, autor de dos frustradas expediciones anteriores contra Tierra Firme, puede presentarse ahora ante Wellington y Castlereag demostrando que tenía razón; que había previsto y se había preparado para aquellos sucesos, desde hacía más de dos lustros. ¿Todavía el gobierno inglés continuará cerrado y terco ante la voluntad de un continente?

Mas ya en aquel largo debate, en el tira y encoge de las negociaciones, en los expedientes de papel conspirativo y diplomático que colman los volúmenes de su archivo, parecía ejemplarizarse no sólo el drama personal de Miranda sino microcósmicamente en él, las vicisitudes e infortunios de toda nuestra América Latina. ¡Qué de humillaciones y exigencias nos hacían a estas naciones cenicientas, para merecer siquiera la benévola neutralidad de los grandes países! Era cierto que Inglaterra y sus ambiciosos buscadores de mercados veían con simpatía que nos librásemos del tutelaje de España en cuanto ello significaba comercio libre, acceso a nuestras materias primas, y finanzas inglesas que salen a buscar allá, los más opimos réditos. Pero lo que ya Mr. Pitt consideraba peligroso en el

plan de Miranda es que había surgido casi como una consecuencia lejana de la Revolución francesa, y si las ideas igualitarias engendraron tanta sangre en la cultivada Francia ¡cuánta mayor anarquía no habrían de esparcir en aquellas tierras de climas cálidos y razas mezcladas! En un ambiente de conmociones sociales no pueden hacerse buenos negocios, era un axioma inglés, adoptado posteriormente por todas las potencias imperialistas que preferían que en aquellas tierras ultraoceánicas predomine la injusticia antes que el desorden. A ese mundo de agresiva expansión capitalista perfilado ya a comienzos del siglo XIX, le importaba más la cochinilla, el añil, el cacao y el azúcar que podíamos producir, que las gentes que lo producen. Con el manso trabajo de esclavos y peones en las factorías ultramarinas, se aseguraba el lujo y el esplendor de Europa.

No dejaban de pensar los ingleses como después sus robustos descendientes los norteamericanos, que es difícil que la democracia pueda desarrollarse más abajo del paralelo 40 y entre gentes que al libertinaje latino (para los puritanos latinismo y libertinaje son sinónimos) agregaban la mezcla confusa con indios y africanos. ¿Mr. Burke, filósofo oficial de todo "torismo" no había dicho que la Revolución francesa y todas las que emanaran de ella, estaban muy bien calculadas para trastornar los Estados, pero eran impropias para mejorarlos? Ya los ingleses habían realizado sus dos revoluciones en el siglo XVII; lograron una fórmula política para ellos tan perfecta como la de la monarquía constitucional, y todo lo que despierte el espíritu revolucionario no puede sino alterar el comercio y seguridad económica. No era tampoco el caso —y esto se pondrá de manifiesto en la política inglesa con América en los días de la Santa Alianza— que el Gobierno británico se empecine en aventuras reaccionarias y pretenda que las colonias insurrectas, tornen a su vieja y ya muy carcomida metrópoli hispana. Con prudentísimo sentido histórico la política inglesa dará un paso hacia adelante corregido por medio paso hacia atrás, quedándole siempre la posibilidad de entenderse con tirios y troyanos. Que otros gobiernos —el de los "Zares" rusos, el de los borbones franceses, el de los estupidísimos monarcas españoles— sueñen en reconquistas y místicas restauraciones del pasado. . . Inglaterra se atiene siempre a las realidades; sabe vestir los hechos con fría corrección y elegante liturgia, y como en la Filosofía de sus empiristas nada hay en su pensamiento

que no haya pasado antes por sus sentidos. Sentidos más terrenales, más calculadores, mejor gobernados que los de cualquiera otra nación del planeta.

Esto parece adelantar en las negociaciones de Miranda aquel drama de defensa y de concesión, que será el de toda la América Hispana en su trato con las grandes potencias durante el siglo pasado. Por un lado don Francisco ha absorbido el pensamiento libertario de su siglo e interpreta polémica y ardorosamente lo que se puede llamar la reivindicación de América, por otro Inglaterra desea rodear de cautela y onerosas garantías la ayuda que nos brinde. Garantías políticas, primero, para que el posible radicalismo de aquellas repúblicas no contagie a las vecinas colonias inglesas; garantías económicas para que cada libra invertida multiplique su rendimiento. El lirismo económico-geográfico de Miranda ha pintado a aquel Gobierno las más halagüeñas perspectivas indianas. Sus anotadas lecturas de Clavijero, de Molina, de La Condamine, de todos los que han descrito los recursos de América le han servido para colorear un programa de esperanzas. En América aguardan al genio y al capital inglés las más dinámicas empresas transformadoras. Se puede abrir el Canal de Panamá para que sin peligro de los vientos y tormentas australes, las naves británicas entren al ancho mar del Sur; para que los metales peruanos vayan sin transbordo a la industriosa Londres; para que la agresiva Britania colonice la aún bárbara Oceanía, y en Guayaquil y Valparaíso como en Rio Janeiro y Buenos Aires se venda manufactura inglesa. Por otra parte, el Banco de Inglaterra que ya se señala como la primera casa bancaria del mundo, al establecerse en Lima, Bogotá, Buenos Aires y México, tendrá en sus manos la Economía de todo un Continente. Y se puede pensar —lo dice Miranda en la famosa "Acta" de 1797— que si el Gobierno británico acude con armas y naves a la independencia americana, se le reconocería una deuda hasta de "treinta millones de libras esterlinas". No deja de ser profundamente quijotesco que este hombre que acaba de salir de las cárceles del Terror, que no tenía en 1797 otra fortuna que la de su inagotable tenacidad e imaginación se ofrezca a firmar "pagarés" por treinta millones. Pero era preciso una decisión semejante, un salto tan audaz en lo desconocido, a fin de que los flemáticos lores pensasen que aquello de la libertad americana podría ser, tam-

35



N°. 35. BULLETIN
DU TRIBUNAL CRIMINEL
RÉVOLUTIONNAIRE,

ÉTABLI au Palais, à Paris par la Loi du [illegible] Mars 1793, pour juger sans appel les CONSPIRATEURS.

Suite de [illegible] de François MIRANDA, *Général divisionnaire des Armées de la République.*

[illegible] en dresserai procès-verbal.

[illegible] dans les détails de [illegible] et tués plus de 1200 [illegible]

Lecture est faite de la lettre écrite par [illegible] à Miranda, en date du 13 mars, dans laquelle il dit: Mandez-moi ce que vous pensez des généraux qui commandent à Aix-la-Chapelle sous les ordres de Valence.

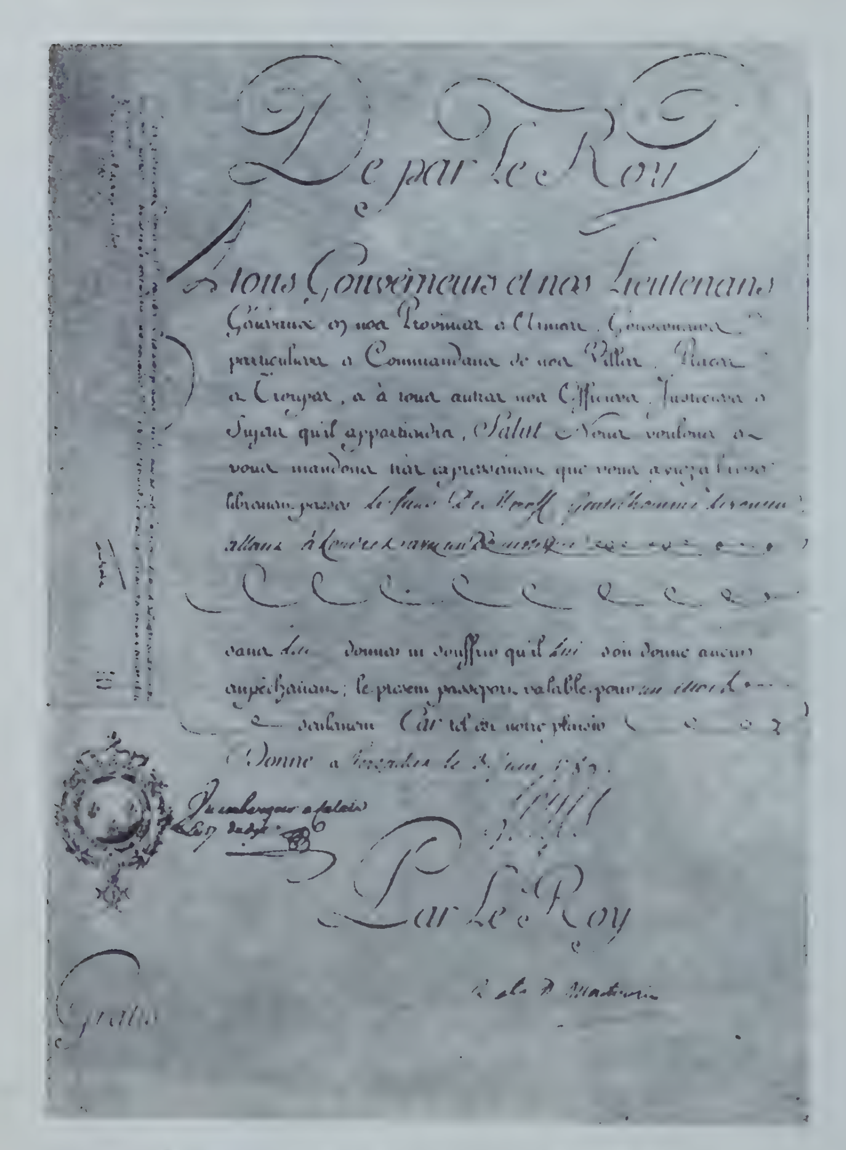
L'accusé dit: Je suis venu à Paris le 28 mars, et ai sur-le-champ écrit à Pétion de venir me trouver avec quelques membres de la convention, attendu que j'avois quelque chose de pressant à leur communiquer, n'ayant pas pu être admis à la barre; Pétion se rendit à mon invitation avec Bancal, son collègue; je leur fis part des projets liberticides de Dumourier, ce qui fut confirmé quelques jours après, par les commissaires Pereira, Proly et Dubuisson.

Jean Ste-Eustace, ci-devant général de brigade, [illegible] il a donné sa démission, et actuellement aide-de-camp du général Santerre, pour l'expédition de la Vendée.

Interpellé selon l'intention de la loi, par l'organe du président, s'il est parent, ami, serviteur ou domestique des parties?

11

Facsímil del No. 35 del "Bulletin du Tribunal Criminel Révolutionnaire", con el proceso militar de Miranda. (Archivo de Miranda).



De par le Roy

A tous Gouverneurs et nos Lieutenans Généraux en nos Provinces et Armées, Gouverneurs particuliers et Commandans de nos Villes, Places et Troupes, et à tous autres nos Officiers, Justiciers et Sujets qu'il appartiendra, Salut. Nous voulons et vous mandons très expressément que vous ayez à laisser librement passer le Sieur de Meroff gentilhomme [illegible] allant à [illegible]

sans lui donner ni souffrir qu'il lui soit donné aucun empêchement; le présent passeport valable pour un [illegible] seulement. Car tel est notre plaisir.

Donné à [illegible] le [illegible]

Par le Roy

Gratis

Facsímil del pasaporte del Rey Luis XVI a Miranda, quien viajaba bajo el nombre de Meroff. Al margen izquierdo está en facsímil el permiso que el Rey Federico concedió a Miranda en Berlín para asistir a las maniobras militares. (Archivo de Miranda).

bién, un negocio. Como una antigua característica europea es la ignorancia geográfica, Miranda cuenta en su diario aquellas lecciones acerca del territorio y recursos americanos que daba a Pitt desplegando en el suelo un inmenso mapa, y holgándose de que el Primer Ministro de Su Graciosa Majestad, estudiase en cuclillas todas las peculiaridades de relieve, costas e hidrografías de tan vasto continente. —Aquí Mr. Pitt, está Potosí, el mineral cuya plata cambió los precios y estiró la circulación capitalista de los grandes puertos y mercados de Europa; aquí la amurallada Cartagena de Indias contra cuyos bastiones de impenetrable cantería se quebraron tantas aventuras piráticas inglesas; aquí, con la llave de su gran estuario, se levanta Buenos Aires; aquí Caracas, aquí Lima. Y ante esos mapas de Miranda tan poblados de seducción capitalista acuden como a un panal posible, comerciantes y banqueros que habían leído a Adan Smith. Gente de la más varia catadura e intención acude durante largos años a aquella casa de Grafton Street 27, que parece el inventado Ministerio de Relaciones Exteriores de toda la América insurgente o la previa oficina liquidadora del Imperio español. Miranda, el siempre desvelado Miranda, habla con un hombre de negocios; le pide al fiel Turnbull que costee el viaje de un agente que parte a la isla de Trinidad para husmear lo que acontece en Tierra Firme, o viste mandil de maestro masónico para iniciar a un joven americano en la logia que luchará por la independencia. Que este joven criollo, por ejemplo Bernardo O'Higgins, lea la "Araucana" para que le estimule en sus futuros combates libertarios el ejemplo de aquellos caciques divinizados en las octavas reales del poema de Ercilla: Lautaro, Rengo, Caupolicán. "Debemos vengar a los Incas" es otra consigna romántica de la edad, que servirá en el pensamiento mirandino para enseñar a la plebe hispano-indiana que la "Independencia" no es asunto de herejes como lo dice insistentemente la propaganda española, sino surge del propio impulso y hasta de la tradición de la tierra.

Un largo, tediosísimo debate que se reconstituye en las diarias minutas del "Archivo Miranda", es el de las formas políticas que asumirán los nuevos países y los "derechos" al estilo francés, que deban incorporarse a sus constituciones. El buen utopismo de Miranda y de algunos filósofos y amigos suyos como Bentham, proveedores de proyectos de leyes e instituciones ecuánimes y sabias, lucha con el receloso y excesivo

sentido común, de los políticos ingleses. Siempre las grandes potencias preferirán que en los países pequeños no impere demasiada libertad y discusión, ya que será más fácil entenderse con un tirano que con todos los partidos de una Asamblea. En cuanto a los "derechos del hombre", el bravo Wellington dirá en 1810 para que lo escuchen los agentes de Tierra Firme, que a esa altura de los tiempos tales derechos se han desacreditado bastante. A riesgo de que engendren muchas horas de polémica en el Foreign Office, una de las tantas tareas mirandinas en aquellos años es preparar proyectos constitucionales para la patria que aún no nacía.

¡Con qué esmero, don Francisco aplica sus lecturas de Historia clásica, sus experiencias francesas, sus diálogos con estadistas y filósofos, sus anotaciones a Montesquieu para escribir aquellos documentos arquetípicos! Aspira a que en el marco del Estado quepan todas las obras buenas y civilizadoras en que se empeñara el iluminismo social del siglo XVIII. Parece un agente o un intérprete del Utopismo dieciochesco, cansado ya de la convencional civilización europea, y avistando tierras virginales donde se ensaya una reforma ab-imis de la sociedad y los hombres. Cierto que los excesos jacobinos, el gélido fanatismo robesperiano, aquella concepción de la virtud pública afirmada a golpes de guillotina, le hicieron modificar en los escalofriantes años del 93 al 94, sus primeros sueños juveniles de revolución. Cierto que temía por el cruento ejemplo de las rebeliones negras en las Antillas francesas, que la Independencia engendrase en América terrible guerra de castas, destructoras del pequeño almácigo de civilización sembrada por la minoría blanca. Y que por expulsar de Caracas un Capitán General, no brotasen de la orgía sangrienta tiranos peores, al estilo de aquellos reyezuelos que se habían dividido la otrora rica tierra de Haití. Pero hasta las enmiendas que deba hacer a su pensamiento político todavía parecen demasiado radicales y audaces a aquellos políticos británicos que no quieren negociar, sin tener sobre la mesa todos los papeles.

Primero había pensado en una Constitución al estilo norteamericano. Vivía fresco en su imaginación el recuerdo de la primera visita a los Estados Unidos y aquella sencillez de costumbres, aquel práctico "rusonianismo" que los Padres de Filadelfia supieron imponer a su estilo de vida. En la propia piel sintió cuando joven el rencoroso conflicto de prejuicios y jerar-

quías sociales del mundo colonial español. Pero Mr. Pitt ha temido que una organización demasiado igualitaria desquiciase el buen orden, propicio al comercio extranjero de tales países. Siempre las naciones imperialistas cuando no fiscalizan directamente los lejanos pueblos coloniales y semi-coloniales, buscan en aquéllos una minoría nativa con poder político y económico, que les sirva de administradores e intermediarios. Después del "Terror" y del "Directorio" se ponían otra vez, de moda, en Europa, los gobiernos fuertes. Aun los enemigos de Napoleón eran napoleonistas, del mismo modo que hace pocos años muchas gentes decían que para combatir a Hitler se necesitaban métodos hitlerianos. Y la más heterogénea fusión de "indigenismo", de República a la romana y de consulado napoleónico, es la que Miranda presenta a Vansittart y a Lord Saint-Vincent como proyecto constitucional para "Colombeia" cierto memorable día de 1801. Se satisfacía la reivindicación indigenista que tomara tanta fuerza en América desde el alzamiento de Tupac-Amaru en 1780, denominando "Incas" a los jefes del hipotético Estado. Eran dos los Incas, como en la época de Huáscar y Atahualpa. Un "Inca" sedentario, coronado y establecido en la capital del país, recibiendo embajadores y rubricando leyes y otro "Inca" viajero, observando de uno a otro confín, las necesidades públicas. El pueblo elegía un severísimo Poder Judicial formado de jueces perpetuos que a veces cumplirían funciones puramente políticas como la Corte Suprema de los Estados Unidos. Los recuerdos de Historia romana se actualizaban en funcionarios como los "ediles" y "cuestores" encargados de la limpieza, el ornato, las mejoras y contribuciones. Los "Licurgos" que escribirían las leyes para que las refrendaran los "Incas" debían ser siempre grandes propietarios. Y aquí la cautela de los Ministros ingleses era de tal naturaleza que según el testimonio de Miranda, Lord Saint-Vincent le preguntó por qué no se exigía también la condición de ricos y conocidos propietarios, a los electores. En otro documento de 1802 hasta las "asambleas provinciales" necesitaban ser elegidas por los "ciudadanos activos". Es decir, que se le insinuaba a Miranda que para lograr benevolencia del Gobierno inglés, su proyectada República debía ser bastante oligárquica. Contra todo lo que oliese a excesiva libertad, según el modelo revolucionario francés, se precavían los ministros de Su Graciosa Majestad. El dilema se planteaba porque en aquellos días iniciales

del siglo XIX —y antes de que el movimiento hispano-americano alcanzase plena efusión y patetismo popular— no parecía posible pensar en Independencia sin el apoyo de Inglaterra y aun de los Estados Unidos, pero las repúblicas que interesaban al comercio británico no eran, precisamente, las que había proyectado Miranda. Diríase que después de cada audiencia de Pitt, de Vansittart, o Lord Saint-Vincent, estos "Incas" inspirados en Marmontel y en toda la romántica indigenista del siglo XVIII que según Miranda deberían regir nuestro destino político, se nos tornaban más conservadores.

¡Qué contemporánea resulta esta historia de los pueblos débiles y pequeños en busca de su libertad y las grandes naciones tratando de limitársela y condicionarla! Veinte años después, en los días de la "Santa Alianza", Bolívar necesita escribir al Ministro de Colombia en Londres ya que le ha llegado el rumor de que el Embajador de Francia ante el Gobierno británico ha pedido a éste que interponga sus buenos oficios para que adoptemos "cuando menos, sistemas aristocráticos". En el mes de marzo de 1825 —fecha de la carta de Bolívar— el mayor obstáculo que según los diplomáticos hispano-americanos encuentra el reconocimiento de los nuevos países, es el carácter muy democrático de sus constituciones. Y el propio Bolívar, desesperado jinete sobre la anarquía continental, venía proyectando para desviar las tentativas monárquicas que insinuaban los agentes europeos, aquel sistema de gobierno fuerte que se bosqueja en la constitución boliviana de 1826 con su Presidente y censores vitalicios.

"Estabilidad" era lo que ya exigían a Miranda comerciantes y políticos ingleses para ayudar a su soñada República. "Que jamás haya trastornos" es la cláusula ideal de los inversionistas. Y porque la larga guerra de Independencia lanzó a constituirse las repúblicas en el mayor desamparo económico —"temo más la paz que la guerra", decía Bolívar— y hubo que empezar una agobiante política de empréstitos extranjeros, la presión conservadora procede no sólo de las oligarquías locales sino de las naciones prestamistas. Ellas preferirán siempre en Hispano-América a los gobiernos populares, el General rodeado de cañones; a la alternabilidad política y sus agitados comicios, la dictadura sólida. La dictadura habrá de ser en aquellos días del siglo XIX cuando contratábamos empréstitos en Londres al 50 por ciento, y dos millones de libras esterlinas se trocaban en

doscientos mil, una de las garantías de nuestra solvencia. Con la opresión doméstica pagaremos nuestro derecho a vivir. ¿Y en el tira y encoge de las negociaciones, en los requisitos que le exigen para ayudarle, no ejemplariza ya Miranda lo que será el drama hispano-americano del siglo XIX? Drama que perfila su despacioso y variado primer acto en cortes, salones, casas de banca y logias europeas, y tendrá su desenlace en el áspero paisaje social venezolano con el fracaso del precursor Miranda. Porque este primer vidente, negociador y propagandista de la Independencia de América, es uno de aquellos fracasados heroicos con cuya experiencia y cuya derrota se nutre la hazaña de la generación posterior. En la Historia americana, Miranda ha de ser el genial prologuista de Bolívar.

LA democracia hispano-americana —todavía es tarea para nosotros— debía realizarse no sólo sobre esa libertad negociada y condicionada que nos exigían las grandes potencias, libertad siempre más angosta que la soñada por los libertadores; sobre la hipoteca económica y a veces política con que en el siglo XIX nos lanzamos a fundar la casa propia, sino también en el combate con las oligarquías domésticas. La Colonia dejaba una pirámide de castas, intereses, privilegios y abusos contrapuestos sin cuya solución la Patria sería tan sólo amparo de unos pocos. El Estado ideal que aspiraba a fundar Miranda como el que tantas veces habrá de modificar Bolívar en su desgarradora experiencia humana, poco tenía que ver con el que soñaban los antiguos marqueses de la Colonia, quienes un día y por un hecho distante —la invasión napoleónica en España— encontraban el poder político local como al alcance de sus manos. En este primer choque directo con la sociedad colonial apenas aturdida y deseosa de metamorfosearse bajo nuevo nombre, habrá de consumirse trágicamente la acción de Miranda. Será aquel período, el interregno inevitable de la llamada "Patria boba". Se nombran así en Venezuela los años de 1810 a 1812 cuando la Independencia administrada con suma cautela por los magnates, Independencia sin color, olor ni sabor, sin ninguna reforma que prenda profundamente en el alma popular, se agota en formulismo leguleyista, en pequeños conflictos de poder y jurisdicción, en una que otra descarga de pólvora que de colina a colina, de aldea, se lanzan las primeras facciones

mal armadas. Pulido y ardoroso Amadís de la libertad, nuevos escollos, incógnitas y dificultades de un mundo todavía demasiado confuso, aguardaron a Miranda a su regreso al valle natal caraqueño, después de casi cuarenta años de ausencia. Y la imagen final del gran Precursor será la que ofrece el artista venezolano Arturo Michelena en un cuadro ya clásico: la de un hombre anciano tendido en revuelto jergón, con las piernas atadas a un grillete infamante, pensando en su calabozo de la Carraca de Cádiz, mientras una mezquina luz penetra por la claraboya, en lo que ocurriría en aquel extenso mundo, en la "Colombeia" ideal que su palabra, su pluma, su constancia, agitaron durante tantos años. Y como si la problemática hispano-americana en su lucha por la democracia fuera más áspera y difícil que la de la otra América, la próspera y afortunada, cabe pensar en el opuesto destino que cupo a los próceres de los Estados Unidos: en la majestuosa senectud de Jefferson, en el sosegado retiro granjero de George Washington. Los libertadores de Hispano-América morirán encadenados como Miranda en lúgubres pontones, o se les fusila como a Hidalgo, Morelos y Morazán, o son asesinados como Sucre o desterrados como San Martín y O'Higgins, o se consumen a los 47 años como si hubieran vivido ciento de angustia e ingratitud, a semejanza de Bolívar. Lo arraigadamente colonial, lo que en el lenguaje de uno de ellos se llama "el peso de la noche", necesitaba librar en la vida y aventura de cada cual el combate nocturno y desesperado de Jacob con el Angel. Hasta por razones de cronología —fué el que vió y se despertó demasiado temprano— Francisco de Miranda debía ser una de las primeras víctimas.

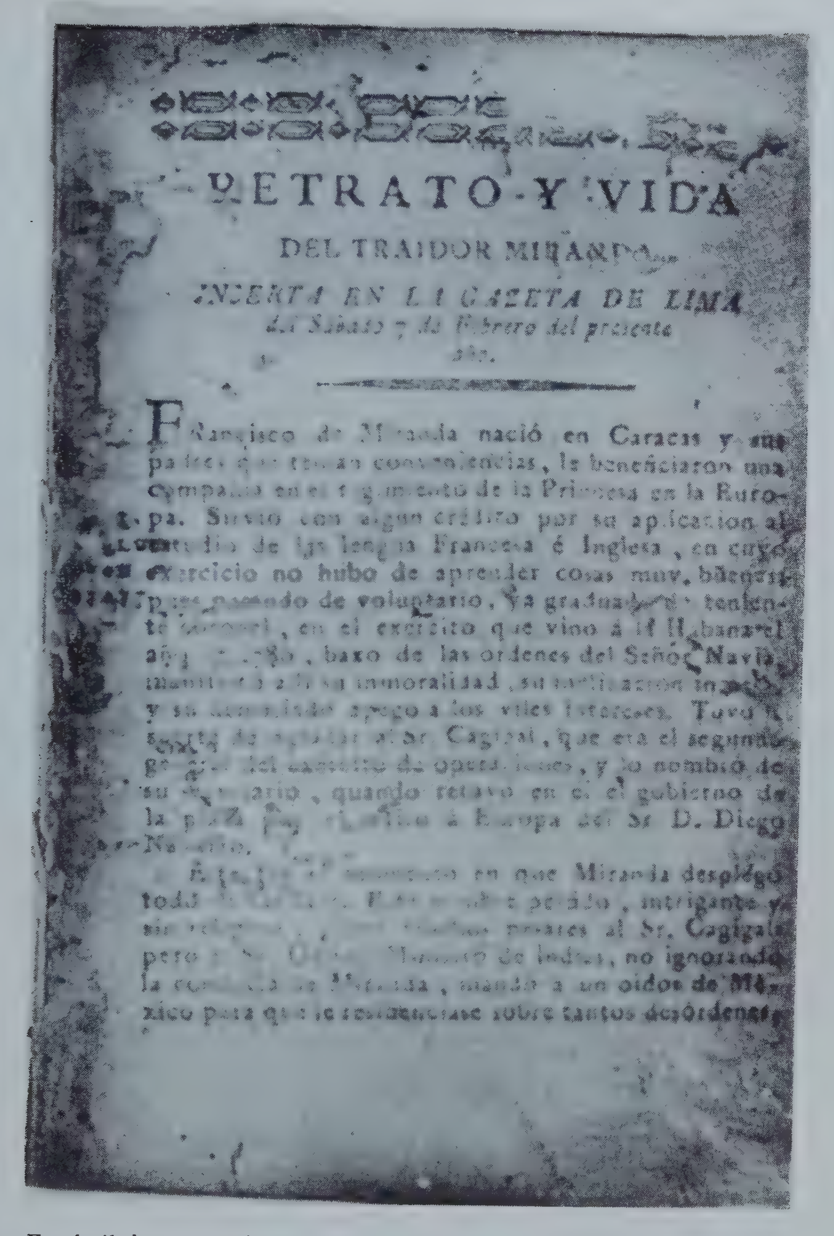
No hay para qué contar (ya los narré en mi biografía del Precursor) los episodios de esa tragedia shakespereana que alcanza su mayor patetismo en el fatídico año de 1812 con el hundimiento de la primera república de Venezuela y el velero que conduce a Francisco de Miranda a morir en un presidio español durante los más negros días de la represión fernandina. Si durante ocho lustros de tenacísima conspiración trató de convencer a las potencias europeas de que no éramos un mundo colonial por repartir; si aprende en las cárceles del Terror la estrategia de las revoluciones, su lucha en Venezuela ha de ser la del hombre solitario contra toda una situación histórica. Es la tragedia consciente de quien por su propia experiencia revolucionaria no podía engañarse ni ilusionarse.

Se requería un Estado fuerte que juntase a la nación en la guerra que comenzaba, y los primeros legisladores venezolanos —para satisfacción de las oligarquías provincianas— le ofrecieron un débil fantasma de confederación donde todo está previsto, menos la voluntad común. En vano Miranda clama contra los peligros del "girondinismo". Pero en la infancia de nuestra vida política la obstrucción de los oligarcas coincidía con el radicalismo en agraz —"aéreo" dirá Bolívar dos años después— que juzgaba que toda medida de defensa y robustecimiento del Estado, implicaba la tiranía. El pueblo que con Bolívar será el gran actor de la Independencia, pedía en vano a las puertas del primer Congreso que se liquidasen los privilegios de clase; que no hubiese más esclavos. Se discurre allí sobre la infamia de la esclavitud, pero no se atreven a abolirla. Y como la idea de Patria apenas vivía entonces en unas pocas cabezas iluminadas, la reivindicación que el frustrado pueblo no encuentra en los primeros grupos patriotas, la busca en las bárbaras y asoladoras mesnadas realistas. Estos condotieros nacidos en el Viejo Mundo —Monteverde, Boves— no tenían nada que conservar en Venezuela y a la prudencia de los propietarios criollos responderán con la guerra sin cuartel. Porque las nuevas leyes fueron demasiado lentas para resolver el problema popular, las turbas fanáticas buscan a su modo y a golpes de lanza, una primitiva justicia. Comienza antes que Bolívar pueda infundir una idea y fe unificadora a esas multitudes parias, el bandolerismo y la subversión rural en que perecerá entre otros escombros, la Primera República.

Y no hubo en aquellos días en que al oprobio de los hombres se agregaba la afrenta de la naturaleza —el tremendo sismo del 26 de marzo de 1812 en un radio de más de mil kilómetros destruyó los principales centros de riqueza y civilización— no hubo dictador más débil que este Francisco de Miranda. Aguardaba que el dividido, casi irresponsable Gobierno civil, le otorgara los más mínimos auxilios para un ejército cotidianamente menguado por la escasez y la deserción. Con pobres labriegos descalzos que todavía no saben por qué combaten y que frecuentemente escapan al campamento enemigo donde el saqueo y la aventura personal fijan su propio derecho, debe defender la Patria. Era capaz de una política externa y una política interior más vigorosa; planeaba en su desesperación los empréstitos y negociaciones que acaso permitieran sub-

sistir al país, las últimas reformas para fortalecer el anárquico Estado, pero todo se retardaba e impedía en las discusiones de una fronda confusa. A la República aristocrática que querían reservar para ellos, los optimates; al infantil revolucionario retórico de los demasiado jóvenes, al recelo de las provincias contra la capital, a tantos intereses e ideas contradictorias en que se fragmentaba la naciente causa patriota, oponían los condotieros realistas valiéndose del universal desorden, su voluntad común de despojo. Y Sísifo de sí mismo, doblegado de tantos problemas, Francisco de Miranda acepta firmar una capitulación con el enemigo, pensando que así salvaría acaso, los últimos recursos y vidas humanas para una auténtica Revolución que otra vez se estaba aplazando. ¿Pero desde que cuarenta años antes iniciara en abierta querella contra la monarquía española su peregrinaje de judío errante de la libertad, no tuvo que retardar, aguardar, hacer antesala de filósofos, conspiradores y ministros, para tales proyectos?

Con ese determinismo que a veces ofrece la Historia ante la cual aun la vida más heroica es sólo la migaja lanzada a la gran acción colectiva, de la derrota de Miranda surge el aprendizaje de Bolívar. El fugitivo y perseguido joven que pocos meses después —cuando muchos perdieron hasta la esperanza— escribe el "Manifiesto de Cartagena" si ha aprendido bien cómo debe hacerse la revolución de Independencia, sabrá contra la despaciosa táctica de las oligarquías cómo incorporar el pueblo a su causa. Y con él la América Hispana comenzó una todavía no concluída hazaña en busca de su libertad. De una a otra generación, de Miranda a Bolívar, lo que había comenzado como oscuro y solitario sueño de conspiradores treinta o cuarenta años antes, ahora movía las multitudes que desde las serranías del Caribe hasta las punas del Alto Perú fueron fundando repúblicas. Estas —y es la lección contemporánea de nuestros fundadores— aun deben defenderse contra la mediatización a que nos someterían las grandes potencias y contra "el peso de la noche", contra todo lo regresivo y colonial que de pronto revive en las tiranías domésticas.



RETRATO Y VIDA

DEL TRAIDOR MIRANDA

INCERTA EN LA GAZETA DE LIMA
del Sábado 7 de Febrero del presente
[illegible].

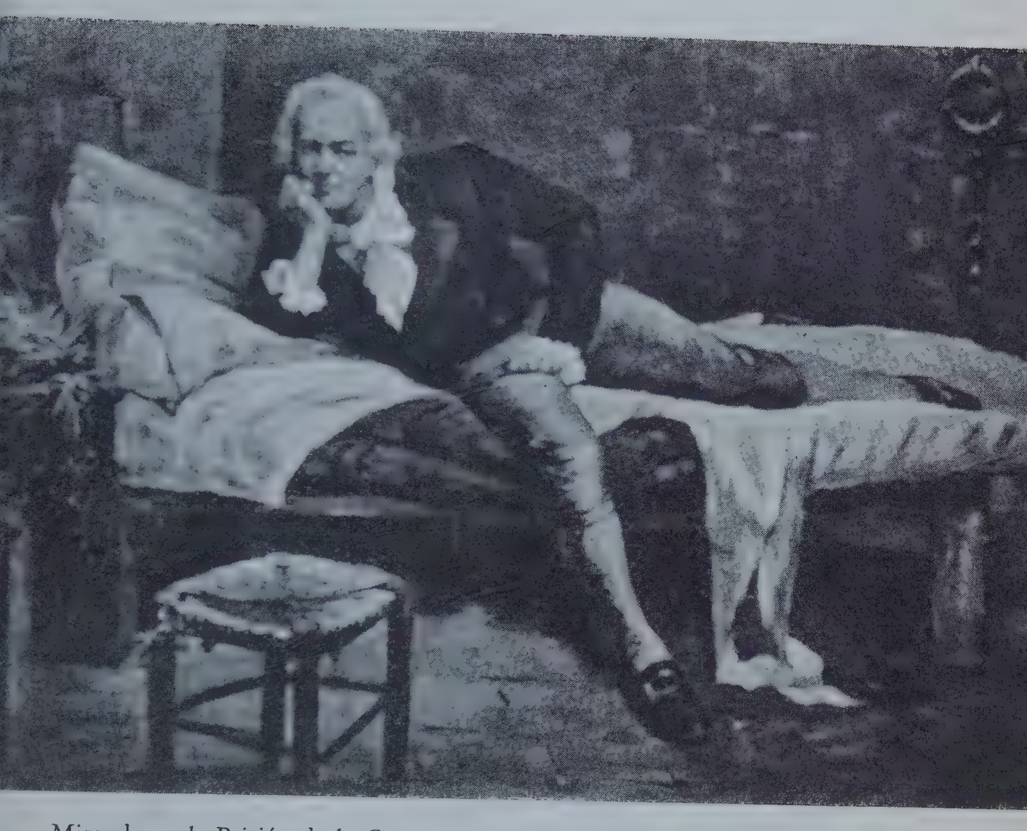
FRancisco de Miranda nació en Caracas y sus padres que tenían conveniencias, le beneficiaron una compañía en el regimiento de la Princesa en la Europa. Sirvio con algun crédito por su aplicacion al estudio de las lengua Francesa é Inglesa, en cuyo exercicio no hubo de aprender cosas muy buenas. [illegible] de voluntario, ya graduado de teniente coronel, en el exercito que vino á la Habana el año [illegible], baxo de las ordenes del Señor Navia, manifestó allí su inmoralidad, su inclinacion [illegible] y su [illegible] apego a los viles intereses. Tuvo la suerte de [illegible] al Sr. Cagigal, que era el segundo general del exercito de operaciones, y lo nombró de su secretario, quando retavo en el el gobierno de la plaza [illegible] á Europa del Sr D. Diego Navarro.

[illegible] en que Miranda desplegó toda [illegible], intrigante y [illegible] al Sr. Cagigal; pero [illegible] de Indias, no ignorando la conducta de Miranda, mandó a un oidor de Mexico para que le residenciase sobre tantos desórdenes,

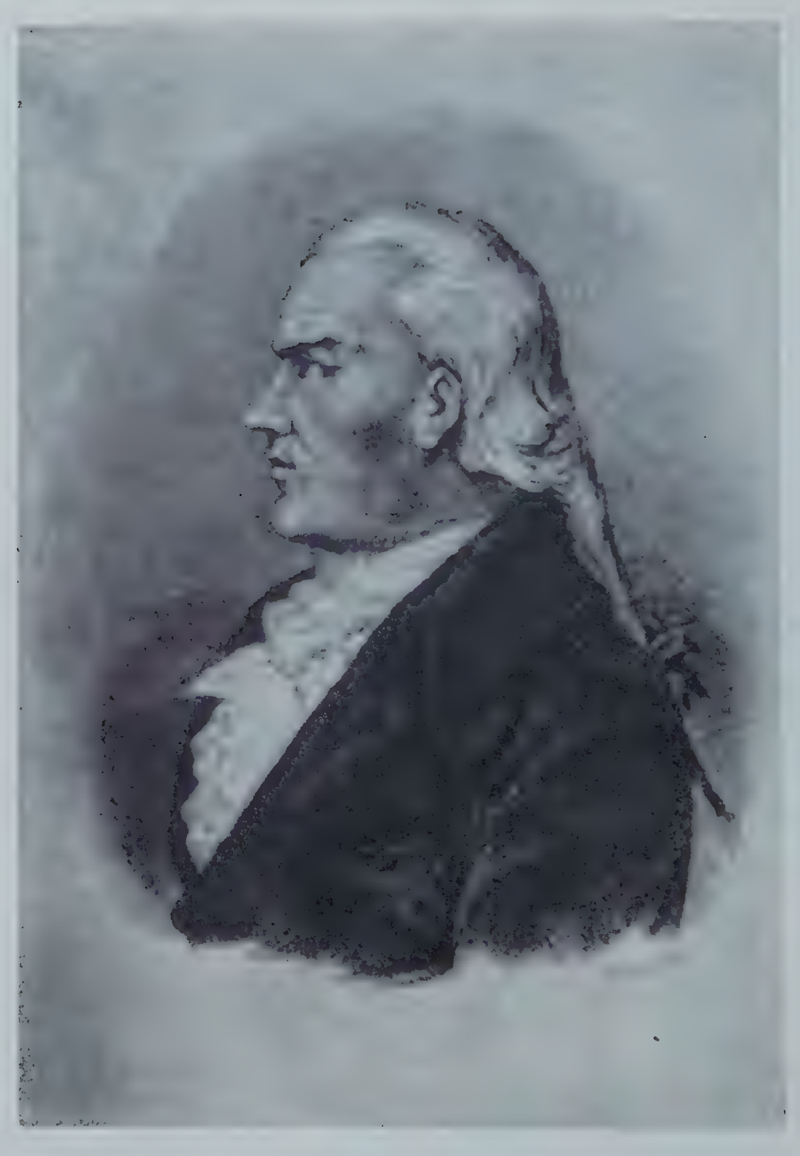
Facsímil de un planfleto contra Miranda. (Impreso en la Real Imprenta de Niños Expósitos, Buenos Aires, 1807).



Copia parcial del óleo "El panteón de los héroes", del pintor venezolano Arturo Michelena. (Miranda aparece de pie, en el centro del cuadro. Copia tomada del "Archivo de Miranda", publicación dirigida por Vicente Dávila).



Miranda en la Prisión de la Carraca. Museo Histórico Nacional, Buenos Aires.



MIRANDA. Tomado de la obra "El General Miranda" del Marqués de Rojas. (París, 1884).

BIOGRAFIA DEL ITINERARIO DE CORTES

Fernando Benítez posee una pluma forjada a golpes de experiencia y merced a una vasta y orgánica información cultural. En la evolución lenta pero firme de este escritor mexicano de 38 años, han intervenido con eficacia tanto su vocación de escritor nato, cuanto su oficio de periodista, en la medida en que periodista significa estilo ágil y capacidad de penetración, mas no improbidad o artesanía rutinaria.

Como remate actual de ese proceso ascendente de madurez, Fernando Benítez nos ha entregado o para decirlo mejor—, nos ha regalado, el libro "La Ruta de Hernán Cortés", en donde remoza literariamente la conocida descripción del itinerario seguido por el Conquistador, desde que llegó a las playas de Veracruz hasta que arribó a Tenoxtitlán. Y pese a que a lo largo de la obra se repudia todo aparato y aspaviento eruditos, ello no le arrebata fidedignidad histórica; antes al contrario, se pliega a las versiones más autorizadas de la Conquista.

El libro de ese artista cabal que es Fernando Benítez no se limita, empero, a hacer "la biografía" de la ruta de Cortés y a describir el aspecto que ofrecía el México indio a los ojos de los españoles; describe además, inmetódicamente —y no podía hacerlo de otro modo en un tomo de doscientas páginas—, la transformación que los siglos han operado a lo largo de ese camino, ligando lo viejo a lo nuevo, la historia al presente, el descubrimiento de un mundo virginal con el descubrimiento del México de nuestros días.

Once capítulos integran el libro, cada uno de los cuales conserva individualidad propia, tanto así, que su autor hubo de ofrecer varios de ellos, a manera de conferencias, sin que sus oyentes advirtiesen mutilación alguna. Ello, sin embargo, no le quita al libro tomado en su conjunto, la trabazón orgánica, la continuidad consecuente que posee. Que "La Ruta de Hernán Cortés" haya sido dada a conocer fragmentariamente en forma de lecturas, explica ese tono de conversación de que está matizado desde la primera a la última página.

Juan de Valdez solía esgrimir una regla de oro para los escritores: "escribe como hablas". Esta advertencia significaba una postura polémica en contra de aquellos escritores que frente al lenguaje sencillo y popular que ellos mismos practicaban, preferían fórmulas retorcidas

y culteranas, desvitalizadas por falsas. Fernando Benítez, pues, ha seguido con puntualidad la insinuación del clásico, ya que esa habla culta y llena de imágenes tan cotidiana y habitual en él, la ha traslado con rigurosa fidelidad a su obra.

Los cuatro primeros capítulos abarcan los antecedentes de la llegada de Cortés. En el capítulo inicial —*Al principio era el Mito*— revive Benítez ese universo mágico y profético que intuía la presencia de otras tierras que se hallaban situadas lejos de aquel *ombligo del mundo,* integrado por los pueblos del Mediterráneo. Y al efecto, recuerda la profecía de Isaías, el presentimiento de Platón y el vaticinio de Séneca, quien, más preciso que aquéllos, decía con toda rotundez: "Vendrán siglos de aquí a muchos años, en que el Océano aflojará las ataduras de las cosas y aparecerá gran tierra y la navegación descubrirá nuevos mundos y no será Tule la última tierra".

En el siguiente capítulo repasa la odisea y las cuitas de Colón, quien —al igual que sus émulos de otras latitudes—, no pudo hallar "la pieza que faltaba al rompecabezas" americano: el Golfo de México. Más adelante refiere el descubrimiento de México realizado por Francisco Hernández de Córdova y las incursiones llevadas a cabo por Juan de Grijalva, que buscando con avidez una salida oceánica que lo condujera al ansiado *Cipango,* fué costeando por gran parte del arco que forma el Golfo de México, hasta abrigar la sospecha de que se hallaba frente a una gran masa continental que formaba un todo con Tierra Firme.

En el capítulo cuarto Benítez sigue la entrada de Cortés desde Cozumel hasta Veracruz, y formula de paso un alegato a favor de Doña Marina cuyos términos contrastan bastante con el símbolo que "La Malinche" tiene habitualmente para los mexicanos. Alegato que, pese a su tono defensivo, patentiza una cosa: en Fernando Benítez existe, al lado del artista y del escritor pulquérrimo, una conciencia social alerta y vigilante, tal como podemos advertirlo en este párrafo: "Doña Marina, juzgada por el conjunto de su vida, resulta una de las peores jugarretas del destino. Para nosotros es la imagen de la traición por antonomasia. Ni Santa Anna ni los conservadores que ofrecieron el trono a Maximiliano, ni los muchos traidorzuelos que hemos padecido, representan en forma tan definida y elocuente lo que supone ese afán de entreguismo, esa admiración por lo extranjero en menoscabo de lo nuestro que simboliza la amante de Cortés. Un país celoso de su integridad, combatido por influencias destructoras y sobre el que pesan

graves amenazas contrarias a su soberanía, se ha empeñado en tomar a esa india entrometida como un Judas perfecto y después de asustar a los niños con su fantasma durante cuatro siglos, da el nombre de malinchismo a todo lo que pueda dañar nuestra idea del patriotismo. Por mucho que se grite, doña Marina no pasa de ser un espantajo, que se agita para velar las razones verdaderas en que se apoya el real malinchismo. El malinchismo está en las bases de nuestro sistema económico y social y lo fomentan la radio, los periódicos, los políticos entreguistas, los que quieren industrializar al país con capital norteamericano, los guías de turismo y todos los que quieren convertir sus pesos mexicanos en milagrosos dólares. No es ese el caso de Marina. De común con los pueblos a los que ayudó a destruir, sólo tenía el odio. Se odiaban los mayas, los mexicanos, los zapotecas, los tlaxcaltecas y los otomíes que vivían haciéndose la guerra. Se odiaban las tribus y aun los barrios, combatiéndose despiadadamente, como ocurría entre la misma familia de los mayas. Tezcoco y Tacuba, los pueblos que formaban al parecer una compacta y ejemplar alianza con Tenochtitlán, al final, se pasaron al enemigo común, y hasta Tlaltelolco, unido materialmente a Tenochtitlán, la abandonó en la hora suprema".

Los capítulos siguientes constituyen ya lo que es propiamente la ruta de Hernán Cortés, y todos ellos poseen un fuerte sabor de evocación, al revivirnos con gran belleza plástica no sólo las lecciones de historia patria de nuestros años infantiles, sino aquellas impresiones que en nuestra adultez hemos tenido al contemplar muchos de los lugares que el Conquistador recorrió en su empresa.

Uno de los más hermosos capítulos es el denominado *La Escalera de Nuestra Casa* —greguería magistral, que entendemos cumplidamente los que nacimos en el altiplano—, en donde Benítez describe con mano de paisajista la ascensión de Veracruz a Jalapa, *el entresuelo de México;* y de éste al *último escalón de la meseta:* el Cofre de Perote.

Otro capítulo que me parece uno de los mejor logrados, es aquel en donde habla de Cholula, la ciudad santa de Anáhuac, allí sus opiniones sobre el barroco mexicano poseen una fina sagacidad y saben contrastar el falso barroco del santuario de Ocotlán, de Tlaxcala —considerado como la obra maestra del churrigueresco indígena—, con ese milagro de arte indio que son los arabescos dorados de Santa María Tonantzintla. Del barroco pseudoindígena de Ocotlán dice que no pasa de ser una buena muestra de la habilidad de nuestros artesanos, pues "no hay una sola huella del genio plástico de México en esta fachada convencional. Se trata de una obra rococó de repostería gigantesca, de una humorada de maestros y canteros del XVIII que anticipa

el mundo del romanticismo, todavía mezclado con el espíritu de la Colonia".

Y de Santa María de Tonantzintla dice con justeza: "El indio se ha apartado de toda influencia extraña y ha hecho *su barroco,* el que siempre ha deseado realizar sin conseguirlo más que en parte, porque él es el peón y no el arquitecto, el siervo siempre y nunca el amo. Pero en Tonatzintla la iglesia es suya nadie le regateará su libertad, ni le impedirá hacer lo que le venga en gana. Sobre el remoto patrón de un barroco tan deformado entonces que ya era una expresión mexicanísima, trabaja el suyo propio...". "Entre su libre y rica trama, cuelgan los frutos coloridos, asoman los rostros sardónicos, un poco hieráticos de los santos; brillan el sol y la luna, y las máscaras de las danzas del carnaval esmaltan las arcadas y sobrenadan en esta multitud indígena, semejante a la que contemplamos un día de mercado. El arte popular, tan pegado a la tierra y tan desasido de ella, no podría olvidar a sus niños muertos, cotidiano drama de su existencia. Esta vez al menos, no los mete en el ataúd, sino que con sus cuerpos forma guirnaldas inverosímiles y en sus manos coloca las guitarras y los laúdes que deseara regalarles cuando mueren. "Este y no otro es el ámbito sagrado del indio, su sueño y su delirio. Con materiales mágicos ha creado su paraíso, y por un momento lo vemos remontarse, envuelto en los arabescos de su nube barroca, estático y burlón, mientras las guitarras de sus niños muertos tocan desafinadas, y su espíritu, al fin libre, hace desaparecer la cúpula y se nos va por el aire, en busca de su última morada".

El capítulo final, *México, la Tela de Penélope,* es un ensayo sumario de biografía de la Ciudad de México, tan bien logrado y tan entreverado de agudas reflexiones acerca de las distintas etapas de la gran Capital, que una antología del ensayo mexicano que no incluyese *México, la Tela de Penélope* dentro de sus páginas, habría de quedar gravemente mutilada.

José E. ITURRIAGA

Dimensión Imaginaria

ELVIO ROMERO

Por *Rafael ALBERTI*

LAS alas, sí, las alas,
contra la vida quieta.
Cante, llore el poeta
volando entre las balas.

Por los signos del Día,
también tú señalado:
clavel arrebatado
y espada de agonía.

¡Oh adolescencia, aurora
apenas reluciente
y abierta ya en la frente
la estrella anunciadora!

Cándida luz en vuelo
veloz hacia la tierra,
sabes más de la guerra
que del tranquilo cielo.

Casi recién nacida,
lumbre madura y fuerte,
sabes más de la muerte
quizás que de la vida.

Y tu nombre aromado
huele más que a romero,
a pólvora, a reguero
de cuerpo ensangrentado.

Las auras populares
te ciñen de grandeza
y una dulce tristeza
de niños sin hogares.

La patria encadenada
y herida se sostiene
sin sueño y te mantiene
el alma desterrada.

Que nada la domina,
por mucho que le duela.
Su corazón en vela
de lejos te ilumina.

Y mientras que penando
sin luz va el enemigo,
la Libertad contigo
regresará cantando.

LA MEDUSA DE OXFORD*

Por *Emilio ORIBE*

For I heard you singing,
Through the gloom
JAMES JOYCE

I

LA luz emana de su frente
mientras el humo de una
hoguera intermitente
la consume y embriaga.
¿Seré su dueño porque la estrecho
en mi mano?
El fuego en que naufraga
y se extasía
su esbeltez traslúcida de doncella de Oxford,
es el eterno principio humano
de la Sabiduría.
Pero la duda ha de ser a un tiempo mismo

---

* Una noche, al retirarme del Exeter College, en la Universidad de Oxford, después de ver a los alumnos recitar en un acto coral un arcaico poema de Chaucer, me encaminaba solitario bajo la luz de la luna por una calleja del siglo XVI que muchas veces recorriera Shelley, cuando distinguí en un comercio una pipa estudiantil que representaba el rostro de una bella mujer. La adquirí al momento y al día siguiente hice arder en ella, por primera vez, un tabaco rubio en una taberna próxima a la casa natal de Shakespeare, en Stratford upon Avon. Desde entonces, veo formarse sobre el rostro de la pipa una aureola de humo en forma de cabellera de Medusa.

Ideado en Oxford. Pensado, soñado en Sheffield, Newcastle, Liverpool. Terminado en Londres y París, 1949.

su final argumento.
¿El humo quiere decir algo
siempre que flota
sobre el abismo,
Y el dudar es el más dichoso
orgullo del pensamiento?

II

AZULES culebras acechan desde el cabello
de la Medusa,
y luego se arrollan en la brasa
de su altar movible.
La ceniza ilustra al fin el único adorno de su cuello.
Su mirar
es un círculo insomne sobre el orbe sensible.
Canta y dice: "—Soy el enigma de Oxford.
Entre las nieblas
seguí tus pasos junto a las piedras labradas.
Te traigo cerca de mil años de tinieblas
en las miradas".
"—Todas estas universidades me sostienen
y forman mi causal basamento.
Las teorías, no los dogmas, a mi llamado vienen,
enriqueciéndose en mi natural elemento".

"—Sobre negruzcas flechas pétreas
sostengo mi nocturna ola

y en el soñar de miles de pupilas jóvenes
me levanto.
Entre los jardines de brumas permanezco sola
y en los coros de todas las universidades canto".

III

De noche,
en los claustros donde la luz es un delito,
entre el afán de sistema del ritual protestante,
la mujer se puso a hablar con pudor infinito
y vi que era más sabia
que una vieja diosa errante.

¡Cuántas veces
los jónicos dinamismos de la Medusa
se embozaban detrás de sus ojos
como los de las Euménides!
Otras veces, en su lengua
brillábale una antorcha inconclusa
guardando en el centro la esfera
del gran Sér de Parménides.

Me dijo que ella, antes de estar fijada en el fuego
ejerció el tutelaje de las más libres empresas,
Y fué de los filosofantes el resguardo,
desde que aquí llegaron como en un fuego,

sobre las espumas de las rocas inglesas
infolios con espigas góticas de Lulio y Abelardo.

Que Rogelio Bacon se durmió sobre sus labios ardidos,
y Guillermo de Occam se arrodilló ante su ciencia,
cuando afirmaron
    que la Verdad sólo está fecundada por los sentidos
y que sobre el cadáver del mito
        se alza el ala de la Experiencia.

Un teócrata cuáquero
        la fijó en la madera.
Los Poetas Metafísicos,
        sus alvéolos en el humo llenaron
y bajo las gárgolas de las torres ardió en hoguera.
Supo del estupor de encenderse junto a la Norma
y al salmodiar los cónclaves sus ojos se ensancharon
cuando informó en los cultos heréticos de la Reforma.

Yo la he visto
    en las iglesias
        beber la luz de los dorados vasos
y en los atrios rodearse de tumbas,
    en donde aun pacen las cabras
Allí el Tiempo y la noche
        lo igualan todo con sus pasos,
y el viento,
    la lluvia y el silencio son palabras.

Junto a las tabernas o en los abstractos recintos,
en la penumbra húmeda de arbotantes con hiedras,

vió ella a Shakespeare y a Shelley
ir por estos laberintos
buscando, entre el hombre y el humo,
la duración de las piedras.

IV

DOCTRINAS,
hecatombes, batallas,
incinera esta Medusa que se escuda en el Viento.
Sobre mi rostro hoy arroja flamantes medallas,
mientras que con el seco árbol de la Razón
la alimento.

¿Reaviva ella un Fuego
que la estatua destruye de la Vida?
¿Incuba ella un Tiempo
que da lumbre a una lámpara helada?
¿Hace arder ella un vino
que es la esencia de la hostia abolida?
¿Oculta ella el Verbo
que la psique arrojó en la Nada?

¿La Medusa de Oxford
es sólo un ídolo
que canta entre el humo
y por las noches me ha rendido
orgullos en lugar de la Belleza?

Impasible,
en mi puño se ha recogido
como en un dédalo
mientras me mira con fijeza.
¿Su lenguaje?
¿Su canto?
El humo, el humo, el humo,
tanto en Oxford como en Delfos.
Me iluminó el semblante
con imperios rojizos en donde me consumo,
y cuando me nombra
me adorna las manos con una
luna menguante.
El humo de ella
al igual que la Belleza, no hace
nunca sombra.
La luz que entonces gusto
no se ha de extinguir en su esfera
y el brillo de su hoguera
no se ha de apagar ni un solo día.
Si el fuego
en donde engendra
su traslúcido pensar
es la Sabiduría,
puede llevarme al Cielo o al Infierno.
Ha de ser a un tiempo mismo el tránsito
que va del saber
al dudar,
y al soñar en lo eterno.

V

Es el mayor enigma de Oxford.
En largas espirales
rodeó mis pasos ciegos,
hasta proyectar su coturno de ironías formales
sobre mis dioses griegos.
Hoy sé que sin la confusa medusa
y sin su habla de humo ardiente y lento,
yo no podría
vivir. La observo un momento.
Apoya su oscura estrella
en la mano mía.
Yo contemplo el fluir del humo que desborda de ella.
Dibuja
un animal voluptuoso
que se disipa
en la muerte.
¿Es un canto? Es un Pensamiento
que sobre el abismo
del Tiempo
se vierte
en sí mismo.

LOS ANTISONETOS DE ALFONSINA STORNI

Por *Julieta GOMEZ PAZ*

ANTISONETO es, como se sabe, el nombre que Alfonsina Storni dió a las composiciones de su último libro "Mascarilla y trébol", es decir el poema de catorce endecasílabos arquitecturado en dos cuartetos y dos tercetos, a la manera del soneto clásico, pero liberados totalmente de la rima. Esta peculiaridad hace que el poema no se cierre hermético en su décimo cuarto verso sino que se tienda hacia un no previsto horizonte. Esta forma poética que rememora al soneto aun negándolo tiene de éste lo recogido y nuclear de la estructura pero carece de su rotundidad, de su acabado perfecto de su logro definitivo. Es, en cambio, más alígero, precisamente por la falta de la rima insistente y se resuelve en una evasión, en una huída; el último verso no es una tierra de llegada sino una orilla de misterio, un punto de partida.

Yo he regresado a los antisonetos de "Mascarilla y trébol" después de algunos años, a través del último poema de Alfonsina escrito también en esta forma, el hermoso y dolorido *Voy a dormir...* Este poema me dió la pauta, la clave, para recorrer a nueva luz el camino cumplido por Alfonsina en su última etapa. Sólo por este poema póstumo se me hizo transparente e inteligible, emocional y estéticamente inteligible, el contenido de este libro aparecido pocos meses antes de su muerte. Por otra parte, la autora ya advertía en él, que toda obra se explica si no inmediata, mediatamente.

Gabriela Mistral ha dicho, no recuerdo dónde, que el poeta frecuenta con preferencia una forma poética cuando ella responde orgánica, físicamente a su pulso vital. Esto lo confirman las palabras preliminares —*Breve explicación*— que lleva "Mascarilla y trébol" y se comprende cuando se sigue, respiro a respiro, la trayectoria de este libro. Sólo en un antisoneto, es decir, en una forma "suelta", leve, apenas retenida en la músi-

ca, toda ella preparación para el último avance, hundimiento en lo infinito, podrían decirse las palabras de *Voy a dormir...* Es decir, sólo así podía decirlas la mujer que había escrito "Languidez", "El dulce daño" e "Irremediablemente". Este poema póstumo es como una mano que se nos abandonara en el momento de partir y este gesto patente en estos versos, es también el gesto de todo el último libro de Alfonsina, aunque la languidez no sea todavía en él tan intensa ni el vencimiento tan extremo. "Me nacieron en estado de trance". "El empuje inicial de la idea creó de por si la manera suelta". "Me han brotado vitalmente en contenido y forma". "Nada ha sido deliberadamente pretendido". Estas breves explicaciones para justificar esos versos que, adelantados en periódicos y revistas, parecían no haber gustado al público, no logran finalmente su intento y la autora acaba diciendo: acaso este introito esté de más: es como si un corazón sensiblemente agitado y estallante se empeñara en querer certificar que las mareas que lo turban surgen de sus legítimos torrentes".

Descarnada, definitiva, es la materia de este libro, como que todo él es el rostro final del mundo entregado a una mirada desnuda, a una observadora ya sin intereses, poseedora de todos los secretos; es la mascarilla que ya no miente ni gesticula, es la cara de la eternidad. Sólo una orla de ternura sube hasta ese rostro terrible, a modo de la piedad del trébol que acabará por cubrirlo todo.

El libro se inicia con un antisoneto *A Eros* y se cierra con otro *A Madona Poesía* y todo él está transitado por la muerte. La visión que nos da el primer poema ya nos muestra la mirada lúcida que todo lo sabe. Alfonsina que había escrito tanto dulce verso de amor y que había sabido vendarse los ojos para entregarse al encanto ("No eres tú quien me engaña, quien me engaña es mi sueño") confiesa en este poema toda su sabiduría amarga:

He aquí que te cacé por el pescuezo
a la orilla del mar, mientras movías
las flechas de tu aljaba para herirme
y vi en el suelo tu floreal corona.

Como a muñeco destripé tu vientre
y examiné sus ruedas engañosas

y muy envuelta en sus poleas de oro
hallé una trampa que decía: sexo.

Sobre la playa, ya un guiñapo triste,
te mostré al sol, buscón de tus hazañas,
ante un corro asustado de sirenas.

Iba subiendo por la cuesta albina
tu madrina de engaños, Doña Luna,
y te arrojé a la boca de las olas.

Tras esta revisión implacable, que es una advertencia, avanza el libro y avanza por ambas márgenes del Plata: Buenos Aires y Colonia; es una atmósfera sonambúlica la del río "en negro y ocre", "en gris áureo", "en arena pálido", "en celeste nebliplateado", "en lluvia". El ritmo de los versos desprendidos inicia aquí su encantamiento hecho de vaivén y de cuneo, de ola y de regazo:

Cuando el amor así de flor te viste
quien mira el cielo campos de agua mira
y quien tu cuerpo azules de aire fino;

Y no se sabe qué es lo propio tuyo,
si tus nublados de humo cabeceantes
o el cabeceo de las grises nubes.

En el soneto nunca se percibe totalmente el blando balanceo de los acentos internos que aquí surge en su plenitud por la supresión de la rima cuyo golpeteo quita dulzura al movimiento y que, al hacer previsible el fin, precipita las imágenes y las ideas creando la peculiar tensión hacia el desenlace inevitable. En cambio aquí no, el antisoneto podría seguir indefinidamente, no lleva en sí la fatalidad de su término y, al expirar, queda flotando siempre en sus bordes la posibilidad de algo que no ha sido dicho todavía. El soneto comete el pecado de ser exhaustivo, el antisoneto no.

Se advertirá que, perdidas en estos dos tercetos, *azules* y *nubes* centellean sus vocales y son como una música finísima, escondida, honda, de agua subterránea. Esto ocurre constantemente en los antisonetos enjoyados así, de manera negligente, con brillos escondidos de inútiles consonantes. Su presencia

hace más patente la gracia involuntaria y el ademán de dulce languidez de las estrofas. En ellos está todo lo que el soneto necesita pero han renunciado al orgullo de serlo, atentos sólo al gesto vital, al acontecer poético verdadero.

"Mascarilla y trébol" presenta después una sucesión de objetos: *Langostas, El Mirasol, Alguna mujer, Una oreja, Un diente.* Estos poemas me traen a la memoria los *dinggedichte* de Rilke *(Hortensias azules, Hortensias rosas, El encaje, La pantera)* escritos bajo la sugestión de Rodin, en una búsqueda de lo externo. En Alfonsina estos poemas objetivos no son la resultante de una deliberada actitud sino que responden a la mirada lenta y llena de extrañeza de la despedida. Al abandonar una casa donde hemos vivido distraídamente mucho tiempo hay siempre un momento en que, suspendida toda actividad, olvidados de nosotros mismos, vamos al encuentro de las cosas por ellas mismas, no ya como medios de nuestro quehacer, y las tocamos de un modo absolutamente nuevo y desinteresado, no como instrumentos sino como núcleos cerrados de vida y nos complacemos morosamente en su contemplación. El alma, ausente del cuerpo que las utilizaba, sale al encuentro de la verdadera esencia de las cosas y la atención se ahinca inexplicablemente en ellas, casi desconocidas en el trato cotidiano. "Quiero mirarte una vez más" comienza el antisoneto *Palabras manidas a la luna* y en *Una gallina* se pregunta:

¿Por qué reparo en la gallina oscura

que baja hasta la playa, a los costados
dos polizones rotos por el viento?
¿Por qué persigo sus pisadas solas

que marcan lirios en el polvo de oro?

Tales poemas no responden a una posición estética sino a una entrañable actitud vital. En la breve explicación que precede al libro Alfonsina Storni dice: "¿será necesario insinuar que poesías como *Una lágrima, Una oreja, Un diente,* que contemplan el detalle como si fuera un organismo independiente que toma personería por su cuenta, podrían equivaler a esas novelas, pongo por caso, que se desarrollan en unas cuantas horas en la imaginación del protagonista? *Pero la exaltación de aquel micromundo tampoco ha sido deliberadamente pretendido*". Esta frase que yo subrayo dice en su sinceridad que la autora

sabía bien hasta qué punto había escrito estos poemas en *estado de trance.*

La mirada que desnuda esta realidad es una mirada fría, terriblemente lúcida y coherente. Ha pasado el tiempo de la ilusión generosa, de la exaltación, de la dádiva. La lógica es tremenda y Eros es ahora ese muñeco al que se le ha descubierto la trampa. Es el tiempo de la implacable sensatez en que las cosas se ven irremediablemente como son. El corazón apretado en una pausa de contenido dolor, nos dice Alfonsina en su *Regreso a la cordura* cómo ya "del amor cortada" se sentó "al borde de la sombra y sola" fué reintegrando al universo su orden: el mar, que fuera una canastilla de heliotropos en su falda, vuelve a ser "mar sañudo" y el sol, que había descendido a la tierra, se fija otra vez en su sitio. Así, en su lugar las cosas, sus ojos miran en torno y nacen: *Flor en una mano, Jardín Zoológico de nubes, Página musical, Pelota en el agua.* En *El Cielo,* con una infinita tristeza su cordura sollozará:

¡Ay, qué poeta inmenso abrió el torrente
del engaño, que pudo darme el cielo
—atroz de llanto y de miseria— alzado

en un jardín de flores diminutas,
como niños que juegan, con su antorcha,
a no toparse en el azul camino!

Los ojos asombrados se vuelven al fin sobre ella misma. En *Autorretrato barroco* un total desdoblamiento le consiente mirarse desde un plano de lejanía, a tal punto que habla ya de sí misma en pretérito:

En un cuerpo de luna, tan ligero
que acunaban las rosas tropicales,
un órgano, tremendo de ternura,

me dobló el pecho. Mas ¿por qué sus sones
contra el cráneo se helaban y expandían
por la burlesca boca acartonada?

El autorretrato se continúa en el poema siguiente *Juventudes:*

Terrible juventud ésta postrera;
me alzaba en imantados vuelos como
si todo fuera un desflecado sexo:

henchida estaba mi garganta de aire
reverdecido y exultantes ojos
me modelaba porque bien muriese.

Pero a veces, los ojos lúcidos, otrora ojos enamorados, al enredarse en las cosas despidiéndose, se llenarán de lágrimas y el alma se sentirá vencida; así en *Palabras manidas a la luna*

Quiero mirarte una vez más, nacida
del aire azul, con gotas de rocío
pendientes sobre el mundo, aligerada
de la angustia mortal y su miseria.

Sobre el azogue, más azul, del río,
diciendo "llora", aymé, tan transparente
que no hay palabras para aprisionarte,
nácar y nieve sueños de ti misma.

Baja, mi corazón te está pidiendo.
Podrido está; lo entrego a tus cuidados.
Pasa tus dedos blancos suavemente

sobre él; quiere dormir, pero en tus linos,
lejano el odio y apagado el miedo;
confesado y humilde y destronado.

En este hermoso y adolorido poema está entero el antisoneto póstumo *Voy a dormir...*

Baja: mi corazón te está pidiendo

equivale a:

Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame

y

Pasa tus dedos blancos suavemente
sobre él; quiere dormir, pero en tus linos.

es lo mismo que:

tenme prestas las sábanas terrosas
y el edredón de musgos escardados

No hay duda de que en este libro que tiene tras su objetividad y desmembramiento aparentes una fortísima y honda unidad, se cierra la trayectoria de un alma, y para estos pasos últimos esa alma ha hallado el apoyo del misterio, cada vez más afuera de la tierra, que avanzan como avanzan las olas. Uno a uno estos antisonetos van adentrándose en lo incognoscible —y ya en el póstumo al pié no toca casi la tierra, pertenece casi todo él al misterio. Este singular e inconsciente desplazamiento se va cumpliendo insensiblemente, como la marea que sube a las playas; a veces una ola avanza más que las otras pero, si no es la hora, el ritmo vuelve a retomarse y la ola que le sigue desmaya en otra línea no tan avanzada. Así en *Ultrateléfono* el alma conversa con sus muertos y les dice:

Iré a veros muy pronto; recibidme
con aquel sapo que maté en la quinta
de San Juan

Pero el impulso ha ido demasiado lejos y se arremansa en los versos subsiguientes:

¡pobre sapo! y a pedradas.
Miraba como buey y mis dos primos
lo remataron; luego con sartenes
funeral tuvo; y rosas lo seguían.

Nada falta en este peregrinar de *Mascarilla y trébol* para que se perciba el aliento lleno de sangre que lo nutre. Está el ruego fervoroso y casi desesperado:

Apágame las rosas de la cara
y espántame la risa de los labios
y mezquíname el pan entre los dientes,
vida; y el ramo de mis versos niega.

Mas déjame la máquina de azules
que suelta sus poleas en la frente
y un pensamiento vivo entre las ruinas;

la reflexión escéptica:

Cuán descreído es dios, que no arquitecta
cosa de perdurar

y el retorno a lo verdadero en "Regreso a mis pájaros" que me trae a la memoria de una manera punzante el hermoso soneto de Lope "¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?". Dice Alfonsina:

Ya estoy de nuevo en vuestro pecho, sola,
y no es mejor que el vuestro, amado vuelo,
el orbital talante de la estrella.

Ya os escucho de nuevo, desasida,
y tú el pequeño mío, cómo cantas
en mi balcón: ¿"Por qué me abandonaste?"

Y cumplida la trayectoria, cumplido el destino, el último homenaje a Madona Poesía:

Una pequeña rama verdecida
en tu orla pongo
. . . .

ya que vivir cortada de tu sombra
posible no me fué. . .

De la cruz a la raya, del Amor a la Poesía ha andado despidiéndose un alma. Para esa despedida Alfonsina ha creado el antisoneto, quizá una de esas formas poéticas "específicamente femeninas" de cuya ausencia se lamentaba Simmel. No hay aquí en verdad contradicción alguna que yo perciba entre la transida sustancia poética y su andadura terrenal. Si el soneto es forma viril por su ceñida fuerza y su estructura racional, estricta y hermética, desenvolviéndose en un solo plano con un punto de partida y otro de arribo, sin aventura posible, el antisoneto me parece figura abierta, que rebasa el plano consciente, apelando a un trasmundo apenas aludido. El antisoneto posee un halo, un aura extralógica. Deja disperso lo que en el soneto se recoge y guarda y con esa dispersión cuenta en su estructura, ya que ese halo que emana no fluye de los signos verbales, de su carga de color, de su potencial evocativo —lo que es normal en poesía— sino que es función de la estructura toda del poema.

En cuanto a su música asordinada, mecedora, resultante de la elección de los acentos internos, tiene un pulso íntimamente femenino. En "Voy a dormir" esta música nos da el

ritmo acompasado de la respiración que declina y se detiene en el tránsito de la vigilia al último sueño. Se percibe que el cansancio sopla sobre los párpados y hace caer de los labios las cuentas desgranadas de las palabras. Todo él configura el acurrucamiento contra el cuerpo maternal de la muerte

Dientes de flores, cofia de rocío,
manos de hierbas, tú, nodriza fina,
tenme prestas las sábanas terrosas
y el edredón de musgos escardados.

Ya están convocados por el dolor todas las dulzuras terrestres, todas las felpas consoladoras

Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame.
Ponme una lámpara a la cabecera;
una constelación; la que te guste;
todas son buenas; bájala un poquito.

En natural gradación la cabeza va doblegándose vencida y se percibe cómo la inercia ahueca en el seno ideal el nido para el cuerpo que no puede ya andar sobre la tierra. Y es como el volver el rostro hacia la noche definitiva:

Déjame sola: oyes romper los brotes...
te acuna un pie celeste desde arriba
y un pájaro te traza unos compases

para que olvides... Gracias.

Y en último relámpago de amorosa y caritativa voluntad:

Ah, un encargo:
si él llama nuevamente por teléfono
le dices que no insista, que he salido...

El mundo ha terminado. Sólo nos queda ahora la mascarilla definitiva y la orla de trébol.

Buenos Aires, octubre 1949.

SABER MORIR

PIEZA EN TRES ACTOS

Por

WILBERTO CANTÓN

PERSONAJES

HELENA, 27 años.—ELVIRA, 43 años.—SILVIA, hija de Elvira, 24 años.—DAVID DEL VALLE, 23 años.—CARLOS, hijo de Elvira, 21 años.—PABLO, 29 años.—EL JUEZ, 50 a 60 años. Tipo oscilante entre el pulquero y el general. Bigotes, gran barriga, chaleco, quizás puro.—EL ESCRIBIENTE, edad indefinida. Pequeño, endeble, tímido.—JUAN, niño indígena, 7 a 9 años. Descalzo, mal vestido.—ABUNDIO y su MUJER, campesinos, edad indefinida. Vestidos típicos.—EL DESCONOCIDO, 35 a 40 años. Usará pantalón y chamarra de gabardina. Lentes oscuros de motociclista. Debe recordar un poco a un militar, pero mucho más a un pistolero.—LOS AGRARISTAS (cuatro o cinco, que no hablan). Sin edad, convencionales: pantalón y blusa blancos, huaraches, cananas cruzadas sobre el pecho, enormes sombreros de paja.

Aunque para la construcción de los personajes y los sucesos de SABER MORIR *se ha procurado emplear elementos de la vida mexicana, debe ser considerada como obra de imaginación. Cualquier similitud con personas o hechos reales es una pura coincidencia.*

En algunos Estados de la República Mexicana está aún vigente la pena de muerte, no prohibida ni prescrita en la Constitución Federal. En uno de ellos se origina la acción de esta pieza, que se continúa en cualquier otro de la altiplanicie.

Es el verano. La acción comienza a las cinco de la tarde y termina a las cinco de la mañana del día siguiente.

Año de 1950.

DECORADO UNICO

Un hotel rústico, en el interior de México. A la izquierda del espectador, dos puertas que llevan a las habitaciones de los propietarios; a la derecha, un arco que comunica con la entrada, y por el que se puede ver un fragmento de paisaje polvoso y árido. Al fondo, un poco hacia la izquierda, otro gran arco al patio.

Las paredes están simplemente blanqueadas a cal. El piso es empedrado. Del techo (fondo blanco, vigas oscuras), cuelga una lámpara de gas, que un mecanismo rudimentario hace subir y bajar, tirando de un cordón.

Por el arco del fondo se ve muy claramente el patio, donde hay un pozo y una escalera practicable que lleva a las habitaciones de los huéspedes. Hay cactus: "órganos" y nopales, y por encima del pozo, un arco de enredadera.

Repartidas por la escena, tres mesas, con sus respectivas sillas. Al fondo, en el rincón de la derecha, una especie de bar, con muchas botellas, el libro de registro, un pequeño aparato de radio, un timbre y un tablero de llaves. Monturas de caballo. Un calendario. Un letrero que dice: "EL PORVENIR. Gran hotel y restaurante. Servicio moderno. Precios módicos."

PROLOGO

Antes de abrirse el telón, se escuchará lo siguiente, que debe tener el tono y las características de una transmisión radiofónica normal, hasta, si posible fuera, con voces conocidas del público.

Notas musicales, gong o efecto sonoro cualquiera, anunciando un noticiero. Inmediatamente:

VOZ PRIMERA: ¡La Voz del Pueblo. . . informa!

VOZ SEGUNDA: Noticias de última hora hacen saber que está ya próxima la captura del terrorista David del Valle, condenado a muerte como responsable del asesinato del general Nicanor González. Como se recordará, Del Valle logró escapar con la complicidad de la esposa del Director de la Penitenciaría del Estado. La persecución de los dos prófugos ha sido llevada con la discreción y eficiencia habitua-

les en estos casos, y puede asegurarse que la captura es inminente.

El mismo efecto sonoro que abrió la transmisión, debe cerrarla. En seguida dará principio la representación.

ACTO PRIMERO

El tiempo no corre: pesa en la tarde todavía luminosa. Su ritmo lento lo marcan los golpes de las fichas del dominó que juegan Pablo, el juez y el escribiente, sentados alrededor de una mesa, sobre la que se ven vasos, una botella, ceniceros, cigarrillos.

Helena, de pie, apoyada en el arco del fondo, los contempla, Juan está sentado en el suelo, cerca de la entrada.

ESCRIBIENTE: Me doblo.
JUEZ: ¡Ah, la mula de seises! ¡Miren quién la tenía!
PABLO: Paso. *(Da dos golpes en la mesa).*

En la puerta aparecen Abundio y su mujer.

ABUNDIO *(descubriéndose)*: Buenas tardes, niña.
HELENA: Buenas tardes, Abundio; pasa.
ABUNDIO *(Entra, seguido por su mujer. A los de la mesa)*: Buenas tardes, señores. (*Nadie le responde. Se acerca a Helena*). Pues verá, niña, que venimos a molestarle.
HELENA: Tú dirás.
ABUNDIO: A ver si quiere ayudarnos para la fiesta del "angelito".
HELENA: ¿La fiesta del "angelito"?
ABUNDIO: Pues sí, niña. La Damiana se nos fué al cielo.
HELENA: ¿La pequeñita? ¿Se murió?
MUJER: Hoy en la mañana.
HELENA: Pero, ¿qué tenía?
ABUNDIO: Le comenzaron unas fiebres muy raras, que no quería ni levantarse.
HELENA: Y ¿no la vió el doctor?
ABUNDIO: No, niña. Como él vive tan lejos, y cobra tan caro, y además la Damiana estaba tan chiquita, pues no quisi-

mos molestar al señor doctor. Mi compadre dijo que mejor viéramos a don Serafín, el curandero.

HELENA: Pero ese hombre no sabe nada.

ABUNDIO: A nuestro chamaco, el grandecito, nos lo curó en un momento, niña.

HELENA: De casualidad, sería...

MUJER: Le dió unos baños con hierbas, y quedó bueno.

HELENA: Y a Damiana, ¿qué le dió?

ABUNDIO: Pues el primer día, nos dijo que le diéramos una infusión con hojas de carrizo. Que con eso sanaba.

HELENA: ¿Con hojas de carrizo? ¿Y se mejoró?

ABUNDIO: No, al contrario, niña; seguía peor. Se la volvimos a llevar, y nos dijo que le diéramos otra infusión, con el carrizo y las hojas.

HELENA: Pero no se mejoró tampoco.

ABUNDIO: No, niña. Las fiebres eran más fuertes, y la Damiana hablaba sola. Entonces nos dijo que le diéramos la infusión hasta con la raíz del carrizo...

MUJER: Anoche se la dimos.

ABUNDIO: Hoy amaneció muerta la Damiana.

HELENA: ¡Pobrecita! ¿Y qué dijo el curandero?

ABUNDIO: Que ahora ya está seguro de que el carrizo no es una planta medicinal.

En la mesa, ruido de fichas al revolverse.

PABLO *(Revolviendo las fichas)*: A mí me toca hacer la sopa.

JUEZ: Pero no se prepare sus tamales, ¿eh?, que aquí el licenciado, cada vez que hace la sopa se lleva todas las blancas. ¿No es verdad, licenciado?

ESCRIBIENTE: Yo, señor juez...

JUEZ: No se haga, no se haga, que ya lo conocemos...

Cada quien toma siete fichas, y el juego recomienza.

HELENA *(Dándole dos botellas a Abundio)*: ¿Ya llamaron a los músicos?

ABUNDIO: Sí, niña. Mi compadre habló a los mariachis.

HELENA: ¿Tienen café?

ABUNDIO: Sí, teníamos un poco guardado.

HELENA: ¿Con esas dos botellas será suficiente?

ABUNDIO: Pues yo creo, niña. Don Refugio nos prometió otras dos.

HELENA: Tengan, llévense una más. *(Se la da.)* Si hace falta, vengan a verme.

ABUNDIO: Muchas gracias, niña. Que Dios se lo pague.

MUJER: Buenas tardes, niña. *(Besa la mano de Helena.)*

HELENA *(Retirando rápidamente la mano)*: Buenas tardes. Más tarde iré a verles. (*Deteniéndolos.*) Y lo siento mucho, de veras. . .

ABUNDIO: Gracias, niña. *(Al pasar junto a la mesa)*: Buenas tardes tengan sus mercedes.

(*Salen Abundio y su mujer.*)

PABLO *(Asentando con fuerza una ficha)*: ¡Cerrado!

JUEZ: ¡Chi. . . huahua! ¡Ah, qué Pablito éste! ¡Nunca hemos de poder con él, hombre!

PABLO *(Toma la botella y se sirve; pero el licor no es suficiente. Grita)* ¡Juan, otra botella!

Juan se levanta y se acerca al bar, esperando que Helena le dé la botella.

HELENA: No sigas bebiendo, Pablo.

PABLO: ¿Que no? ¿Y por qué no? Tú puedes regalar las botellas que se te antoje a esos indios, ¿y yo con mis amigos no puedo tomar una copa?

HELENA: Sabes que no debes beber.

PABLO: ¿Qué? ¿Me hace daño?

HELENA: Sí, te hace daño. Y me hace daño a mí verte borracho. Ya es suficiente tormento el vivir en este desierto, para que, además tenga que verte beber como un. . .

PABLO: "Como un. . .", ¿qué? Dilo.

HELENA: Una palabra no te haría cambiar.

PABLO: Al menos, sabré lo que piensas de mí.

HELENA: ¡Para lo que te importa!

PABLO: Sé franca: dime que soy un inútil, un fracasado.

HELENA: No me hagas pensarlo.

PABLO: ¿Acaso no lo has pensado ya? ¿Acaso esa tu actitud de superioridad, de generosidad, no me lo está gritando cada día? No quiero que me protejas ¿sabes? No quiero tu compasión. Esta vida es intolerable.

HELENA *(Toma una botella del bar)*: Bueno: tú lo has dicho. Esta vida es intolerable. Emborráchate si crees que con eso la compones. *(Pone la botella sobre la mesa.)* Pero te advierto que ya estoy cansada de todo esto, cansada de vivir sola, en un desierto, sin una ilusión, sin un amigo, sin siquiera tu compañía, porque cada día que pasa te alejas más de mí.

PABLO: Tú eres la que me abandonas.

HELENA: Todavía no lo he hecho.

PABLO: ¿Me amenazas? ¿Crees que me voy a echar a temblar porque me digas que te vas?

HELENA: No creo nada. Pero no me obligues a tomar resoluciones que los dos lamentaríamos.

PABLO: ¿Qué decisiones?

HELENA *(Como contra su voluntad)*: Si todo esto... tú, nuestra vida... si no dejas de beber, si no encontramos un nuevo camino... Pablo: es superior a mis fuerzas. No podré quedarme.

PABLO: ¿Te irás?

HELENA: Sí.

PABLO: ¿A dónde?

HELENA: No sé. A cualquier parte. A donde pueda ser menos inútil que aquí.

PABLO: Pues vete, vete ya. ¡"Menos inútil"! No quiero mártires en mi casa ¿sabes? No acepto sacrificios. No creas que me moriré de soledad.

HELENA: No me desafíes, Pablo. No estás hablando a la misma muchacha enamorada y ciega que dejó todo por seguirte, sino a una mujer desilusionada, dispuesta a cualquier cosa para salvar su vida.

PABLO: Sálvala como te dé la gana.

HELENA: Gracias. Así lo haré. *(Sale.)*

JUEZ *(Yendo hacia Pablo)*: Andele, Pablito. No sea malo con la patrona.

PABLO: ¡Malo! Se ve que usted nunca ha tenido que vivir con una mujer que no le deje ni respirar, porque en seguida comienza a hablarle de responsabilidades y de la "misión" que uno creyó tener cuando estaba en tiempo de hacerse ilusiones.

JUEZ: El amor es canijo. ¿No es verdad, licenciado?

ESCRIBIENTE: Absolutamente, señor juez.

JUEZ *(A Pablo)*: No se ande creyendo muy seguro, porque un día de estos el pájaro se le va a volar de la jaula.

PABLO: ¡A dónde va a ir! No me tiene más que a mí en el mundo.

JUEZ: Las mujeres siempre encuentran.

PABLO: Helena no es el tipo de la que puede irse con cualquier desconocido.

JUEZ: No se haga ilusiones, Pablito. Yo también así decía de mi tercera mujer, tan seriecita, y ya ve, un buen día, si te vi no te recuerdo... Yo se lo digo por su bien: la patrona está muy nerviosa. Se me hace que si se le presenta una ocasión, la aprovecha. ¡Son el diablo, las viejas!

PABLO: Bueno, no hablemos más de eso.

JUEZ: Como usted diga, Pablito... (*Al escribiente*): ¿Cómo andamos, licenciado?

ESCRIBIENTE: Don Pablo siempre a la cabeza.

JUEZ: Afortunado en el juego... (*Vuelve a la mesa.*) Bueno, licenciado, no se me desavalorine por eso.

ESCRIBIENTE: De ningún modo, señor juez.

JUEZ: Véngase, Pablito; aquí le estamos esperando.

PABLO (*Vuelve a la mesa y se sienta*): Bueno... (*Se sirve*) ¡Salud!

JUEZ: Todavía no nos gana. Y se dan casos, ¿no es verdad licenciado?

ESCRIBIENTE: Sí, señor juez. Se dan casos...

El juez mueve las fichas. Cada quien toma las suyas.

JUEZ (*Frotándose las manos*): Ahora sí que se me hace que me salvo de la *zapatería.*

PABLO: Ya lo dijo usted: se dan casos...

JUEZ: Hay que hacer tarea de indio, licenciado.

ESCRIBIENTE: Como usted diga, señor juez.

Pausa. Juegan. Se escucha el ruido de un automóvil que se detiene. Aparecen Elvira y David.

DAVID (*Entrando*): ¿Quién atiende aquí?

JUAN: La señora. Voy a llamarla. (*Sale*).

PABLO (*Sin moverse de su silla, grita*): ¡Helena, te buscan!

Entran Helena y Juan.

HELENA (*A los recién llegados*): ¡Buenas tardes! ¿Quieren ustedes comer algo?

DAVID: No precisamente. Hemos hecho un viaje largo, y quisiéramos descansar un poco. ¿Podríamos quedarnos aquí esta noche?

HELENA: Desde luego. ¿Quieren dos cuartos?

Elvira y David se miran, como sorprendidos. Después sonríen.

DAVID (*Amable*): No, uno solo.

HELENA: Perdone. Puedo darles uno magnífico. ¿Desea verlo?

DAVID: No es necesario. Si usted quiere llevarnos...

HELENA: ¿Tiene equipaje?

DAVID: Sólo una maleta pequeña. Está en el automóvil.

HELENA *(A Juan)*: Anda a buscarla.

DAVID: ¿Hay muchos huéspedes en el hotel?

HELENA: Oh, no...! Ustedes son los únicos.

DAVID: ¿Y los señores? *(Por los de la mesa).*

HELENA: Mi esposo y dos amigos suyos.

ELVIRA *(A David)*: Con este viaje debo estar horrorosa. ¿No quieres esperarme un momento? Volveré en seguida.

DAVID: Como tú quieras.

ELVIRA *(A Helena)*: ¿Puedo ir al cuarto?

HELENA: En seguida... *(Se acerca a la puerta por donde salió Juan, y grita)* ¡Juan!

DAVID *(A Helena)*: Si le parece, firmaré mientras el registro.

HELENA: Si es tan amable... Está aquí, en el bar... *(Se acerca a tomar una llave del tablero. Entra Juan. Helena le da la llave diciéndole)* Acompaña a la señora al número siete...

JUAN: Sí, señora...

ELVIRA: Gracias.

DAVID *(A Juan, señalando la maleta)*: ¿Está muy pesada?

JUAN: No, señor; estoy acostumbrado. *(Sube por la escalera; Elvira lo sigue; ambos desaparecen.)*

JUEZ: ¡Ah, qué licenciadito este! Ya mejor dígalo, si está de acuerdo con don Pablo.

ESCRIBIENTE: Señor Juez, verdaderamente, yo...

PABLO: ¡No se disculpe! Déjelo que sufra.

JUEZ: Se sufre pero se aprende...

DAVID *(Que ha terminado de llenar el registro)*: ¿Los periódicos de México llegan aquí?

HELENA: Sí, con un día de retraso. ¿Quiere usted el de ayer?

DAVID: No, gracias; ya lo he leído.

HELENA: Aquí hasta las noticias llegan atrasadas. Estamos en un pueblo donde no pasa nada, donde ni siquiera es interesante lo que pasa a más de tres kilómetros de distancia.

DAVID: Es una suerte. Yo hubiera querido vivir en un lugar así.

HELENA: ¿De veras? Se ve que nunca lo ha intentado.

DAVID: Ahora tengo la oportunidad.

HELENA: ¿Se quedará algún tiempo entre nosotros?

DAVID: No sé. No sé nunca lo que haré mañana. Mi regla es el azar.

HELENA: ¿El azar fué quien lo trajo a este hotel?

DAVID: El azar. Hoy me trajo aquí, mañana puede llevarme muy lejos, a la muerte quizás.

HELENA: ¿Es usted fatalista?

DAVID: No, no creo en la fatalidad. Creo en lo irracional de la vida. Soy simplemente un hombre, un juguete en manos del absurdo.

HELENA: Y se abandona a él.

DAVID: Siempre. En un tiempo, ¿sabe usted?, tuve la pretensión de dirigir mi vida, de tratar de construirme un destino.

HELENA: ¿Y ahora?

DAVID: Ahora dejo que mande en mí lo irracional. Acepto solamente. Ya no me atrevo a pedir.

HELENA: Algo definitivo debe de haberle sucedido.

DAVID: Algo sucede siempre. En algún momento de la vida, algo viene siempre a decirnos que no valen nada la inteligencia ni la voluntad, que lo único auténtico que hay en nosotros es la pasión... Entonces comprendemos que hay que saber ser ilógicos, inconsecuentes; que hay que saber ceder a los impulsos más inesperados; que cada situación, cada acto, es un albur al que apostamos cuerpo y alma.

HELENA: ¿Y si perdemos?

DAVID: ¿Conoce a alguien que haya ganado?

HELENA: Quiere decir que usted... se abandona a las circunstancias... que acepta todo lo que la vida le proponga...?

DAVID: Todo lo que venga de la pasión, del bien o del mal verdaderos. Nada es imposible en mi vida.

HELENA: Entonces, si por ejemplo, yo, en este momento... *(Se interrumpe, al borde de una indiscreción).* No, es absurdo.

DAVID: Absurdo, como la vida... ¿No le atrae el absurdo?

HELENA: Atrae, como un abismo; pero hay que saber detenerse en el borde, antes de que el vértigo nos arrastre.

DAVID: Usted quiere ser inteligente todavía.

HELENA: ¿No se reiría de mí si dejara de serlo?

DAVID: No, no me reiría.

HELENA: Pero cuando una administra un hotel, es imposible abandonarse a la pasión. Sería de pésimos resultados para el buen nombre del establecimiento.

DAVID: Le pido perdón si en alguna forma mi comportamiento ha sido inadecuado.

HELENA: No, no se disculpe. Su comportamiento está de acuerdo con su manera de pensar. Y, además, cuando se vive en un desierto como éste, encontrar a una persona con la que se pueda hablar, aunque sea del absurdo, es algo que se debe agradecer profundamente. *(Pausa.)* Y ahora, le suplico que me disculpe unos minutos. Tengo que volver a mis deberes de hotelera. Voy a ver si la señora quedó bien instalada.

DAVID: Pase usted.

Helena sale.

ESCRIBIENTE: A cincos. . .

PABLO: Paso.

JUEZ: Esto va mal, amigo.

PABLO: No tiene importancia. Yo sigo siendo la mano.

JUEZ: Pero ya verá a la próxima.

David se acerca al aparato de radio y lo enciende. Los últimos compases de algún aire musical conocido llenarán el aire. David se sienta en una de las mesas. Saca un cigarrillo y fuma en silencio. En la radio finaliza la música, y una voz dice:

RADIO *(Voz masculina)*: El reciente asesinato del general Nicanor González, que ha conmovido dolorosamente a la patria, ha tenido tristes repercusiones en todas las esferas de la vida mexicana. En representación de otra de las fuerzas vivas de nuestro país, oiremos a la profesora Herlinda Cabañas, quien está ante los micrófonos de La Voz del Pueblo. *(Comienza una voz femenina.)* Ante el duelo de la comunidad por la muerte de ese gran hombre que en vida se llamó Nicanor González, las mujeres organizadas queremos hacer patente nuestro desprecio y nuestra repulsión no sólo por el asesino que tan cobardemente supo arrebatárnoslo, sino también por el ser abominable, vergüenza de nuestro sexo, que facilitó la fuga del criminal, cuando éste iba ya a obtener su merecido castigo. A esa mujer que no respetó patria, hogar, ni familia, que dejó hijos y esposo para convertirse en la cómplice de un ase-

sino, nosotras la condenamos ante el país, y pedimos para ella la misma pena capital. Que ambos paguen por igual sus crímenes; ésta es ya la única satisfacción que puede tener nuestra nación. *(Aplausos. Otra voz, masculina, meliflua y atenorada, continúa el programa.)* Toda la indescriptible belleza de la huasteca veracruzana, se refleja en la música alegre con que este rincón de la patria. . .

Pablo, que había seguido el juego, aporrea de pronto fichas, grita: "Dominó", y casi violentamente se levanta y apaga la radio. Al mismo tiempo se levanta David. Se miran. Hay un silencio tenso, pero breve, que se rompe cuando dice:

PABLO: Perdone, pero no puedo soportar esta estupidez.

DAVID: ¿No habrá algo mejor, en otra estación?

PABLO: Nada. Es la Hora de la República. Todas las estaciones están encadenadas.

ESCRIBIENTE *(Mirando las fichas sobre la mesa)*: ¿Contamos?

JUEZ: Ya ni llorarlo es bueno. *(Se levanta). (A David.)* ¿Viene usted de muy lejos?

DAVID: De la ciudad de México.

PABLO: ¿Viaje de negocios?

DAVID: Casi.

Pablo vuelve a su mesa por el vaso, se sirve nuevamente. Sirve a sus compañeros.

PABLO *(A David)*: ¿Un tequilita?

DAVID: No, gracias.

JUEZ: ¿Abstemio?

DAVID: No; pero es muy temprano para mí.

JUEZ: Cualquier hora es buena. *(Al escribiente)*: ¿No es verdad, licenciado?

ESCRIBIENTE: Sí, señor juez. Cualquiera.

Pausa.

PABLO *(A David)*: ¿Alguna novedad en México?

DAVID: Que yo sepa. . .

JUEZ: ¿Qué se dice del asesinato de González?

DAVID: Nada nuevo, creo. Lo que usted oyó por radio. Es un caso claro.

PABLO: ¿Claro? ¿Es que hay algo claro entre nosotros?

DAVID: Un joven que mata a un general ya sabe que ha de morir: eso es claro. Y si se escapa, lo han de atrapar: eso es claro también.

JUEZ: Para mí, que todo fué una combinación. Querían deshacerse de González y mandaron al muchacho; ahora lo dejan escapar. ¡Todos estaban de acuerdo!

PABLO: ¡Oh, usted sabe, juez, creo que todos estaban aburridos de González, y tenían razón!

JUEZ: ¿Razón? ¿Razón para matar a uno de los auténticos revolucionarios? ¿A uno de los pocos que ganaron sus galones combatiendo, y no echando discursos?

PABLO: Eso fué en 1910. Cuarenta años de Revolución son muchos. *(A David)*: ¿No le parece?

DAVID: No sé. En todo caso, no creo que el asesino tuviera relación con el gobierno.

JUEZ: ¿No? ¿Y cómo se explica usted su fuga?

DAVID: Creo que eso es una historia de amor. ¿No?

JUEZ: ¡Amor! No sea usted ingenuo, hombre. Ellos lo mandaron asesinar y ahora lo dejan en libertad. Es todo.

PABLO: Y de cuelga le dan una querida para que lo acompañe. ¡No es mal negocio!

JUEZ *(A David)*: Mire, joven, permítame decirle una cosa: yo conozco la política. *(Al escribiente.)* ¿No es verdad, señor licenciado?

ESCRIBIENTE: Absolutamente, señor juez.

JUEZ: Aunque usted me vea hoy de juez en este pueblo olvidado de Dios, yo he sido un hombre de importancia. Yo peleé en la Revolución y conocí mucho a González. El tenía sus defectos, pero como hombre, lo era.

PABLO *(Botella en mano, al juez)*: ¿Me permite?

JUEZ *(Alargando el vaso rápidamente)*: Si usted insiste. . . *(A David)* ¿Siempre no se echa un trago?

Helena regresa. Baja por la escalera y vuelve al lugar que tenía al comenzar el acto.

DAVID *(Al juez)*: Sí, creo que ahora sí.

JUEZ *(Mientras Pablo sirve el vaso para David)*: ¿Ya es su hora?

DAVID *(Como para sí mismo)*: "Mi hora no ha llegado todavía. . ." *(A Pablo, que le da el vaso)*: Gracias.

JUEZ *(Un poco desconcertado)*: Pues, como le iba diciendo, yo conocí mucho a González. ¡Ah, cómo le gustaban las viejas! Era un buen hombre. Mientras fué coronel, éramos inseparables. Pero yo se lo decía: "Nicanor, tú vas a acabar mal." Porque, la verdad, con esa suerte que tenía

para los negocios, a todos les daba envidia. Después nos separamos. Yo me vine a este cochino rancho y a él lo hicieron general. Así es la vida...

DAVID: Y ya ve usted: acabó mal.

JUEZ: Sí, señor. Acabó mal. Pero era un gran revolucionario, un hombre que quería al pueblo...

Pablo intenta servirse nuevamente, pero la botella está ya vacía; entonces golpea fuertemente con ella en la mesa. El ruido interrumpe al juez.

PABLO *(Grita)*: ¡Otra botella!

JUEZ: Este Pablito se me figura que comienza a estar mal. (*A Pablo.*) Ya no beba tanto, amigo.

PABLO: Yo bebo cuanto quiero. *(Grita.)* ¡Otra botella!

HELENA *(Tranquilamente)*: Ya no hay tequila. Toma una de habanero.

ESCRIBIENTE *(Que al golpe de Pablo en la mesa se ha acercado a Helena, como para protegerse)*: ¿No le hará daño la mezcla?

HELENA: Hay que acabar, de algún modo...

PABLO *(Llena su vaso y los de sus compañeros)*: ¡Salud! A la memoria de don Nicanor... ¡Por los toros que nos regalaba en cada corrida!

David no bebe.

JUEZ *(Siguiendo el tema anterior)*: A mí, la verdad, me parece muy sospechosa la huída del asesino. Hay que tener en cuenta las circunstancias. David del Valle fué uno de los más entusiastas partidarios de Jaime Hidalgo. Y no creo que sea casual que ahora que uno es gobernador, dejen al otro en libertad.

DAVID: ¿No podemos suponer que David del Valle haya sido sincero? Quizás tenía motivo para matar a González.

JUEZ: Hombre, motivos, pudo haber tenido.

DAVID: Recuerden, además, que él mismo se entregó a la policía después del crimen.

JUEZ: Claro, porque sabía que lo iban a soltar.

DAVID: Tal vez Del Valle era un exaltado, un puritano. Fíjese que, después de casi treinta años, González era una especie de cacique de su Estado. El nombraba diputados, ponía y quitaba gobernadores...

PABLO *(Amargo)*: ¡Vamos, un hombre influyente: nada anormal!

DAVID: Si usted quiere. Pero esa influencia, ¿cómo la ganó?, con casas de juego, contrabando, tráfico de enervantes... ¡Ese es el verdadero Nicanor González!

JUEZ: Yo no niego que haya hecho sus negocitos. Pero no hay que desconocer los servicios que prestó a la patria, y que su pueblo lo eligió libremente...

DAVID: ¿Qué el pueblo lo eligió? El volvió a su Estado para consolidar un poder que se le iba de las manos. Y para retenerlo, no vaciló en cometer los peores atropellos: robo de urnas, falsificación de votos, asalto a las mesas electorales...

JUEZ *(De pronto, con una leve sospecha)*: Me parece que usted está muy bien enterado del asunto.

DAVID *(En guardia)*: ¿Quién no lo está? Ya ve usted: los periódicos, el radio, el cine, nadie habla de otra cosa. *(Amable.)* Sin embargo, usted puede juzgar mejor en el caso: usted fué amigo de Nicanor González.

JUEZ *(Conquistado)*: ¡Ah, sí, fuimos amigos! Pero hace ya mucho tiempo de eso... Unos veinte años. *(Solemne.)* Era un gran hombre, y muy hábil para los negocios.

PABLO *(Ya ebrio)*: Eso sí me parece muy bien ¡hay que ser hábil para los negocios! ¡Sí, señor! *(A David.)* Mire a los que no somos hábiles: el señor *(señala al escribiente)*, un pobre hombre que nunca ha matado ni robado. El no es hábil para los negocios: por eso se pasa el día tecleando en una máquina de escribir, para ganar doscientos pesos... *(Se sirve y vuelve a beber.)*

ESCRIBIENTE *(Aprovechando la pausa)*: Si me permite, quisiera aclarar...

PABLO: ¿Aclarar? ¿Aclarar qué? ¿Que recibe usted a veces pequeñas gratificaciones para extraviar un expediente, para alterar un testimonio, para adelantar una firma? ¡Esos no son negocios hombre! Hay que ser hábil: lleve opio a los Estados Unidos, acapare el maíz, llene el comercio de contrabando... Lo que nosotros no sabemos hacer. *(Otra vez a David.)* Mire ahora a éste. *(Señala al juez.)* Tampoco fué hábil.

JUEZ *(En tono de protesta amistosa)*: ¡Oigame, Pablito...!

PABLO *(Le corta la palabra)*: Ya sé lo que me va a decir. En la Revolución saqueó algunas ciudades y ha de haber matado a unos cuantos. Pero no fué suficientemente hábil;

nunca pasó de capitán. Dejaba sin comer a los caballos, pero ¿cuánto podía ganar con el negocito de las pasturas? Por eso está aquí, juez de un pueblo tonto, pobre, triste... *(Vuelve a servirse y a beber.)* En cuanto a mí... Míreme: yo lo he dejado todo: mi profesión, mis amigos, mi porvenir, para venir a sumergirme en este paisaje espantoso, árido, cruel, sólo con la esperanza de encontrar un motivo a mi vida, algo por qué luchar, por qué morir. Yo vine a buscar a México. He encontrado... el alcohol. *(Levanta la botella y la arroja al suelo, con rabia.) (Después se deja caer en una silla.)* El alcohol, el odio, la envidia: ese es el México que he encontrado... *(Con la voz ya insegura.)* Mire, amigo, usted debe irse, debe irse pronto... debe irse. *(Sus palabras se vuelven confusas, cae en un pesado sueño de embriaguez.)*

HELENA: ¡Al fin! Acabó la fiesta.

JUEZ: ¿Quiere que lo llevemos a su cuarto?

HELENA: Si me hacen el favor...

El juez y David cargan a Pablo y lo sacan de escena. Los sigue Helena. Al quedar solo, el escribiente se acerca de puntillas hasta el bar, toma una botella de cognac, y se sirve una copa. Está terminando de hacerlo, cuando entra David. Al ruido de la puerta se sobresalta. Quiere ocultar el vaso con su cuerpo. Al ver a David, se tranquiliza un poco.

ESCRIBIENTE: ¡Ah, es usted!

DAVID *(Sonriente)*: Sí... ¿Le decepciono?

ESCRIBIENTE: ¡Al contrario! *(Un poco embarazado.)* Me sorprende en pleno delito *(Mostrando el cognac.)* Me robaba un poco de cognac.

DAVID *(Sonriendo siempre)*: Por mí, no se preocupe. He cometido delitos peores, y no soy delator.

ESCRIBIENTE *(Deja la botella en su sitio y va a sentarse cerca de David)*: ¿Sabe usted? Yo quisiera decirle una cosa...

DAVID: Diga usted, licenciado.

ESCRIBIENTE: No soy licenciado.

DAVID: ¡Ah, perdone! Me pareció que el juez le decía así.

ESCRIBIENTE: Si, así me dice. Pero la verdad es que no soy licenciado. Estudié hasta el segundo año de la carrera, pero no pude seguir. Me casé. Tenía que sostener a mi familia... Y lo malo es que... Eso es lo que quiero

decirle: todo lo que dijo don Pablo es verdad. Yo soy un pobre hombre que vive lleno de miedo, haciendo pequeñas trampas, recibiendo unos cuantos pesos por delitos miserables. A veces me entran ganas de matar, de robar; pero... yo no sirvo para eso, y... *(transición.)* La verdad, yo no sé por qué le digo a usted estas cosas, pero...

DAVID: Dígalas de todos modos.

ESCRIBIENTE *(Cayendo nuevamente en el monólogo)*: El caso es que nunca quise ser obrero. Tengo unas manos inútiles para todo. Manos de rico... o de mendigo. Me daba miedo el trabajo. Y preferí esta vida gris, raquítica, sometido a la humillación cotidiana, temblando a los gritos de todos... Porque no sirven mis manos, porque mis manos no pueden ser manos de obrero, manos de campesino, manos constructivas... Son manos de empleado, de esclavo...

DAVID *(También monologando. Levanta las manos y se las mira)*: Mis manos me han servido. Eran también inútiles, pero se han redimido. Eran manos marchitas, adelgazadas en el ocio, estériles... Pero me han servido, me han hecho un hombre.

Pausa. Helena y el juez entran; su actitud natural y ajena ha de contrastar con la lentitud y concentración de la escena anterior.

JUEZ: ¡Vámonos, señor licenciado! Ya hemos molestado mucho a la señora.

ESCRIBIENTE *(Despertando)*: Cuando usted diga, señor juez.

JUEZ: Adiós, señor. Mucho gusto.

DAVID: A sus órdenes.

JUEZ: Hasta la vista, Helenita. Me despide de Pablito cuando se despierte.

HELENA: No tenga cuidado.

ESCRIBIENTE *(A David)*: ¿Me permite estrecharle la mano? *(David le tiende la mano. El escribiente se la estrecha rápidamente, y sale, precedido por el juez, despidiéndose de Helena con una inclinación.)*

HELENA *(Después de un momento de silencio)*: Bueno, ya ha visto usted nuestro círculo de familia. Ahora debemos presentarnos. Yo me llamo Helena.

DAVID: Yo, David.

HELENA: Estará pensando que vino a dar a un hotel muy poco tranquilo.

DAVID: ¡Oh, es lo de menos! El lugar es retirado, interesante; eso me basta.

HELENA: ¿Usted viene de la ciudad de México?

DAVID: Sí, de México.

HELENA: Aquello debe estar muy cambiado, ¿verdad?

DAVID: No, no tanto.

HELENA: Hace más de cuatro años que no lo veo. . .

DAVID: ¿Es usted de allá?

HELENA: En realidad, ya no sé ni de dónde soy. Nací en Puebla; pero era muy niña cuando me llevaron a España. Mi padre era español.

DAVID: No tiene usted acento.

HELENA: Mi madre era mexicana.

DAVID: ¿Vivió allí mucho tiempo?

HELENA: Hasta el fin de la guerra. Después vine a México, conocí a Pablo, nos casamos. . . Y aquí me tiene.

DAVID: La vida aquí no ha de ser muy interesante.

HELENA: En absoluto, ya ve usted: Pablo bebe constantemente, con una especie de rabia, de autodestrucción. . . Yo no sé. A veces me dan ganas de abandonarlo todo y largarme a México, a cualquier parte.

DAVID: ¿Lo ha intentado?

HELENA: No, nunca. Hay algo que me retiene. Tal vez el mismo Pablo.

DAVID: ¿Espera usted salvarlo?

HELENA: No estoy muy segura. Pero no quiero confesarme que he perdido lo último que me quedaba en el mundo: un hombre al que sacrifiqué todo, mi carrera, mi destino, hasta mis ideas. . .

DAVID: ¿Sus ideas?

HELENA: Es sorprendente, ¿no?, encontrar a una mujer que hable de sus ideas. Pero yo las tenía; y mis ideas eran una parte de mí misma, era lo que me sostenía, lo que me hacía vivir.

DAVID: Me permite preguntarle. . . ¿Cuáles eran sus ideas?

HELENA: ¿Por qué no? Yo era comunista.

DAVID: ¿Comunista? Es curioso. . . *(Sonríe.)*

HELENA: ¿Usted también?

DAVID: No, al contrario. Yo he sido todo lo contrario de un comunista. Si hace poco tiempo le hubiera yo oído decir eso, algo se hubiera sublevado en mí, algo que ya murió. Yo era un intransigente.

HELENA: ¿Y ahora?

DAVID: Ahora, no. He perdido todo interés por la política. Antes había muchas cosas que me ataban a ella; ahora estoy completamente libre, y me parecen vanas y ridículas todas esas luchas que hasta hace poco me apasionaban. Usted, ¿todavía se interesa?

HELENA: Sí, siempre; la política es lo único noble que hubo en mi vida. Creo que no tuve infancia, o al menos, no me acuerdo de ella. Mi vida comienza en la guerra. Yo tenía catorce años cuando la guerra en España. Vivía en Madrid. Mi adolescencia no fué sino el despertar de la voluntad, de la pasión de vencer. Era una cifra, un brazo más. Entré al partido. Luché, luchamos todos. Todos éramos útiles. Olvidé mi edad. Vestí como un muchacho. Pertenecí a una brigada motorizada. Aprendí a manejar un fusil, a maldecir, a matar. . .

DAVID: ¡A los catorce años!

HELENA: ¡Ah, no me arrepiento! Es el mejor de mis recuerdos. Mi vida fué dura, pero tensa. *Existía* dentro del *partido.* Me sentía bien justificada, no tenía dudas. Discutíamos, discutíamos con fervor. Después nos sometíamos a los acuerdos. No había sino un objetivo: vencer. No había sino un medio: luchar. El mundo era claro.

DAVID: Usted tuvo suerte, entonces. ¡Cuesta tanto ver la claridad del mundo!

HELENA: El mundo es siempre claro.

DAVID: No; para llegar a la claridad hay que luchar, Helena, hay que actuar. Mientras estamos pensando, nos martirizamos inútilmente, nos llenamos de dudas, nos rodeamos de fantasmas. . . Hay que actuar, hay que matar. . .

HELENA: ¡Actuar! ¡Y a dónde nos llevó todo eso! Un mundo de pasión, un mundo de combate. Y después, la derrota. El exilio, campos de concentración en Francia, miseria, vejaciones. *(Pequeña pausa.)* Para mí, casi no hubo problemas: era mexicana. Pero mis compañeros. . . Qué penas antes de llegar al mundo que se nos abría más allá del mar, un mundo dispuesto a recibirnos a nosotros,

víctimas de la injusticia de otro mundo cruel, viejo, egoísta... ¿Recuerda usted esos días de nuestra llegada?

DAVID: Sí; yo me consideraba entonces demasiado joven. Me limité a odiarles, a aplaudir a los que los insultaban; porque ustedes eran los rojos, y yo, ahora que lo pienso bien, creo que era de los negros.

HELENA: Un nuevo mundo nos hechizaba. Yo descubría a mi país. Ellos encontraban una nueva patria. Pero algo se había roto entre nosotros. Ya no éramos el todo cerrado de antes. Unos seguían firmes en regresar, en liberar a España; unos cuantos se descorazonaban, se rendían; otros más, comenzamos a orientar nuestra vida hacia México. Fué entonces cuando conocí a Pablo. Eramos compañeros en la Escuela de Leyes.

DAVID: ¿Era comunista, él también?

HELENA: No, no era comunista, consideraba al partido extranjero y alejado de la realidad. Creía, con una fe mística, en la Revolución mexicana. Entre todos los jóvenes de entonces, enervados por una guerra lejana, tan nuestra y tan distante, él surgía lleno de promesas y de realidades próximas. Me dejé deslumbrar, lo confieso. Me dejé seducir por la nube de mitos que lo envolvía. Era tan sincero, estaba tan inerme ante el mundo hostil... Tuve por él un amor ávido y violento. Nos casamos, lo seguí hasta estas tierras en donde él quería ser una especie de misionero laico, organizar, educar a los campesinos...

DAVID *(Recordando las palabras de Pablo)*: Quería un motivo para su vida.

HELENA: Eso decía.

DAVID: ¿Sabe, Helena? Creo que somos una generación que vive sin motivos, sin función precisa. Nos han destrozado todos los ídolos que pudiéramos adorar, y no nos han dado nada en cambio. Somos una generación que sobra en la historia. No hemos podido orientarnos a nosotros mismos. Vivimos rodeados de violencia y de propaganda. Todos marchamos sordos, ciegos, a tientas, sin llegar a encontrarnos entre tanta sombra venenosa. No sabemos por qué vivimos, ni sabemos por qué moriremos.

HELENA *(Mostrando el letrero sobre el bar)*: Nosotros creímos que esto iba a ser "El Porvenir". Pero creo que hemos llegado demasiado pronto. Nadie nos esperaba, nadie ha

querido recibirnos. Pablo vino lleno de ideales, y los ha ido perdiendo lentamente, ante una realidad más fuerte que él.

Por el fondo baja la escalera Elvira. Se esconde junto al arco para oír la conversación.

DAVID: La realidad es siempre la más fuerte. A mí también me ha vencido.

HELENA: A usted también...

DAVID: Como a todos... A mí la vida me recibió bien, Helena: nací rico. Yo tenía todo: tenía una familia, tenía una religión, tenía una patria. Y todas mis propiedades se me volvían obligaciones. En todas partes lo oía: en mi casa, en la escuela, en la calle, yo debía defender mis propiedades, debía defender mi patria, mi familia, mi religión... Ahora... ya nada de eso me queda. Vengo de romper con la vida y con el mundo a que pertenecía.

HELENA: Es usted libre, entonces.

DAVID: Soy la libertad sin objeto, que se destruye a sí misma. Soy un puro movimiento en el vacío, una chispa que se extingue en la obscuridad eterna.

HELENA: Pero, ¿por qué? Hay un mundo que necesita de usted, de mí, de todos nosotros.

DAVID: ¡El mundo! Yo acabé con él o él acabó conmigo.

HELENA: No; aquí estamos, usted y yo. Abra los ojos. Todo es claro para quien quiera ver. Usted puede hacer tanto... No sabe cómo lo envidio.

DAVID: ¡Usted me envidia! Y yo, a mi vez, envidio el interés que todavía tiene usted en un mundo que para mí no existe.

HELENA: Yo lo siento existir. Si sólo tuviera como usted, la fuerza de romper mis cadenas, de abandonar este naufragio, podría volver a él, invitarle a usted a venir conmigo.

DAVID: Yo ya no cuento. No hay para mí camino ni esperanza.

HELENA: ¿Y si encontrara hoy una nueva esperanza, un nuevo camino, una oportunidad desconocida?

DAVID: No, Helena. Yo... *(Señalando el letrero.)* Creo que he llegado demasiado tarde al porvenir.

HELENA: Míreme, David: yo le ofrezco un porvenir. Yo tengo una vida que dejé y a la que debo volver. Vamos a vivirla juntos.

DAVID: Imposible. Yo estoy condenado. Me sobrevivo unos cuantos días.

HELENA *(Muy cerca)*: ¡Venga conmigo, David!

DAVID: No, Helena. En mí todo está consumado. Ya todo es tan inútil, tan absurdo... ¿Por qué no decírselo de una vez? Quizás éste sea el fin. Quizás estaba escrito que así acabara todo. *(Mirándola de frente, a los ojos.)* Yo ya no tengo ningún futuro. Yo soy David del Valle. Soy el asesino de Nicanor González.

Helena da uno o dos pasos atrás, sin decir una palabra. David inclina la cabeza y va hacia el arco de la derecha.

HELENA: ¿Se va?

DAVID *(Muy lentamente)*: No tengo a dónde ir. Pero necesito respirar el aire, caminar, ver la tierra. Son mis últimos placeres.

HELENA: ¿Volverá?

DAVID: Sí, volveré. No puedo escapar a mi destino. *(Sale.)*

Los últimos resplandores del crepúsculo recortaron la figura de David. La escena está casi a obscuras. Helena baja la lámpara de gas, la enciende y la vuelve a subir. La luz descubre a Elvira.

HELENA *(Con un desconcierto que la acompañará al principio de la escena, mientras recobra la claridad de su razonamiento)*: ¿Usted? ¿Estaba usted aquí?

ELVIRA: Sí. Lo he oído todo. *(Pausa.)* ¿Por qué quería llevárselo?

HELENA: Yo... pensaba... Yo soy tan desdichada aquí... Y él también parece serlo. Y quizás juntos todo cambiaría.

ELVIRA: ¿Y yo? ¿No he sido desgraciada toda mi vida?

HELENA: ¿Usted?

ELVIRA: Sí, yo. La que logró salvarlo de la muerte. La que por seguirlo dejó cuarenta años de vida honesta.

HELENA: Es verdad. No había pensado en usted.

ELVIRA: Piense ahora. Piense cómo he de haber sufrido para dejar mi hogar, para destrozar en mis hijos la imagen de su madre, para traicionar todo mi pasado, por él.

HELENA: Es cierto. Debí haber pensado en usted. Pero ¿por qué no lo hice? ¿Por qué tuve la extraña impresión de que David estaba solo, absolutamente solo y desamparado ante el mundo?

ELVIRA: Me tiene a mí.

HELENA: Pero él no pensó en usted tampoco. Está de veras solo. Mientras estuvo conmigo, no pensó una sola vez en usted. Y usted estaba allí, espiando, escondida en la sombra, y era incapaz de hacerlo adivinar su presencia, incapaz de provocar un solo recuerdo.

ELVIRA: Pero su vida, su libertad, yo se la he dado.

HELENA: Si me hubiera dicho: "amo a otra", yo no tendría nada qué hacer a su lado. Pero me dijo: "He perdido toda esperanza, toda fe en el mundo". Y esto sí puedo dárselo yo.

ELVIRA: Mi amor es más fuerte que todo eso.

HELENA: Usted cumplió ya su misión. Ya no puede ayudarlo. No es su amor lo que él necesita. En unos cuantos años usted estará vieja. David empezará a odiarle. Buscará a otras mujeres. Usted le hará escenas de celos. . .

ELVIRA: No, no puede ser cierto.

HELENA: Ha comenzado ya a escuchar detrás de las puertas, a espiarlo. Usted sabe que no puede confiar en él. Y cada día estarán más separados. Porque usted será el recuerdo del pasado, de un tiempo que se pudrirá en su alma, si permanece.

ELVIRA: Yo lo haré olvidar su crimen.

HELENA: Un crimen no se olvida, se asimila. Usted no puede ayudarlo, porque usted nunca podrá dejar de verlo como un criminal. Toda su vida pasada y futura usted la concentra en el momento idiota en que disparó un revólver.

ELVIRA: Yo no lo juzgo. Dios debe haberlo perdonado.

HELENA: No se trata de perdón.

ELVIRA: Matar es un pecado.

HELENA: Como él lo hizo, es simplemente una equivocación. Creyó que suprimiendo a un hombre podría modificar toda una situación social.

ELVIRA: Yo no sé de esas cosas. Pero sé que lo quiero más que a nada en la vida. Sé que a mi lado ha sido feliz. Sé que el amor es lo único que podrá darle la fe y la esperanza.

HELENA: El amor no basta. Debe empezar a vivir humildemente, limpiarse el alma con el trabajo, respirar el aire fuerte y puro del pueblo. Entonces quizás descubra que la vida es buena y noble, a pesar de todo. Y tendrá tal vez

la fuerza de luchar por la grandeza y por la plenitud del hombre, aunque los hombres ciegos y extraviados que hoy lo rodean, lo persigan y lo acosen.

ELVIRA: No siga. No creo en nada de lo que usted dice. Usted quiere desesperarme, hacer que lo abandone. Todo lo que me dice son pretextos para llevárselo. Usted es una mujer mala, sin generosidad, sin amor. No es cierto que usted quiera salvarlo. Usted lo desea. Lo que usted quiere es su cuerpo... Pero no voy a dejárselo. Si él tiene una vida, es porque yo se la he dado. Yo lo he hecho nacer de nuevo. Yo lo he traído otra vez al mundo. Y yo dejé todo por él. El es mi hijo, mi esposo, mi padre, todo lo que tengo, todo lo que tuve, todo lo que pudiera tener... Y voy a guardarlo. Voy a defenderlo contra usted y contra todos. Estoy dispuesta a luchar.

Antes de poder obtener una respuesta, Elvira sube la escalera y desaparece.

HELENA *(Lenta, irónicamente, hacia el lugar por donde desapareció Elvira)*: Está bien. Si así lo quiere, lucharemos.

Sale por la izquierda. Un momento queda todo desierto. Después se oye el ruido de un automóvil que se detiene. Por el arco de la entrada aparecen Carlos y Silvia. Entran, y al no encontrar a nadie, tocan el timbre. Viene Helena nuevamente.

HELENA: Buenas noches.

CARLOS *(Con voz muy clara y firme)*: Buenas noches. Buscamos a David del Valle.

HELENA *(Decidida)*: No lo conozco.

CARLOS *(Mientras dice sus primeras palabras, lee en el libro de registro que está ante él, en el bar)*: David del Valle es un criminal evadido. Seguramente es este último cliente que tiene usted registrado con el nombre de David Espinosa. Lo acompaña una mujer. Al entrar, he identificado el automóvil que dejaron en la puerta. Lo robaron anoche, en la ciudad de México. ¿Están aquí?

HELENA *(Ante lo imposible)*: El no, acaba de salir. Ella está en su cuarto.

CARLOS: Necesito verla. ¿Quiere usted llamarla? Dígale que la buscan sus hijos.

T e l ó n

ACTO SEGUNDO

Unos minutos después del acto anterior, Silvia y Carlos esperan a Elvira, a quien Helena ha ido a llamar.

CARLOS *(Después de un silencio)*: Es curioso, Silvia. En estos quince días de pesquisas, creo que nunca había pensado en que llegaría un momento en el que volveríamos a verla.

SILVIA: Ya ves: hemos triunfado.

CARLOS: Sí. No me había dado cuenta de que esto era lo que deseábamos. Yo reunía datos, seguía pistas, hacía interrogatorios, y no pensaba en que al fin de todo esto estaba un minuto en que volveríamos a verla.

SILVIA: Sí...

CARLOS: En que ella estaría ante nosotros, reprochándonos nuestra crueldad.

SILVIA: Ella no puede reprocharnos nada.

CARLOS: Silvia: ¿tenemos derecho? Tenemos derecho a perseguirla, a juzgarla, a condenarla?

SILVIA: ¿Derecho? Piensa en papá...

CARLOS: Ahora sólo pienso en ella, en que está cerca, que va a aparecer, que de un momento a otro la voy a ver de nuevo, que voy a oír su voz.

SILVIA: Yo pienso en el día de su fuga. ¿Te acuerdas? Me levanté muy temprano. No sé por qué, quizás era un presentimiento. Entré en la sala. Papá estaba allí. Lo saludé, no me respondió. Me acerqué a él, estaba inmóvil. Vi entonces sus ojos, muy de cerca. Sus pupilas no tenían movimiento. Brillaban, pero no de cólera ni de lágrimas. Brillaban con un brillo ausente y fatal, como con un barniz de muerte. "Se ha ido", me dijo. Y me mostró su carta: "Te dejo. Perdóname. Has que me perdonen nuestros hijos."

CARLOS: El la ha perdonado.

SILVIA: ¡Perdonarla! ¡Qué puede significar esa palabra: él está destruído, sin fuerzas para odiar. Vagando por una casa abandonada, solitaria; cumpliendo mecánicamente sus obligaciones; recorriendo la cárcel, donde hasta el más desgraciado es más feliz que él, porque todos tienen una espe-

ranza: la libertad al menos; y él no tiene ninguna, él está muerto. ¡Perdonarla! ¡Cómo podría él perdonarla! Yo la odio por él, y la condeno por él, y la aniquilo por él.

CARLOS: ¡Por él! Pero yo he sufrido más que él, en estos quince días. Y él no tendrá que volver a verla... Cuando pienso que de pronto va a salir de alguna puerta, va a bajar esa escalera, cuando pienso que ahora mismo vive cerca de mí, que respira el mismo aire que yo... ¡Vámonos, Silvia! ¡No puedo más!

SILVIA: Sí. Tienes que poder. Tienes que llegar hasta el fin.

CARLOS: No. Debemos irnos. Que siga su destino.

SILVIA: ¿Te has olvidado de lo que hemos visto? Recuérdalo, imagínala: ella, nuestra madre, entrando a todos los sucios hoteles que recorrimos, desvistiéndose en esos cuartos extraños, húmedos, horribles; ofreciéndose al intruso, acostándose con él, gozando como una prostituta...

CARLOS: ¡Calla! Me atormentas.

SILVIA: Te la recuerdo.

CARLOS: Sí, es demasiado tarde para olvidar. No puede haber piedad, no puede haber ternura.

SILVIA: Eso acabó para nosotros.

CARLOS: Estamos solos.

SILVIA: Estamos juntos, en un mundo enemigo. Pero no estamos solos; cada uno es la fuerza del otro, ¿verdad? Yo te tengo a ti, tú me tienes a mí. ¿Verdad que no te sientes solo, Carlos?

CARLOS *(Se separa un paso, se vuelve un poco)*: Estamos juntos. Al menos, es un crimen compartido.

Quedan en silencio, de espaldas a la escalera, en lo alto de la cual Elvira aparece. Baja en silencio. Al presentirla, ambos se vuelven hacia ella, sin hablar. Helena baja detrás, pero no entra a escena, sino que desaparece por el patio.

ELVIRA *(Después de haber entrado)*: Este es el fin, supongo... *(Silencio.)* ¡Pero hablen, hablen! ¿Qué quieren de mí? ¿A qué han venido?

SILVIA: Venimos a entregarte a la justicia.

ELVIRA: ¿Ustedes, mis hijos, van a entregarme a la justicia?

SILVIA: Sí, nosotros.

ELVIRA: ¿Hasta ese punto los ha deformado el ambiente de cárcel y de policía en que han vivido? *(Pausa.)* No pue-

do creerlo. Tú, Carlos, ¿vas a entregarme? *(Carlos no responde.)* Hubiera preferido verlos llegar a matarme.

SILVIA: ¡Matarte! Eso sería demasiado fácil para ti. Sería un fin demasiado rápido. No; tienes que sufrir tu vergüenza, como nosotros hemos sufrido la nuestra, ante todo el mundo.

ELVIRA: Soy culpable ante ustedes; ante nadie más.

CARLOS: Madre, ¿te has arrepentido?

ELVIRA *(Pequeña duda)*: No.

CARLOS: ¿No sientes la vergüenza del pecado?

ELVIRA: No, Carlos. No estoy avergonzada. Es una pena horrible verlos ante mí, pensar en el mal que les he hecho. Pero fué necesario. Yo también tuve que vivir mi vida.

CARLOS: ¡No hables así! Yo quiero comprenderte; pero cuando te oigo persistir en el pecado y enorgullecerte de él, me avergüenzo de ser tu hijo, el hijo de una mujer sin conciencia, sin sentido moral.

ELVIRA: ¿Vas a condenarme sin oírme?

SILVIA *(Antes de que Carlos pueda contestar)*: No tiene nada que oír. De sobra sabemos lo que puedas decirnos. Hemos seguido estos días tu vida paso a paso.

ELVIRA: Pero, ¿conocen lo que fué mi vida hasta ahora? ¿Saben acaso los años que he pasado sufriendo, callando? Para ustedes yo no era una mujer: yo era una madre. Yo debía vegetar entre los cuatro muros de mi casa, sin esperanzas ya, sin ilusiones. Yo debía zurcir los calcetines, cocinar, despertarles para el desayuno, abrir la puerta, darles los recados telefónicos. Pero ustedes no supieron nunca nada de mí. No pensaron que tuviera otra vida más profunda, que tuviera un alma y necesitara una compañía.

SILVIA: Eso no era asunto nuestro. Nosotros cumplíamos nuestros deberes. Hasta las más absurdas exigencias tuyas.

ELVIRA: Todo era por ustedes.

SILVIA: Me parece oírte: la moral, las buenas costumbres, el qué dirán... ¿Acaso tuve amigos? ¿Acaso tuve alguna vez un novio? ¿Acaso fuí a algún baile? ¿Acaso alguna vez llegué tarde a cenar? Nada, tú no nos permitías nada. Tu hipocresía entristeció mi infancia y amargó mi juventud. Ahora, tú misma, has envenenado mi vida para siempre.

ELVIRA: Sí, era una moral estúpida. Pero entonces debiste haberme odiado, no ahora. Entonces, cuando yo estaba presa

en mis propios prejuicios, cuando ensombrecía tu vida y la mía. No ahora que me he liberado.

SILVIA: Te has liberado tú, no yo. Yo debo volver a la misma casa, a la misma ciudad, al mismo mundo. Todos me despreciarán, todos se reirán de mí: la hija de la criminal, de la querida de David del Valle... ¡Quién va a querer cargar conmigo!

ELVIRA: ¡Silvia, hija, no te atormentes! Todo eso va a pasar...

SILVIA: ¡Déjame, no me toques!

ELVIRA: Escúchame, Silvia. No puedo verte así. Me haces daño. Compréndeme. Tú has desperdiciado algunos años. Yo he desperdiciado mi vida entera.

SILVIA: Yo ya no puedo vivir.

ELVIRA: ¡Ah, ya no quiero que me perdones, sólo quiero que me comprendas! No tuve juventud. A los trece años comencé a trabajar. Nunca supe lo que era el amor. Me casé con tu padre para escapar de la miseria. El me doblaba la edad. Quería, no una compañera, sino una sirvienta. Me encerró. Yo no tenía amigas, no tenía distracciones. Todo mi tiempo era para las pequeñas labores de la casa. Hasta tocar el piano me prohibió. Me embrutecía, me idiotizaba. Y después, cuando empezó a dirigir la cárcel, nos llevó a ese edificio horrible. Nunca se había preocupado por mí, pero entonces me olvidó por completo. Yo era para él una costumbre, un mueble más en la casa. Jamás una atención, jamás una palabra de afecto, de comprensión. Era una vida sin cariño, sin alegría. Sentía venir la vejez sin haber conocido nunca la felicidad. Me miraba en los espejos, cada día más marchita, cada día más fea... ¡Y tan sola!

CARLOS: ¡Por qué no lo dijiste entonces! Ahí estaba yo, ahí estábamos nosotros...

ELVIRA: ¡Ustedes! ¿Acaso tenía derecho a pedirles más de lo que me daban? Ustedes son jóvenes, y los jóvenes son egoístas. Cuando yo fuí joven, me casé sin amor, por egoísmo, por tener una vida asegurada. Yo debía pagar esa falta.

CARLOS: ¡Si hubieses dicho una palabra siquiera!

ELVIRA: Hay cosas que no necesitan decirse. Y además, ¿hubiera algo cambiado? ¿Acaso ustedes hubieran renunciado a lo suyo, para venir en mi ayuda? No, no podía ni quería hacerlo... Pero me quedaba un refugio: Dios...

SILVIA: ¡No menciones su santo nombre!

ELVIRA: Sí, Dios, el Dios de los desventurados, el Dios de los que sufren...

CARLOS: Pero, después, ¿cómo fué... cómo te atreviste a...?

ELVIRA: ¡Para qué hablar de eso!

CARLOS: ¡Habla, por favor! Necesito saberlo.

ELVIRA: El estaba preso, condenado a muerte...

CARLOS: Sí, pero ¿cómo...?

ELVIRA: Yo iba por las mañanas a leerle los Evangelios, como a los otros que han estado condenados a muerte.

CARLOS: Como a los otros...

ELVIRA: Pero los otros que había conocido eran seres brutales, bestias humanas... Hombres que mataban por vicio, por pasión, o por crueldad simplemente, por destruir. Pero él...

CARLOS: El...

ELVIRA: Yo lo veía tan abandonado, tan desamparado, como un niño... Era... como un hijo que me hubiera llegado de pronto, maltrecho por la vida, amargado, agonizante. Muchas veces, leyéndole el Evangelio, lo vi llorar; y cuando hablaba con él, Carlos, yo pensaba en ti, en tus dudas, en tus angustias... El eras tú, al otro lado del destino, después de haber llevado la cruz, después de haber matado, dispuesto a morir.

CARLOS: A olvidar...

ELVIRA: Entonces quise salvarlo. Vi cómo él y yo éramos dos víctimas, dos seres que iban a la destrucción y al olvido. Y quise hacerlo vivir de nuevo, quitándoselo a la muerte, evadirme de mí misma... Lo demás, ya lo saben ustedes.

CARLOS: Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

ELVIRA: Carlos ¿tú me perdonas, verdad? Tú no me condenas.

CARLOS: No sé, no puedo pensar.

ELVIRA: Déjame huir. Déjame seguir mi destino. Vuelvan ustedes a casa.

CARLOS: Si tú quieres, yo te ayudaré. Te esconderemos, y diremos que él estaba solo.

ELVIRA: ¿Y David?

CARLOS: El... tiene que pagar su culpa. Lo entregaremos.

ELVIRA: ¿Separarnos? ¿Traicionarlo? Entonces, ha sido inútil que te cuente todo... ¿No comprendes que si lo mataran a él, yo no podría seguir viviendo?

CARLOS *(Alejándose, descorazonado)*: ¡Qué hacer, Dios mío! ¡Qué hacer!

ELVIRA: Olviden que me han visto. Váyanse, déjenme con él.

SILVIA: Eso, nunca. ¿Qué diríamos a papá al volver? "La dejamos con su amante. Era demasiado feliz".

ELVIRA: "¡Demasiado feliz!" Pero, ¿por qué habrán venido ustedes? ¿Por qué precisamente ustedes?

SILVIA: Porque nosotros no podemos perdonar.

ELVIRA: Tú eres mi hija, Silvia. No puedes ser tan cruel conmigo. Tú no me has entendido. Voy a explicarte otra vez. . .

SILVIA: Es inútil.

ELVIRA: No digas eso. No puede ser inútil.

SILVIA: Sí, es inútil.

ELVIRA: Entonces, ¿es el fin?

SILVIA: Sí, es el fin.

CARLOS *(Abstraído, después de una pequeña pausa)*: Madre: ¿sabes qué estoy pensando? Estoy pensando en un día, hace mucho tiempo. Yo tendría siete años. Entonces comenzaba a conocer a Dios, y esa vez me habías dicho tú lo bueno que era, y cómo sufría El por nuestros pecados, y cómo El había muerto por nosotros, y nosotros, todos, seguíamos pecando. Entonces yo decidí morir, para no pecar; decidí yo también ofrendar mi vida por los demás pecadores. Fuí al comedor, tomé un cuchillo, y cuando lo llevaba para clavármelo ante el altar, llegó mi padre. Creyó que el cuchillo lo llevaba yo para algo malo, y me lo quitó. Y me pegó, me pegó muy fuerte, y yo no le decía la verdad, porque así sufría y me castigaban por mis pecados; y me dejé pegar, gozando casi, gozando en mi dolor. Después, cuando llegaste, te lo conté todo. Tú me abrazaste muy fuerte, me abrazaste y te pusiste a llorar, sin decirme una palabra. A llorar. . . Y yo también lloré. Y así estuvimos llorando juntos mucho tiempo, hasta que llegó la noche. . .

Al terminar su relato, Carlos queda ensimismado. Pausa. De pronto dice:

SILVIA: ¡Cuidado! Alguien viene.

El encanto se rompe. Todos se despieratn. En la puerta aparece un desconocido.

DESCONOCIDO: Buenas noches. ¿Podría yo tomar algo?

SILVIA: No sé. Espere un momento.

Silvia va al bar y toca el timbre. Aparecen Helena y Juan.

HELENA *(Al desconocido)*: Buenas noches. ¿En qué puedo servirle?

DESCONOCIDO: Desearía algo de comer, cualquier cosa. Una taza de café y un sandwich.

HELENA: En seguida. *(Sale hacia el patio.)*

ELVIRA: Silvia, ¡tienes que oírme todavía!

SILVIA: ¡Ya para qué!

ELVIRA: No puedes ser así conmigo, Silvia. Carlos: dile a tu hermana que me escuche. Tengo que hablarles a los dos.

CARLOS: Sí, ella te va a oír. ¿Verdad, Silvia?

SILVIA: Si tú quieres. . .

ELVIRA *(A Helena, que regresa)*: Perdone, ¿hay algún lugar donde podamos seguir hablando?

HELENA: Sí, en aquel cuarto. *(Señala una puerta, en el descanso de la escalera).* Está vacío. *(Toma una llave del tablero y se la da.)* Aquí tiene la llave.

ELVIRA: Gracias.

Toma la llave y se adelanta. La siguen Silvia y Carlos. Suben la escalera, abren la puerta y desaparecen. Helena, en el bar, prepara el sandwich.

HELENA: El sandwich, ¿de jamón?

DESCONOCIDO: Sí, de lo que haya. . . *(Pausa.)* Dígame, ¿me falta mucho para llegar a Santa María Xicotlán?

HELENA: ¿Su carro es rápido?

DESCONOCIDO: Un *jeep.*

HELENA: Tres horas de camino tal vez. . .

DESCONOCIDO: Tres horas. . . *(Mira su reloj.)* Me parece que será demasiado tarde. ¿Sabe usted si hay algún hotel por allá?

HELENA: Sí, hay uno. El Hotel Imperial.

DESCONOCIDO: ¿Es bueno?

HELENA: Sí. . . Más o menos.

DESCONOCIDO: ¿Cómo éste?

HELENA: Aproximadamente. . . ¿Con mostaza?

DESCONOCIDO: Si me hace favor.

HELENA: Aquí tiene. *(Le da el sandwich.)*

DESCONOCIDO: Gracias.

Helena *(A Juan)*: Anda a traer el café.

Juan sale hacia el patio, y regresa un momento después con una taza que pone sobre la mesa donde está sentado el desconocido.

Desconocido *(A Helena)*: ¿Sabe usted que tiene un bonito hotel?

Helena: Es usted muy amable.

Desconocido: ¿Mucho movimiento?

Helena: No, muy poco. Casi nadie viene.

Desconocido: Ah, las cosas van a cambiar por aquí.

Helena: ¿Alguna novedad?

Desconocido: Sí, allá arriba, en Santa María. Vamos a construir un campo militar y un aeródromo. Por aquí pasará la carretera. Esta región va a progresar mucho.

Helena: ¿Campo militar y aeródromo?

Desconocido: Sí, es el nuevo plan de la defensa. Necesitamos aumentar las zonas de entrenamiento. El aeródromo lo construirán los Estados Unidos, pero en veinte años será nuestro.

Helena: Sin embargo, no creo que haya aquí un gran movimiento comercial.

Desconocido: Claro que no. No se trata de comercio. Este es un lugar estratégico. Usted sabe, con esta situación, no sabemos qué pueda pasar. Hay que estar preparados para la guerra.

Helena: ¿Otra guerra? ¿Pero usted cree que el mundo puede resistir otra guerra?

Desconocido: Eso es lo de menos. La cuestión es defender la democracia.

Helena: ¿Nuestra democracia? Sería mejor comenzar por tenerla.

Desconocido: No se trata de nosotros. La democracia es un problema mundial.

Helena: Sí, de acuerdo: un problema mundial.

Desconocido *(Que ha terminado de comer, se levanta)*: ¿Cuánto le debo?

Helena: Uno cincuenta.

Desconocido *(Saca la moneda y paga. Mira su reloj)*: Bueno, pues ya me voy.

Helena: Buenas noches.

DESCONOCIDO: Ya verá esto en dos años. No va a tener un cuarto libre. *(Desde la puerta)* Buenas noches. *(Regresa hacia Helena con un aire imprevisto de don Juan callejero)* Y ya no piense tanto chula... ¡Déjenos estas cosas a los hombres! La política no se hizo para ustedes... Ya vendré a verla, ¿eh? En uno o dos días regreso... *(Ante la indiferencia, se retira)* Hasta la vista, preciosa... *(Sale. Se oye el* jeep *que parte.)*

HELENA: Juan, vas a hacerme un servicio, pero a conciencia, ¿oyes?.

JUAN: Sí, señora.

HELENA: Quédate aquí, y espera al señor David, ese señor que llegó en la tarde. No te vayas a ir a otra parte. Si llega, lo detienes y le dices que me espere, después me avisas. ¿Entendido?

JUAN: Sí, señora.

HELENA *(Antes de salir)*: Ah, y si los señores que están ahí *(Señala la puerta del descanso de la escalera)* salen, también me avisas. No te me vayas a mover de aquí.

JUAN: No, señora.

Queda solo Juan. Se acerca a la radio, mueve un botón, y un imprevisto golpe de jazz lo sobresalta. Apaga rápidamente, y va a sentarse a la mesa donde aún están las fichas del dominó. Comienza a construir pequeños edificios con ellas. Entra David.

JUAN: Usted es el señor David, ¿verdad?

DAVID: Sí, y tú, ¿quién eres?

JUAN: Juan, el mozo. La señora Helena me dijo que usted la esperara aquí. Voy a llamarla. *(Va a salir.)*

DAVID: Espera, Juan. *(Juan se detiene y queda un momento indeciso. David parece arrepentirse de algo que debió preguntarle, y sólo se le ocurre)*: ¿Tú eres de aquí, Juan?

JUAN: Sí, señor.

DAVID: ¿Cuántos años tienes?

JUAN: Nueve, señor.

DAVID: ¿Tú vas a la escuela, Juan?

JUAN: No, señor. No hay escuela en el pueblo.

DAVID: No sabes leer, entonces.

JUAN: No, señor.

DAVID: ¿Y no quieres aprender?

JUAN *(Se encoge de hombros)*: Dice mi mamá que para qué. Que si aprendo a leer, ya no quedré trabajar la tierra y que seré siempre criado del hotel. Que es mejor que sea como mi papá.

DAVID: Tu papá, ¿es campesino?

JUAN: Sí, señor. Trabajaba en el rancho de "La Estrella", aquí tras lomita. Y era tan bueno para la pistola, que una vez mató a cinco juntitos, uno tras otro.

DAVID: Y ahora, ¿qué hace?

JUAN: Nada. Lo mató el presidente municipal.

DAVID: ¿Eran enemigos?

JUAN: Sí. Mi papá había matado a su hermano. Pero cuando yo tenga quince años, voy a matar al presidente municipal y a todos sus hijos.

DAVID: Bueno, ojalá los cumplas pronto... Y ahora, anda a llamar a tu patrona.

JUAN: En seguida, señor. *(Sale.)*

Entra Helena.

DAVID: He... he vuelto.

HELENA *(Acercándose al bar)*: ¿Está usted armado?

DAVID: No.

HELENA *(Saca una pistola de un cajón y se acerca a David)*: Tenga, guárdela.

DAVID: ¿Una pistola? No, gracias, nunca porto armas. *(Helena lo mira, un poco sorprendida.)* Ya sé: usted estará pensando que soy un curioso asesino, a quien no le gustan las armas. Pues bien, es cierto. Siempre he sido enemigo de ellas. Y ahora, especialmente... Una pistola, en un asesino, es demasiado... convencional.

HELENA: No es la hora de hacer frases. Tómela.

DAVID: Pero ¿para qué? Le aseguro que no me será útil. No pienso matarme ni matar a nadie.

HELENA: David: la policía estará aquí dentro de poco. Los han descubierto. *(Pequeña pausa.)* Están aquí los hijos de su... compañera.

DAVID: ¿Mi "compañera"? Usted emplea eufemismos demasiado gentiles. Tratándose de mí, podría decir, cortésmente, "su amante"; o vulgarmente, "su querida"; o periodísticamente, "su amasia"; o jurídicamente, "su cómplice". Pero "su compañera" eso suena a falso, cuando se anuncia a un hombre su captura.

HELENA: Está usted de buen humor esta noche.

DAVID: Las buenas noticias. La vida vuelve a su cauce normal. Dejo de ser un fugitivo, vuelvo a ser un condenado a muerte. ¡Es tan fácil! Ya no tendré que esconderme, que robar, que engañar a la gente. Contaré el tiempo, y a cada hora que pase podré decir: "Una menos, sólo me faltan tantas." Y cada vez voy a sentirme más tranquilo, más ligero, menos terrestre... Sí, mi última hora será feliz... Cuando vayan a fusilarme, me diré: "Al fin, éstas serán las últimas palabras que escuche, estos serán los últimos pasos que tenga que dar, éste será el último muro que tocaré, ésta será la última luz que veré, éstos serán los últimos rostros que tendré ante mí, éstos los últimos disparos que oiré, éste el último dolor que sentiré..." Y por una vez al menos, después de mucho tiempo, esa pequeña corriente nerviosa que llamamos felicidad recorrerá mi cuerpo, y mi boca conocerá una verdadera sonrisa, y mi corazón se detendrá para siempre...

HELENA: Yo me pregunto, qué piensa usted mismo de su crimen.

DAVID: Yo me lo pregunto también. Yo me pregunto a veces si fué un crimen el mío, y me pregunto si esa secreta ansiedad que sentimos todos, esa inquietud constante, no es sólo el deseo insatisfecho a matar. Cuando leo los periódicos ahora, al llegar a la página roja, cuento los criminales y me digo: "Bueno, hoy son tantos los mexicanos que se han afirmado en el mundo, hoy son tantos hombres que por primera vez van a sentirse seguros en la vida."

HELENA: Entonces, está usted satisfecho.

DAVID: Satisfecho, tal vez no sea el calificativo... Creo que le dije que siempre lo tuve todo, porque fuí rico; pero no es cierto, Helena. Tuve sólo lo que un rico puede tener. Por dentro todo me faltaba.

HELENA: Tenía usted un hogar.

DAVID: Un hogar, sí, si así puede llamarse... El feudo de un padre tiránico que nos hacía sufrir a todos con su crueldad.

HELENA: ¿No tuvo ningún cariño?

DAVID: El de mi madre. Ella era mi refugio. Sufríamos juntos. Pero la perdí... Entonces todo me faltó. Durante muchos

años no existí. Veía el mundo como al través de un cristal. Yo era un espectador solamente... Llegó la adolescencia, años de tormentos mentales, de ebullición. Yo fuí el joven que sueña, que sueña... Que nunca llega a nada. Un proyecto de hombre inútil. Y de repente, una pequeña idea surgió en mi cerebro. Era la idea de un crimen. Y fué creciendo, creciendo hasta que llegó a ocuparlo todo. Yo me daba muy buenas razones para cometerlo; pero ahora me parecen tan endebles, que creo que todo consistía en que yo necesitaba matar a alguien para poder vivir. Bueno, ahora lo he matado. Estoy tranquilo, me siento en el mundo. Mi respiración, la corriente de mi sangre, el color de mi piel, todo tiene un sentido; porque voy a morir y sé por qué voy a morir.

HELENA: Sí; pero lo que yo quisiera saber es qué opina usted de su crimen, cómo lo juzga usted, digamos... *(busca la palabra)* como hecho histórico.

DAVID: ¿Cómo hecho histórico? Absurdo, simplemente absurdo. Un acto sin sentido, que produce los efectos más inesperados y convierte en héroes a los villanos y en villanos a los héroes.

HELENA: Cuando usted mató a Nicanor González usted tenía sus motivos, y esos motivos no eran absurdos; al contrario, eran motivos muy precisos.

DAVID: Ya se lo he dicho: mis motivos entonces eran precisos. Pero ahora, ¿puedo siquiera tomarlos en serio? ¿Por qué maté a Nicanor González? Porque tenía que matar a alguien, eso es todo. Y lo aproveché, porque él representaba todo lo que yo entonces odiaba en México. Había llegado a ser gobernador, para afirmar un poder que se le escapaba de las manos. Y había comenzado la farsa que llamada su "campaña electoral". ¡Ah, pero no contaba con nosotros! *Nosotros*: es decir, un grupo de jóvenes irresponsables, que creían tener sentido político, que creían salvar a su patria salvando sus propios intereses. Nos organizamos, buscamos contactos, formamos alianzas: en fin, llegamos a constituir un bloque fuerte que llamamos Partido Nacionalista Reivindicador. Lanzamos nuestro candidato: Jaime Hidalgo, un hombre —así lo creíamos entonces— honesto, limpio, universitario, desligado de la política... El éxito nos acompañó: estrepitosamente, grupos

de campesinos y de obreros se nos unían. Eso, sin contar con que toda la "gente decente" nos apoyaba. Y creo que, después de las formales promesas del presidente, nadie dudaba de que las elecciones serían libres y que Jaime Hidalgo sería el gobernador.

HELENA: Pero ganó González.

DAVID: No contábamos con la maquinaria electoral establecida. De mayor a menor, la presión se ejerce en una forma tan total, que no es fácil descubrirla. La red de los compromisos y de los intereses creados, no se rompe fácilmente. . . La sorpresa fué ver a los votantes volverse, de un día al otro, enemigos nuestros. Y si a la sumisión del pueblo añade usted los atropellos —robos de urnas, asalto de las mesas electorales, terrorismo— se explicará fácilmente nuestra derrota.

HELENA: Me la explico. Es una situación tan general, que todos prefieren cerrar los ojos ante ella, ignorarla, aceptarla.

DAVID: Pero yo no la acepté. Quise combatir contra ese gigante de mil ojos y mil manos. Cuando González fué declarado gobernador electo, expuse el plan a mis compañeros: nuestra acción había levantado en el país una ola de simpatía. En casi todos los Estados habían surgido organizaciones con nombres análogos y con fines idénticos. Estábamos seguros de no estar solos. Si González desaparecía, convocarían de nuevo a elecciones, y entonces nuestro triunfo sería seguro. Este triunfo repercutiría profundamente, y sería el principio de una nueva era en el país. Nosotros seríamos la vanguardia de una época.

HELENA: ¿Y entonces?

DAVID: Entonces comenzó todo. Me convertí en el centro de una tentación colectiva. Todos se sentían irresistiblemente atraídos por el crimen, pero cuando ya se inclinaban hacia él, el miedo los detenía. Venían entonces a verme, para hablar, para hablar, para hablar. Creían que con sólo las palabras desahogarían esa tentación irresistible. Entonces comenzó a crecer en mí la idea: matarlo yo, ser yo el hombre a quien se debiera todo, una especie de héroe, de redentor. . . Consulté a mis maestros: Santo Tomás aceptaba el tiranicidio, la historia da ejemplos de asesinos ilustres. . . Todos alentaban mi locura; y yo llegué a convencerme, no

sólo de la necesidad del crimen, sino del privilegio que representaba cometerlo.

HELENA: Una crisis de orgullo, en suma.

DAVID: De un orgullo tan feroz, que no podía ya ser controlado. Esperé fríamente la oportunidad. Me preparé. Supe hasta del goce de la premeditación. El día mejor, cuando más espectacular podía ser, el día en que por primera vez, ungido gobernador por sus esbirros, hablaba al pueblo, le disparé, perdido entre la multitud que lo escuchaba. Lo vi caer, vi la consternación, el pánico, el desconcierto, la huída. . . Hubiera podido desaparecer en el tumulto; pero no, no podía, hubiera perdido el fruto de mi crimen. Yo era el héroe, el elegido, y comencé a gritar como un loco, pistola en mano: "A mí, a mí, yo soy el asesino, yo he matado a Nicanor González. . ." Y. . .

HELENA: Y el héroe se esfumó.

DAVID: Si, nadie se acordó de él. Yo no fuí más que un asesino. ¿Mi partido? Me negó, desautorizó mis actos, proclamó su firme creencia en el valor de la persona humana. ¿Mi familia? Se horrorizó: ya no podían lucirme en los estúpidos salones que frecuentan. ¿Mi religión? El sacerdote que me confesó, no quiso absolverme porque yo no estaba arrepentido de mi crimen. ¿Mis amigos? Me olvidaron pronto, unos por indiferencia, otros por interés político o por conveniencia social. ¿Mi patria? Por todas partes surgían acusadores, por todas partes la hipocresía, la complicidad y el interés comenzaban a fabricar un nuevo héroe. Yo quedé solo, con mi crimen a cuestas. De él me nutrí, en él me afirmé, él me hizo fuerte. De pronto me di cuenta de que los demás no me importaban. Que no me importaba el por qué lo hubiera cometido. Me di cuenta de que yo me había formado una nueva vida, simple y rectilínea hasta la muerte. Que el nombre de mi soledad era serenidad.

HELENA: Una nueva vida. Eso es lo que esperaba oírle decir. Ahora, tome esta pistola.

DAVID: ¿Es absolutamente necesario?

HELENA: Sí, se lo suplico. *(El obedece. Ella recomienza en un tono neutro.)* David: usted me dijo esta tarde que se había desprendido de todo, de su clase, de su familia, de su religión. Ahora me confirma que las causas de su

crimen y las circunstancias que a él lo llevaron, le son indiferentes. Resta el hecho en sí mismo. Pues bien, yo debo decirle que su crimen, en esta forma, es objetivamente válido.

DAVID *(Sin comprender)*: ¿Objetivamente válido?

HELENA: Sí. Un hecho no debe interpretarse en función del pasado, sino en función del futuro. Cada acto toma su sentido en la historia, en la perspectiva. Las causas poco importan. Lo que cuenta es el hecho en sí mismo y las consecuencias que el hecho tenga. Usted mató a Nicanor González. Pues bien, Nicanor González, en este momento de México, era anacrónico.

DAVID: Al contrario: muy característico.

HELENA: Un general revolucionario, enriquecido, inmoral, pintoresco, enamorado y farsante, no tiene ya nada que hacer entre nosotros. Hemos superado ya esa etapa. El verdadero sentido de la Revolución mexicana fué destruir un régimen feudal, absolutista, y crear una democracia liberal burguesa. Eso no lo sabían los hombres de la Revolución. Nuestra generación es la primera que puede verlo con claridad, porque para nosotros la Revolución no es ya algo vivo, que pueda entusiasmarnos o disgutarnos: simplemente, es un hecho histórico al que juzgamos y analizamos. Nosotros vemos cómo su sentido se hace objetivo ahora, cuando la generación que hizo la Revolución, la generación a que pertenecía Nicanor González, ha cedido ya el poder a otra, producto, pero no agente de la Revolución. Y nosotros, que no pertenecemos a ninguna de las dos, que estamos más allá de ambas, podemos prepararnos a actuar en un país sin revolución, con una nueva estructura. Es decir, podemos comenzar a preparar "nuestra" revolución.

DAVID: Si no entiendo mal, usted quiere ver en mí una especie de héroe revolucionario, exactamente lo inverso de lo que yo quise ser.

HELENA: No se trata de héroes. Usted es un producto histórico. Surgió en un momento dado, gracias a la concurrencia de factores económicos y sociales muy complejos, realizó su tarea, y ella misma lo ha despojado de su antigua personalidad. ¿Comprende usted?

DAVID: Según eso, soy el elegido de un destino inexorable que mueve a la sociedad en una cierta dirección.

HELENA: Llámele destino, si quiere. Su verdadero nombre es economía. En este momento, la consolidación de nuestro incipiente capitalismo tiene un sentido progresista. La desaparición de González la favorece. Mientras podemos comentar "nuestra revolución" hay que desarrollar en el país una fuerza económica nacionalista que se oponga al imperialismo norteamericano. Esta es, por de pronto, la única línea posible. Lo demás vendrá después.

DAVID: Esperémoslo.

HELENA: Usted, con su crimen, ha contribuído a la marcha de la historia en sentido progresivo; por otra parte, usted se ha liberado de los prejuicios de su clase, ha salido de la circunstancia en que vivía. Por eso se siente usted fuera del mundo. Pero en realidad, ha salido tan sólo de su mundo. El mío, yo también lo he perdido. Ambos necesitamos una nueva vida. Si usted acepta podemos construirla juntos. Iremos a donde nadie nos conozca. Seremos dos seres anónimos del pueblo. Trabajaremos. Aprenderemos humildemente a vivir. Después, quizás podamos de nuevo comenzar a luchar. Y usted sabrá entonces dónde está la verdad, dónde está la justicia.

DAVID *(Que ha oído todo lo anterior con verdadero asombro)*: ¡Volver a empezar! ¡Ah, no, Helena! ¿Cree usted que eso sea posible para mí? ¿Quiere usted que ahora, que por primera vez veo mi vida con claridad, vaya a sumergirme de nuevo en las sombras? Ah, no, eso nunca. Mi crimen sólo tiene sentido en el pasado; el futuro no me importa me tiene sin cuidado. Yo no creo que nada de eso pueda dar a los hombres un poco de tranquilidad, un poco de seguridad, un poco de felicidad. Yo quiero mi crimen, ¿entiende? Lo quiero tal como es: absurdo, imposible, estúpido. Pero es mío, ¿lo oye?, Mío: y nadie podrá arrebatármelo en nombre de un futuro ni de una dialéctica. Toda esa miseria política, esas palabras huecas, esa imbécil obstinación de vivir, todo eso es suyo, pero mi crimen es mío, ¿entiende? Y no lo cedo a nada ni a nadie. Dejo todo. Sólo reclamo un crimen sin sentido histórico, sin nada más que mi desmesurado orgullo. Un crimen mío, que me enseñó a morir.

David, en sus últimas frases, habrá tomado a Helena por los hombros, y le hablará duramente, sacudiéndola.

Pero de pronto se detiene, y después de mirarla un momento, dice con una voz enteramente cambiada:

DAVID: Pero, Helena, ¿está llorando?

Ella, entonces, se arrancará bruscamente de sus manos, para ir a sollozar lejos de él.

DAVID: No era eso, entonces. Todos esos enredos de economía y de política... Era... pero, ¿será posible, Helena?

HELENA *(Sollozante)*: Oh, déjame, déjame. Ya todo ha acabado. Anda a buscar tu sucia muerte: llévate tu orgullo, tu egoísmo. ¡Para qué vendrías! ¡Qué tendrías que hacer, precisamente aquí! Yo ya estaba casi resignada en este rincón del mundo, olvidada de todo, embruteciéndome. Y tú has venido, con tus necios problemas, con tu ceguera, a recordarme todo lo que me falta, todo lo que ya nunca tendré...

DAVID *(Se acerca, y la acaricia)*: Pero ¿es que siempre será igual? ¿Hasta el fin de mis días iré esparciendo veneno? ¿Qué maldición es ésta mía, que he de hacer siempre infelices a los demás? Mírame, Helena. Si yo hubiera podido vivir, por ti viviría. Pero es inútil. Yo estoy muerto. Ya lo intenté una vez. Yo no soy ya de este mundo. No sirvo sino a la muerte. Mi carne no espera más que los gusanos. Yo no deseo ya sino la tumba. Tú perteneces a otro reino, a la vida. Tú tienes mucho de lo que yo nunca tuve. Tú has sabido luchar. Tú tal vez puedas vencer. Tal vez aprendas a vivir. Yo sólo he podido aprender a morir.

Al fin del parlamento, él la habrá abrazado, y ella llorará sobre su hombro. Es el momento en que, de pronto, se abre la puerta del descanso, y aparecen Elvira y sus hijos. Por sobre el hombro de David, Helena la mira, y se incorpora como si viera un fantasma. David se vuelve lentamente. Elvira entra en silencio. Silvia y Carlos la siguen.

DAVID: ¡Elvira!

ELVIRA: No hables. No me digas nada. No añadas la mentira. Es mejor terminar así. Déjame al menos la ilusión de que no me engañaste.

DAVID: Pero, te equivocas...

ELVIRA: Es curioso, ¿verdad?, cómo llegan las cosas. Yo estaba ahí, con mis hijos, hablándoles de ti y de mí, de que nos

queríamos. Y de pronto se me ocurrió que todo era falso, que era un mal sueño, que estaba con mis hijos, comentando una novela.

HELENA: Señora, David. . .

ELVIRA: Y, ¿sabes?, yo sabía que tú estabas aquí con ella, y que hablarían de dejarme. Lo sabía todo; ella me lo había anunciado. Yo ya estoy de más, ¿verdad?, yo ya no puedo servirte. Yo soy un estorbo para ti. Mi misión ya terminó. . . Pero yo creí que tú no me dejarías, que no podrías irte sin mí. ¡Qué tonta! *(A Helena.)* Usted ha ganado. Usted fué más fuerte. Usted es más joven. Usted puede ofrecerle una nueva vida. . . Pero yo ya no podría vivir sin él, ¿entiende usted eso? No se trata de teorías ni de ilusiones. El es una parte de mí misma, y yo no podría pensarlo lejos, con otra. Es pedirme demasiado. . . Y no me doy por vencida. Aun tengo una carta que no he jugado. Aun puedo arrebatárselo. Sí, a pesar de todo, aún puedo arrebatárselo. . . *(A sus hijos.)* Silvia, Carlos: es falso lo que les dije. Yo soy una cualquiera. Me he fugado con un criminal. Pero, ya ven, yo he sido un instrumento. Yo no le importaba. Porque estaba sola, iba a abandonarme. Pero ya no estoy sola. Estoy con mis hijos. Ustedes me ayudarán. ¿Verdad que ustedes me ayudarán? No lo vamos a dejar irse. Hay una justicia en el mundo. Que pague su falta. Que paguemos todos. Por favor, ¡por Dios se los suplico!, llamen a la policía. Llamen a la policía, por favor, llamen a la policía. . .

SILVIA: Eso esperaba, madre. Yo misma iré a buscarla. *(Sale.)*

ELVIRA: Perdóname, Carlos, perdóname. Yo soy mala, yo soy una pecadora. Pero tú debes perdonarme, porque eres mi hijo. Carlos, perdóname por haberte dejado, perdóname por haber preferido huir con este canalla. Perdóname, Carlos. Me arrepiento, me humillo, me avergüenzo. Perdóname, hijo mío, perdóname. . . *(Las frases serán ya entrecortadas, con la voz quebrada por los sollozos. Acabará en una crisis de llanto, perdiendo el conocimiento.)*

DAVID: El destino se cumple.

CARLOS: Yo les había perdonado. Pensaba dejarlos huir. Ahora es demasiado tarde.

Telón

ACTO TERCERO

Quince minutos después del acto anterior. Se escucha, a lo lejos, ruido de fiesta.

DAVID: ¿Hay una fiesta, Juan?

JUAN: Sí, señor. La fiesta del "angelito". Una niña subió al cielo.

DAVID: ¿Tú la conocías?

JUAN: Era la hija de Abundio, un labrador. Tenía tres años.

DAVID: ¡Tres años! Se ahorró muchos de sufrir... Somos un pueblo sabio, Juan, que canta y baila a la muerte. Nos alegramos cuando alguien se escapa a la pena de vivir. Esto es lo que no entienden... Por eso matamos, porque sabemos morir. ¿Verdad, Juan?

JUAN: No sé, señor.

DAVID: Tú tienes diez años, y esperas matar. El destino te señaló las víctimas. Y alguien también, sin motivo, sin odio, ha de estar pensando en su muerte. Es como un juego trágico... ¿Conoces a los hijos del presidente municipal?

JUAN: No, señor.

DAVID: Y alguna vez, ¿has pensado en vivir?

JUAN: Sí, señor.

DAVID: No, nosotros no sabemos vivir. En otras partes, a los diez años se sueña en construir puentes y en tener automóviles. Aquí se sueña en matar a gente con la que no se ha hablado siquiera. Son leyes de nuestro drama, y hay que cumplirlas. ¿Entiendes, Juan?

JUAN: No, señor.

DAVID: ¿Sabes que me van a matar? Ese será un día de fiesta nacional. Ojalá que me insulten y se emborrachen de gusto. Ojalá que nadie se quede sin maldecirme... Será la fiesta del demonio, del demonio que baja a los infiernos...

JUAN: Sí, señor.

DAVID: Yo pienso a veces en un país sin odio, con grandes milpas doradas, con la plata y el petróleo para todos, con fábricas enormes. Y allí los hombres serían libres y buenos, y las mujeres alegres, y los niños le temerían a la muerte... ¿Conoces ese país, Juan?

JUAN: No, señor.

DAVID: Yo no he tenido tiempo de conocerlo. Quizás tú lo veas algún día. O tus hijos... Nos ha tocado un tiempo venenoso, Juan; un tiempo lleno de fantasmas. Pero esta noche pasará. Es demasiada sombra... Cuando yo esté solo, Juan, y preso, voy a pensar en un niño que puede ser feliz, y que no va matar, que encontrará la luz...

Entra Helena

HELENA *(A David)*: Ya está más tranquila. Le di un poco de valeriana.

DAVID: Necesito verla, Helena.

HELENA: Ahora no. Es mejor que descanse. Está muy agotada.

DAVID: ¿Duerme?

HELENA: Sí, duerme. *(Pausa.)* ¿Usted la quiere, David?

DAVID: Ella y yo estamos solos en el mundo.

HELENA: Perdóneme. Yo era una tonta al proponerle huir.

DAVID: Usted no podía saber. Entre ella y yo hay más que complicidad, más que la necesidad del delito compartido, más aún que amor. Somos cada quien la obra del otro. No podemos dejarnos, porque sólo existimos en nosotros. Nadie nos conoce. Nos hemos inventado mutuamente. La muerte del uno, tendrá que ser la muerte del otro.

Pausa.

JUAN *(A Helena)*: Señora, ¿puedo irme a dormir?

HELENA: Sí, anda. Ya es muy tarde.

JUAN: Gracias, señora. Buenas noches. *(Va a salir por el patio.)*

HELENA: No. Espera. Te necesito todavía. Quédate afuera, y cuando veas venir gente, nos avisas.

JUAN: Sí, señora. *(Sale por la derecha.)*

DAVID *(Después de un pequeño silencio)*: Helena: dígame que no me ama.

HELENA: No, no le amo.

DAVID: Dígame que todo fué un capricho, una broma, un juego.

HELENA: Todo fué un sueño, un mal sueño.

DAVID: Dígame que ama a Pablo.

HELENA: ¿A Pablo? Me jugué mi vida a una carta. Esa carta se llama Pablo. He perdido.

DAVID: Pero, ¿no lo ama?

HELENA: Lo he querido. Eso representa mucho más. Quizás nunca dejemos de querer a quien hemos querido una vez, verdaderamente.

DAVID: ¿Y va a vivir con un hombre a quien no ama?

HELENA: No sé. No he decidido aún. Ayer no hubiera podido irme. Había en mí demasiadas confusiones. Cuando se sufre un cambio de vida tan radical como el que yo he sufrido, nos exponemos a equivocarnos con facilidad.

DAVID: Entonces, ¿era únicamente la soledad la que le hizo proponerme la fuga?

HELENA: No. La soledad y el miedo de irme sin compañía, el miedo de tomar por mí misma una decisión tan grave. Usted fué un pretexto. Mi ansiedad de aprovecharlo me llevó a justificar hechos y situaciones que en otra ocasión no podría aceptar.

DAVID: Lo que significa que, después de pensarlo todo, se retracta de sus razonamientos de hace una hora.

HELENA: En mis razonamientos había más pasión que lógica. Estaban formados, más que por una observación objetiva, por la necesidad de escaparme de "El Porvenir". Pero con todo, usted me ha hecho un gran bien.

DAVID: ¿Cuál?

HELENA: Usted ha venido a recordarme que la lucha es posible.

DAVID: Pero, por la lucha, ¿sería usted capaz de abandonar a Pablo?

HELENA: Para volver a empezar... *(Pausa pequeña.)* ¿Sabe, David? Hay muchas cosas profundas que me llaman. Estoy aquí, como un pequeño dios que puede dispensar sus caridades, suficientemente bueno para comprender y ayudar, pero suficientemente lejano para no intervenir. Y eso embota al cabo de un tiempo. Eso cierra todas las posibilidades de convivencia. La única solución es dejarlo todo, ir a trabajar al campo, con las manos, como una campesina o como una obrera, hasta sentirse otra vez metida en la vida, entendiendo mi función, la función de mi clase, de mi país...

DAVID: ¿Y abandonará a Pablo por eso?

HELENA: No sé. La tentación de quedarme con él es poderosa.

DAVID: Cuidado, Helena. Es la tentación de un sacrificio que Pablo no le perdonaría jamás.

HELENA: Quedarme no sería un sacrificio. Sería una forma de egoísmo. Guardar lo mío, lo único mío en el mundo. Un hotel grotesco, perdido en el desierto. Tierras duras, feroces, sin tregua. Plantas de furia y de rencor. Esto es lo mío, lo que me esperaba desde el principio de los tiempos. Y no sé si guardarlo.

Las últimas palabras las dirá frente al paisaje, ahora iluminado por una luna pálida y siniestra. Pausa. Entra Pablo que acaba de levantarse y sufre las consecuencias de su ebriedad del primer acto. Va al bar, se sirve un vaso de agua y lo bebe.

DAVID *(A Pablo)*: Llega usted a tiempo. Necesitaba verle.

PABLO *(Recordando)*: Usted es. . .

DAVID: Yo soy David del Valle, asesino de Nicanor González. Los hijos de mi cómplice me han descubierto aquí. Uno de ellos está arriba. El otro ha ido por la policía y no tardará en volver.

PABLO: Caramba, han pasado cosas mientras yo dormía. . .

DAVID: Eso no es todo. Han pasado cosas más importantes Para usted. Hace un momento, Helena iba a huir conmigo.

PABLO: ¿Es cierto, Helena?

DAVID: Iba a huir conmigo, sabiendo que soy un asesino, solamente porque yo era un medio de escapar de esta soledad en que vive.

PABLO: ¿Tú, Helena? ¿Tú ibas a dejarme?

HELENA: No sé; no sé si hubiera podido.

DAVID: Sí hubiera podido. Usted misma me lo proponía.

HELENA. Y sin embargo. . .

PABLO: ¿Es la soledad en que vivimos la que te hacía huir?

HELENA: No. Me hacía huir la soledad en que me has dejado. Y la conciencia del fracaso a que vamos los dos, yo en la inacción, tú en el vicio. No podemos seguir viviendo así. Dejemos todo esto, Pablo. Vamos en busca de una nueva vida.

PABLO: Si pudiera, ya lo habría hecho. Pero es imposible.

DAVID: Todavía es tiempo, Pablo. Regrese a su vida. Lleve a Helena a la ciudad de México.

PABLO: Demasiado tarde. No volveré a México si no es con algo qué decir, con una tarea a realizar. No podría ya

regresar a los cafés, a las cantinas, a los cines, no podría soportar tantas vidas opacas y sin objeto. Renegué de todo eso para la eternidad.

Helena: No, no volvamos a México. Vámonos al campo. Olvidemos quienes hemos sido hasta hoy. Trabajando la tierra podremos encontrarnos, oír la verdad del pueblo.

Pablo: Ya he oído al pueblo... Conozco su ruindad, su bajeza mental. He vivido sus intrigas y sus envidias. Nada puede darme el pueblo.

Helena: No eres justo. En estos campos he visto pobres seres llenos de supersticiones, de miedo, de explotación. Pero viviendo duramente, afirmados en la tierra que trabajan. Ellos pueden darnos la seguridad que nos falta. Mañana quizás podamos no solamente ayudarlos a veces como ahora, dándoles unos pesos, un poco de comer o de beber, sino luchar con ellos para transformar el sistema social de que son víctimas.

Pablo: No hagas discursos. Tú sabes muy bien que nada nos ha dado nuestro viaje hacia el pueblo.

Helena: Porque estaba falseado desde su principio. Nos colocábamos por encima de los mismos a quienes queríamos comprender. No buscábamos en ellos una fuente de verdad y de ternura, sino el modo de satisfacer nuestro sentimentalismo.

Pablo: No has cambiado. Sigues creyendo que puedes explicarlo todo. Eres la misma que cuando te conocí, llena de teorías y de técnicas para medir la realidad. Pero la realidad se te escapa. Cuando crees haberla vencido, aparece con una nueva máscara, con un nuevo enigma...

Helena: Entonces vuelvo a luchar con ella.

Pablo: No he podido trasmitirte uno solo de mis pensamientos.

Helena: Por ti deserté de mi vida. Me alejé de todo lo que había yo sido. Pero comprendo ahora que no puedo ayudarte, que me pierdo sin lograr nada para ti.

David: Pablo: usted tiene la felicidad a su alcance. No la desperdicie. Sálvese usted y salve a Helena.

Pablo: ¡La felicidad! Yo no sabría qué hacer con la felicidad. Ya una vez la desprecié... Estaba en una universidad, ganaba dinero, pronto tendría mi pequeño sitio en la sociedad. Podría comer, engordar, tener hijos, sonreír, bostezar... Podría tener todo, menos la verdad.

DAVID: Esa sería su verdad.
PABLO: Eso sería solamente cerrar los ojos, asesinarme antes de tiempo. *(Pausa.) (A Helena)*: ¿No sientes el mundo como un gran misterio, como una armonía de misterios, que no podremos nunca controlar? ¿No sientes el gran fracaso de todas las teorías, de todos los sistemas, de todas las religiones? ¿No sientes que en medio de todos los afanes de quienes quieren salvarlo, el hombre es cada vez más infeliz? Yo no puedo desear para nosotros el progreso que nos hará más desdichados.
HELENA: Pero ¿puedes dar alguna solución? ¿Puedes decirnos cómo salvarnos?
PABLO: No. Espero poder algún día.
HELENA: ¡Esperar! Estoy cansada de esperar. De ver tu destrucción y tu aniquilamiento en esa nube de mitos. Yo necesito *hacer*.
PABLO: ¿Volverás al partido?
HELENA: Algún día volveré, sí. Cuando sea digna de él. Tengo que aprender otra vez a vivir, recuperar todo lo que en este tiempo se me ha ido. Entonces, al encontrarme de nuevo con mis amigos, podré decirles: "Soy la de siempre, la que ustedes conocieron, la que luchó a su lado, limpia y clara como entonces".
PABLO: No te entiendo.
HELENA: No nos entendemos. Hemos llegado a ser dos extraños.
PABLO: Nos queda nuestro amor, Helena. El nos une.
HELENA: No, no basta el amor.
PABLO: ¿No me quieres ya, Helena? ¿No soy nada para ti?
HELENA: No puedo seguir aquí.
PABLO: Entonces, tus ideas pueden más que mi amor.
HELENA: Hasta hace un momento, estaba indecisa. Pero ahora veo que en ti y en mí pueden más las ideas que el amor. . . Por última vez te ofrezco venir conmigo.
PABLO: No puedo aceptar una vida ajena.
HELENA: Entonces, ¿es "no" la respuesta?
PABLO: Es "no".
HELENA: Tú lo has querido así. *(Sale)*.
PABLO: ¡Helena, Helena! ¡Escúchame! *(Golpea en la puerta por donde ella ha salido.)* Helena, si tú no crees en mí, no vale la pena seguir viviendo. Te necesito, Helena. Necesi-

to tu voz, tu mirada, tu cuerpo. . . *(Pablo grita junto a la puerta. Insensiblemente va escurriéndose hasta caer de rodillas, tembloroso, la voz húmeda, siempre apoyado en la puerta por donde salió Helena).* Tengo miedo a la vida sin ti. ¡Helena! Dime que no te vas, que seguirás conmigo, que tú no eres tan cruel como para dejarme ahora, solo, sin fe, perdido. . .

Su voz llega a estrangularse. Una pausa. David se acerca paternal, y dice:

DAVID: Espere usted, Pablo. Ahora es imposible. Quizás mañana se arrepienta.

PABLO *(Incorporándose)*: No, ya no hay ningún mañana. Me la arrebata algo más fuerte que nosotros dos. Si fuera un amor, un hombre quien se la llevara, yo podría luchar, podría tener esperanza, pero es una idea, es una convicción, y contra eso no se puede luchar. No he podido convencerla, no podía ofrecerle nada. Como a otras se las compra con joyas, a ella se le compra con ideales. Y yo de eso estoy miserable.

DAVID: Todos estamos miserables. Aun los que los tienen. ¡De qué sirve tenerlos! Uno tiene un ideal, y si no lucha por él, el espíritu se llena de sombras, de remordimiento por no poder vivir. Y si uno lucha por su ideal, entra a la vida. Y la vida es una maquinaria absurda que lo destruye todo. No hay ideal que resista.

PABLO: No puede ser verdad. Yo soy desdichado, porque no tengo nada en qué creer; pero necesito pensar que cuando lo encuentre seré feliz, que Helena será feliz porque ya lo ha encontrado.

DAVID: Helena será feliz, ahora. Tomó una decisión. Justificará bien su existencia. Pero algo habrá esperándola. Algo que ella no sabe, y que a la vuelta de unos cuantos meses o de unos cuantos años destrozará sus ideales. Porque estará entre hombres como nosotros, y nosotros estamos hechos para la cobardía y la traición. La abandonarán en una miseria y en una soledad más absoluta que la que usted pueda tener. Porque usted busca una fe; pero ella ya la tiene, y por ambición de poder o por ambición de dinero, se la arrebatarán.

Pausa. Entra Carlos, por el fondo.

DAVID: ¿Cómo la dejó usted, Carlos?

CARLOS: Está bien.
DAVID: ¿Duerme?
CARLOS: Sí.
DAVID: No ha de tardar la policía. Necesito verla antes.
CARLOS: No debe usted verla. Ya le ha hecho usted bastante mal.
DAVID: Usted le ha hecho mucho más.
CARLOS: Usted es el culpable de todo lo que le pasa.
DAVID: ¿Y usted? ¿Usted es inocente acaso?
CARLOS: Me da usted asco. Por salvarse, por salvar usted su miserable vida, la hizo su cómplice, la obligó a dejar su hogar.
DAVID: Yo no quise ni quiero prolongar una vida que ya no me interesa. Pero sépalo, me escapé por ella, para librarla de la vida que ustedes le daban, para hacerla vivir aunque fuera una vez.
CARLOS: Es inútil que busque usted pretextos, nada le justificará.
DAVID: ¡Justificarme! ¿Ante usted? No. No lo necesito. Usted y su padre y su hermana son culpables; ustedes son los verdaderos culpables y los que deben justificarse. No yo que he tratado de hacer un poco de claridad en esa vida que ustedes estropearon.
CARLOS: De sobra sabemos quién es usted.
DAVID: Yo soy un criminal. Pero usted es mil veces peor. Porque he conocido cobardes y canallas, seres viles, asesinos, ladrones, todo lo he conocido. Pero nunca había visto nadie tan despreciable como usted.
CARLOS: ¡Qué sabe usted de mí!
DAVID: En la cárcel he visto hombres que habían ignorado toda ley, toda moral. Pero como ustedes, perseguidores, verdugos de su propia madre, como ustedes no he visto.
CARLOS: Hable, hable, nada de lo que diga usted puede ser peor que lo que yo me digo.
DAVID: Si usted la hubiera matado, quizás lo comprendiera. Pero entregarla, perseguirla para entregarla a la rabia de todos los estúpidos que van a martirizarla. . . ¡No, eso es demasiado cobarde!
PABLO: Déjelo, David. El también sufre.
CARLOS: Sí, claro: condenar es fácil, juzgar, insultar. . . Pero ¡qué sabe usted de mí, qué sabe de nosotros! No sabe

lo que es crecer a la sombra de una cárcel, en un hogar vacío, oyendo sólo hablar de los pecados y de los castigos del cielo, de los delitos y de las penas de la ley. Jamás una palabra de alegría... Yo no he sido rico ni pobre, no fuí niño ni fuí joven. No he amado, no había odiado. Porque he estado todo este tiempo ausente como si no hubiera salido del vientre de mi madre. Y ahora que me siento expulsado, ajeno a ella, es como si me acabara de dar a luz, como si yo fuera un recién nacido que no tuviera a nadie. Pero soy ajeno a ella; en mi soledad, formo parte del mundo en que ella vive. Y comienzo a vivir yo también, comienzo a odiar. Ahora puedo juzgarla, aniquilarla... Si hubiera conocido la pasión, si algo en mí pudiera rebelarse naturalmente, humanamente, quizás me hubiera matado, o la hubiera matado al encontrarla. Pero nada tengo de humano. Nada de humano me han dejado.

Pausa.

PABLO *(De pronto)*: Pero ¿por qué habitamos este mundo infame? ¿Por qué debemos atormentarnos así?

DAVID *(Después de otra pequeña pausa, muy lentamente, sin pasión)*: Porque somos las sombras del capricho absurdo de algún ser cruel y perverso, porque estamos sujetos al estúpido azar de un juego interminable, porque debemos vengarnos mutuamente del gran dolor que nos causa vivir.

Pausa. Entra Juan.

JUAN *(Entra, frotándose los ojos)*: Ahí vienen unos hombres. Creo que están armados.

DAVID: Al fin. Deben ser ellos.

PABLO *(A Juan)*: Déjalos pasar.

Sale Juan. En seguida vuelve, precedido por Silvia, el juez y los agraristas.

JUEZ *(Entrando)*: Buenas noches a todos.

PABLO: Buenas noches.

SILVIA *(A Carlos)*: Vaya que da trabajo mover a esta gente. Ya todos estaban acostados. Nadie quería venir.

CARLOS: Llegan a tiempo.

JUEZ *(A Pablo)*: Esta niña dice que tiene usted por aquí a David del Valle.

DAVID: Sí, soy yo.

JUEZ: ¡Usted! Mire nomás; quién me lo hubiera dicho esta tarde, cuando estábamos aquí platicando.

PABLO: Ya ve: hay que cuidarse de los desconocidos.

DAVID: Y a mí, quién me hubiera dicho que era usted quien me iba a arrestar. Yo creí que usted era sólo el juez.

JUEZ: Sí, pero es que el jefe de la policía no podía venir. Había bebido un poco, usted sabe... Entonces me dijeron que viniera yo. Y le dije aquí a los amigos (*señala a los agraristas*) que se vinieran conmigo, para hacerme fuerte...

PABLO (*A David*): Es lo que se llama la colaboración de los poderes.

JUEZ: Sí, señor... Hay que ayudarse.

DAVID: Señor juez: usted sabe que yo estoy condenado a muerte. Esta vez es seguro que me matarán en seguida, para que no vuelva a escaparme. Pero es costumbre que a los que van a morir se les conceda un deseo. Yo quiero que usted me permita ver a mi compañera, antes de que nos separen para siempre.

JUEZ: Pues, la verdad... (*Se rasca la cabeza*): Yo no sé qué decirle.

DAVID: Es muy importante. Y si los señores (*señala a los agraristas*) no tienen inconveniente, usted haría una buena acción.

JUEZ (*Mira a los agraristas*): No, ellos no tienen inconveniente. Pero... ¿Qué dice usted, Pablito?

PABLO: Me parece muy razonable, puesto que los van a separar.

JUEZ (*A Silvia*): Entonces, si usted no se opone...

SILVIA: Yo sí me opongo.

CARLOS (*A Silvia*): No tienes derecho.

SILVIA: ¿Eres tú quien me lo dice?

CARLOS: Sí, no tenemos derecho a evitar que se despidan.

SILVIA: No te reconozco. Ya no eres el mismo.

CARLOS: No. Ha sido demasiado. No puedo con tanto odio y tanto veneno. Sigue tú, si quieres. Yo trataré de olvidar.

SILVIA: ¿Me abandonas?

CARLOS: Lo dejo todo. Procuraré cambiar de vida. Viajaré, me alejaré de todos estos horribles lugares. Buscaré otros caminos.

SILVIA: Y yo me quedaré aquí, petrificada. Sin más existencia que esta que conozco... Pero aun me queda algo: volveré a casa...

CARLOS: Sí, vuelve. Allá te esperan.

SILVIA: Iré a perseguir ahora su recuerdo.

CARLOS: Tendrás a papá.

SILVIA: Sí, y un hogar que nunca será el mío, un hogar en el que nunca podré reemplazarla a ella...

CARLOS: Señor juez, le pido que acceda al deseo de David del Valle.

JUEZ: Pues, si usted insiste... Y si la señorita...

CARLOS: Ella acepta. ¿Verdad, Silvia?

SILVIA *(Mirando a Carlos)*: Sí, acepto.

JUEZ: Entonces me parece que...

DAVID: Déjennos solos un momento. No intentaremos escaparnos. Además, sería inútil. Usted puede esperarnos en la puerta.

JUEZ: Bueno, pero si quiere escapar, le advierto que disparamos.

PABLO: Hágalo, yo se lo aconsejo. La ley fuga es siempre oportuna en estos casos.

JUEZ *(A los agraristas)*: Vamos, salgan...

DAVID *(A Juan)*: Anda a llamarla, ¿quieres?

Juan, sin responder, sube la escalera. Todos salen, excepto Carlos, que ya en la puerta, regresa y dice a David:

CARLOS: ¿Me permite?

DAVID: Diga usted.

CARLOS: Seguramente no tendremos ya oportunidad de volver a hablar, y no quiero que nos despidamos sin decirle que no le odio, a pesar de lo que me dijo hace un momento.

DAVID: Muy generoso.

CARLOS: Es raro, pero durante todo el tiempo de la persecución creía odiarlo. Y ahora, de pronto, me doy cuenta de que usted me es indiferente.

DAVID: Eso es lo que llaman perdón.

CARLOS: Pero yo no siento ese bienestar que dicen que proporciona perdonar. Simplemente siento un gran vacío, una gran indiferencia. Como si esta noche hubiera dejado escapar todo lo que tuviera de pasión. Creo que soy incapaz de odiar verdaderamente, ni de amar verdaderamente.

DAVID: A Elvira, ¿no la odia?

CARLOS *(Duda un momento)*: No, no la odio. No la quiero tampoco.

DAVID: Ya es usted insensible. Comienza a ser feliz.

CARLOS: ¿Esta es la felicidad? Es idiota.

DAVID: Sí, es idiota.

Se miran un momento. Sonríen. Carlos sale. David,

solo, saca la pistola que le dió Helena en el acto anterior, la examina para comprobar que está cargada, y vuelve a guardarla. Aparece Elvira, bajando la escalera.

ELVIRA *(Entrando)*: David, ¿estamos solos?

DAVID: Sí, estamos solos.

ELVIRA: ¿Y mis hijos? ¿Se fueron?

DAVID: Sí, decidieron dejarnos.

ELVIRA: Casi no puedo creerlo. . . ¡Estaban tan ofendidos!

DAVID: Al fin comprendieron.

ELVIRA: Son buenos, ¿verdad? ¡Los pobres, han sufrido tanto! ¿Se despidieron de ti?

DAVID: Sí. Me encargaron decirte que te perdonaban y que lamentaban haberte hecho sufrir.

ELVIRA: Me daban miedo. Silvia estaba tan llena de odio. . .

DAVID: Se fué arrepentida.

ELVIRA: ¿Y Carlos? ¿No lo viste demasiado deshecho?

DAVID: No. Ha sufrido, se ha limpiado de pasiones. Ahora está en un momento de vacío espiritual, de indiferencia. Pero eso pasará. El será feliz todavía.

ELVIRA: Ojalá. No sabes qué duro ha sido para mí volver a verlos.

DAVID: Lo comprendo. Pero, dime, Elvira, después de hablar con ellos, ¿no te arrepientes de haber venido conmigo?

ELVIRA: No, ni un solo momento. A ellos los quiero mucho; pero aun viéndolos y comprendiendo todo lo que perdí, no me arrepiento de nada. Hubiera yo querido tener más, para sacrificarlo todo por nuestro amor.

DAVID: Entonces, ¿has sido feliz conmigo, Elvira?

ELVIRA: ¿Y todavía lo dudas?

DAVID: Quiero oírtelo decir.

ELVIRA: He sido feliz. Por primera y única vez en mi vida, he sido plenamente feliz.

DAVID: Tú eres todo para mí, Elvira. Tú eres mi única razón de vivir.

ELVIRA: ¿De veras me quieres, David?

DAVID: Eres el único amor de mi vida.

ELVIRA: Entonces, ¿me has perdonado? Estuve como loca. Te dije cosas horribles. Pero tú no me has dejado de querer por eso, ¿verdad? ¿No estás enojado conmigo?

DAVID: No, Elvira. Yo te quiero como siempre, más que siempre.

ELVIRA: Pero, ¿sabes? Cuando entré y te vi abrazando a esa muchacha, yo creí... Soy una loca celosa. Ella me ha explicado...

DAVID: Olvidemos todo. Estamos juntos, es lo que importa.

ELVIRA: Dime que nunca me dejarás.

DAVID: Nunca, nunca te dejaré.

ELVIRA: Dime que... Pero no, no es posible. Algún día me dejarás. Es natural. Yo ya estoy vieja. Cada día seré más fea.

DAVID: No digas tonterías. Para mí serás siempre la misma.

ELVIRA: No. Estaré horrible. Tú no querrás verme. Y será peor si te quedas conmigo, porque entonces veré que ya no puedo hacerte feliz, y te daré asco quizás, y comenzarás a engañarme...

DAVID: ¡Ah, mi pobre loca!

ELVIRA: Y yo no podré hacer nada. Eso será el sufrimiento, el verdadero sufrimiento. Tú te irás alejando poco a poco, y yo no podré hacer nada para retenerte... ¡Será horrible! No, mejor júrame que me dejarás, que el día en que ya no me quieras te irás sin decirme nada.

DAVID: Ese día no llegará.

ELVIRA: Sí, algún día...

DAVID: Calla, Elvira. No pensemos en eso. Si alguna vez llegara el día en que tuviéramos que separarnos, preferiría la muerte.

ELVIRA: Y yo también. No quiero la vida, si no estás tú conmigo.

DAVID: ¿Verdad que no? ¿Verdad que no debemos sobrevivirnos?

ELVIRA *(Con una súbita sospecha)*: ¿Por qué me dices eso? ¿Pasa algo?

DAVID: No, nada importante. Que tenemos que irnos.

ELVIRA: ¿Estamos en peligro?

DAVID: No, no lo creo. Pero es mejor salir. La policía puede tener nuestra pista.

ELVIRA: Como quieras. *(Pequeña pausa.)* David, si estuviéramos descubiertos, ¿qué haríamos?

DAVID: No sé. No hay que pensar en eso.

ELVIRA: Sería mejor matarnos, antes de entregarnos.

DAVID: Sí, cualquier cosa.

ELVIRA: Me da miedo pensar en la cárcel, en el juicio, que todos sepan nuestras intimidades, que enturbien nuestro amor. . .
DAVID: No tengas miedo. Nunca lo permitiré.
ELVIRA: No hay que pensar en el futuro.
DAVID: No tenemos pasado. No tengamos porvenir.
ELVIRA: Sí. Este momento es nuestro.
DAVID: Este momento es nuestra eternidad.
ELVIRA *(Transición)*: ¿Debemos salir inmediatamente?
DAVID: Sí, es mejor. Pronto amanecerá.
ELVIRA: Voy a hacer el equipaje.

Va hacia la escalera. David saca la pistola, va a apuntarle, por la espalda, pero se detiene; se la guarda nuevamente en la bolsa sin soltarla, y pregunta con voz sobresaltada:

DAVID: Elvira, ¿verdad que me quieres?
ELVIRA *(Muy natural)*: Sí, amor.
DAVID: ¿Verdad que has sido feliz conmigo?
ELVIRA *(Avanza de nuevo hacia él)*: Muy feliz.
DAVID: ¿Verdad que no te arrepientes de nada?
ELVIRA *(Mirándolo a los ojos)*: De nada. Preferiría morir que perderte.

Lo besa en la boca, vuelve a separarse otra vez en dirección del patio. David saca la pistola, apunta y dispara dos veces. Elvira cae sin pronunciar una palabra.
Entran todos por las distintas puertas. Ruido de sus pasos y palabras inintelegibles: "¿Qué pasó? Se han matado. Cuidado. Está armado. Ella es la muerta. Etc., etc."
Entre todo, sobresale un grito de Silvia: "¡Madre!" *Ella corre hasta el cadáver, y se arroja sobre él sollozando. Carlos avanza a pasos lentos hacia el grupo de las dos mujeres, y las observa en silencio. Después se hinca, y acaricia a Silvia.*
Los agraristas entran con los rifles prestos a disparar. Los sigue el juez. Al ver la actitud pacífica de David, bajan los rifles, pero lo rodean.
Pablo y Helena, separados, observan la escena. Juan ha de situarse cerca de la puerta de salida.
A partir de los disparos, la luz de la escena comenzará a palidecer, al mismo tiempo que la blancura lechosa de una aurora va iluminando el exterior.

DAVID *(Levanta las manos, pero sólo lo necesario para mostrarse rendido)*: No pienso hacer resistencia. *(Al juez)*: He abusado de su bondad, pero, ya ve, tenía que matarla. No podría dejarla sola en un mundo hostil que iba a martirizarla y a destruirla. No podía dejar que sufriera lo que yo, y que, como yo, fuera muriendo lentamente, fuera perdiendo fe y esperanza, hasta llegar a la soledad y a la insensibilidad. Eso era demasiado injusto. *(A Pablo, mientras deposita la pistola sobre el bar)*. Esta pistola es suya, Pablo. La tomé de aquí al quedar solo. Perdóneme también por el abuso de confianza. *(Avanza hasta Helena, la mira un momento.)* Adiós, Helena.

HELENA: Adiós, David. Si esto puede servirle de algo, le juro que algún día habrá un mundo nuevo y claro, donde todo sea verdadero, donde la mentira y la falsedad estén proscritas, donde los hombres puedan trabajar y vivir en paz.

DAVID: En usted me despido de la fe.

David avanza y sale, rodeado por los agraristas. Sus figuras en retirada se dibujan claramente. Una luz dorada entra por el arco de la derecha: es el día que nace. En la penumbra del escenario se esfuman los personajes, salvo Juan que queda en plena luz, y Helena, que se acercará hasta el límite exacto de la sombra.

TELON

S U M A R I O

Printed in Mexico.